CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

31

1952

MADRID

Reprinted with the permission of
INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA, MADRID

KRAUS REPRINT LIMITED
Nendeln/Liechtenstein
1968

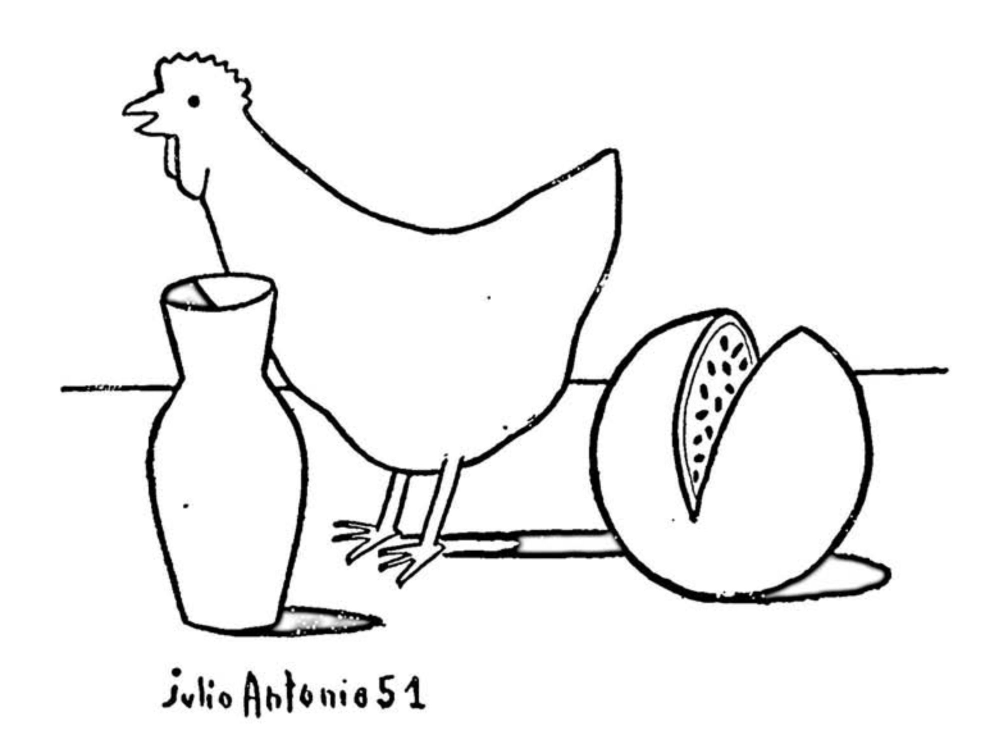
Printed in Germany

Lessing-Druckerei Wiesbaden

INDICE

Páginas

Portada y dibujos del pintor español *Julio Antonio*.—Ilustran el trabajo «De la imaginación en tinta china» once dibujos inéditos del pintor *José Caballero*, Primer Premio de la Bienal.—Viñetas del pintor salvadoreño *Carlos Augusto Cañas*.—En páginas de color: *¿Adónde va Hispanoamérica?*, los textos: «Las Españas», por *Manuel Fraga Iribarne*.—«Importancia política y social de la II Asamblea Nacional de Graduados», por *Raimundo Fernández Cuesta*.—«Sobre la "Institución"», por *Marcelo Arroita-Jáuregui*.—«La Universidad como empresa. Puntos para una meditación española», por *Pedro Laín Entralgo*.—Un editorial de la revista *Ateneo*.—«Excluyentes y comprensivos», por *Dionisio Ridruejo*.—«El patriotismo de Cajal», por *Pedro Laín Entralgo*.—Otro editorial de *Ateneo*.—«Radiografía de la Restauración», por *Rodrigo Fernández-Carvajal*.—«La unidad, combatida», por *Manuel Pombo Angulo*.—«Conspiración del silencio».



BRUJULA DEL PENSAMIENTO

EL ESPAÑOL EN FILIPINAS

La revista Cuadernos Hispanoamericanos abre las páginas del presente número con un extenso estudio dedicado a las vicisitudes por que ha pasado la lengua castellana en Filipinas desde 1898 hasta el momento actual. A lo largo de este medio siglo, el idioma español, con toda su rica carga espiritual contenida en él, ha sufrido calladamente los embates de los enemigos de la Hispanidad. No debe de extrañar, pues, de ningún modo, el matiz ligeramente pesimista del presente trabajo respecto al porvenir del castellano en aquellas islas, escrito días antes del muy reciente en que el Senado y la Cámara de Representantes de Filipinas, reunidos en Congreso el pasado 21 de mayo, declaraban obligatoria la enseñanza del español en todas las Universidades y en todos los colegios públicos y privados de la nación. La noticia, que ha dado rápidamente la vuelta al mundo hispánico y no hispánico, viene a despejar para lo sucesivo un horizonte que se presentaba oscuro y ciego para nuestra cultura. El castellano volverá a hablarse de nuevo por todo el pueblo filipino, y en la Universidad volverá a rendir su aporte para la consolidación de nuestra cultura hispánica en el lejano Oriente.

NOTICIA

LOS TRES IDIOMAS.—En Filipinas existe uno de los más agudos problemas lingüísticos del mundo de hoy. Es el país de los tres idiomas oficiales: inglés, tagalog y español, complicado con el hecho de que el tagalog es la lengua de la parte central de la isla de Luzón, donde se asienta la capital; pero existen más de media docena de lenguas distintas en otras regiones, que, en su conjunto, son habladas por la mayoría provinciana del país.

Caso singular: durante trescientos cincuenta años de unión a la corona de España, el idioma castellano no dominó nunca en las islas, pues desde el principio el misionero aprendió el tagalog, el visaya, el pampango, el ilocano, el bicolano, el pamgasinano, etc. Es representativo el hecho de que los primeros libros impresos en Filipinas fueran la Doctrina Cristiana en lengua española y tagala, *en 1593, y* Arte y Reglas de la lengua tagala, *años después. Al término de la soberanía española, solamente en Manila y en algunas ciudades importantes existían núcleos que hablasen castellano; la inmensa mayoría del país no lo conoció nunca.*

ESFUERZOS NORTEAMERICANOS.—Desde 1898, los norteamericanos gastaron mucho dinero y muchos esfuerzos en introducir el uso del inglés. Consideraron que, a pesar de ser el castellano el idioma de la Revolución filipina, y en él se escribieron, desde Madrid en parte, los alegatos contra la situación existente, no era hablado por el pueblo, y cabía organizar la Instrucción pública a base del inglés. El castellano quedó abolido en las escuelas, con el pro-

pósito de que fuera olvidado, y esa situación se mantuvo hasta 1934. Unicamente se toleró que durante unos pocos años, hasta 1910, se emplease como lengua en los Tribunales de Justicia, confiando que esos años bastarían para su desaparición. Este plazo fué sucesivamente alargándose hasta 1940.

En 1934, los norteamericanos aflojaron la mano en Filipinas, y la Ley Tydings-Mac-Duffie permitió la reunión de una Asamblea Constituyente que diese paso a una situación de mayor independencia. Esta Ley establecía el régimen de Commonwealth y prometía el cese de la soberanía norteamericana para 1946; pero ordenaba se incorporase a la Constitución filipina la obligatoriedad de mantener el inglés como lengua de la enseñanza. Se había creado en cuarenta años un amplio sistema educativo de tipo elemental, con el propósito, según se desprende de lo anteriormente dicho, de hacer del país en unos años país de lengua inglesa. Los resultados fueron halagadores y respondieron a los esfuerzos hechos: en cuarenta años de enseñanza obligatoria del inglés, el censo de 1939 pudo declarar que el 27 por 100 de la población filipina podía entenderlo. Sin duda, unos ciento sesenta años de enseñanza obligatoria y exclusiva del inglés hubieran logrado que la totalidad de los filipinos lo hablaran; pero la libertad política del país truncó esa carrera ascendente. La propia Asamblea Constituyente de 1935 defraudó las esperanzas de los norteamericanos al admitir el español en plano de igualdad con el inglés, pendiente la adopción de una lengua nacional. Entre tanto ésta se determinaba, se estableció en la Constitución de 1937 el uso oficial de un dialecto cualquiera de las Islas, en situación pareja a la del español y el inglés.

EL LENGUAJE NACIONAL.—Esta medida dió lugar al estudio de los dialectos del país, que la Constitución admitía como lenguas oficiales. Se fundó el Instituto del Idioma Nacional, y este organismo, tras estudiar la cuestión, se pronunció por el tagalog. Así fué reconocido y aceptado por el Gobierno en 1940. Inglés, tagalog, español, los tres oficiales.

Esto supone para un individuo visaya, ilocano, etc., la obligatoriedad de otra lengua además del dialecto propio, al tener que utilizar uno de los tres idiomas oficiales. No faltó cierta oposición entre las comarcas lingüísticas no tagalas al introducirse este idioma en las escuelas públicas; se atacó la medida diciendo que el tagalog que se enseñaba en las escuelas no era el lenguaje vivo de la calle de Manila, sino una creación de gramáticos y profesores, un artificio.

La cuestión no está resuelta, ni mucho menos. No todos están conformes en admitir el tagalog sobre las demás lenguas de la Isla, ni todos opinan lo mismo sobre la más aguda cuestión de si el idioma nacional, el que sea, ha de prevalecer sobre el inglés. El problema tiene tanta actualidad como el nombramiento del último gobernador o el resultado de la última elección. Se discute, se propone, se escribe.

LA LUCHA DE LA LENGUA NACIONAL CONTRA EL INGLES.—De un lado están los partidarios del inglés, idioma del país más poderoso de la tierra, vinculado a Filipinas por grandes ayudas políticas, militares, económicas; el inglés es el indiscutible primer idioma universal de hoy, en la política, en el comercio, en las comunicaciones. Es, en el caso particular de Filipinas, la lengua cultural, en la que se ha educado desde hace cincuenta años

toda la juventud; es el idioma de la gran Prensa filipina; el de la más poderosa e influyente colonia extranjera en el país, con una Embajada que agrupa 930 empleados de todas las categorías. Se conoce a la perfección por los universitarios y profesionales, y en el uso corriente está ligeramente empedrado de palabras españolas, la más importante de las cuales es el adjetivo gentilicio que les designa, el de «filipinos», así en castellano.

De otro lado están los partidarios del tagalog, idioma del hogar en Luzón y, por consiguiente, en Manila. Lengua de la calle para el hombre no ilustrado. Sostenido ardientemente por los nacionalistas contra el extranjero inglés y sostenido contra los dialectos disidentes. Empedrado de numerosas palabras castellanas, imborrables a pesar de los años.

De otro lado, finalmente, y con menos ruido en la batalla, el castellano, segunda lengua universal en el mundo de hoy, lengua de los clásicos filipinos, los escritores de la Revolución formados en los colegios de frailes españoles y en el mundo intelectual de Madrid de finales de siglo. Reforzado de hecho por una colonía española muy numerosa hasta la última guerra y por los mejores grupos intelectuales del país, hoy disminuídos numéricamente.

La batalla inglés-tagalog es la batalla de los prácticos contra los idealistas, los que viven por y para los Estados Unidos y los que tienen viva la conciencia nacional, en carne viva nacional.

COMPROMISO DE LOS TRES IDIOMAS.—El político e intelectual de gran envergadura mantiene y defiende el compromiso de los tres idiomas. Ninguno es innecesario y cada cual tiene su función. El político e intelectual más joven, formado totalmente en el sistema educativo norteamericano, está dividido según su filiación política, y mantiene el criterio proinglés o el contrario. La batalla se sostiene, en un vaso de agua, entre los senadores, maestros, periodistas, etcétera, de Manila; la inmensa mayoría rural del país sigue con su dialecto campesino, y, en el mejor de los casos, con gotas de inglés entre los jóvenes que han estudiado en las escuelas, o han pasado por el Ejército, o tienen trato comercial con los norteamericanos y extranjeros en general. En algunas provincias, esta función de segundo idioma la cumple el castellano, donde la vida provinciana se remansó o donde la presencia de un grupo numeroso de españoles hizo que de hecho se mantuviera.

ARGUMENTOS ESCRITOS.—Títulos de libros de autores filipinos recientemente publicados: Must we drop English?, Should Filipinos continue writing in English? *La mejor publicación filipina, el* The Philippines Quarterly, *de Manila, en su número de diciembre último, publica dos artículos sobre el mismo tema.*

El The Philippines Quarterly *es una gran revista ilustrada, de publicación oficial o, al menos, oficiosa, donde se publican documentados artículos sobre lo que es Filipinas. En los pocos números aparecidos hasta la fecha—la publicación es cuatrimestral—ha mostrado con gran claridad y concisión los aspectos principales del país: labor de divulgación para filipinos y no filipinos muy necesaria, por no abundar las publicaciones de este tipo y no ser muy abundante la bibliografía acerca de las Islas. Por la categoría de la revista se comprende que las firmas hayan sido seleccionadas, y por su carácter hay que suponer que los juicios de los autores, aun dentro de la ilimitada libertad del*

escritor, reflejan opiniones ponderadas y posiblemente sostenidas por sectores importantes y solventes de opinión. Esto creemos cuando leemos en el artículo de Alfredo T. Morales: «Language and filipino Education», el rotundo subtítulo, que dice que el uso del idioma vernáculo en las escuelas (de Filipinas) encuentra una fuerte oposición, a pesar de la tendencia mundial en su favor. Esto dicho no como una posición o una noticia, sino como una denuncia.

TESIS DE LA EDUCACION ELEMENTAL EN LENGUA VERNACULA.—Se dice en dicho artículo que el experimento de Iloilo (se llama así el realizado con dos grupos de pequeños alumnos, uno de los cuales fué educado en inglés y el otro en lengua vernácula. Los resultados fueron, según se dice, un adelanto grande de los alumnos del segundo grupo con respecto a los del primero, principalmente en aritmética y composición. Dos años más tarde, los pequeños del segundo grupo se pusieron en poco tiempo, en lengua inglesa, al mismo nivel que los niños que cursaban su tercer año de inglés) no se reconoce, a pesar del éxito obtenido. Quien pretende introducir el tagalog encuentra la fanática oposición de los maestros (de inglés). Y el caso es que, según una autoridad lingüística anglosajona, en el mundo de hoy existen numerosos ejemplos de adopción de la lengua vernácula en la enseñanza elemental; son ejemplos Méjico, Perú, Bolivia, que adoptan como ensayo dialectos indios en determinadas regiones para los primeros años de la enseñanza elemental; Haití, que bajo indicaciones norteamericanas ha adoptado el vernáculo indígena en sustitución del francés en los dos primeros cursos de la enseñanza primaria; Puerto Rico, donde los Estados Unidos se han rendido, finalmente, a la evidencia. Y se dice que la U. R. S. S. y el colonialismo inglés adoptan el mismo criterio en sus territorios.

El articulista proclama que el inglés ha fracasado en la escuela elemental; el pueblo no ha seguido al universitario en el aprendizaje del inglés. La enseñanza en Filipinas—no lo decimos nosotros—es de hecho un sistema de enseñanza primaria. Una estadística aducida muestra que solamente un alumno de cada doscientos llega a la Universidad. De cada cien alumnos que comienzan sus estudios universitarios, solamente seis llegan hasta el final. La cifra dada por el censo de 1939, asegurando que la cuarta parte de los filipinos hablan el inglés, es fantástica; la real sería la de un 8 por 100, que corresponde al porcentaje de filipinos que poseen enseñanza universitaria y media. El sistema está equivocado, «a pesar del aumento de matriculados cada año en las escuelas y a pesar del aumento del coste de la enseñanza por alumno. Admitiendo también que otras causas han contribuído a perjudicar y debilitar la enseñanza en Filipinas, el error principal de nuestro sistema es la absurda política de emplear el inglés como vehículo de enseñanza en los grados elementales».

ARGUMENTOS DE LOS PARTIDARIOS DEL INGLES.—Quienes desean el inglés en todos los grados de la enseñanza, invocan las razones generales en favor del poderoso idioma: acceso a la gran literatura mundial creada en esa lengua y a la vasta red de traducciones que existe en ella.

Lo primero—decimos nosotros—es mucho decir, pero no decir todo. Cuatro o cinco literaturas no estarían conformes. No vamos a ponerlas en fila midiendo su talla; pero los franceses, desde su literaturizado París, pretenden ser

los regidores de la literatura mundial; los italianos también alegarían su condición de pueblo de máxima sensibilidad artística y primera línea literaria; los alemanes, creadores de grandes mitos universales; los rusos, primeros en la novela. No nos contamos los hispanoamericanos, para que no se diga... Y los chinos, los indios, los escandinavos, ¿dirían todos, en un plebiscito mundial, que la literatura de lengua inglesa—o cualquier otra—es la primera?

Improcedente, como argumento, que el uso del inglés sea una puerta para el acceso a la literatura universal, para entrar en Dante, Homero, Dostoyevski, Confucio, Tagore, Goethe o Cervantes, porque hay ya bastantes idiomas que tienen ya traducidos a todos estos escritores. Y porque siempre se está a tiempo de traducirlos al tagalog. Que en el momento actual abandonar el inglés sea cerrarse, por algún tiempo, a la literatura universal, es cierto. Quedaría el vehículo español para quien quiera aprovecharlo, idioma desde el que se está alerta y enterado de todo lo que pasa en el mundo, y desde el que se tiene hoy la serenidad que da no estar a la luz de las baterías y en la confusión entre el ruido de la política y el de la cultura. Ahí queda y está.

EL PROBLEMA EN EL ESCRITOR.—El otro artículo del The Philippines Quarterly, titulado «Language and Filipino writer», está firmado por N. V. M. González, y lleva esta divisa: «La cuestión es escribir bien, en cualquier medio que el escritor haya elegido para expresarse.» Cree González que, para el escritor filipino, expresarse en tagalog supone un poderoso esfuerzo de creación del propio idioma; un abrirse paso con un cuchillo entre las zarzas de la selva. Menor trabajo le supone expresarse en inglés, aunque haya de crearse en el bosque su propio camino con sus armas. El empleo del español sería el caso—expresado en términos de fantasía—del «pariente que viene de la hacienda a la ciudad de las letras en busca de primos hermosos, una misión romántica, me atrevo a decir; y una persona en situación envidiable, ya que puede—entre nosotros, al menos—poseer la facultad maravillosa de crear sin la presión del aquí y del ahora».

Sorprendidos, podíamos esperar que la conclusión definitiva sería intentar lograr esta tranquilidad, tan provechosa y tan rica. Que sería lo provechoso para el escritor filipino; mas el articulista da un viraje final y expresa su esperanza de que surja en inglés el Chaucer filipino.

LLAMADA

SITUACION ACTUAL.—De lo dicho se desprende, si atribuímos a estos juicios un carácter representativo, que creo puede atribuírseles, que en los momentos actuales se desea «filipinizar» la enseñanza (por lo menos la elemental) con el uso de la lengua vernácula, el aumento de profesorado filipino, etc.; se desea mantener el inglés como lengua de la enseñanza en sus grados superiores (al menos por ahora) y conservar este idioma como segunda lengua nacional. El castellano se mantiene en su categoría de idioma oficial, según determina la Constitución.

Se indica por muchos la conveniencia de mantener el compromiso entre los tres y hacer de todos ellos un vehículo cultural. Dentro del cuadro se asigna al castellano un papel más lejano o, como decía González, un «romantic role». Las tres lenguas son radicalmente distintas entre sí y no tienen más parentesco

que el que pueda dar una larga convivencia. Son relativamente previsibles estos avances y retrocesos: incremento del tagalog en Manila y su comarca lingüística; avance del inglés en las provincias, a medida que más gente de éstas vayan incorporándose a la vida moderna. Desarrollo del castellano, reintroducido en la educación.

EL CASTELLANO.—¿Cuál será su futuro en Filipinas? ¿Qué impulso le darán los filipinos? Un amigo filipino, cuya lengua materna fué el castellano, decía, días atrás, que los españoles enfocamos cualquier tema lingüístico en su proyección filipina con una actitud de resentimiento, no considerando más que el territorio perdido para la lengua, y que se acompaña a esta postura con una inmensa falta de curiosidad por toda manifestación literaria de los filipinos en lengua inglesa.

Resentimiento, no. Hablando de la lengua castellana no cabe resentimiento alguno en el español. La extensión y el futuro de nuestra lengua es el gran premio que ha dado Dios al esfuerzo de la raza, y esto es una realidad bien visible. ¿Que hemos de alegrarnos de su retroceso en Filipinas? No, amigo; lo sentimos como usted mismo. Pero este retroceso es algo tan natural, tan mecánico, que no dice nada contra la lengua, ni contra usted, ni contra nosotros. Durante los siglos pasados, el religioso dió preferencia a la educación religiosa, supeditando todo a que el doctrino entendiera pronto y bien la religión. No vinieron barcos llenos de maestros para enseñar una lengua, sino religiosos para enseñar una vida religiosa superior. El propósito está conseguido, y Filipinas es hoy cristiana. Se dice que, al no extender el castellano en Filipinas, se quería impedir el acceso del indígena a la cultura, manteniéndole aislado en su propio limitado lenguaje. No fué ello jamás una norma política, pues no había razón para establecer diferencia alguna entre Filipinas y América, y en América se introdujo el castellano. En ambos sitios hubo órdenes religiosas que establecieron la enseñanza, bien en lengua del país (Uruguay, comarcas de Méjico) o en castellano, atendiendo a circunstancias diversas. En Filipinas prevaleció lo primero, y una vez iniciado este camino, fué más difícil modificarlo y tomar otro. Pero no hubo tal propósito de impedir el conocimiento del castellano cuando en los colegios de Manila pronto tuvieron acceso los estudiantes nacidos en el país, y, en fin de cuentas, en ellos se formó la generación que realizaría la Revolución emancipadora.

La escasa difusión del castellano facilitó la penetración del inglés; mas hoy no hay rivalidad ni resentimiento alguno: ambos están ahí, en espera de que sean utilizados por quien lo desee.

Filipinas es el único lugar del mundo donde ocurre este hecho, chocante para entendederas castellanas: que individuos que se llaman Pérez, Martínez o Reyes no hablen la universal habla de Castilla; mas esto es anecdótico. En todo caso, el castellano es la segunda lengua universal, cuando el ruso, el chino, el indú, con sus inmensas variantes, sólo se hablan en los espacios nacionales respectivos.

AVANCES Y RETROCESOS.—Ninguna lengua permanece inmóvil, y hasta las más fuertes sufren retrocesos que no amenazan su potencia ni su porvenir. El inglés mismo, indiscutible número uno en extensión, que últimamente se ha extendido de modo importante como segunda lengua en Europa

Central y Norte, Mediterráneo, Japón, ha retrocedido en los países del telón de acero y en los del telón de bambú. Retrocede en las nacionalidades recientes, Israel, donde no es apenas ni la segunda lengua; en Filipinas (si se llevan a cabo las medidas de introducción del vernáculo) y probablemente en Irlanda, etc. El francés ha perdido su condición de lengua diplomática, y, sin embargo, no ha perdido su gran importancia; el alemán ha retrocedido sensiblemente como segunda lengua en Europa Central y Oriental, y es importantísima lengua cultural, sin posibilidad de ser derrocada.

En clara línea ascendente de difusión encontramos tres lenguas que hoy se hablan y estudian fuera de sus fronteras nacionales: inglés, español y ruso. Y de las tres es quizá la del español la posición más segura, pues el ruso—queremos creer que no el inglés—quedaría profundamente afectado por una futura guerra. La posición privilegiada del español, inatacable, no es resultado de unos poderosos objetivos bélicos ni se apoya en grandes recursos económicos. ¿Hay lugar para otra cosa que no sea una satisfacción muy grande?

LITERATURA POPULAR EN TAGALOG.—Del compromiso, y consiguiente conservación de las tres lenguas en Filipinas, se derivarían grandes beneficios asignando a cada una su función. Así parece estimarlo la Constitución del país cuando otorga a las tres rango constitucional. Veamos, ligeramente, cuál es la función de cada una de ellas.

Existe una nutrida literatura popular en tagalog y existen mayor número de escritores en tagalog que en inglés. Pero, según la opinión general, su calidad es muy baja, y se manifiesta en «magazines», con historias folletinescas y sentimentales. Mayor interés tienen los modernos y popularísimos relatos radiofónicos conocidos por el nombre de «cuentos del cochero», los kuwentong kutsero. Ultimamente han sido llevados al teatro, y han obtenido un éxito considerable. Las murmuraciones del cochero, sus cuentos, alcanzan a todos los sectores de la vida nacional, empezando por el político. Allí desfilan acertados tipos de sainete de la Manila de hoy, el ilocano Daniel Discurso, americanizante indigestado; el buen chino Akong Santos, caricatura de los miles de chinos que viven en Filipinas controlando una gran parte de su riqueza; la familia Prodigal, padre, madre e hijo, etc. Pero, sobre todo, el cochero Teban y su mujer Teria, la hija Celia, símbolos todos ellos de la familia filipina. El gusto popular parece seguirá nutriéndose en el futuro de cuentos del cochero y de «magazines» y «comics» en tagalog. El crítico literario de la revista This Week *decía recientemente: «...No hay literatura en tagalog de qué hablar.» Pero esta literatura, en estos últimos años ha tenido un crecimiento cuantitativo.*

LITERATURA EN INGLES.—El verdadero escritor filipino de hoy se expresa en inglés. Algunos de ellos también lo hacen en tagalog; pero, al parecer, con mayores dificultades y menor acierto que en inglés.

Pero existen pocos escritores y se publican poquísimos libros; no llegan nunca a la media docena los libros de creación literaria que se publican en Filipinas al cabo de un año. Norteamérica suministra la casi totalidad de lo que se lee en el país en materia de libros, y se ve fácilmente la presencia arrolladora de Norteamérica en las tres o cuatro principales librerías de Ma-

nila. El escritor local vive en los suplementos dominicales de los periódicos y en alguna revista, refugiado casi exclusivamente en el cuento.

Y si el The Philippines Quarterly *denunciaba el fallo de la enseñanza elemental en inglés, ¿sería mucho reconocer que estos cincuenta años no han traído la posibilidad de que exista una generación de escritores en inglés comparable a la formada en el siglo XIX en castellano? Esta afirmación no herirá ninguna susceptibilidad, pues cualquier filipino la suscribiría.*

De ningún modo atenta esto al reconocimiento de los méritos de los escritores jóvenes de hoy. En el relato breve, en el cuento, que es la mercancía que se pide, existen varias firmas conocidas y apreciadas, algunas de ellas incluso en los Estados Unidos. Podemos decir que la Short Story *es el género nacional, y que casi ninguno se atreve con la novela.*

De entre ellos destaca ahora en Manila un joven valor, que acaba de publicar un volumen de cuentos de la vieja y joven Manila. Nick Joaquin y sus Prose and Poems, *once historias con un fondo común hispanocatólico, escritas con sentimiento y nostalgia. Todo parece indicar que es Nick Joaquin quien realiza en su generación el «romantic role» de acercarse a lo tradicional e hispánico, y ya que con el idioma no puede, al menos hace la aproximación con las ideas y con el espíritu.*

¿Hay más dispuestos para el «romantic role» y para más allá del «romantic role»?

Las páginas de los CUADERNOS *deberían abrirse para las historias traducidas de los jóvenes escritores en inglés de Filipinas. Para disipar lo del resentimiento y lo de la falta de curiosidad. La caja de resonancia del mundo de habla española tampoco es desdeñable. Quien lo desee, creo que puede disponer de las páginas de esta revista.*

La creación literaria filipina durante los cincuenta últimos años no ha sido apenas de exportación; ¿lo será cuando entre—traducida ahora—en el mundo hispánico, en el viejo tronco, que dió ya en otras primaveras una rama hermosa?

Y ¿POR QUE NO EN CASTELLANO?—Y si la ocasión surgiese, vosotros, filipinos, habríais de decidir si se continuaba en inglés o si se pasaba a la lengua de la cultura filipina; la de la incorporación de las Islas a la cultura del mundo moderno; la de las raíces educativas, que hicieron posible en tres siglos y medio de enseñanza la generación de la Emancipación, Edad de Oro de la literatura filipina; el idioma poseedor de una de las literaturas mundiales que hay que tener en cuenta cuando se piense en las primeras de ellas, enriquecido diariamente por los escritores de veinte países de habla castellana; el idioma que produciría una auténtica literatura, basada en los rasgos distintivos que la religión y la convivencia durante trescientos años imprimieron en el filipino. Si el tagalog es la lengua para el sainete y la literatura íntima, y el inglés se ha mostrado relativamente infecundo (en un país donde la instrucción pública está mimada y reverenciada y donde el analfabetismo no es excesivamente grande), ¿no será el castellano el idioma literario universalista del filipino, el que le une a un grupo humano con el que su alma es más afín, el idioma para hablar de las cosas serias?

En el principio de toda literatura está la epopeya; en la literatura de Filipinas, que, a través de las modificaciones esenciales que supone el cambio de

idioma, está en un momento contradictorio por la superposición de tres lenguas, se observa la existencia de escasos poemas heroicos. Pero entre los escasos que existen en tagalog (ninguno en inglés), uno de los más conocidos se refiere al mito hispánico de Bernardo del Carpio, y otros a las historias de los Siete Infantes de Lara. ¿Hace falta mayor prueba de que en Filipinas, cuando un poeta quiere expresarse épicamente, aun cuando no se exprese en castellano, busca al menos su inspiración en un tema castellano? ¿Sospecharíais que a muchos miles de kilómetros de la tierra de Burgos un poeta que escribe en una lengua malaya pensó en Mudarra y en el mito formidable de Bernardo del Carpio?

Pues es así. Pero os toca a los filipinos considerarlo y reconocerlo. Apareced en el mundo hispanoamericano de hoy para que en él podáis sentiros anchos y sentaros como amigos entre nosotros. Con el vehículo que queráis adoptar, el que queráis, tenéis una gran tarea por delante. La originalidad del país es extraordinaria. Unico país cristiano del Extremo Oriente, vinculado, durante muchos años, a dos potencias mundiales en los momentos de máxima plenitud histórica de éstas, emancipado ya de ambas y libre e independiente; con intereses y afectos cerca de vecinos culturalmente alejados de ellos muchos años; presente en Europa por España, y en América por Méjico y los EE. UU.; perteneciente a Asia; poseedor de fondos malayos con aportaciones de varias razas más, desde el aborigen negrito hasta el igorrote y el moro del Sur; con chinos, japoneses, españoles y americanos, vuestra originalidad es fabulosa.

Lo fué también cuando estuvo unida a la corona de España. Todo el ciclo del Descubrimiento y población que se cubrió en América, tuvo aquí su equivalente en menor tamaño. Filipinas fué un microcosmos hispánico lanzado a quince mil kilómetros de El Escorial, de Felipe. Parecía que iba a ser un satélite del gran sistema americano; pero desde el principio afirmó su personalidad dentro del mundo a que pertenecía. Tuvo su Colón particular en Magallanes. Su Cortés fué Salcedo; sus gobernadores fueron los más independientes vasallos del rey, pues los separaban muchos meses de galeón. Estaba tan lejos que Felipe, el rey que no viajaba, les envió su nombre como santo y seña. Y gracias a Filipinas, Felipe pudo decir lo de que en sus tierras el sol no se ponía. Filipinas era el peldaño imprescindible, y Dios, en premio, les dió sustancia propia y vida propia. Distinta fué la llegada de los españoles, distinta la penetración misionera, distinta la duración de su unión a España, distintas la situación posterior a esta emancipación, distinta la situación lingüística de hoy.

Hay quien lamenta la situación actual, y es la primera indiscutida personalidad intelectual de Filipinas, el honorable señor don Claro M. Recto. En un prólogo a un libro sobre Rizal, escrito hace algunos meses, dice: «Los que hemos compartido con Rizal los frutos de la civilización española en Filipinas, la misma que moldeó y agudizó su ingenio, deploramos a menudo que el tiempo nos haya traído tantos cambios, que no han sido todos para nuestro provecho. Nos apesara el temor de que generaciones de filipinos no puedan sacar provecho del gran tesoro cultural de la raza, porque la ejecutoria de nuestro pasado heroico está escrita en español idioma, y por causas cuya exposición no cabe en los lindes de este breve prefacio, es desconocido para la inmensa mayoría de nuestro pueblo.»

¿Se ha hecho algo, en estos últimos años, para subsanar esta omisión? Se

hizo la Ley Sotto, que establecía la obligatoriedad del castellano en la enseñanza. Pero ya en junio de 1949 encuentra una interpretación restrictiva, concretada en una Circular de 28 de julio de 1949 del director de Escuelas Públicas, donde se interpreta así la Ley: «Las escuelas que puedan, lo hagan...; los estudiantes podrán tomar la asignatura como electiva, o como asignatura adicional, si tienen interés en ello.»

En abril de 1951, el secretario (ministro) de Educación ordenó abrir una investigación sobre dicha Circular, según parece.

En diciembre de 1951, la reciente creada Federación de Profesores de Español pone a la cabeza de sus aspiraciones la de lograr que la Ley Sotto no sea desvirtuada y rija en toda su pureza y sentido. Por todos los medios a su alcance procurará, con ayuda de los filipinos, que desde el periódico o la cátedra, o también desde el Senado y la Cámara de Representantes, quieran ayudar a este renacer.

¿Renacer? Quedamos a la escucha, jóvenes de Filipinas. Dando la vuelta a la clavija de este transmisor, pasamos a la escucha. O, como decís ahora: **Over.**



POESIA, CIENCIA Y REALIDAD

POR

PEDRO LAIN ENTRALGO

Ante la mole aserrada del Guadarrama, un escritor compone un poema lírico y otro una monografía geológica. Puestos en el caso, los dos defenderán con buenos argumentos la razón de ser de su propia obra. El amplio y complejo mundo de los hombres vocados a la expresión escrita—filósofos, poetas en sentido estricto, hombres de ciencia, novelistas—, ¿podrá ser reducido, en último extremo, a la pugna entre dos mesnadas: una compuesta por los servidores de la verdad objetiva y exacta y otra integrada por los creadores de verdades subjetivas y metafóricas? Muchos han pensado y siguen pensando que la respuesta no puede ser sino afirmativa. En uno de los textos más venerables del pensamiento científico moderno, el escrito *De motu cordis*, de Harvey, se prescribe a todos los buscadores de la verdad el imperativo de evitar «las fábulas de los poetas», *poetarum fabulas;* y hace poco más de cien años, en la hora de Gauss, Ampère y Cauchy, exclamaba, por su parte, el tierno y reflexivo Lamartine: *«Les mathématiques étaient les chaînes de la pensée humaine; je respire: elles sont brisées.»* Repito: la expresión escrita, ¿es, debe ser el término de una opción dilemática entre la severa «ciencia» y la engañosa «poesía»?

Mas no nos dejemos seducir por la primera apariencia, aun cuando ésta vaya defendida por hombres como Harvey y Lamartine, y tratemos de indagar por nuestra cuenta el fundamento y los términos del problema.

El poeta y el hombre de ciencia no hacen sino expresar, cada uno con su propio lenguaje, su personal experiencia de la realidad. Ante la realidad—éste debe ser nuestro punto de partida—nos son posibles dos actitudes distintas: la intelección y la operación. En aquélla, el hombre se sitúa ante el mundo real y lo «entiende» de manera más o menos acabada; en ésta, el hombre se vierte activamente hacia el mundo y lo «modifica» de modo más o menos creador. Dejemos de lado, por el momento, el problema de la «creación humana»—su naturaleza, su verdadero alcance, sus modos—, y comencemos por afirmar que en todo acto humano concreto se combinan en proporción diversa la intelección (el acto intelectivo)

y la operación (el acto operativo). No hay intelección humana sin operación, ni operación humana sin intelección.

Pero la intelección puede ser de tres géneros, según predominen en ella la intuición sensorial, la explicación racional o la teoría metafísica de la realidad. La *intuición sensorial* del mundo tiene como principales recursos expresivos la descripción directa y la descripción metafórica. Leed una página de Buffon o de Cajal, y tendréis un dechado de la descripción directa; traed de nuevo ante vuestros ojos las famosas líneas en que Cervantes pinta la salida del sol—«Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos...»—, y contemplaréis una bella descripción metafórica. La *explicación racional* de la realidad trata de esclarecer intelectualmente los fenómenos del mundo real mediante conceptos claros y distintos y esquemas más o menos imaginables. Ved, a título de ejemplo, cómo Einstein expone la concepción clásica o prerrelativista de la materia: «Dada una pequeña partícula de materia, podríamos formarnos una imagen de la misma suponiendo que existe una superficie bien definida donde la partícula deja de existir y donde aparece su campo gravitatorio. En esta imagen, la región en la cual son válidas las leyes del campo, está separada abruptamente de la región en que está presente la materia.» Kant hablaría en este caso de una intelección fenoménica del mundo sensible. Viene en tercer término la *penetración esencial* o *metafísica* de la realidad, en la cual trata el hombre de entender lo que esta última «es» en sí misma, y no tan sólo de explicarse cómo se nos aparece; la cual penetración puede ser más o menos directa y conceptual (metafísica en sentido estricto, «filosofía primera») o indirecta y metafórica (poesía metafísica). Trátase, volviendo al lenguaje kantiano, de una aspiración hacia la intelección nouménica de la realidad. No otro fué el empeño de Schelling, de Novalis, de toda la especulación romántica acerca de la Naturaleza.

Basta lo expuesto para advertir que, de los tres géneros de la intelección, caben dos versiones, una «científica» y otra «poética». Pero esa intelección de la realidad, sea científico o poético su modo, ¿es plenamente posible para el hombre? Y si no lo es de manera plena y satisfactoria, ¿deberá el espíritu humano conformarse con su propia limitación, o podrá esperar para sí mismo un estado, distinto del actual y terreno, en el que su ansia de entender el mundo alcance satisfacción íntegra y cabal? He aquí, en tal caso, una cuarta actitud intelectiva ante el mundo: la *esperanza de una intelección esencial y plenaria.*

Recapitulemos estos primeros pasos de nuestra indagación. Frente a la realidad, hay poetas que se conforman con expresarla mediante la intuición sensorial pura, sea directa o metafórica la letra de esa expresión. Hay también, en el extremo opuesto, poetas que cantan su esperanza de un estado en el cual sea posible entender plenamente la realidad. Y, entre unos y otros, los que se lanzan a declarar líricamente sus personales conatos de explicación racional o de penetración metafísica del mundo. Tratemos nosotros de comprender, a la luz de ejemplos concretos, cada una de tales actitudes.

GARCIA LORCA, O LA INTUICION SENSORIAL DE LA REALIDAD

Tomemos la obra de García Lorca y escojamos al azar—fácil empresa—unos cuantos textos relativos al mundo visible. He aquí dos, procedentes del poema *La reyerta:*

Las navajas de Albacete,
bellas de sangre contraria,
relucen como dos peces.
....
Sangre resbalada gime
muda canción de serpiente.

Como éstos, cien más, porque casi toda la obra poética de Federico García Lorca tiene como objeto la realidad sensible, de la cual quiere ser expresión directa o—muchas más veces—expresión traslaticia y metafórica. Lo cual nos plantea de manera inmediata el problema de la relación entre realidad de las cosas y la expresión metafórica de esa realidad.

Metáfora—del griego *metaphérein,* trasponer o trasladar—es toda expresión verbal traslaticia. «Tropo que consiste en trasladar el sentido recto de las voces en otro figurado, en virtud de una comparación tácita», dice la Academia. Llamando «doradas hebras» y «hermosos cabellos» a los rayos del sol, Cervantes hablaba metafóricamente, y como él, aun cuando con menos énfasis, la madre y la novia actuales que llaman «sol»—«Eres un sol», suelen decir—a su hijo y a su galán. Así García Lorca. Ante la imagen de la sangrante herida que ha abierto en el cuerpo adversario la navaja de la pendencia, escribe el poeta, por vía de metáfora:

Sangre resbalada gime
muda canción de serpiente.

Entre los muy diversos problemas que plantea la expresión me-

tafórica—problemas metafísicos, lógicos, filológicos, estéticos, psicológicos—, enfrentémonos con estos últimos. ¿Cómo es y por qué puede ser «eficaz» la expresión metafórica? ¿Por qué la tácita equiparación semántica en ella contenida «actúa» incitantemente en el alma de quien la lee o la oye? En concreto: ¿por qué nos sobrecoge, nos sorprende y nos ilumina eso de llamar «muda canción de serpiente» al callado y viscoso movimiento de un goterón de sangre sobre la piel del hombre herido? Veamos, ante todo, lo que en nuestra alma pasa cuando leemos esa metáfora, e intentemos comprender por qué eso puede pasar.

Toda metáfora relativa al mundo sensible nombra tácita o expresamente dos realidades sustantivas, o dos cualidades, o dos procesos reales, entre los que se establece la relación metafórica. En este caso son nombradas dos realidades materiales: «sangre resbalada» y «serpiente». ¿Cómo es posible que cada una de esas dos expresiones sea referida traslaticiamente a la realidad designada por la otra? ¿Con qué derecho puede el poeta llamar «serpiente» al pesado deslizamiento de una gota de sangre? Un naturalista escuetamente atenido a lo que las cosas «son»—quiero decir: a lo que desde su punto de vista «parecen ser»—se escandalizaría contra esa libertad bautismal de nuestro poético descriptor. Pero si el lector sabe ser hombre ingenuo, además de naturalista, pronto advertirá un principio de razón en el proceder del poeta: la mutua traslación de aquellas dos expresiones verbales es posible porque las realidades que ellas nombran—«sangre resbalada» y «serpiente»—se asemejan en algo entre sí. No es difícil descubrir, en efecto, la existencia de un vago pero real parecido entre el lento e indeciso resbalar de la sangre venosa efundida y la cauta reptación de la serpiente. La creación y la intelección de una metáfora poética exigen en primer término—no se olvide—cierta sutil «ingenuidad» del espíritu.

El mutuo parecido de la sangre resbalante y de la serpiente, cuando una y otra se mueven, comienza a hacer posible en nuestro caso la operación metafórica del poeta. Pero éste no ha quedado ahí. Sobre esa primera metáfora, fundada en la intuición o en la imaginación de un movimiento, construye otra, más osada, consistente en la equiparación del movimiento visual (desplazamiento en el espacio) y el movimiento auditivo (melodía imaginaria): la resbalante caída de la gota de sangre es ahora «gemido» —«sangre resbalada gime»—, y la silenciosa reptación de la serpiente, «muda canción». El movimiento, nombrado como melódico

sonido, constituye el nexo de esta relación metafórica entre la sangre y la serpiente.

Dejemos, sin embargo, el problema que nos plantea la segunda metáfora, y prosigamos el análisis de la primera. La «sangre resbalada» es llamada ahora «serpiente». ¿Por qué? ¿Sólo, acaso, por el parecido entre el movimiento de una y otra? ¿Se agotan con ello el fundamento real y la eficacia psicológica de este enérgico tropo garcilorquiano? ¿Es el modo de su movimiento lo único por lo que pueden ser referidas una a otra la gota de sangre y la serpiente? No lo creo. El resbalar de la sangre derramada pone en el alma de quien lo contempla o se lo representa un hondo sentimiento ambivalente; un sentimiento que llamaré de vitalidad tanática o de mortal vitalidad. La vida animal lleva la muerte consigo, y nada como la fluencia de la sangre nos lo hace sentir, siquiera sea por modo turbio e inarticulado. Ver fluir un hilo de sangre sobre la piel de un hombre herido es descubrir súbita y nebulosamente que vivir sobre la tierra es ir muriendo; que, para decirlo con versos de Luis Rosales, la muerte, hora a hora,

tiene sobre la carne
la clara valentía
del viento entre los árboles.

Mas también la contemplación y la representación del movimiento reptativo de la serpiente suscitan en nosotros esa bifronte afección sentimental. ¿No es cierto que basta enunciar tal fenómeno para advertir su efectiva realidad en cada una de nuestras almas? La mitología—cuya honda significación psicológica no puede ser discutida, después de las investigaciones de Bachofen, Freud y Jung—viene en apoyo de este equívoco argumento sentimental y subjetivo. La serpiente aparece con enorme frecuencia como símbolo figurado en los mitos cthónicos o telúricos. El carácter a la vez mortal y vivificante de la tierra y sus profundidades queda eficazmente representado por el áspid, movible sin dejar la haz de la tierra, y a un tiempo viviente y letal. Para el griego antiguo, la palabra *phármakon* significaba, ambivalentemente, «remedio medicamentoso» y «veneno», y la mente helénica—al menos, en su período arcaico—no dejó de suponer la existencia de una misteriosa relación entre los *phármaka* o medicamentos y la serpiente, de lo cual son todavía testimonio los emblemas de la Medicina y de la Farmacia: el bastón y la copa con la serpiente enroscada. La ambivalencia entre lo letal y lo vital, entre la vida y la muerte, cuando de la vida animal se trata, es el fundamento real y psicológico de todas esas míticas equivalencias y transposiciones.

Se me dirá que el poeta García Lorca no debió de conocer esa larga serie de correspondencias mitológicas entre la serpiente y la pugna de vida y muerte que los fármacos, hechura vegetal de la tierra materna, suelen llevar en su seno. Es verdad. Pero también lo es que los verdaderos poetas dicen siempre en sus versos mucho más de lo que saben. La doctrina junguiana de los «arquetipos» o genéricas figuraciones del inconsciente colectivo hallaría una nueva prueba de su parcial validez en esa hermosa y sorprendente metáfora del poeta granadino.

Dicho de otro modo: para quien las pronuncia, las oye o las lee, las palabras significan siempre mucho más de lo que de ellas nos dice el Diccionario, y aun de lo que pueda decirnos cualquier hombre aislado, puesto en el trance de definirlas. La definición, significado central y canónico de cada vocablo, lleva siempre en torno a sí, sin que nosotros lo sepamos clara y precisamente, una riquísima y difusa corona de significaciones posibles o de conatos de significación; y la genialidad del poeta metaforizante consiste en descubrirnos de modo bello y súbito—por ejemplo, llamando «muda canción de serpiente» al deslizamiento de un goterón de sangre—ese opulento plus de significación real que las palabras poseen, allende lo que de ellas declaran los diccionarios. ¿Hay, puede haber Diccionario capaz de establecer un nexo significativo entre el resbalar de la sangre derramada, el movimiento de reptación de la serpiente y la ambivalencia vital-letal de nuestros más primarios instintos?

No es posible eludir ahora una grave cuestión psicológica. Si las palabras significan para todos más de lo que de ellas sabemos de manera lúcida y articulada—«definiciones», solemos llamar a tales saberes—, y si la genialidad del poeta logra revelarnos, por vía de metáfora, eso que de modo pálido u oscuro late en nuestro interior—nuestra «oscura noticia» de la realidad, por usar una expresión poética de Dámaso Alonso—, ¿dónde y cómo existen en el alma de cada hombre todas las significaciones posibles y todos los conatos de significación de cuantas palabras sabe? Con otros términos: si en el orden del saber definitorio *no son* en modo alguno equiparables la sangre y la serpiente, ¿dónde radican y cómo se configuran esos saberes vagos y alusivos en cuya virtud *pueden ser* efectiva y eficazmente equiparadas tan dispares realidades? Surge aquí, como para cualquiera es obvio, el tema de las zonas paraconscientes de la intimidad humana, bien «subconscientes» o instintivo-somáticas, bien «sobreconscientes» o espirituales. La anterior alusión al «inconsciente colectivo», de Jung, muestra con suficiente

claridad el nexo entre la metáfora poética y la paraconciencia del hombre: en la indecisa linde que separa a la conciencia lúcida de la paraconciencia es, en efecto, donde levanta sus tiendas la falange de los poetas.

Los párrafos precedentes no son más que una leve introducción al problema de la psicología de la metáfora. He aquí una enumeración rápida de los temas que habrían de ser tratados, si la ocasión lo permitiese: 1.° Indole de la conexión metafórica. ¿Cuál es la verdadera naturaleza psicológica del nexo que la expresión metafórica establece entre sus dos términos extremos? 2.° «Nivel psicológico» de la metáfora: zona de la vida humana en que se produce la conexión entre los dos términos del tropo. 3.° «Fundamento» de la relación metafórica: real o convencional, sano o morboso. Metáfora poética y metáfora psicopatológica. 4.° «Valor objetivo» de la metáfora: las metáforas bellas e iluminadoras, frente a las torpes y confundentes. ¿Existe un criterio para discriminar el valor objetivo de una metáfora? 5.° «Ambito de validez» de la expresión metafórica: metáforas humanamente válidas; metáforas de validez meramente regional, por razón geográfica o histórica. 6. Psicología y ontología de la metáfora. Si el lenguaje establece la comunidad de las mentes en el ser, ¿de qué género es la comunidad creada por el lenguaje metafórico? ¿Cómo debe plantearse el problema de la *analogia entis* desde el punto de vista de la existencia y aun de la necesidad de la expresión metafórica? (1).

Volvamos a nuestro tema. Cuando el poeta quiere limitarse a expresar sensorial y sentimentalmente el mundo real, ¿cuál es la relación entre su poesía y la realidad? Creo que la respuesta tiene dos partes. La primera atañe al instrumento principal de esa relación: la metáfora. La realidad del mundo sensible está presente en el poema merced a las conexiones metafóricas establecidas por su autor entre los términos con que él nombra los diversos entes sustantivos, las cualidades y los movimientos que integran tal realidad. La segunda parte de la respuesta concierne al poder expresivo o significativo de la metáfora sensorial. ¿Cuál es, en último extremo, ese poder? ¿Hasta dónde llega la capacidad significativa de la expresión metafórica? No pensemos ahora en alguna metáfora determinada, ni sólo en determinado autor. Imaginemos, en cuanto ello nos sea posible, el conjunto de todas las metáforas usadas por todos

---

(1) Entre los dispersos y ocasionales escritos sobre la metáfora mencionaré aquí varios de Ortega y Gasset, a quien el problema de la expresión metafórica no ha dejado de preocupar desde su mocedad. Véanse, como prueba, sus ensayos «Renan» (*Obras Completas*, I, 448-451), «Las dos grandes metáforas» (*Obras Completas*, II, 379-392), «La deshumanización del arte» (*Obras Completas*, III, 372-375) y «Ensayo de estética a manera de prólogo (*Obras Completas*, VI, 256-261). Sobre la metáfora poética ha publicado muy finas reflexiones A. Busuioceanu bajo los títulos de «Poesía y epifanismo» y «La verdad metafórica» (*Insula*, núms. 40 y 41, 1949). Remito también al libro *Poesía y realidad*, de G. Díaz Plaja, aparecido después de la composición de este ensayo.

los poetas de la historia universal, desde los que en Sumer modelaban trazos cuneiformes sobre la blanda arcilla, hasta los que hoy empuñan su cálamo estilográfico en Manhattan, en Saint-Germain-des-Prés o en el Café de Gijón. Así planteado el problema, la fórmula que da relativa conclusión a las desmedradas consideraciones precedentes podría ser enunciada así: la poesía de orden sensorial y metafórico—tal la de García Lorca——contiene a la realidad según la plenitud de las significaciones que la apariencia sensible de esa universal realidad puede ofrecer al espíritu humano. Con otras palabras: los sentidos y la imaginación creadora del poeta son parte inexcusable en la gran empresa que la Humanidad va cumpliendo a lo largo de su historia: la total y omnímoda humanización del mundo creado.

FRAY LUIS DE LEÓN, O LA ESPERANZA DE UNA INTELECCIÓN ESENCIAL Y PLENARIA DE LA REALIDAD

Bien distinta es la actitud de Fray Luis de León frente al mundo sensible. De ese mundo no quiere sólo la apariencia; quiere la más cabal, íntegra y verdadera noticia acerca de su ser. Mas como no es dada a la mente del hombre terrenal ciencia tan satisfactoria, Fray Luis se entrega a desear—y a esperar—un estado de su propio espíritu, en el cual toda oscuridad y toda ignorancia desaparezcan. Las hermosas liras de la *Oda a Felipe Ruiz* son transparente expresión poética de ese anhelo.

Comienza el poema con una interrogación impaciente y ambiciosa:

¿Cuándo será que pueda,
libre de esta prisión, volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo
contemplar la verdad, pura, sin duelo?

Tres cosas ansia Fray Luis en lo más íntimo de su alma de poeta y de hombre: salir de este modo terreno de la vida, que él considera como angosta prisión; ascender a lo más alto del cielo y contemplar desde allí, exento de privación y molestia, «sin duelo», la verdad pura. En la mente de este agustino renacentista perdura, hecho ya carne cristiana, el viejo sentir de los órficos y pitagóricos acerca del cuerpo humano: *soma, sema,* «tumba es el cuerpo». De esa limitadora tumba o prisión ha de volar el espíritu hasta lo más excelso e inmaterial del empíreo, entendido, a la manera tolomeica, como «última esfera» o «rueda que huye más del suelo».

Y desde allí, «en luz resplandeciente convertido», nos dice el poeta, seguro ya de sí y de su futuro transmortal,

veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

«Lo que es»: la realidad presente; «lo que ha sido»: la realidad pretérita; «su principio propio y escondido»: la oculta causa primera de la realidad. Pero ¿cómo entiende todo esto la mente de Fray Luis? Su respuesta poética es un juliovernesco viaje a través del universo, concebido éste según los cánones de la cosmología antigua. Ese viaje imaginario acontece de abajo arriba y en cinco etapas. La primera concierne a *la tierra,* reino del elemento más pesado e inferior:

Entonces veré cómo
la soberana mano echó el cimiento
tan a nivel y plomo,
do estable y firme asiento
posee el pesadísimo elemento.
Veré las inmortales
columnas do la tierra está fundada,
las lindes y señales
con que a la mar airada
la Providencia tiene aprisionada.
Por qué tiembla la tierra...

Una segunda etapa descubrirá a ese descomunal sediento de visión los secretos del *agua telúrica* y de sus varios movimientos:

por qué las hondas mares se embravecen;
dó sale a mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano y descrecen.
De dó manan las fuentes;
quién ceba y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes...

Pasa a continuación el viajero a la atmósfera o reino del tercer elemento, el *aire:*

de los helados fríos
veré las causas, y de los estíos;
las soberanas aguas
del aire en la región quién las sostiene;
de los rayos las fraguas;
dó los tesoros tiene
de nieve Dios, y el trueno de dó viene.

Aquí se interrumpe la narración del anhelado viaje inquisitivo,

y llegan las tres espléndidas liras en que Fray Luis describe el espectáculo de una tormenta de primo estío en el campo castellano o salmantino. La experiencia del poeta, más de una vez viajero por los altos caminos de Castilla, le permite brindar a sus más inmediatos lectores—campesinos de tierras del Duero—un intermedio sabiamente dramático:

¿No ves, cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano?
El día se ennegrece,
sopla el gállego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano.
Y entre las nubes mueve
su carro Dios, ligero y reluciente;
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente.
La lluvia baña el techo.
envían largos ríos los collados;
su trabajo deshecho,
los campos anegados,
miran los labradores espantados.

Viene, tras este intermedio proceloso, el cuarto trecho de la ascendente peregrinación: la esfera astral, el mundo de los planetas y las estrellas. Estaba nuestro curioso peregrino en la atmósfera:

Y de allí levantado
veré los movimientos celestiales,
ansí el arrebatado
como los naturales,
las causas de los hados, las señales.

No carece de interés observar la contraposición que establece Fray Luis entre los movimientos astronómicos «arrebatados» (los de los cometas) y los «naturales» (los de los planetas y las estrellas «fijas»). La mente del cosmógrafo se halla todavía inmersa en el saber antiguo; mas ya parece preludiar la fecunda distinción mecánica de Galileo entre los dos movimientos rectilíneos principales: el *moto violento* y el *moto naturalmente accelerato*. La interpretación matemática del adverbio «naturalmente», obra del gran pisano, hará nacer la mecánica moderna. También cabe advertir en la letra del poema la perduración de la creencia en las señales astrológicas. Fray Luis, como casi todos los hombres de su tiempo, admite una relativa acción de los astros sobre el destino de los hombres (2). Y sigue el poeta, siempre orientado por la cosmología antigua:

---

(2) Acerca de las creencias astrológicas durante el Renacimiento, véase el libro de Cassirer *Individuum und Kosmos in der Philosophie der Renaissance*. Leipzig, 1927.

Quién rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por qué están las dos Osas
de bañarse en el mar siempre medrosas.

Un texto de la *Exposición del Libro de Job* nos da la clave de estos dos últimos, extraños versos. Inspirado en Virgilio—*arctos Oceani metuentes aequora tingui* (Georg., I, 246)—, Fray Luis ve a las dos celestes Osas separadas por la Serpiente, e incapaces de tocar la superficie marina en su aparente movimiento nocturno (3). A esta esfera astral pertenece el Sol, hontanar del calor y la vida terrestres, y sede del cuarto elemento, el *fuego*. Fray Luis, virgiliano de nuevo,

—Veré este fuego eterno,
fuente de vida y de luz, dó se mantiene;
y por qué en el invierno
tan presuroso viene,
por qué en las noches largas se detiene—

no se conforma sino penetrando en los últimos arcanos de la realidad solar.

Entramos, por fin, en la quinta etapa del viaje. La ávida imaginación del poeta le hace asistir contemplativamente a la sublime calma del empíreo, esfera inmóvil y extremada—la «rueda que huye más del suelo»—donde habitan las ideas y los espíritus angélicos y bienaventurados:

Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

Aquí terminan la excursión celeste y el poema. Fray Luis de León, su autor, nos ha hecho conocer con él otro modo de la re-

---

(3) Dice así ese fragmento de la *Exposición del Libro de Job* (Fray Luis de León, *Obras Completas Castellanas*, B. A. C., Madrid, 1944, pág. 962):

Aquí va dando vueltas la Serpiente
grandísima, a manera de un gran río
por entre las dos Osas reluciente;
las Osas, que en la mar nunca el pie frío
lanzaron...

La conexión entre *Oda a Felipe Ruiz* y la *Exposición del Libro de Job*, ha sido bien estudiada por Oreste Macrí (*Fray Luis de León. Poesie. Testo criticamente riveduto, traduzione a fronte, introduzione e commento*. Firenze, 1950, págs. 174-182). Lo que Oreste Macrí no menciona es que uno y otro verso, el de Virgilio y el de Fray Luis, aluden inequívocamente al bellísimo mito de la ninfa Calisto.

lación entre la poesía y la realidad. La realidad del mundo—quiero decir: una visión esencial y agotadora del mundo sensible—está ahora presente en el texto poético «en esperanza». Puesto que no puede entender lo que la realidad es en sí misma, allende su mera apariencia, el poeta canta su esperanza de un estado en el cual llegue a conseguir esa anhelada intelección total (4).

ENTRE GARCÍA LORCA Y FRAY LUIS DE LEÓN

¿Es posible una actitud poética intermedia entre la intuitiva y sensorial de García Lorca y la esperanzada e intelectiva de Fray Luis de León? ¿Cabe expresar *sub specie poeseos* la explicación racional y la intelección metafísica de la realidad? Y en tal caso, ¿cómo esa realidad está presente en el poema? Estas urgentes interrogaciones proponen a la inteligencia el tema de la relación entre el conocimiento científico y el conocimiento poético de la realidad. Estudiemos, pues, siquiera sea por modo sumarísimo, las tres principales actitudes adoptadas frente a él.

I. Actitud positivista. Para muchos de los hombres de ciencia educados en el positivismo, y más aún para los rudos positivistas no científicos, la expresión poética es objeto de enemistad cordial, cuando no de cínico o velado menosprecio. La poesía sería una de las manifestaciones de la situación «mítica» del espíritu humano —la más primitiva, según el esquema historiológico de Augusto Comte—y, relativamente a la presunta «razón» de la ciencia, constituiría una verdadera y monstruosa «sinrazón». Desde el punto de vista de la relación del poema con la realidad (5), lo más que cabe, dentro de la visión positivista del mundo, es discriminar las «verdades positivas» que puede aquél contener, bajo la fronda ociosa de sus poéticas «falsedades». No en vano lord Bacon, venerado precursor del positivismo, declaró vitandos para el pesquisidor de la verdad los *idola fori*, las convenciones verbales que los poetas inventan, y acepta luego el común de las gentes; y en ese pensamiento de Bacon debió de inspirarse Harvey para escribir la sentencia que antes cité.

Sólo siendo secuaz y expositor del filósofo o del hombre de ciencia podría lograr su justificación histórica el poeta, una vez iniciada la etapa «positiva» de la historia universal. La poesía se convierte así en humilde sierva del saber científico: *poesis ancilla noe-*

(4) Fray Luis de León aspira, frente a la realidad del mundo, a la pura *evidencia* intelectual e intuitiva. Quevedo, en cambio, expresa en su poesía la esperanza de una *posesión* integral de esa realidad sensible.

(5) Esto es, no contando su posible valor estético o lúdico.

seos. Así lo entendió Zola, cuya «novela experimental» no es otra cosa que una versión literaria del «método experimental» del fisiólogo Claudio Bernard; y ésa fué, bien lejos del positivismo décimonónico, la relación entre el gran poema cosmológico del romano Lucrecio y la filosofía natural del griego Epicuro. Con su hermoso decir, el poeta debe enseñar a las gentes la ardua y descubridora ciencia del sabio.

II. Actitud romántica. La mentalidad romántica, tan exaltadora de la intuición genial y de la espontaneidad del espíritu, propendió a confundir ciencia y poesía, en orden a su posible valor para el conocimiento humano de la realidad. «Los doctos en ciencia natural y los poetas han hablado siempre un solo lenguaje y han mostrado ser una sola familia», escribía Novalis en *Los aprendices de Sais.* No desconoce el pensador romántico la diferencia entre un tratado de mecánica celeste y una colección de poemas líricos sobre el firmamento; pero, movido por su visión historicista de las cosas —pocos serán ya los que ignoren la conexión entre romanticismo e historicismo—, interpreta esa diferencia como un suceso transitorio en trance de extinción definitiva. «No se quería admitir—había enseñado Goethe—que la ciencia tuvo su origen en la poesía; no se tomaba en consideración que, después de un período de transición, ambas podrían volver a encontrarse amistosamente en un plano más elevado y para su mutuo provecho» *(Zur Morphologie).* Así, por su parte, Friedrich Schlegel (6), y así, en pleno positivismo, Flaubert: «*Plus il ira, plus l'art sera scientifique, de même que la science deviendra artistique; tous deux se rejoindront au sommet, après s'être séparés à la base.*» Tales de Mileto y Empédocles, sabios antiguos, fueron a la vez poetas y hombres de ciencia; y después de un ocasional divorcio entre la poesía y el conocimiento científico, esa venerable unidad en el saber del hombre está volviendo a ser, por modo más alto y esclarecido, indefectible patrimonio de la mente humana.

No todos los románticos se conformaron equiparando la poesía y la ciencia y esperando el advenimiento de su renovada y definitiva conjunción. Algunos, más celosos de su propio oficio poético, o acaso más irritados contra la progresiva vigencia social del hombre de ciencia—*irritabile genus* es el de los vates, según tradicional sentencia—, denostaron con vehemencia la validez del conocimiento científico y la creciente destrucción de la belleza del mundo que ese conocimiento parece acarrear. Coleridge presentó a la ciencia

---

(6) «Todo arte debe hacerse ciencia, y toda ciencia, arte» (*Kritische Fragmente,* 115).

como la fea antítesis de la poesía; Keats, en un famoso brindis, maldijo a Newton, aniquilador de la belleza del arco iris; Edgar Allan Poe apostrofó a la ciencia natural en versos tan agresivos como delicados:

¿No fuiste tú quien separó a las náyades de su agua,
y a los duendes del verde césped, y me robaste a mí
el sueño estival bajo el tamarindo?

Románticamente concebida, la poesía se trueca en adelantada y mentora del conocimiento científico de la realidad. No de otro modo puede entenderse la considerable influencia de Novalis sobre los médicos y *Naturphilosophen* del Romanticismo alemán, o el proceder de Oersted, que inició sus experimentos electromagnéticos seducido por la romántica visión schellinguiana del universo.

III. Frente a los positivistas y a los románticos, ¿cabrá una actitud superadora e integrativa? Obsérvese que no digo «intermedia», sino «superadora» e «integrativa». No resisto la tentación de copiar, malamente traducido a nuestro romance, el soneto en que un excelente poeta inglés, Walter de la Mare, postulaba hace tres decenios esa tercera actitud:

Vi cómo la dulce poesía miraba con aflicción
a la peluda ciencia, que hocicaba en la grama;
la pobre poesía, en efecto, debe pasar por tal camino
en su larga peregrinación hacia el paraíso.
Gangueaba, gruñía y chillaba la ciencia, picada por las moscas,
tostada, curtida por la intemperie y, ¡ay!, miope,
por fuerza sometida a husmear de cerca
sus pobres y dispersos rincones al aire libre.
Mas la poesía bajó con buen ánimo
y pronunció su nombre con voz suave y clara;
se inclinó sobre la ciencia, acariciándole el excesivo hocico;
refrescó su sed con rocío; restregó sus ojos
hasta dejarlos puros y libres; y al fin pudo reír de alegría, viendo
en aquellas grises profundidades el azul de sus propios ojos (8).

El autor, poeta, no recata su visión «filopoética», valga la expresión, de esa coincidencia radical entre la poesía y la ciencia: la ciencia es peluda y larga de hocico, la poesía ligera y gentil. Pero no es esto lo que ahora importa, sino la azul condición de unos y otros ojos. Aun no siendo iguales el ojo del hombre de ciencia y el del poeta, algo los hermana entre sí. El problema es

(7) *Sonnet to Science*. Véase a este respecto el libro de Ralph Brinckerhoff Crum (*Scientific Thought in Poetry*, New York, 1931) y el de Alexander Gode-von Aesch (*Natural Science in German Romanticism*, trad. esp., Buenos Aires, 1947).

(8) «The Happy Encounter», en *Poems*, London, 1920 (cit. por A. Gode-von Aesch).

saber en qué consisten la semejanza y la diferencia entre esos dos órganos visivos.

Frente a las cuestiones intelectuales, unos prefieren las alusiones bellas y otros exigen razonamientos concluyentes. Muy a sabiendas de que voy a desplacer a entrambos gustos, debo dar término a esta ya larga marcha de aproximación—a ello queda reducida, a la postre, toda mi galopante reflexión anterior—enumerando sobria y velozmente varias de las proposiciones a que puede ser reducido nuestro constante problema: el problema de la vidriosa relación entre la poesía, la ciencia y la realidad. He aquí la serie de tales proposiciones:

1.ª El objeto primario de la expresión poética y de la expresión científica—la realidad, el orbe de «lo que es»—es el mismo para el poeta y para el hombre de ciencia. Por muy abstracto o irreal que parezca ser el contenido de un poema, su punto de partida será siempre la experiencia vital de su autor; es decir, una impresión humana de la realidad. No hay duda: cuando Vicente Aleixandre, valga su alto ejemplo, escribe:

Yo vi dibujarse una frente,
frente divina: hendida de una arruga luminosa,
atravesó un instante preñada de un pensamiento sombrío.
Vi por ella cruzar un relámpago morado, vi unos ojos
cargados de infinita pesadumbre brillar,
y vi a la nube alejarse, densa, oscura, cerrada,
silenciosa, hacia el meditabundo ocaso sin barreras,

es evidente que sus versos se refieren, ante todo, a la imaginación de un cielo anubarrado y tormentoso. El meteorólogo y el poeta se hallan ahora ante una y la misma realidad. En este sentido, toda poesía, hasta la llamada «pura», es poesía realista.

2.ª El poema y el documento científico pueden contener, en principio, los mismos elementos descriptivos de la realidad: imágenes directas, metáforas, conceptos racionales, intuiciones metafísicas. Gerardo Diego habla así a la tierra primaveral, renaciente y recreada después de su invernal soledad:

De tus prodigalidades
han vuelto a nacer los cuerpos,
las almas, nubes y sueños.
Y otra vez la hormiga existe,
y el límite, y la distancia,
lo posible y lo infinito.

¿Quién dudará de que las palabras «límite» y «distancia» significan ahí, entre otras cosas, lo mismo que en las descripciones

geodésicas de la realidad terrestre? ¿Quién despojará a los vocablos «posible» e «infinito» de su riguroso sentido metafísico, aun cuando la intención de quien ahora los ha escrito diste mucho de hacer filosofía primera?

3.ª Difieren esencialmente, en cambio, la intención del poeta y la del hombre de ciencia frente a la realidad, así como el *órganon* o instrumento de que uno y otro se valen para apresarla y expresarla. Sea sensorial o racional el poema, su autor se propone siempre *recrear* la realidad—volver a crearla dentro de sí mismo—y *humanizarla* plenamente, mostrando lo que para él y para muchos o todos los hombres significa. «Diríase—ha escrito Ortega—que llevamos dentro toda futura poesía, y que el poeta, al llegar, no hace más que subrayarnos, destacar a nuestros ojos lo que ya poseíamos» (9). Ahora bien: eso que el poeta subraya en nosotros es una partecilla de lo que la realidad «puede ser» para el hombre, y de ese modo logra humanizarla. Cuatro sencillos y sutiles versos de Pedro Salinas, escritos luego de hacernos saber que no se fía de las rosas de papel (artificio, puro artificio humano), ni de la rosa verdadera (naturaleza, fatalidad sobrehumana)

—De ti que nunca te hice,
de ti que nunca te hicieron,
de ti me fío, redondo
seguro azar—

nos esclarecen nuestra peculiar situación de hombres actuales —nuestro nietzscheano *amor fati*—frente a las vicisitudes del propio y personal destino de cada uno de nosotros. El hombre de ciencia, en cambio, aspira a *dominar* intelectualmente la realidad que le es dada y a *prever* las mudanzas que en ella sobrevienen. La recta previsión del resultado a que condujo el experimento de Michelson y Morley pertenecía esencialmente a la teoría de la relatividad; y, como en éste, en cien casos más. En el conocimiento científico no importa, como en el poético, lo que la realidad «puede ser» para el hombre, sino lo que esa realidad «es» y «va a ser». De ahí la índole del *órganon* expresivo a que respectivamente apelan uno y otro: el poeta debe recurrir a la metáfora multimodal, y el hombre de ciencia, que puede y aun tiene que comenzar muchas veces usando metáforas, se ve necesariamente obligado a convertirlas cuanto antes en conceptos y leyes (10).

---

(9) «Estafeta romántica» (*Obras Completas*, III, 16).

(10) «La poesía es metáfora; la ciencia usa de ella nada más», escribió Ortega («Las dos grandes metáforas», *Obras Completas*, II, 379). En rigor,

4.ª Puesto que la realidad es la misma ante el poeta y ante el hombre de ciencia, pese a la esencial diferencia entre uno y otro, esa diferencia no excluye, antes exige, la mutua y complementaria ayuda del conocimiento científico y del conocimiento poético, en orden a la humana intelección de la realidad. Pero tal cooperación no puede hacerse efectiva más que a través de una visión metafísica—más o menos «científica» o «poética»—del mundo real. Mientras la ciencia sea «pura ciencia» y la poesía «pura poesía», necesariamente predominará la diferencia entre ellas. ¿De qué modo podrían ser complementarios y coadyuvantes, en la tarea de entender humanamente la realidad del fuego, el poema *La hoguera*, de Luis Felipe Vivanco,

—Manos que, de tan ávidas, no encendieron el fuego,
ya están ardiendo pródigas, transparentes, doradas—

y la *Historia de una llama de bujía*, de Faraday? En cambio, una ciencia metafísica y una poesía metafísica—o bien: una ciencia y una poesía «puras», pero metafísicamente interpretadas *a posteriori*—, por necesidad se ayudarán en la tarea de penetrar intelectivamente en el ser del mundo real. Quien sea capaz de descubrir, por ejemplo, el significado metafísico del poema *Más allá*, de Jorge Guillén, habrá corrido buen trecho en el empeño de comprender una posible versión parmenidiana de la ontología y de la antropología filosófica; y nadie menor que Martin Heidegger (11) se ha lanzado a la empresa de enriquecer nuestro conocimiento ontológico de la existencia humana interpretando metafísicamente la poesía de Hölderlin y Rilke. La interrogación inicial de esta dual y aunadora pesquisa deberá ser siempre la misma: ¿cómo tienen que estar constituídas la realidad de las cosas y la mente

---

una y otra *usan* de la metáfora, mas con intención diferente. La obra de Ortega contiene un amplio y brillante elenco de reflexiones sobre el conocimiento poético: «Meditaciones del Quijote» (*Obras Completas*, I, 380 y sigs.), «Estafeta romántica» (*Obras Completas*, III, 13-24), «La deshumanización del arte» (*Obras Completas*, III, 371-33), «Espíritu de la letra» (*Obras Completas*, III, 577), «Ideas y creencias» (*Obras Completas*, V, 398-401). Una lectura de todos estos textos mostrará al lector en qué sigo al común maestro y en qué me aparto de él. Hace ya muchos años, Calvin Thomas («Poetry and Science», *The Open Court*, III, 1889) trató de precisar las relaciones entre la poesía y la ciencia analizando la segunda versión del *Wanderer Nachtslied* («Canción nocturna del caminante»), de Goethe. Para Thomas, una y otra hallan su materia prima en el mundo de los fenómenos reales. Cuando alguien siente curiosidad por saber algo de esos fenómenos, hace ciencia; cuando establece relaciones entre su propia personalidad y la realidad observada, hace poesía.

(11) Véanse, a tal respecto, sus ensayos *Hölderlin und das Wesen der Dichtung* (München, 1937) y «Wozu Dichter?», éste en *Holzwege* (Frankfurt, a. M., 1950).

humana para que de aquélla haya podido decirse lo que el hombre de ciencia y el poeta dicen? La respuesta mostrará, ineludiblemente, el modo como la palabra científica y la palabra poética, cada una a su modo, patentizan y definen los seres y el ser del mundo creado.

El poeta, cantor de lo que es, vive en constante y cambiante comercio verbal, espiritual, con la realidad universa. Muchas veces queda el canto en la sobrehaz visible de las cosas; otras alcanza su más secreta entraña entitativa. ¿Cómo accede el cantor hasta ella? ¿Cómo llega a ser el mundo, cuando le ha transfigurado el verbo del poeta? Quede para otra hora el conato de una torpe respuesta conceptual. Hoy, amigos, nos limitaremos a oír dos testimonios subjetivos acerca de esta visión poética del ser. Uno se mueve en el dominio de la definición; el otro, en la región del cántico. Poesía es, reza el primero, «el ritmo de la creación vibrando a través de la tierra en la palabra humana. Un camino de Dios, entre tantos que la complejidad del caos necesita...» (12). El segundo, más sentimental que metafísico, dice así:

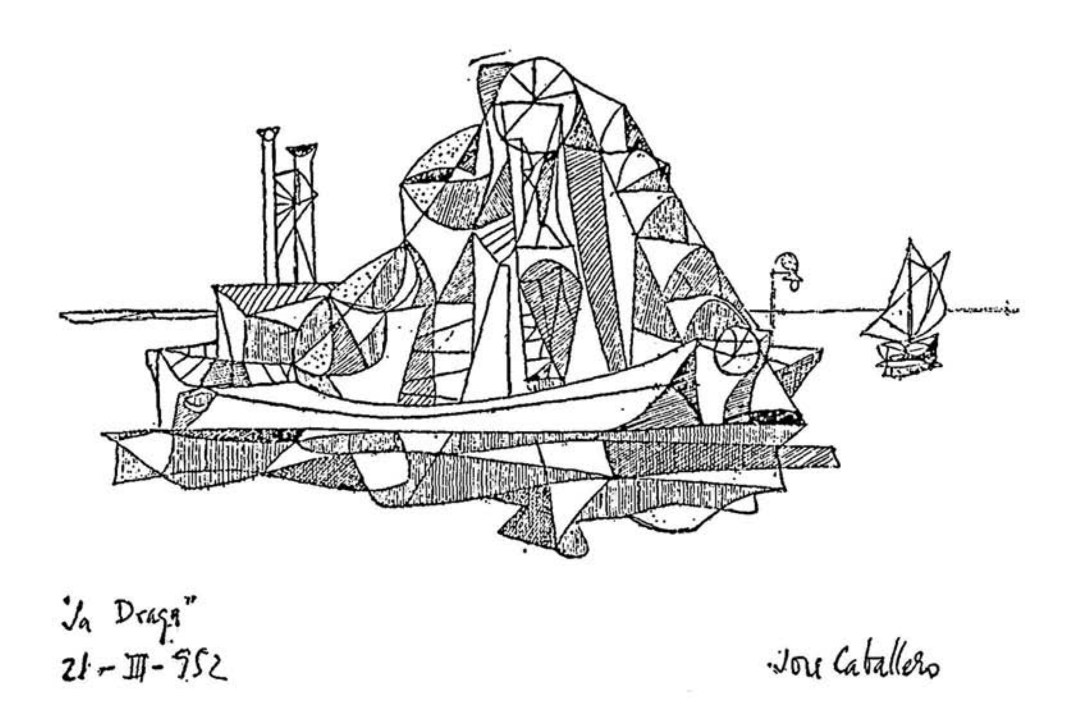
Nos das la mano en un momento
de afinidad posible, de amor súbito,
de concesión radiante,
y a tu contacto cálido,
en loca vibración de carne y alma,
nos encendemos de armonía,
nos olvidamos, nuevos, de lo mismo,
lucimos un instante alegres de oro (13).

Ha escrito un eximio filósofo actual que «la palabra es la casa del ser». Si el contacto esclarecido de nuestro espíritu con el ser de la realidad creada trae consigo, siquiera sea fugazmente, esa lúcida embriaguez, ¿no habrá que llamar «ánfora del ser» a la palabra, este grande, este inmerecido obsequio de Dios?

---

(12) J. Maragall: *Elogio de la poesía*, en *Obres Completes*, Barcelona, 1947, pág. 827.
(13) Juan Ramón Jiménez: *Criatura afortunada*, en *Verso y poesía para niños*, Puerto Rico, 1936.

Pedro Laín Entralgo.
Lista, 11.
MADRID.



DE LA IMAGINACION EN TINTA CHINA

CARTA AL PINTOR JOSE CABALLERO, A PROPOSITO DE SUS ULTIMOS DIBUJOS

Querido Pepe: El otro día me quedé solo entre tus dibujos. La tarde, última ya, azulaba tu taller y las cosas—los cacharros, las tallas, tus cuadros—iban adquiriendo una entidad inquietante. Era, claro, el influjo de la sombra que los protegía y les estimulaba, en tu ausencia de dueño concertador de tanto objeto bello, a vibrar vitalmente. Casi rumoreaba la cajita de música y puedo asegurarte que el pequeño arlequín se redondeaba dando vueltas.

Los rasgos de tus nuevos dibujos se transformaban en especie de tramas insólitas sobre el indefenso papel, como telarañas de fantasía, hilografías ágiles. Transmitían muchos sentimientos, entre ellos el de una emoción en pérdida, como un olvido que se fuera irguiendo en el horizonte.

No estoy nada seguro de lo que ocurrió después, pero es el caso que sorprendí de pronto unas apostillas interferidas entre las imágenes que habías dibujado. Creo haberlas leído como un eco de aquellos sentimientos o, más bien, como su rapsodia. Elocuente

comentario en el recinto de tus líneas, que me hospedaban—mágica, inevitablemente—en aquel momento.

Nada ducho en terrenos oníricos, ignorante en disquisiciones sobre los límites conscientes y los vértigos abisales, prefiero no averiguar cómo se podría denominar ese trance. (No faltarán profundos hombres de ciencia, de esos que han acotado matemáticamente el perfil del sueño, o aquellos literatos expertos en toda contingencia humana, que clasificarían agudamente, si les interesara, este mi modesto traspiés con la realidad.)

Porque, y éste es el inexplicable suceso, luego, cuando la noche me recuperó y todos los habitantes de tu taller me miraron impávidos, desde su inmovilidad anterior, no encontré esos textos. Sólo los dibujos parecían insistir las palabras desaparecidas, desvanecidas.

Te imaginarás mi temerosa extrañeza. Pocos tratos quiero con el tembloroso mundo de lo oculto, donde escasos son los que se arriesgan con fortuna. Tú entre ellos; desde tu arranque como pintor, llevas un pasaporte de libre tránsito poético. (A mí dejadme el contacto con la rugosa piel de lo cotidiano, que ya me es trabajosa aventura.)

He quedado, entonces, depositario de aquellos mensajes. Mi memoria ha guardado fielmente el contenido de las leyendas. Aquí van. Se acomodan exactamente a lo que yo pienso de tu arte. Tanto, que, en mi confusión, a veces las tengo por propias. De todos modos, te confieso el ingenuo orgullo de haber coincidido con el misterio, yo, que no cultivo sus favores.

Te sorprenderá recibir estas líneas por un conducto no postal. Es que, intermediario casual de testimonios que te afectan en lo más vivo de tu inquietud creadora, no he querido arriesgarlos. ¿Qué cartero me hubiera garantizado la entrega del milagro? He preferido las seguras manos de un poeta, más habituado a este tráfico de suspensos y visiones. Por eso le he pedido a Luis Rosales te entregue las aleluyas que traspapelaban tus dibujos y que yo firmo provisionalmente—prudencia prejudicial—por si compareciera la voz que les dió origen.

Te reitero la lealtad de mi memoria. He conservado escrupulosamente las excelencias de lo que se me apareció; sólo me son imputables las debilidades que se pudieran advertir.

Te abraza,

JOSÉ MANUEL MORAÑA

"La Excursión"

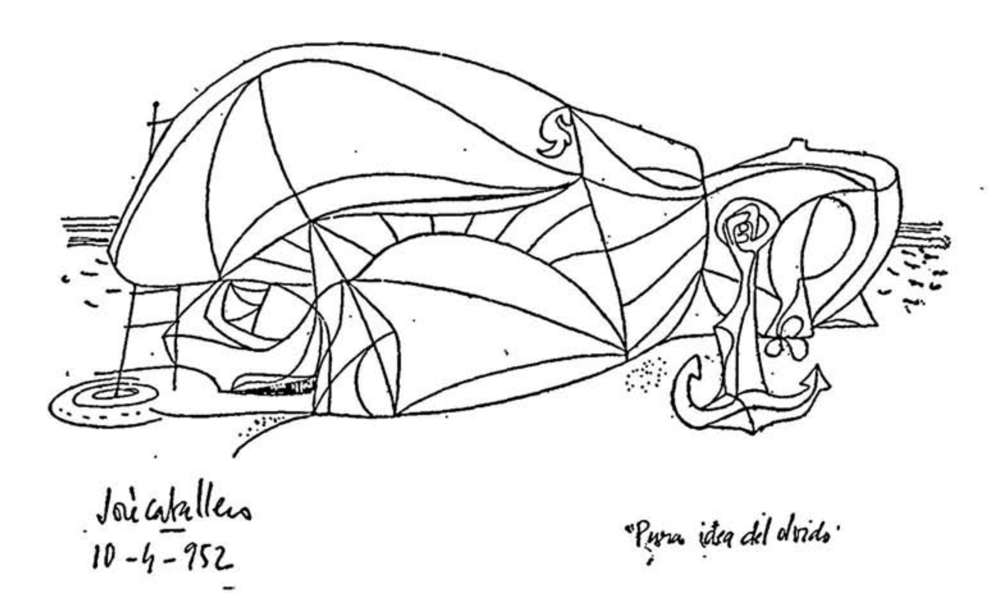


EL DIBUJO COMO SALTO MORTAL

Si tenéis alguna duda sobre el real valor de un pintor; si a través de los cuadros el sortilegio del color, la eficacia de la composición, os hacen temer un brillo que ocultaría simples retóricas de oficio, una apariencia desprovista de sustancia, recurrid a una prueba que no falla. Ved los dibujos de ese artista y sabréis de qué dosis de verdad dispone.

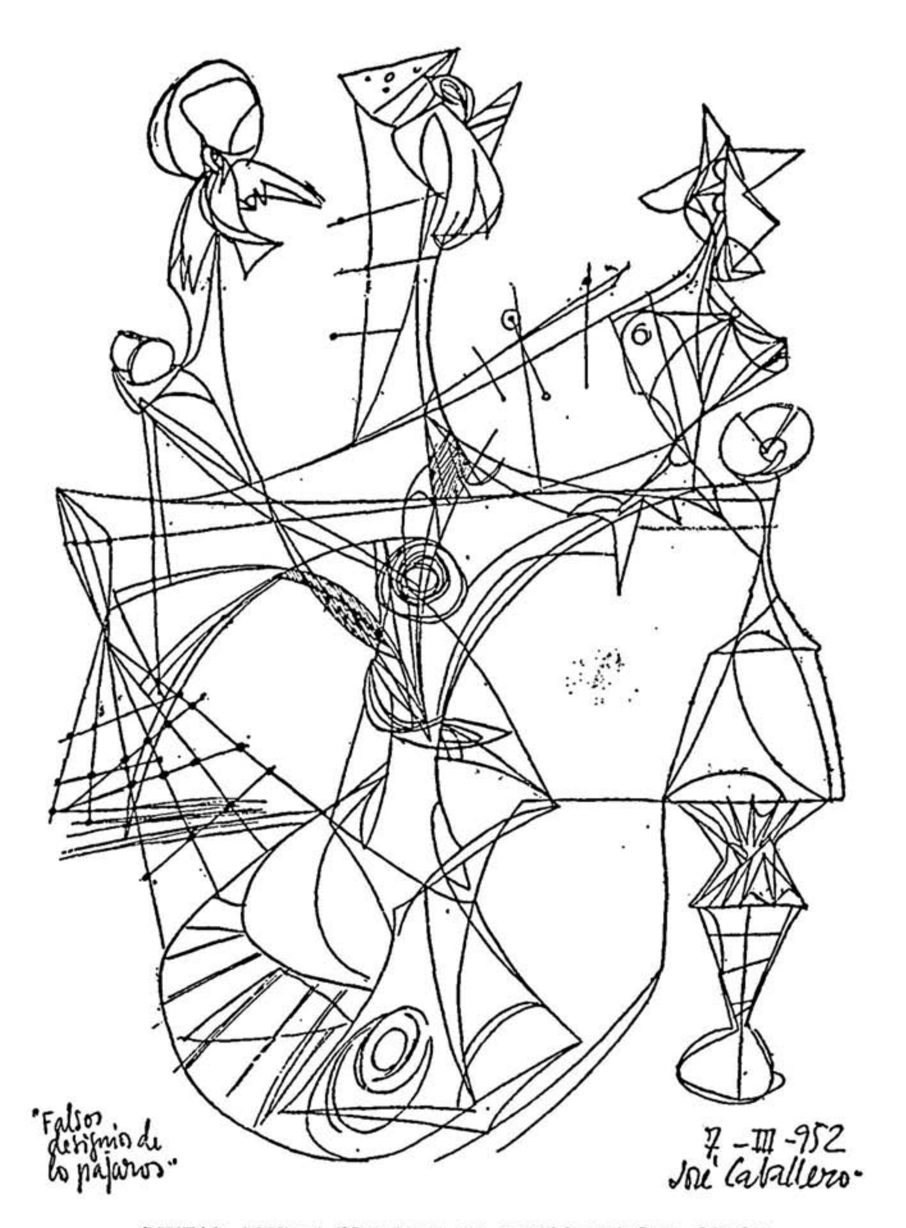
El dibujo no admite fingimientos o los delata clarísimamente. Los efectismos exclaman ahí su impotencia y no hay lugar para trivialidades. La pura grafía acusa a la vez la calidad artística y

cierta condición «moral» de la mano. Es una suerte de grafología, riesgo seguro para algunas habilidades sin sostén. Ingres tenía razón: «El dibujo es la probidad del arte.» Y a la vista tenemos las pruebas de que Jesús Caballero merece un premio a la virtud. Virtud de expresividad formal, primacía de lo poético limpiamente dicho, desnudez de trucos; honda, señera fuente imaginativa.



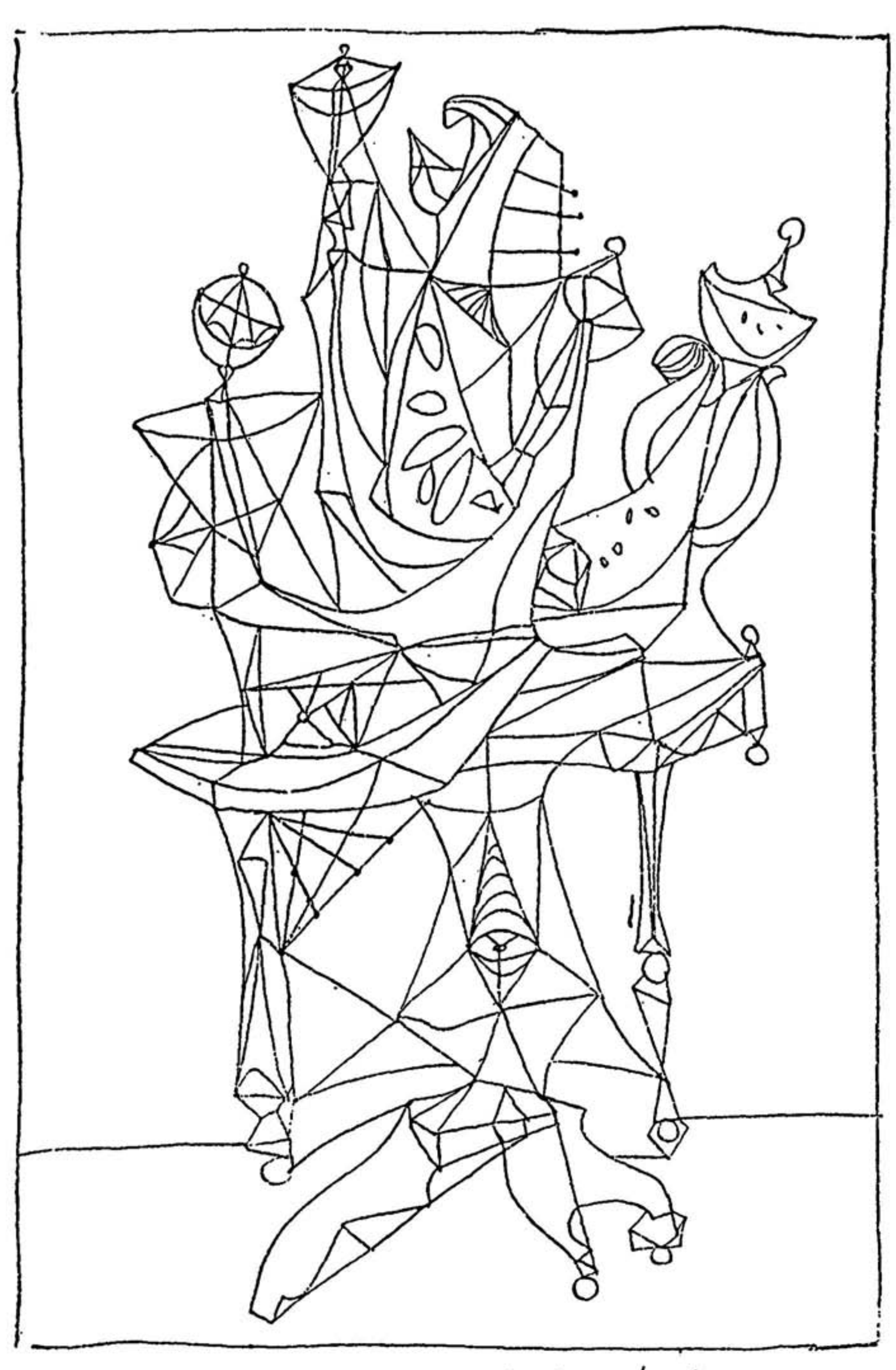
DE LA CREACION AL ALCANCE DE TODOS

Una hoja de papel es siempre la posibilidad de un milagro. Unos rasgos pueden ser en ella inscritos, y he aquí, entonces, que la superficie, antes inmóvil, se preña de contenido. Que la Providencia guíe esos rasgos en un cierto orden, nunca repetido, y resultará un asomo de felicidad. La expresión habrá nacido y toda una organización de reflejos, ideas y trasuntos vibrarán en el espectador. El mecanismo es simple, como se ve, y todos tenemos acceso a él. Sólo debe cuidarse de convocar a esa fuerza innominada que fija el itinerario de las líneas hacia el gozo del alma. José Caballero tiene el poder de citarse con ella a menudo. Y de esa envidiable puntualidad surgen estos dibujos en que, como mapas de intuiciones abrochadas a la punta de la pluma navegante, recorremos el laberinto feliz de una metáfora. Exactamente, como ante esta *Pura idea del olvido.*



LINEAS CONTRA LINEAS Y LA CONCORDIA DEL COLOR

Estos dibujos no existen solos. El combate de sus grafismos nerviosos se continúa en algunos óleos, acometidos con la máxima intensidad a que ha llegado hasta ahora Caballero. Si sus períodos anteriores acreditaban más densidad de atmósfera, las derivaciones pictóricas de los presentes dibujos acusan una desnuda voluntad de potencia colorista. Airadas superficies fulguran a toda marcha. Los planos van empujados por contrarios colores, mas el imperio sutil,



8 - III - 952

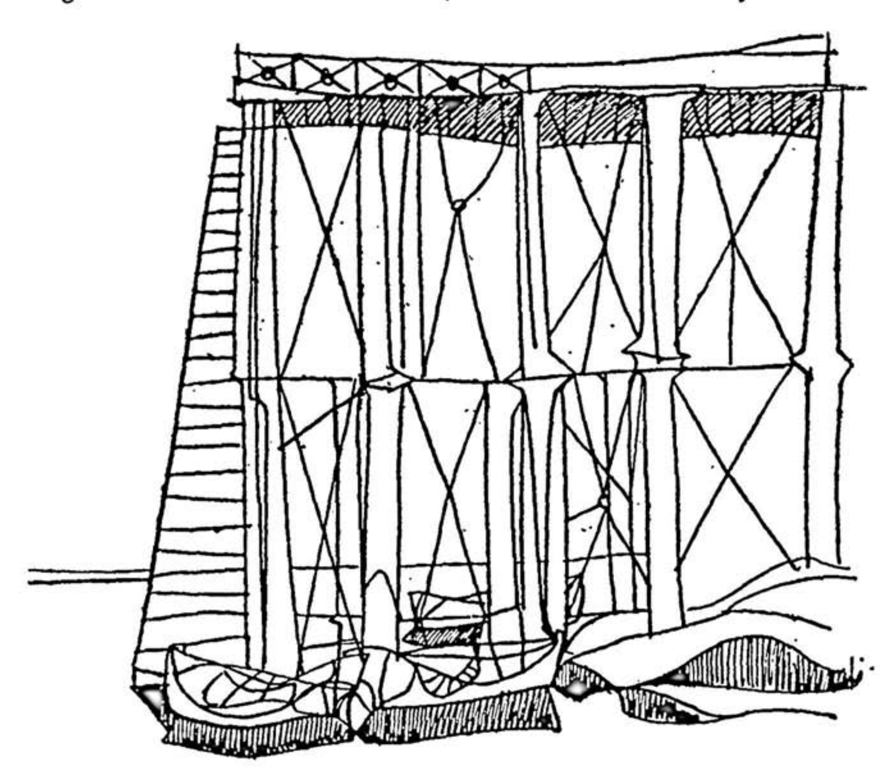
Velador histérico
José Caballero



pero presente, de una «clave», origina un final compendio de armonía. Caballero, renovado en permanencia, nos asegura ahora una vitalidad puramente plástica de bases líricas.

PROMESA Y PRIMICIAS

Feliz pintor, Caballero: todo lo que hace tiene carácter de «augural». Artista nunca acabado, su obra lo va construyendo. In-



"Marea baja" José Caballero 21-III-1952

versamente a lo que perezosamente se supone, el creador no hace más que desatar unas fuerzas cuyos designios luego nos lo van retratando. Caballero puede verse ya en el espejo de sus cuadros, de estos dibujos, como un suscitador de alegrías lineales, de fervores de materia, de colores, de signos que piden más campo para correr. Fuera pedantería hablar de «expresión dinámica» como su acento



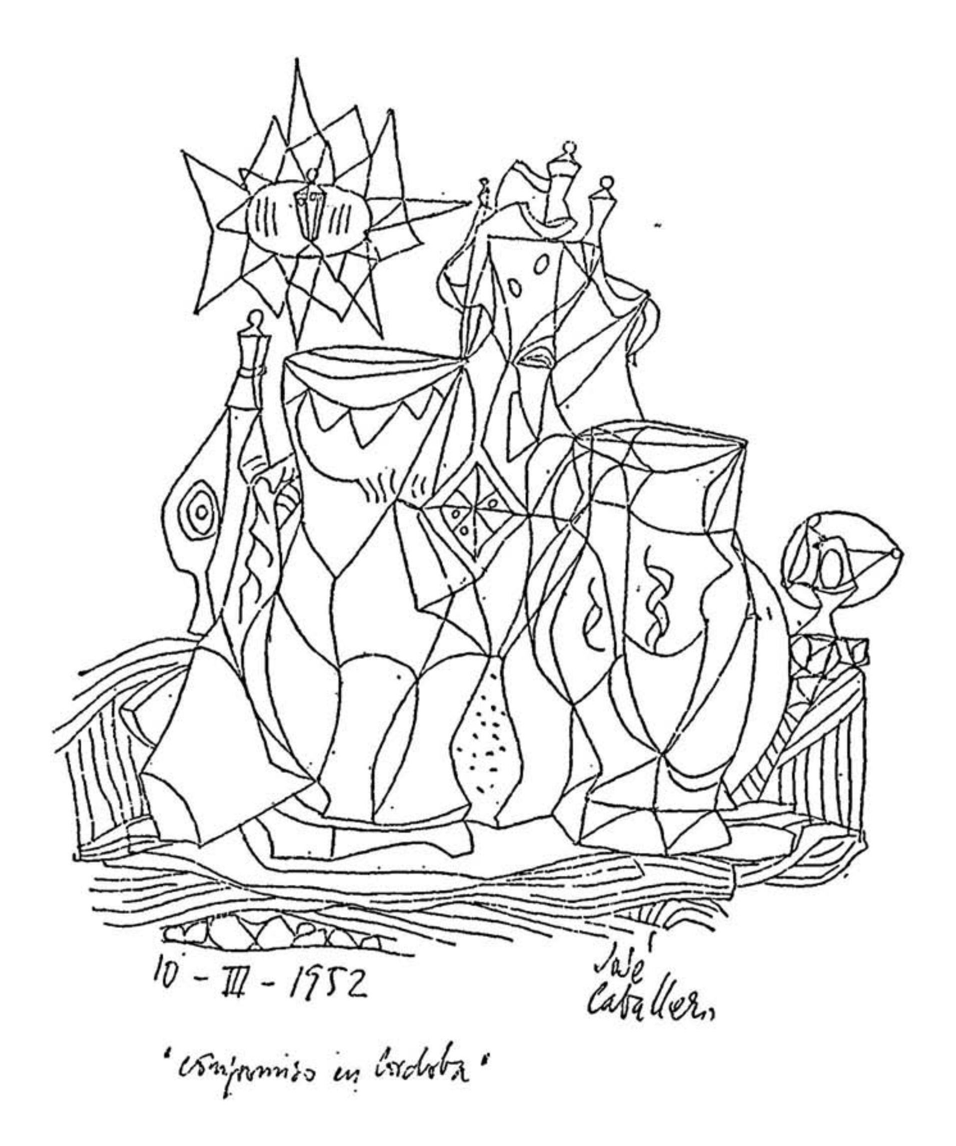
personal; pero aquí lo dicen sus dibujos y nos lo repite el autor en cada etapa—cada primavera—de su entusiasmo. Eticamente, en el arte de nuestros días, ésa es la virtud más alta.

PRESCRIPCION Y VIGENCIA DEL SURREALISMO

Airados vientos arremeten últimamente contra el surrealismo. Los epigonos postreros dan fácil tema de ataque. La retórica subconsciente está deshilachada y sus jirones se cambian en otra cosa y se nombran diversamente para despistar la historia. Pero el castigo a ciertas falacias, a folletines de mal gusto vertidos en pretenciosas alegorías antipictóricas, no debe ocultarnos que queda en pie la

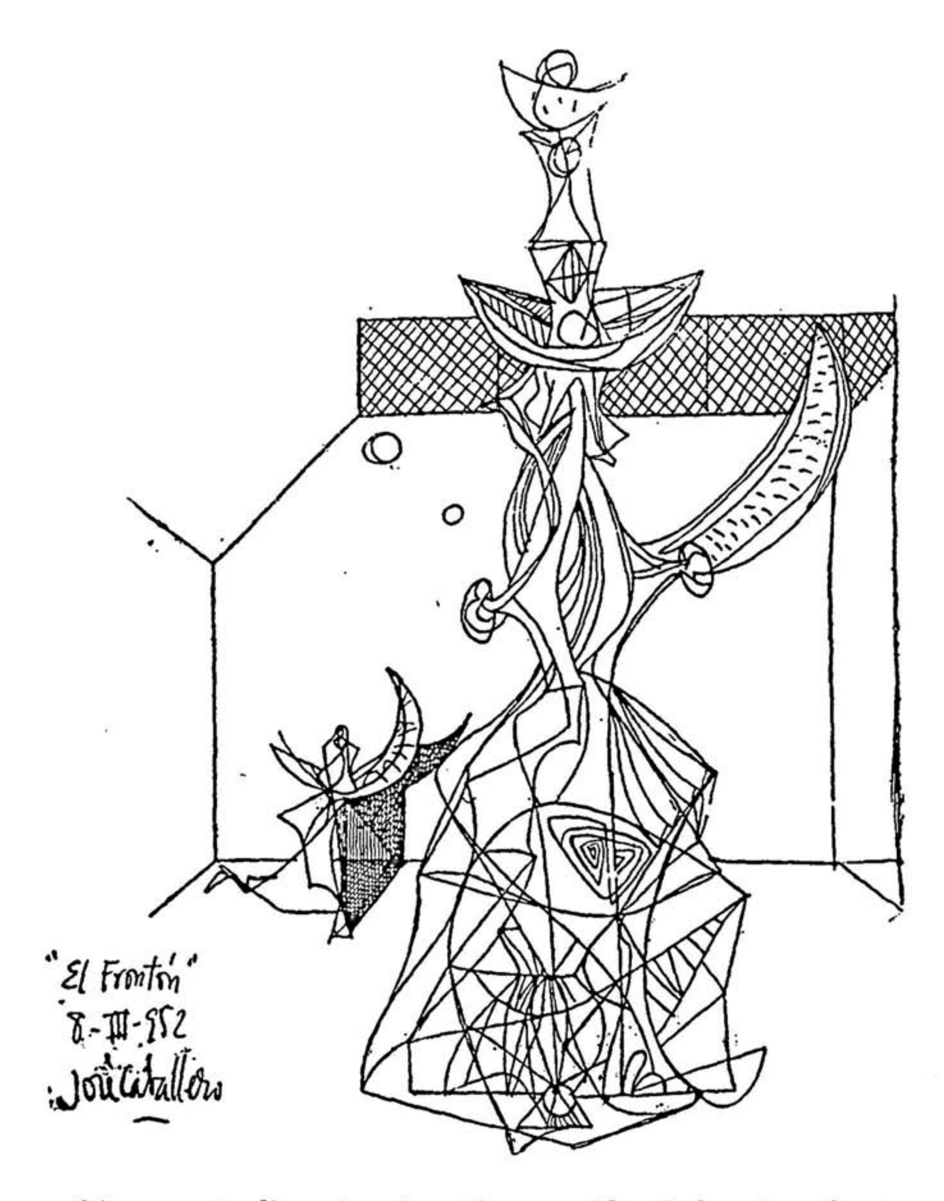
autenticidad de la actitud surrealista primera: la gratuidad esencial del hallazgo estético, la significación profunda del oscuro interior humano. Caballero tiene la fidelidad de los principios y se reserva los derechos de una inquietud que es un signo suyo. Al considerársele surrealista, no se hace más que aproximarle una clasificación cuyos barrotes se quiebran ante la pujanza de su don imaginario y la juventud irrenunciable—y siempre activa— de sus medios técnicos.





¿Hasta qué punto es legítimo el bautizo de una obra plástica? Su propia concreción, ¿admite honradamente la introducción de ese elemento—el título—que puede llevarnos a un terreno equívoco, aun opuesto a la virtualidad de lo gráfico? Evidentemente, la titulación de las obras de arte importa un riesgo: traicionar el sentido de la obra, agregar referencias espúrias, prometer un mundo sobre un—apenas—signo trivial.

Caballero ignora esa preocupación; goza trayéndonos palabras que ciñen sus dibujos como un arabesco sugestivo. Son hallazgos



poéticos—nunca literarios ni postizos—nacidos de la misma fuente que sus imágenes. Recíproco complemento, el dibujo nos emociona hasta el eco de la palabra, y ésta, a su vez, revierte su savia por los canales de las formas, colmándolas de sentido. Juego doble, sobre una sola apuesta contra el infinito poético. El resultado es la bifronte belleza de una imagen y un verso.

José Manuel Moraña.
Embajada Argentina.
MADRID.

LOS ARABES DE AMERICA EN LO HISPANICO Y LO ARABIGO

POR

RODOLFO GIL BENUMEYA

Varias veces se ha observado justamente cómo, casi siempre que España y lo español ejercen alguna acción amplia material o espiritual en la vida del mundo, dicha acción suele tener generalmente relaciones de vinculación con lo árabe. Y a este efecto casi siempre se cita el ejemplo de cómo las grandes influencias filosóficas, arquitectónicas, musicales, literarias y científicas que la cultura española ejerció sobre la de toda Europa neolatina, en los siglos de transición de la Edad Media al Renacimiento, aprovecharon en gran parte el caudal intelectual y emocional de la cultura mixta hispanoarábiga elaborada previamente en Andalucía desde el Emirato y el califato cordobés. Pero hoy, en 1952, resulta un ejemplo más fácilmente contrastable y visible el de los contactos recientes de lo arábigo con todo el conjunto de los pueblos hermanos que en la Península Ibérica y en América piensan y sienten en español y portugués. Contactos que tienen su centro en la existencia del millón y medio de árabes e hijos de árabes residentes en el Nuevo Continente de Colón. Por lo cual es indispensable resumir aquí esquemáticamente la personalidad y el significado del arabismo hispanoamericano.

La emigración comenzó en 1860 desde las costas del Líbano y de Palestina, allá en el este del Mediterráneo. Fué su principal acicate y estímulo la política de los últimos sultanes del Imperio turco, que entonces poseían la mayor parte de las comarcas árabes del lado asiático y que, para compensar las pérdidas sufridas en los Balcanes, habían iniciado una presión de turquización forzosa. Así, en 1860 salieron desde Belén hacia Estados Unidos los primeros emigrantes, a los cuales bien pronto siguieron libaneses de los pueblos próximos a la comarca de los cedros. Después, el movimiento de partida se fué intensificando y extendiendo por todo el Próximo Oriente, muchas veces clandestinamente, pues las autoridades osmanlíes no eran favorables a dicho éxodo. De todos modos, los elementos más inquietos y patrióticos aprovecharon todos los resquicios para marcharse, y así, entre 1860 y 1900, se pudo com-

probar la partida de 600.000 emigrantes, aparte los clandestinos. Figurando entre ellos, al lado de un núcleo más numeroso de árabes y semiárabes de religión católica, otros de musulmanes, ortodoxos, protestantes, drusos, etc., tanto del Líbano y Palestina como de Siria, del Jordán e incluso algunos de Mesopotamia.

En los primeros tiempos, la mayor parte se encaminaba a Norteamérica, por diversas razones, entre las cuales figura la acción propagandista de instituciones americanas en Próximo Oriente. Sólo unos diez años más tarde se desvió la corriente principal hacia los países hispanos. Hasta que, descubriendo que el ambiente de estos países era más grato para las gentes arábigas (espontáneas y meridionales), acabó por fijarse en ellos el mayor núcleo de emigración.

Hoy el número total de árabes residentes en América, tanto de los llegados desde su Oriente como de los hijos de éstos nacidos en América y con nacionalidades americanas, no se conoce con toda exactitud, pero parece demostrado que el total no es inferior a millón y medio, de los cuales hay 400.000 en Estados Unidos y el resto en las naciones hispanas. De éstas, Argentina y Brasil tienen aproximadamente doscientos cincuenta mil cada una. Son también importantes los núcleos de Méjico y Chile. Y es muy notable el hecho de que casi todos los residentes al otro lado del Atlántico, sean cuales fueren sus nacionalidades, sus religiones y los países en que habitan, procuran no perder el contacto entre sus colectividades esparcidas.

Aunque después de la primera guerra mundial la desaparición del Imperio turco, al crear naciones arábigas independientes en el Levante mediterráneo, suprimió algunas causas de la emigración e hizo que ésta disminuyese, subsistieron en Próximo Oriente diversas causas de insuficiencia económica, que, unidas a otras causas nuevas de incompatibilidad, surgidas con potencias europeas coloniales, hicieron que en América quedase fija la masa ya emigrada, la cual hubo de organizarse allí definitivamente. Así, desde los bosques canadienses a la punta del Cabo de Hornos, los árabes han dedicado la mayor parte de sus esfuerzos a la creación de infinitos casinos y clubs, asociaciones de ayuda social, organizaciones culturales, deportivas, benéficas, centros femeninos, centros juveniles, etcétera. Además, periódicos, editoriales, escuelas, emisoras de radio, etc., utilizando a la vez el idioma árabe y los de los países donde viven. Todo lo cual fué creado con el sencillo propósito de una ayuda mutua en el trabajo y la relación familiar de los que

vivían dentro de cada país; pero se ha extendido después hasta la celebración de Congresos árabes continentales.

Entre tanto, la acción individual de la mayoría de los emigrados y de sus hijos ha venido teniendo como principal campo el económico especialmente comercial, lo cual ha asegurado al contingente más destacado de los siriolibaneses americanos una importancia, tanto por el esfuerzo como por los resultados, que excede varias veces a la que les correspondería por su contingente demográfico. Sobre esto dijo, aun no hace muchos años, un presidente de la república de Chile que el éxito de ellos se debía a que «el espíritu del comerciante árabe está templado por los límites de la razón. Avanza con precaución y no da nunca pasos en falso. A estas cualidades junta la solidaridad y las características propias a su raza, que son probidad comercial y espíritu servicial agradable al público».

La importancia material, alcanzada gracias a la profusión de tiendas y pequeñas industrias, así como también Bancos y almacenes, se ha juntado muchas veces con éxitos culturales, que han llegado a producir figuras destacadas en todo el continente, tanto en su lengua materna como en lengua española. (De lo cual puede citarse como muy conocido ejemplo el de Habib Estéfano.) Así ha ocurrido en algunos momentos que los grupos árabes y semiárabes residentes en América eran más ricos y estaban mejor preparados que el núcleo medio de gentes que quedaron en los países originarios. A la vez, en América siempre mostraron los emigrados tendencias a considerarse generalmente «árabes», dejando a un lado diferencias de países y religiones, lo cual resultaba un estimulante ejemplo dado a los familiares que se quedaron en las Patrias nativas. Así, la influencia del coherente y rico arabismo americano ha sido siempre grande sobre los Estados hechos en Próximo Oriente desde 1920. Hasta el punto de que los primeros impulsos para que en El Cairo se llegase a crear la Liga de Estados Arabes nacieron de un Congreso de emigrados americanos celebrado en Buenos Aires.

Al lado de los estímulos e influencias netamente panárabes han llegado y llegan también desde América a las naciones próximo-orientales otras influencias de un hispanismo que los emigrados han absorbido y adaptado. Así hay pueblos, como Belén de Tierra Santa, hoy incluído en el reino de Jordania, donde la mayor parte de los habitantes son «indianos», repatriados que conservan el uso del español, dulcemente criollo. En la música se ha visto cómo un cantante de Egipto residente en Buenos Aires—el profesor Moham-

med Abdel Uajab—, al volver al Levante ha creado una serie de canciones excepcionalmente divulgadas por discos, radio y cine, donde une motivos árabes a otros argentinos, cubanos y mejicanos. También en Literatura ha llegado a haber una escuela o promoción entera de literatos, cuyo estilo se ha visto influído por el de las lenguas de Ultramar. Y, a veces, entre los repatriados se crean centros que ayudan a mantener la conexión viva entre ellos y los que se quedaron allí, como, por ejemplo, el Club de Emigrantes, de Beyrut. Sin olvidar que también se ha visto a los Gobiernos de Siria y al del Líbano celebrar fiestas hispanoamericanas, como la nacional de Chile.

Sobre las naciones americanas, la influencia directa de sus árabes residentes es menor que sobre el Levante originario, puesto que se trata de países en que los siriolibaneses y jordánicos son sólo uno de los varios elementos formativos de sus recientes desarrollos, aunque ese elemento sea siempre importante, como sucede, por ejemplo, en la Argentina, donde el núcleo árabe se considera la tercera colectividad extranjera en cuanto a su faz cualitativa y cuantitativa. Sin embargo, aisladamente sorprende la cantidad, en cierto modo elevada, de árabes e hijos de árabes nacidos en América que aparecen en puestos elevados de las finanzas, la intelectualidad y los cargos oficiales, como senadores, diputados, gobernadores de Estados, miembros de subgobiernos provinciales, algún director de Sanidad, etc. En Méjico, un hijo de árabe, el general Plutarco Elías Calles, fué presidente de la República; en Colombia estuvo casi a punto de serlo un árabe (del partido liberal), Gabriel Turbay. En Bolivia, recientemente, ha tenido ese origen el general Antonio Seleme, ministro de Gobierno y Justicia en la Junta militar. Siriolibanés de origen fué Leandro N. Alem, que en Argentina dió forma al partido radical, y a quien se ha atribuído la primera iniciativa para que se llegase a instituir la fiesta del Día de la Raza hispana, el 12 de octubre.

En cuanto al espíritu con que se lleva a cabo y se compagina la doble relación con las Patrias arábigas de origen y las Patrias americanas de adopción, es característico el hecho de que el dualismo no provoque el menor conflicto. Ese dualismo consiste en que quieren, desde el primer momento, identificarse con lo más genuinamente criollo, sin perder por eso el arabismo inicial. Ello se soluciona fácilmente, porque los que no se funden en los pueblos hispánicos, al regresar llevan a Oriente fermentos de hispanismo vivo, y, en cambio, los que se naturalizan e incluso se fundan por matrimonios mixtos, conservan durante varias generacio-

nes el orgullo de su estirpe, considerándose como una aportación cualitativa que enriquece el fondo chileno, mejicano, brasileño, etcétera.

Así, un actual y famoso Jefe de Estado de una gran nación de habla española ha podido decir públicamente, en el pasado 1951: «Yo he tenido con esta maravillosa colectividad de los árabes las más inmensas satisfacciones de gobernante. Los he visto trabajar sin descanso, soñar con nuestros sueños y vivir nuestra vida con las mismas intenciones, con la misma buena fe, sinceridad y lealtad con que nosotros la vivimos. Por eso, señores, en esta tierra no ha sido, no es ni será jamás extranjero el árabe que nos haga el honor, a nosotros y a su tierra, de compartir su vida con nosotros.»

No ha de creerse, sin embargo, que la relación consista en la simple convivencia afectuosa que origina la participación en empresas comunes, puesto que eso es el simple accidente externo de una esencia interior. Dicha esencia se considera principalmente expresada en lo visible, porque así como los países hispanoamericanos forman una familia, ligada sobre todo por lazos idiomáticos de igualdad y por un vínculo histórico igual para todos, sin que haya ninguno superior a los otros, ése es el modo con que en el mundo árabe se concibe también el enlace de sus componentes. Al mismo tiempo se destaca que los países sur y centroamericanos, como grupo de naciones más o menos pequeñas, sujetas a la influencia a veces absorbente de las grandes Potencias mundiales, e incluso a daños de resabios colonistas de esas Potencias, tienen también por eso características coincidentes. En la O. N. U. han surgido varias veces en defensa del derecho de los pequeños Estados voces coincidentes hispanoamericanas, filipinas y arábigas. En Damasco, Beyrut, El Cairo, etc., se han seguido con pasión afectuosa reclamaciones como la de Guatemala sobre Belice o la de Argentina sobre Malvinas. Y en Buenos Aires, a fin de octubre del pasado año, durante una ceremonia militar oficial, a la que asistía, junto con el presidente de Argentina, general Perón, el general árabe Fauzi Ed Din Kaukayi (un tiempo *leader* de la defensa de Palestina), dijo el primer mandatario de la nación del Plata que los problemas de la República Argentina son los mismos de casi todos los pueblos de la Liga Arabe: «Poder afirmar su independencia y no estar sometidos a la colonización política o económica, que ha durado para ellos tanto como ha durado para nosotros. Pues ellos están en sus tierras librando la misma batalla que nosotros, ellos están luchando por sacar la explotación extranjera de sus territorios...

hasta ser dueños de su voluntad política, su voluntad económica y su voluntad social.» Por lo cual fué enviada a dicho general Fauzi Ed Din Kaukayi una espada de San Martín.

Más recientemente, en el Líbano, el nuevo jefe del Gobierno, Sami Bey Sulh, al definir la línea política a seguir, decía a los corresponsales de la Prensa anglosajona que esta política era y tenía que ser invariable, pues por razones humanas fundamentales, el Líbano, a la vez que mantiene enlace con los demás países de lengua árabe, ha de seguir «su tradicional amistad con los países hispanoamericanos». Y que esta amistad es, a su vez, parte de la que une al Líbano con España por tres mil años de civilización, historia y cultura comunes. Eso se parece a lo que en su comunicado, de enero de 1952, al diario madrileño *Ya*, destacaba el ministro de Relaciones Exteriores de España, don Alberto Martín Artajo, de que «la comunidad de naciones a que por ley de naturaleza España pertenece, el mundo hispánico, y aquella otra que la tiene por suya, el mundo árabe, aprietan cada día más sus lazos con nosotros, como si quisieran compensar a nuestra Patria de la incomprensión y el desvío de algunas de las llamadas grandes Potencias». Resulta, pues, evidente que hay una línea general siempre espiritual y, a veces, incluso política, que desde el Próximo Oriente hasta las playas hispánicas americanas pasa y cruza por España, que es sitio de enlace central. Y ese cruce constituye a su vez, para los árabes emigrados, un nuevo motivo de identificación y fusión con los países de Ultramar en que se establecieron, pues si el sur de España sirvió como punto de partida principal de los poblamientos y las organizaciones culturales americanas al comenzar la Edad Moderna, antes había sido ese mismo sur, con Andalucía, Murcia y Extremadura, el sitio en que los árabes actuaron del mismo modo, no sólo en la Edad Media, sino aun antes de Roma, cuando el Líbano se llamaba Fenicia y de allí vinieron a España los fundadores de las más antiguas entre sus actuales ciudades.

Así, los árabes en América no pueden sentirse nunca extranjeros, porque ellos, como los criollos, están desde siempre vinculados al mismo tronco étnico y familiar de España meridional. Sobre lo cual decían las emisiones de radio arábigas, chilenas y argentinas el último 12 de octubre: «Nosotros queremos a España como nuestra propia tierra, pues en los fértiles campos de Andalucía y Castilla está latente nuestro espíritu y la simiente de nuestra raza. Así, al llegar al Nuevo Mundo para levantar nuevos hogares, como esta tierra es prolongación de España, siempre nos parece que

volvemos al viejo solar de nuestros antepasados.» Por eso su factor emigratorio refuerza indirectamente el fondo común que une a los países hispanoamericanos o iberoamericanos y con la Península entre sí.

Rodolfo Gil Benumeya.
Narváez, 65.
MADRID.



CARTA ULTIMA A DON PEDRO SALINAS

POR

DAMASO ALONSO

Mi don Pedro:

Ya no sé a quién escribo, a qué escribo, adónde escribo. Escribo a un recuerdo, a mi recuerdo. Es triste, muy triste, pensar que me escribo a mí mismo.

Perdóneme usted, como siempre me perdonó usted por todo. Perdóneme, don Pedro, por eso y porque esta mi última carta se la escribo a usted en el sitio más público, en un teatro, delante de tanta gente, para que la conozca tanta gente. Pero vea, don Pedro: no rompo el secreto de la amistad. Porque los que ahora me oyen escribir esta carta son amigos. Y ellos participan, sí, colaboran en la redacción. Cada uno necesitaría cambiar algo, algún pormenor de la carta. Sí; cada uno cambia, en su mente, algún pormenor. Unos le habrán conocido en su realidad física y espiritual, Pedro Salinas; otros, a través de los libros, sólo al poeta, al escritor. Pero todos amigos. ¿Sabía usted que tenía en España, en Madrid, tantos amigos? Ya se lo decía yo estos últimos años (¡cuántas veces!): «En España todo el mundo le quiere a usted, me habla bien de usted. Y si hay alguien que no le quiera, será porque es un equivocado. Algún equivocado que otro tiene que haber siempre. Y a usted, claro, no le importan.»

Eso, eso es, precisamente, la amistad: un foco de luz tibia y cordial que nos aísla de la negrura exterior (¡cuánta sombra!, ¡cuánta vileza!). Porque usted me abrió con toda amplitud y generosidad ese palacio iluminado (fuera, la noche y el frío), es por lo que le escribo a usted esta carta. Para decirle: «Gracias.»

Durante veintinueve años (desde aquel día en el Ateneo en que usted venía de Inglaterra, de Cambridge, y yo iba por

primera vez a Cambridge, y usted me invitó a comer—costumbre que me chocó bastante, porque es que usted la traía de la vida de los *colleges* de Cambridge, pero aquí era, entre poetas jóvenes, casi desconocida—y usted sacó un cuadernito de bolsillo, muy espigado, alto, y sólo como del ancho de un dedo gordo, y apuntó usted allí, en aquella paginita tan estrecha, la hora y el día de la comida—el cuadernito y el apuntar también los traía usted de Cambridge y, vamos, ahora lo comprendo muy bien, los estaba usted luciendo conmigo entonces—; y llegó el día de la invitación y comimos en un restaurante *entre côte*, es decir, *entrecó*, y usted me dijo que la palabra correspondiente española era *entrecuesto* y lo del cuadernito alto. ¡Me acuerdo de todo más bien!), sí, desde aquellos dos días de hace veintinueve años usted me abrió ese dominio de la amistad. Un dominio apretado y recóndito como la carne de una nuez, y al par ancho, generoso, ilimitado, sin fronteras y sin banderas, sin *do ut des;* un dominio en el que no se compra ni se vende nada, porque todo es común, y todo se recibe, y se ama, y se comprende. Ahora que nuestra amistad humana ha acabado (porque a mí aun me empujan esas terribles fuerzas oscuras—la vida—y usted es ya esa nítida serenidad imperturbable: un muerto), ahora, ahora mismo en que aun no he medido bien qué hoz, qué abismo es esto («separación absoluta») y creo, iluso, que la mano casi casi llega, que la voz llega a la otra orilla, ahora tengo que decirle, que gritarle a usted, para que me oiga: «Gracias.» Esa palabra *gracias* yo se la envío a usted (o a mi recuerdo) porque es, en cualquier lengua humana, la palabra más hermosa que existe. Y diciéndosela a usted le doy lo mejor que mi corazón puede dar.

¡Qué más le voy a escribir! Ya no tengo nada que decirle, porque la amistad, lo mismo que se siente con un acto irreprimible del corazón, sólo se comprende con un acto puro y momentáneo de la inteligencia afectiva (que es la única inteligencia verdadera, la única que cala hondo). Y una vez compren-

dida, sentida, ya no queda nada por analizar, y, claro está, tampoco hay ya nada que decir para explicar la amistad entre amigos. La verdadera amistad, a diferencia del amor, que siempre ha de estar en flujo o reflujo de marea, es un estado beatífico y constante, un lago inmóvil. Es una confianza, ciega y generosa, en el amigo y en los amigos del amigo. Materia de hombres, dulce y sagrado sentimiento entre hombres: una de las cosas buenas que Dios ha puesto en la vida.

Durante esos veintinueve años de nuestra amistad, la poesía de usted fué teniendo su exacto desarrollo, desde *Presagios,* que acababa de publicarse cuando yo le conocí, hasta la explosión apasionada de *La voz a ti debida,* de 1933, y luego su serenamiento en belleza en *El contemplado* (1946), para cargarse de angustiada preocupación universal en *Cero* (1947). Y junto a la poesía (centro de la vida de usted, razón de amor de su existir), la crítica, la novela, el teatro... También durante esos veintinueve años muchas cosas—la mayor parte, horribles—ocurrieron por todo el mundo. Nuestra amistad (el dominio iluminado y compartido frente a toda negrura exterior) permaneció exenta, incambiable. Sobre esa inmutabilidad, como si lo menos grave expresara mejor la hondura, flotan más los descosidos recuerdos. Y le veo a usted, joven aún, apenas entrado en la madurez, durante los años de la Universidad de Santander, fundada por usted y por usted dirigida. ¡Mucho mar, mucho viento en el extremo de aquella península! Había usted querido crear una Universidad que pusiera en comunicación las distintas ramas del árbol universitario. Empresa nada fácil. A veces, los estudiantes no médicos le protestaban con la música de *Las agachaditas,* que Federico había popularizado:

¿Para qué nos trajiste,
Pedro Salinas,
Pedro Salinas,
a aguantar esta lata
de vitaminas,
de vitaminas?

¡Cómo surcaba los paseos, indomable, casi se diría juvenil, eternamente fiel, el *Fidelius!* ¡Claro que se acuerda usted de su *Fidelius!* ¡Bien se merecía ese nombre que en broma le dábamos! Para mí, va unido a usted como *Rocinante* a don Quijote. ¿Dónde había usted comprado, usted, la persona más torpe para la mecánica manual que yo he conocido, aquel automóvil de ocasión, lañado, entablillado, renqueante? ¿Se acuerda cuando bajó usted como un rayo (¿dónde estaban los frenos?) aquella endiablada cuesta, hasta el paseo de Pereda casi, entre gritos enfurecidos, mujeres que apartaban a toda prisa a sus niños y viejas sentadas en plena calle que, sin tiempo para santiguarse, recogían su silleta y su costura? ¿Se acuerda usted cuando una rueda se le salió rodando como un aro de niño sin niño, y el condenado *Fidelius*, con tres ruedas sólo, seguía también corriendo, tan campante, por su camino? ¡Años felices! ¡Fidelísimo *Fidelius!*

Ya ve usted, don Pedro: nuestra amistad, cosa honda, se me rompe toda en anécdotas superficiales. Es que en el fondo de la amistad, materia pura y homogénea, no ocurre nada.

Recuerdos recientes: hace ahora muy poco más de un año, en la noche del 16 de febrero de 1951, en Nueva York, en Broadway, a la altara de la calle 116, en el teatro McMillin, yo estuve sentado al lado de usted mientras el grupo dramático de Barnard College estrenaba *La fuente del Arcángel.* ¡Estaba usted tan bueno! ¡Y yo, tan contento! Hasta las tantas de la madrugada cantando y bailando—españoles todos—en casa de Angel del Río, para celebrar el estreno. Luego, en su casa de Baltimore, presencié cómo se insinuaban en usted los primeros latidos de la terrible enfermedad. No lo sabíamos. «Si eso no es nada, don Pedro, ya verá usted cómo no es nada», le decía yo. Y cuando me vine a España, a España, a fines de mayo, el cuerpo de usted ya era un solo dolor, un latigazo dolorido.

En esta noche todo está aquí, en este teatro de Madrid, lo mismo que hace un año, *up town*, en el Broadway neoyorqui-

no: los personajes de su fantasía ahí aguardan al otro lado del telón, encarnados, como entonces, por jóvenes entusiastas. Pero yo no podré estar a su lado. Hoy usted es una sombra, una cosa grande, que ya me es ajena. Pertenece usted a la literatura, a la historia. Ya no a la amistad. Sólo estoy aquí, tendiéndole los brazos, tendiendo los brazos, sin respuesta. Falto de la correspondencia amistosa, falto de la amistad. Porque la amistad es un estar al lado del amigo, seguro en el amigo, tranquilo en él, reposado en él. Al írseme usted, el ámbito iluminado se me ha ennegrecido de repente. Por eso, ahora que le escribo esta mi última carta, solo, irremediablemente solo—, ahora que escribo esta carta, no sé a quién, quizá a mi recuerdo, quizá a mí mismo, siento frío y miedo. ¡Quién le tuviera al lado cuando ahora, en seguida, sus criaturas vivan en la escena! Pero ¿dónde está usted, amigo mío, amigo mío?

Dámaso Alonso.
Travesía del Zarzal, s/n.
Chamartín de la Rosa.—MADRID.



RELACIONES ENTRE LA MEDICINA Y LA RELIGION

POR

WERNER LEIBBRAND

En otra ocasión he hablado de la escuela «apostólica» de los pitagóricos, y citado, según el catálogo de Jámblico, los nombres de algunos miembros y discípulos de la escuela de Pitágoras; entre ellos el de Empédocles. Me parece ahora tal vez útil dar una interpretación de este sacerdote-médico, enigmático y casi legendario.

Cerca de Agrigento—el antiguo Akragas—existe todavía en nuestros días el puerto de Empédocles.

Mientras los pitagóricos formularon sus teorías de modo aforístico, Empédocles nos ofrece su pensamiento como poeta. Escribió su biología y su medicina en verso. Su ciencia parece orlada por una cierta numinosidad. No faltaba ésta en los aforismos de los pitagóricos; pero en Empédocles, con la forma épica, cobra especial eficacia. El contenido de esta poesía no es tan sólo sencillo lirismo, como en un poema de Alfredo de Vigny o de Musset. Se parece más bien a los versos órficos de Goethe, cuando éste viajaba por los montes del Harz. La poesía empedocleica es, además, de tipo deiktico; es decir, quiere incitar, despertar, apasionar, como los versos de Rilke; quiere glorificar verdades eternas, anunciar como los ángeles.

No es tampoco una poesía estilizada, como la del rococó; es, mejor, la poesía de los confines con lo fantasmagórico, con lo inefable, con todo aquello que no se puede expresar sino en versos divinos. Este lenguaje poético tiene su tradición. Cuando Hipócrates, por ejemplo, se sirva del pensamiento empedocleico, usará también este idioma «de alto coturno», que hay que comprender con oído de músico. De ahí que tal lenguaje tenga carácter apostólico; une a la tendencia del naturalista un mensaje oculto para evitar que el contenido del pensamiento caiga en manos de un profano, de un impuro. Esta poesía se dirige al público; pero, a la vez, teme la secularización. Conocéis tal vez las cartas de Rilke a su traductor polaco: se trata en ellas también de la tragedia del poeta en cuanto concierne a la *publicación*. Empédocles afrenta y arenga a su discípulo Pausanias, incitándole a que no se entregue a la mediocridad de la multitud; la misma multitud que,

con la misma pasión, odia Heráclito. Empieza así: «Amigos míos, vivís en el gran paraje, establecido en el Akragas dorado, en lo alto de la ciudad; sois los custodios de obras espléndidas; os saludo, ¡evitadores del mal! Creéis que yo me paseo entre vosotros como un inmortal, venerado por doquier, envuelto por diademas y coronas de flores verdeantes. Si me acerco en las ciudades brillantes a los hombres y a las mujeres, seré honrado por ellos. Y todos me siguen, consultándome sobre profecías de oráculos o preguntándome si tendré bastante experiencia para curarles de diversos males, de los que sufren ya dolores permanentes.»

¡Extraño tipo de médico, ambulante con gran pompa a través de ciudades brillantes, coronado como un sacerdote!

No es un simple técnico, ni un médico rural que hace su propaganda como un barbero del medioevo; es, más bien, una personalidad carismática de un poder de sugestión extraordinario. Se le trata como a un dios. Tiene un sentimiento de «sobre-valor», de «sobre-naturalismo», y desde este sentimiento pronuncia sus verdades. Pero apenas ha expresado en estos versos sus ideas de grandeza, cae, por así decirlo, en el abismo de una existencia dudosa. Grita en voz alta:

«Hay un mensaje necesario, una decisión divina y eterna sellada por vastos juramentos. Quien ha mancillado sus miembros con sangre de homicidio, quien ha incurrido en perjurio a consecuencia de una pendencia, se verá obligado a errar lejos de los campos de los bienaventurados tres veces diez mil horas, adoptando en el curso de los tiempos todo linaje de figuras de seres mortales. Estos serán arrojados desde la esfera aérea al mar; el mar los escupirá hacia la tierra; la tierra los echará a los rayos del sol y el sol los remitirá de nuevo a los torbellinos del aire. Cada uno de ellos los entregará a los otros y serán odiados por todos.»

¿Son éstos los modales de un médico acercándose al lecho de un enfermo? Es, más bien, el presentimiento de un salvador terrestre; sí, de esta tierra, porque sigue así: «¡Yo mismo os pertenezco a todos, yo mismo soy un desterrado, un ser errante, entregado a una encarnizada pelea!» Es decir, que él mismo, ese ser semidivino, adorado por millares, pertenece a la misma existencia humana, pues está más atado que los otros a este pecado existencial. Grita: «Yo mismo fuí un día niño, niña, planta, pájaro y pez mudo.»

Abarca incluso toda la existencia viviente. Esta imaginación de ser una planta, nunca fué pensamiento griego; es de origen órfico. ¡Fué niño y niña! He aquí el eterno enigma de la androginia con

su tradición hasta Jacobo Böhme y de los novelistas alemanes hasta Berdjadjew. ¿De qué género es esta existencia en la que está arrojado? «Mientras nacía, lloraba y gritaba mirando este paraje desconocido», dice. ¿Por qué desconocido? Nos contesta:

«¿Expulsado de qué orden, de qué grandeza de felicidad, me veo en este sitio?» Es, más que una pregunta, una exclamación. Es, asimismo, la comprobación de un contexto desastroso. No sabe sino balbucear, hablando de perjurio, de homicidio, cometidos no se sabe cuándo. He aquí el estado angustioso existencial de Pascal, de Kierkegaard, que conduce a la desesperanza. Y llama a este sitio un lugar donde el matar, la ira y las series de enfermedades pestilenciales imperan, como el reumatismo en las praderas de la desgracia, dentro de una tiniebla inaudita. Se cura en cuanto predicador de Cuaresma; pero, también, como predicador médico, fenómeno arcaico. Y él mismo se llama adivino y médico: ¡IATROS KAI MANTIS!

El *kai* de esta unión se hará inútil un día. Porque Esquilo, el gran trágico, lo borrará, sustituyéndolo por el nuevo término de IATROMANTIS, sacerdote médico. ¡Qué palabra, olvidada por el siglo pasado! Y ¡qué más exacto significado, si se considera la obra de un Hipócrates, de un Paracelso, de un van Helmont! Los románticos alemanes del comienzo del siglo XIX comprenderán su verdad: los Görres, los Novalis, Ringseis; pero los hijos de los románticos vendrán a ser los ingenieros del tiempo de la mecanización total del globo; y en tales tiempos el adivino quedará abolido.

Pero nuestro predicador Empédocles exclama: «Pobre estirpe humana, ¡cuánto infortunio te ha alcanzado! Has sido creada por suspiros y peleas.» Es cierto... Semejante existencia exige la concepción de una existencia anterior mejor, exige la imaginación de un paraíso antiguo, de un siglo de oro. He aquí las analogías empedocleicas con el Génesis del Antiguo Testamento. Pero los sabios de nuestra disciplina, en el siglo pasado, no tenían ningún interés por este tipo de médico. No tenían vista para ello. Continúa el predicador Empédocles:

«Sea bendito el hombre que ha conservado para sí un tesoro de pensamientos divinos; pero será muy desgraciado aquel cuyo pensamiento delira contra los dioses.»

Pero este Dios no es visible ni tangible para los ojos y las manos; no emprende su camino por las vías normales de la razón. Es más bien el *deus absconditus*, que nunca puede ser humanizado o simplificado.

Este Dios no tiene miembros humanos; carece de cabeza humana, de extremidades como las ramas del tronco, de rodillas rápidas; es Espíritu absoluto, santo espíritu sobrehumano, y recorrerá el *kosmos* con pensamiento fulgurante.

Confesaréis conmigo que este Dios no es el de la alegría homérica, el que come y bebe en compañía de sus hermanos divinos; no es el Dios débil, con pasiones pusilánimes, de Jenófanes, que llena la *Odisea* y la *Ilíada;* es el Dios reivindicador del Antiguo Testamento, el Dios cuya aparición va a cegar los ojos del contemplador. Es el Jahwe de la zarza ardiente de Moisés. Este Dios se parece al de las palabras del Nuevo Testamento: *Metanoeite, engys hē basileia a tōn ouranōn.* Y el Dios de Empédocles exclama a su vez: «¿No queréis cesar estas matanzas cacofónicas? ¿No veis que os desgarráis mutuamente en vuestra demencia perversa?»

Los sacrificios de Pélops y los sacrificios de Isaac aparecen aquí. Porque Empédocles sigue, repitiendo el mito por el cual el padre roba al hijo para destrozarle y los suplicantes quedan perturbados por esta matanza, mientras aquél permanece sordo a sus gritos y prepara una refacción terrible en su propia casa.

Y estos males se repetirán entonces, pues el hijo matará a su padre; la madre, a sus hijos; les quitará la vida y devorará la propia sangre. ¿Por qué vivir, por qué esta horrible existencia? ¡He aquí el fundamento de la terapéutica médica del hombre! No es una ciencia sin supuestos; es una terapéutica de la salvación, derivada del fenómeno original de la existencia humana, destinada a una terapéutica especial.

Lo que os cuento así es el contenido de los KATHARMOI, de las purificaciones, cuya interpretación no he dado todavía. En el tratado siguiente «de la Naturaleza», Empédocles elevará a cuatro los tres elementos naturales. Estos elementos no son materiales en sentido estricto; son esencias, «onta» eternos. Todo va a cambiar según la magnitud, y es por eso por lo que las palabras muerte y nacimiento no valen mucho. Porque aquí no se trata sino de la creación y de la corrupción. Y nuestro médico-filósofo añade a los elementos los principios de la discordia y de la amistad: NEIKOS y PHILIA. El uno separará las cosas, el otro las unirá; y él nos confiesa que, según su opinión, la amistad debe prevalecer. Los elementos serán divinos si participan de lo puro. Ha añadido también el éter, según Filón.

Empédocles está de acuerdo con los pitagóricos para rechazar la «creación *ex nihilo*». Pero considera a la muerte como reivindi-

cación, igual que en esta bien conocida antífona cristiana de que la muerte es el precio del pecado.

Mas nuestro predicador médico se ha convertido en el fundador de un principio médico, que ha dividido a los espíritus científicos hasta en nuestros tiempos.

Se trata del principio de similitud, el cual se repite siempre a lo largo de los siglos con cierta dicción solemne. Samuel Hahnemann emplea el término de *Homoion* para su doctrina homeopática; pero no encuentro nunca el nombre de Empédocles en su teoría. Anáxagoras había creado el principio de los contrarios en la medicina, y Empédocles dirá: *Homoion homoio, similia similibus.*

Cada vez, la repetición de ese principio natural y médico será un acto de irracionalidad. No se tendrá nunca ocasión de probarlo; se podrá tan sólo observarlo. Hahnemann, aun cuando hijo de un siglo de racionalismo, creyó que este principio es un hallazgo del empirismo. No es cierto; se trata con ello de una hipótesis, de un axioma, que no derivará nunca de otro. Este principio, según diría Weizsäcker, pertenece al antilogismo existencial.

Empédocles nos ofrece también una teoría mitológica de la evolución, que nunca ha sido descrita en los tratados sobre la doctrina evolucionista.

Nos cuenta una visión mítica con las etapas siguientes:

«De la tierra se yerguen cabezas sin cuello; brazos sin hombros van errantes por doquier, y ojos vagan solos, faltos de frente. Todos estos miembros van solitarios, buscando, no obstante, la unión. Pero todo fracasó en un combate entre los demonios; y entonces surgieron criaturas monstruosas. Crecieron así seres de manos atadas, monstruos de doble rostro, de doble pecho; monstruos bastardos medio bueyes, medio hombres, andróginos anfimixtos, etcétera.» Estos versos expresan un mito de evolución; y esta evolución está constituída por períodos de creación. Sabemos que Anaximandro nos ha enseñado una evolución paralela, pues, según él, el hombre fué al principio un ser marino en una corteza espinal, que rompe luego esta corteza para convertirse en un animal terrestre. En este punto adviene la diferencia de los sexos y comienza la fuerza genitriz. Según Empédocles estaríamos todavía en la primera etapa de la evolución humana. La segunda empieza con los monstruos, y la tercera, con una formación de acúmulos, que nada significan. Tan sólo en la cuarta etapa aparece una generación armoniosa.

Nos será fácil comprenderlo si consideramos que las dos pri-

meras etapas pertenecen a la misma categoría, que la tercera es un resultado negativo extremo y que la cuarta es una neocreación de los elementos originales. Más notable será que aparezcan, en las etapas primera y segunda, miembros definidos, cuando la tercera nos hace ver la materia de una *rudes indigestaque moles*, que no carece de analogía con la materia prima de Aristóteles. Encontramos esta materia en Epicuro, en Lucrecio, en Platón. Pero en Platón existe ya ese *Eros*, como momento principal de la generación humana. El *Philotes*, de Empédocles, es el precursor del Eros platónico. La materia prima, vista como «acúmulo», es el *limus terrae* del Génesis.

La teoría de la percepción de Empédocles está colmada de poesía. Así como un hombre, proyectando una salida hacia fuera, busca, en la noche de invierno, una vela, enciende unos faroles que le servirán de protección contra el viento—faroles cuyas luces penetran hacia fuera, porque son más eficaces que el viento al resplandecer hacia el cielo con sus rayos incansables—, así el fuego creador, incluído en pieles y prendas sutiles por detrás de la niña del ojo, está oculto, pero penetra por vía directa a través de estas materias como un milagro divino. Pues esas materias sutiles retienen lo profundo de la humedad circunfluente, pero dejan pasar el fuego hacia fuera, porque éste es más fino.

Esta imagen del ojo como órgano activo está basada en la teoría de la adaptación a lo semejante, como en la frase de Goethe, que tiene su procedencia en la primera *Eneada* de Plotino, y que encuentra más tarde expresión como teoría de la luz y de los colores.

La teoría de las prescripciones médicas de Empédocles es la *Diaita* de los pitagóricos. Las prohibiciones son de orden religioso; se refieren, por ejemplo, a la abstinencia de hojas de laurel y habichuelas.

Y a través de todas estas prescripciones resuena, contra el pecado original que nos ha mancillado, la voz del predicador, que nos ordena purificarnos.

En la última parte de su tratado poético, Empédocles construye una jerarquía del médico, al ejemplo de la *hierarchia ecclesiastica*, de Dionisio Areopagita. ¿Cómo será la posición jerárquica del propio médico? Empédocles se dirige a su discípulo Pausanias, y concluye: «Si has cumplido todas mis prescripciones de maestro, conocerás muchas drogas creadas contra los males y contra el marasmo senil, porque voy a ponerlas a tu disposición. Apaciguarás la violencia de aquellas tempestades dirigidas contra la tie-

rra, que destruyen el trigo con peligroso poder, y podrás, al contrario, si así lo quieres, traer aires apacibles. En períodos de inundación traerás la sequía suficiente; pero en tiempos de peligrosa sequía llamarás desde los cielos lluvias favorables, que nutrirán los árboles; y, por fin, harás nacer la fuerza humana de las tinieblas del Hades.» El verdadero médico será, pues, un mago sobrenatural, y por esta numinosidad ocupará un puesto de elección.

Y en los últimos versos veremos expresada esta jerarquía: «... finalmente, los perfectos serán profetas, rapsodas, médicos, príncipes, que gobernarán a los hombres de esta tierra y que ascenderán luego por la escala hasta los dioses multivenerados.»

Se comprenderá, después de esta descripción de los tratados, que una leyenda dorada haya acompañado a esa existencia de sacerdote-médico.

¿Cuál es, entonces, la biografía legendaria de este hombre? Es hijo de Metón; su abuelo se llama ya Empédocles, y era propietario de una cuadra de caballos de carrera. Fué vencedor en una Olimpíada. Un testigo de mal renombre nos dice que nuestro Empédocles estaba en relación personal con Pitágoras y que imitó los versos de Parménides. Aristóteles declara que inventó la retórica, como Zenón cultivó el arte de la dialéctica. Era Empédocles de una expresividad homérica, y escribió un himno en honor de Apolo y un canto a Jerjes. Compuso tragedias y escritos políticos. Gorgias era su discípulo, y llegó a ser mago, al ejemplo de su maestro.

Herakleides nos cuenta que Empédocles despertó de la muerte a una niña que había dejado de respirar durante treinta días. Aristóteles dice que era hombre libre y que rechazó tres veces la corona. Y he aquí tres variantes de su muerte:

Después de la cura milagrosa de la muchacha muerta había realizado un sacrificio. Sus discípulos estaban presentes, entre ellos Pausanias. Cansados, acamparon a la sombra de un árbol, algo alejados del maestro. Cuando los durmientes se despertaron, a la mañana siguiente, Empédocles había desaparecido. Uno de ellos dice que había oído durante la noche una voz clamante pronunciando el nombre de su maestro. Un resplandor habría descendido del cielo, y esto fué todo lo que se pudo referir. Empédocles fué arrebatado. Nunca más se le encontró.

La segunda versión es conocida por el poema de Hölderlin. No es demasiado profunda. Empédocles quiso aparecer como Dios, y corrió hacia el Etna para precipitarse dentro del volcán. Se halla-

ron allí sus chinelas de bronce. Pero este volcán queda muy apartado de Akragas.

La tercera versión nos cuenta la historia de una epifanía en el Peloponeso con sus discípulos.

Nótese también la desecación de un pantano realizada por Empédocles a la manera del Fausto viejo.

Se dice que los romanos arrancaron una estatua del maestro para transportarla a Roma. Habría sido erigida frente al Senado. En conjunto, la primera y la última versión se asemejan a los hechos del Evangelio cristiano.

Empédocles, el sacerdote-médico, el mago, quedará para nosotros como el tipo perenne del médico integral que conoció la fragilidad de esta existencia del hombre, y cuya fisonomía histórica nos da derecho a incluirle en el orden de los hombres de buena voluntad.



EL MENDIGO

POR

ALFONSO ALBALA

A José Luis L. Aranguren.

SONETO PRIMERO

Todo es hondo dolor y siempre anciana
pesadumbre de llanto en esta arena,
en este verso que la angustia almena
tabicando la luz de tu mañana.
Todo es mañana-ayer, todo es lozana
niñez que vuelve hacia tu oscura vena,
sillar de carne triste hacia la plena
comunión de tu luz, siempre lejan.
Siempre lejana y siempre fronteriza
la cripta de tuz con mi espadaña,
sazonada canción que moja y briza
la caricia de luz que a veces baña
la niñez de tus dedos, en la huidiza
niñez de Ti que soy hacia mi entraña.

PRIMERA PARTE

I

EL MENDIGO

«con su ala rota sobre el hambre...»

Por el camino de los frailes,
aquel camino de los pájaros,
que trae siempre a la cigüeña,
con su sabor a otoño, y largo,
largo camino, pedregoso,
desnudo siempre, sin un árbol;
por el camino de los frailes
iban, venían sus harapos,

con su sabor a otoño, a tierra
sucia, con su manta de trapo,
con su ala rota sobre el hambre
y el hombro caído de sus años.
Como una encina, peregrina,
árbol de siempre, y solitario,
por el camino de los frailes
viene, venía todos los años.

Por las calles de la ciudad
iban, venían sus harapos,
de una en otra puerta, seguido
de su olor triste, acompañando
su hambre, hecha soledad y tiempo,
y su palabra. Iba llenando
con su palabra los zaguanes:
«Bendito sea Dios, alabado
sea Dios»—hueca su palabra
como un zaguán, hueca su mano
por el amor de Dios, diciendo,
casa a casa, a Dios, limosneando
Dios, por el amor de Dios, viene,
vendrá siempre, todos los años,
por el camino de los frailes,
aquel camino de los pájaros.

II

«Y su voz blanda en mis zaguanes...»

Cuando a mi puerta se acercaba
te daba miedo del mendigo,
colgándole, siempre, en el labio,
pesándole el labio, el «bendito»,
el «alabado sea el Señor»,
dando limosna como altivo,
con aquel fuerte aldabonazo,
aquel extraño escalofrío,
cual si la puerta de la casa
fuera tu corazón de niño.

Y su voz blanda en mis zaguanes,
someros entonces, vacíos

todavía de tu palabra,
escasamente desprendido
del sueño, casi en mi bazar
de sueños, haciéndoseme el vino
del tiempo, en la palabra, para
empezar luego a andar camino,
dando tu voz a otros zaguanes,
pesándome el labio el «bendito»,
el «alabado sea el Señor».
Me daba miedo del mendigo,
de su voz blanda en mis zaguanes,
contra mi sueño, asustadizo,
brumoso en mis fronteras ya;
de su ojo turbio, quieto y frío,
sobre mi mano, en tus juguetes,
pidiéndote, libándome el mimo
de la colmena que, para ahora,
mi madre agavilló conmigo.
Te daba miedo de aquel pobre,
mirándote desde su olvido,
siguiéndole desde tu asombro,
desde mi entristecer de niño,
desde mi pena de juguete...
Se iba hacia el zaguán vecino,
hacia el otro, hacia el otro, se iba
apagando mi voz, seguido
de mi brumoso entristecer,
de un arenoso escalofrío,
de una arenosa sangre ciega
que empañaba mi entristecido
abrazarme a mamá, besando,
socavando mi labio el limo,
blanco y total, de mi memoria.
Me daba miedo del pasillo,
hacia los brazos de mamá:
¡Mano arenosa de caminos,
con su ala rota sobre el hambre!
¡Aquel recuerdo del mendigo,
balbuciente y agrio, en mi tacto,
ciego y borroso, sin caminos!

SEGUNDA PARTE

I

«regresando voy hacia el recuerdo...»

Después de entonces, más acá
de ayer, de entonces, y de ausencias,
por el camino de los frailes
volví otra vez hacia la aldea,
almenando mi voz, cansada
de limosnar en otras puertas,
con un sabor a otoño ya,
con el sabor nuevo de viejas
palabras—como la palabra
«todavía», que sabe a arena,
y a mar, y a siempres—, verso a verso,
estoy volviendo hasta más cerca
de mi memoria, de mis padres.
Sangrando va mi voz soltera,
regresando voy hacia el recuerdo,
ciego de entonces y de ausencias,
como a pedir, como a saberme
hijo todavía, que empieza
a no caber la casa ya.

Bosque de sueños, honda tierra.
Sale de madre nuestro río:
ya crece una palabra nueva
entre los labios de mi casa:
ahora mamá se dice abuela,
porque es Milagros la mamá.

Jugar la soga en la alameda
ayer, los hermanos y yo,
y ya en su pecho, ayer, la espera
de irnos creciendo hacia el misterio.
Y la palabra se ahueca
diciéndola, diciendo: «Hijita»...
A pocos, desde el sueño llega:
en su delgado llanto viene,
de aquel misterio hacia esta arena.
Raíz de mi palabra casa,

bosque de sueños, honda tierra,
y me acuerdo de aquel mendigo,
de aquel llamar hasta mi puerta,
de su mirada en mis juguetes,
de mi hermana, con su muñeca
grande, que mi padre le trajo
cuando iba a otros Juzgados, fuera,
como para hacernos al miedo
mientras la casa se creciera,
que crece, igual que cuando llueve
nos crece el marco de la puerta.
Recuerdan todos al mendigo,
año con año, por las ferias.
«Si se habrá muerto ya aquel pobre
—dijo este año la madre abuela—.
Ya están haciéndose las bodas,
volviendo el trigo a las paneras...»
Les falta a todos su regreso,
es necesaria su miseria
para tener, año con año,
un mismo estar hacia la tierra.
Les sobra a todos su limosna
y todos tienen su miseria.
¡Si se habrá muerto aquel mendigo!
Yo he de ser siempre una pobreza,
un ir diciendo de la casa,
sin tener casa, tan siquiera,
con el «bendito», con su «alabado
sea Dios», abriéndome ya puertas
al recuerdo, para el andar
mi soledad, por las veredas
del silencio...
Vienes tú, pobre,
vuelve a la casa, ahora que empieza
toda a crecernos ya hacia dentro...
Un volver siempre hacia la tierra,
con mi oficio, con mi zurrón,
yo solo, hermanos, y mi ausencia,
volviendo siempre hacia el misterio,
diciendo a todos su miseria,
con mi oficio, con mi zurrón,
verso a verso hacia la tierra.

II

«Casa, casa de Dios me busco...»

Por el camino pedregoso,
aquel camino de los frailes,
con el zurrón lleno de tiempo,
y con toda la palabra hambre
llenándote, haciéndome la voz,
diciéndote siempre la calle
hacia casa, ahuecando fui
esta palabra en los zaguanes,
como la lluvia sobre el bosque
ahueca el bosque de las aves.
Vine haciéndome mar de plumas
la pobreza, como por darle
calor de tiempo a la palabra,
a mi palabra casa. Y se abren,
con los nudillos de mi tiempo,
verso a verso, sus zaguanes,
colgándome el zurrón con un
caerme desde el labio de la tarde
de mi «alabado sea el Señor».
Y voy más cerca de mis padres,
buscándome la casa, de una
en otra puerta, por las calles:
¡aquel recuerdo de Milagros,
de cuando su muñeca grande,
y luego de cuando su hijita,
durmiendo lo de Dios, como aire
quieto de Dios, sobre sus brazos,
casa de Dios su nueva carne!...
Casa, casa de Dios me busco,
hambreando Dios en los zaguanes.
Y doy limosna por amor de Dios,
doy verso a verso, calle a calle,
mi aldabonazoz recio, como
un viítico, para llevarles
con la palabra—el dejadero
de mi olor triste—hacia la Madre...
Con mi oficio, con mi zurrón,
voy, verso a verso, calle a calle,

que todos van con su miseria
sin tener nunca quién les hable,
de posada en posada, su
leyenda, y apenas si saben
lo que es ir siempre de camino
pesando el miedo en su equipaje.

SONETO ULTIMO

Casa, casa de Dios me busco, hermanos,
hilvanando la voz de mi pobreza
a està arena de Dios que pisa y reza
mi palabra desnuda por sus llanos
Por los llanos de Dios izas tus manos,
almenando tu sangre, y la aspereza
de este tacto sin Dios, en la tibieza
de mi memoria anclada hacia tus vanos.
Huecòs de Dios, lejanos, agua quieta
siempre de luz en siempre lejanía,
cae sobre mi tiempo toda, agrieta
esta agria masa de melancolía
en mis llanos de Dios, en la meseta
de mì ausencia total sin Tu armonía.

Alfonso Albalá.
MADRID.

FERNANDEZ MORENO: UNA AUTOBIOGRAFIA LIRICA

POR

EMILIO CARILLA

NOTA.—*En el número 26 de estos* CUADERNOS *(febrero de 1952) fueron ya publicados los cinco primeros capítulos de este importante trabajo del crítico argentino Emilio Carilla sobre la vida y obra del gran poeta rioplatense Fernández Moreno. A él remitimos a nuestros lectores interesados en la exacta comprensión de este interesante poeta y de la lírica argentina contemporánea.*

VI. TEMAS

Si no temiera incurrir en uno de esos juicios que, por pretender decir mucho, no dicen nada, diría que el amplio tema de Fernández Moreno es la *Vida:* su vida en relación a las circunstancias de su existencia. Autobiografía poética, mejor, que el propio Fernández Moreno se ha encargado de ordenar en su *Antología,* y que a través de los grupos fundamentales no varía mayormente los jalones construídos—a través de los años—por títulos de sus libros. En particular, la última antología (1915-1947), que llega casi hasta las lindes de su vida, nos da una ordenación temática más apropiada. Divisiones, insisto, marcadas en gran parte por lo que el poeta llama «mis pasos sobre la tierra». Aquí, como en otras cosas, una singular transparencia abraza la obra de Fernández Moreno.

¿Qué temas señala el poeta?

Los siguientes: *Aldea española, Ciudad, Intermedio provinciano, Campo argentino, Versos de Negrita, El hogar en el campo, El hijo,.—Yo, médico. Yo, catedrático, Cuadernos de verano, Poemas del Uruguay, San José de Flores, Versos de la penumbra, Viaje del Tucumán, Libro de Marcela* y un grupo de composiciones que, con el título de *Poesía,* no entra en los títulos precedentes.

El orden cronológico es notorio: el poeta parte de su vida, y sobre ésta inserta—coincidente con mucho de su obra—sus versos. Claro también que sobre otra perspectiva, que no tuviera tan presente la ordenación cronológica, los temas citados se pueden reducir.

Hace casi treinta años, y cuando la obra de Fernández Moreno llevaba unos pocos libros, Díez Canedo apuntaba cuatro temas: la ciudad, el rincón provinciano, el campo y el tema sentimental (es raro que no señale—por lo que pesaba ya—la evocación de la infancia española) (1), y esto con la aclaración de la consabida unidad de Fernández Moreno. (Aclaro también que Fernández Moreno ya iba señalando entonces—y no sólo en los títulos principales—los temas. Cuando publica *Nuevos poemas* (1921), los subtitula: *Ciudad, Intermedio provinciano, Campo argentino.* A poco de andar, pues, los temas se

(1) Enrique Díez Canedo, recogido en *Unidad de Fernández Moreno,* en «Letras de América». México, 1944. Págs. 355-356.

continúan; pero—esto importa—se van también abriendo en abanico: nuevos temas aparecen y se suman) (2).

En relación a Díez Canedo, poco varían los grupos que destaca Federico de Onís unos diez años después: «la ciudad, el campo, la provincia, la vida familiar, la intimidad sentimental» (3). El agregado de la «vida familiar» lo comprendemos perfectamente a través de *El hogar en el campo* (1924) y *El hijo* (1926), sobre todo. Pero vemos también la ausencia—en la lista—de la evocación española, en este caso más notoria después de la publicación de *Aldea española* (1925).

Volviendo a la *Antología* de Fernández Moreno—por cierto mucho más cerca de nosotros—, podemos tentar una pequeña reducción, respetando los títulos principales: *Buenos Aires, Ciudad provinciana, Campo argentino, Evocación de España, Versos de amor, El hogar y los hijos, Viajes y vacaciones, Poesías de la muerte, Poesías de la poesía, Homenajes*... Quizá pueda entrar algún otro grupo, igualmente válido; pero defiendo la lista que ofrezco. Por otra parte, en este caso los temas importantes se ofrecen con una elemental simplicidad. El anotar series se justifica dentro de la nutrida bibliografía del poeta.

De ahí que tampoco (además de lo que se ha dicho hasta aquí y lo que se dirá después) haya necesidad de detenerse en el estudio especial de los temas. Hacerlo equivaldría a incurrir en repeticiones cansadoras, sobre todo en aquello que toca de cerca la biografía externa de Fernández Moreno, ya bosquejada.

Conviene, en cambio, detenerse brevemente en algunos temas, no tanto ligados a esas circunstancias como a la intimidad del poeta. Así, vemos que asoma en los primeros libros una obsesión de muerte que subraya trechos visibles. ¿Experiencia del médico poeta? Quizá..., aunque me parece más exacto verla como una sincera afloración personal de esos días. Obsesión que, sin perjuicio del impresionista vigoroso que despunta, deja logrados versos:

Te escribo desde el fondo de la Pampa,
perdido en este pueblo miserable,
donde si me muriera, amigo mío,
qué solo dejarían mi cadáver...
¡Ah, si me muriera ahora!
Me enterrarían en no sé qué parte...

(*Angustia*, en LAS INICIALES DEL MISAL.)

Soñaba con un palacio;
al palacio renuncié...
Con una humilde casita;
a la casa renuncié...
Siquiera un cuartito mío,
misterioso, a media luz...
No te faltará, poeta,
tendrás tu lindo ataúd.

(*Canción de ciudad*, en CIUDAD.)

---

(2) Así, cuando en 1938 publica *Continuación*—y ya el título dice mucho—, las partes del libro se titulan: «Ciudad», «Intermedio provinciano», «Campo argentino», «Versos de Negrita», «El hogar en el campo y en la ciudad», «Aldea española», «Motivos españoles», «Poesía» y «Cuadernillos de verano».

(3) Federico de Onís: *Antología de la poesía española e hispanoamericana*. Madrid, 1932. Pág. 864.

Nada, amigos,
de vestirme y meterme en un féretro,
y en un coche ridículo,
al trote claudicante de un par de caballejos,
hundirme en una fosa,
¡un agujero más en cualquier cementerio!...

(*Funerales*, en CIUDAD.)

De los primeros libros es también una línea que—explicablemente—no persistió en la poesía de Fernández Moreno. Me refiero a esas pocas composiciones suyas—centradas en *Ciudad* (1917)—y que tocan el mundo de las meretrices. En realidad, más que tocar es un roce comprensivo.

Versos sensuales, pero de una sensualidad viril, que cubre a ciertas mujeres con el manto dorado. Proximidad graciosamente irreverente de lo sagrado y lo profano, con algo de la manera de Juan Ruiz (sin aproximarse demasiado):

Aderezadme presto, señora, una muchacha
con un poco de Virgen María en la mirada...
Es menester adivinar, señora.
Yo también tengo el alma forrada en seda roja.

(*El poeta y las cortesanas*, en CIUDAD.)

De ningún modo este tema—de tan poca representación en su poesía—constituyó un escollo, como anticipaba Enrique Díez Canedo. Igualmente exagerado me parece el párrafo de Antonio Aita, cuando dice que «el amor en Fernández Moreno es sensualismo» (4). Lo es aquí, pero no después.

Al avanzar en sus libros, la idea de la muerte y estos escasos comentarios nocturnos sensuales sufren eclipse notorio. Dalmira («Negrita») rompe con la obsesión y con líneas poco frondosas. Casado con la musa, el advenimiento de los hijos alejará más fuertemente el tema sepulcral, que, con posterioridad (y hasta la grave enfermedad de hace unos años), sólo reapareció en contados pasajes.

Después de 1937—y con motivo de la muerte de un hijo—suena, sí, con mayor insistencia enlazadora, el tema del dolor. Son poesías que reunió, primero, con el título *Versos de la penumbra*, y que aparecieron, finalmente, en libro con el título de *Penumbra*. Una nota del poeta, que hoy sirve de prólogo al libro póstumo, nos aclara aún más su carácter:

> *Estos versos fueron escritos, mejor dicho, dictados, porque nunca se hubiera atrevido a tomar su dolor como motivo, y dictados de un tirón, como puede verse en los originales, casi como un ay o una lágrima, durante los meses de depresión nerviosa que soportó a raíz de su desgracia. Sombra parecida a la que hacen las ramas sobre las aguas...* (5).

Se destacan en *Penumbra* una serie de sonetos. ¿Dolor? Sí, pero disparado a su alrededor: desencanto, flecha contra la hipocresía, la miseria interior, la pequeñez corredora...

Camino de vida a muerte y volver de muerte a vida van marcando también este trecho—casi final—en la obra del poeta. Y aquí, de nuevo, es un nombre

(4) Antonio Aita: *Algunos aspectos de la literatura argentina*. Buenos Aires, 1930. Pág. 55.

(5) Véase Fernández Moreno: *Penumbra. Libro de Marcela*. Buenos Aires, 1951. Pág. 11.

familiar, la nieta Marcela, la que espacia y atenúa—pero nada más—el postrer canto de Fernández Moreno.

¿Puede hablarse de una evolución en la lírica de Fernández Moreno? Comparando sus diversas obras, la verdad es que no se dan variantes fundamentales. Ampliación de temas (con líneas vigorosas desde un extremo a otro), pero sin cambios pronunciados en su expresión.

El poeta, a su vez, reconoce esa trayectoria cuando—al correr de títulos y obras—repite una poesía en libros que guardan visibles años de diferencia en cuanto a la fecha de edición. Hay, en ocasiones, variantes, sin llegar a cambios extraordinarios. (Fernández Moreno está lejos—aquí—de algunos ejemplos bien conocidos: Juan Ramón Jiménez, Guillén.)

Por mi parte, anoto el predominio de un tema, predominio que llega hasta a inyectar especiales resonancias a poesías de determinados años. A propósito de lo dicho líneas atrás, recordemos, en forma perceptible, el dolor y la muerte, con posterioridad a 1937.

Se nace en una forma solamente:
un grito, y un coágulo, y un lecho.
Se vive de la fuente de algún pecho,
y la criatura se hace adolescente.
¡Pero la muerte, oh Dios, cuán diferente!
¡De cuántos modos usa su derecho!
El rápido cuchillo, el nudo estrecho,
o acabar queja a queja y lentamente...

(*Del soneto XII,* en PENUMBRA.)

Ciertos caracteres—ironía, ingenio, gracia—se debilitan o se borran... Lacerado pecho, gravedad de los años, superposición de otros planos, pero que no alteran de manera rotunda corrientes iniciales. Más allá de tales rasgos —repito—, la unidad en la poesía de Fernández Moreno es evidente. Explicable también, porque nuestro poeta ya aparece como algo maduro en su primer libro. En esa situación, no debe pagar el tributo acostumbrado del tanteo y la «promesa», casos mucho más frecuentes, por cierto.

VII. RASGOS EXPRESIVOS

La frecuentación de páginas de Fernández Moreno y de estudios dedicados al poeta fué dejando en una libreta de apuntes mía una serie de juicios que—por diversos motivos—me parecieron dignos de copiarse. Son—como se verá—intentos de caracterización, de señalar hacia lo más personal y perdurable de Fernández Moreno. Por otra parte, el prestigio de los críticos remarca, una vez más, interés—consecuencia de su valor—con que es mirada desde los primeros años la obra del autor de *Las iniciales del misal.*

...El mucho espíritu en la poca materia exalta la belleza así revelada...

Fernández Moreno, poeta, es un espíritu de piedad, de sencillez y de dulzura. Su don esencial consiste en florecer suavemente como el árbol primaveral después de la lluvia.

(LEOPOLDO LUGONES) (1).

(1) Leopoldo Lugones: *Fernández Moreno,* en «La Nación», de Buenos Aires, 28 de diciembre de 1916.

Agudísima selección mental de los aspectos esenciales de la realidad, para dar su representación completa; interpretación fantástica de los mismos, por un proceso de síntesis, en el cual no se advierte el paso de la percepción a la imagen poética...

(ROBERTO F. GIUSTI) (2).

La sensación rápidamente percibida, la forma sin excesiva construcción, tanto en lo que toca a los temas poéticos como a la propia calidad del verso, nos presentan a Fernández Moreno como un gran impresionista.

(ENRIQUE DÍEZ CANEDO) (3).

Es un delicado temperamento sensitivo.

(ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA) (4).

Este poeta de las cosas vulgares incorporó a la poesía argentina la nota humorística... El humorismo de Fernández Moreno carece de comicidad, es fino y sentimental.

(ANTONIO AITA) (5).

Su obra poética... tiene gran unidad; consiste ésta en la simplicidad de elementos, en la aprehensión de los pormenores tenues del momento fugaz, en la sinceridad desnuda, tierna y un tanto despegada; en una leve y simpática ironía, que es su mayor encanto y originalidad, todo lo cual hace de él uno de los mejores poetas de este tiempo.

(FEDERICO DE ONÍS) (6).

Reparemos ahora en algunos párrafos: poeta del «mucho espíritu en la poca materia»; espíritu «de sencillez», lo llamó Lugones... «Poeta de las cosas vulgares», lo llamó Antonio Aita, y muchos otros coincidieron o repitieron los juicios. Reconozcamos, sin embargo, que si Fernández Moreno ha hecho surgir poesía de esa cantera, aquí también están los mayores escollos de su obra.

Es cierto que no hay «familias» de temas y palabras sin categoría poética; sobre todo de aquellas palabras que los clasicistas relegaban (a pesar de lo que podían aprender en Quintiliano), como huérfanas, en la inclusa. Una de las virtudes señaladas del romanticismo fué la de abrir las puertas y dejar que el poeta se encargara de justificar o no su entrada.

En esta situación, cierta preferencia de Fernández Moreno por las cosas vulgares no se levanta a través del ingenio del poeta. Por ahí escribe:

¡Buenos Aires, provincia, seno hinchado!
¡Exodo de ganados, trigos, ondulación!
(La bahía de San Borombón
es un pezón
invaginado.)

---

(2) Roberto F. Giusti: *Fernández Moreno* [a propósito de *Ciudad*], en «Crítica y Polémica». Buenos Aires, 1917. Pág. 110.
(3) Enrique Díez Canedo, en «Letras de América», pág. 360.
(4) Enrique Méndez Calzada: *La obra poética de Fernández Moreno*, en «Nosotros», de Buenos Aires, 1926, XX, núm. 206, pág. 305.
(5) Antonio Aita: *Algunos aspectos de la literatura argentina*, Buenos Aires, 1930. Pág. 54.
(6) Federico de Onís: *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, página 864.

Claro también que se puede recordar que esta composición pertenece al tipo de esas «descripciones de mapa», a las cuales corresponde el tan repetido

San Luis se me figura
el agujero de una cerradura.

Fernández Moreno—lo hemos dicho—es buen humorista (humorista en el mejor sentido del término), y anticipa en versos como los citados al más reciente escritor de una de las líneas de *La mariposa y la viga*. Los ejemplos precedentes son, en realidad, humorismo rimado, juguetes del ingenio. Alarde, distracción, atrevimiento: he aquí los impulsos que lo mueven, pero que no se realzan por la poesía. El efecto lo obtiene cuando no exagera tanto la nota. Por ejemplo, en esta escena familiar, entre prosa y poesía:

En el regazo tiene
un montón de ternísimas chauchas
que va quebrando lentamente
y echando en una cacerola con agua...

(*Habla la madre castellana*, en LAS INICIALES DEL MISAL.)

Pero lo preferimos cuando elude la palabra escueta y le concede el particular atractivo de «su» metáfora. Gracia, ingenio y poesía, fundiéndose y transformando la escena corriente, repetida.

Tiene nuestro poeta una notoria inclinación hacia la impresión aguda y el contraste vivaz, siempre dentro de elementos poco complicados y—si se quiere—limitados. En esto, como ocurre con tantos poetas, tal limitación—nunca exagerada—sirve para encerrar y, paradójicamente, abrir su mundo expresivo.

...Es hermoso, de noche,
ver huir calle abajo los tranvías,
con un polvo de estrellas en las ruedas
y en la punta del trole una estrellita.

(*Barrio característico*, en LAS NICIALES DEL MISAL.)

Blanca luz,
negro café.

(*Redacción*, en CIUDAD.)

Al lado de la metáfora feliz, de la antítesis certera, hay algo que se ha hecho peculiar—repito—de los versos de Fernández Moreno: su humorismo fino y pulido. Humorismo sutil que brota de su espíritu melancólico, pulcro casi siempre. Deseo logrado de evitar lo grotesco y duro, prendido a lo minúsculo o a lo delicado.

De repente, ¡tac!, un lápiz
se quiebra sobre un papel.
Una punta de lápiz que se quiebra
es lo más inesperado que puede haber.
Sirio echa mano a su cortaplumas
(véase a Sirio sacando puntas, véase).
Empieza Sirio desde arriba,
largas astillas caen sobre el papel.
Sirio saca puntas voluptuosamente,
como si desnudara a una mujer...

(*Redacción*, en CIUDAD.)

Pero ¿podríamos afirmar—como se desprende de juicios de Aita y Onís—que en la ironía y el humor reside mucho de lo más personal de su obra? Sin duda, no. El humor de Fernández Moreno es un rasgo—y sólo uno—dentro de una cadena de eslabones firmes, con otros no inferiores ni menos perceptibles.

El raro poder de síntesis se manifiesta en pinceladas seguras: dos palabras y nada más. (Bien lo vió Lugones: «La poesía de Fernández Moreno recuerda a esos pájaros curiosos que no se detienen sino un instante para gorjear. La rama donde asentáronse tiembla aún cuando ya han partido.») El lector moderno comprende que la mejor lírica se identifica con la brevedad del poema: el vuelo alto no puede durar mucho. Y no sólo la lírica, también la poesía descriptiva.

En Fernández Moreno la síntesis se extrema. En media docena de vocablos se condensa una estación provinciana:

Y un enorme gendarme con la cara tostada.
(*En la Pampa. Desde el tren*, en LAS INICIALES DEL MISAL, con la variante de la *Antología*.)

He dicho que pinta a pinceladas. He aquí al poeta pictórico a través de dos versos como dos trazos:

El cielo es una pincelada gris
y es una verde pincelada el campo.

(*Simple paisaje*, en LAS NICIALES DEL MISAL.)

Y, menos paralelo, el tan conocido *Paisaje:*

Ocre y abierto en huellas, el camino
separa opacamente los sembrados...
Lejos, la margarita de un molino.

(En INTERMEDIO PROVINCIANO.)

Por último, como una consecuencia de ese carácter de impresiones, acotaciones, que distingue a gran parte de la obra de Fernández Moreno, desarrolladas precisamente en la condensada brevedad de las composiciones y con los rasgos inconfundibles de su verso, vale la pena reparar en títulos de poesías, títulos en que el autor necesita explicar el instante o el perfil muy especial del tema. Así, las tituladas: *A un niño conductor de llamas en el Zoológico; A un poeta, bohemio de nueva especie, limpio y trabajador; Balada de las pobres profesoras de piano y solfeo; Al señor marqués de Santillana, que llevaba en la celada un mote que decía: «Dios e Vos»: A una dama que bebía un vaso de leche con las uñas pintadas de rojo.* Hay algún ejemplo en que el título necesita casi tantas palabras como la composición. Pero lo que interesa destacar es que, con frecuencia, tal estructura (con nutridos antecedentes en la lírica española de su mejor época) no es sino el intento de evitar al verso el lastre introductorio o explicativo. Peso aligerado, síntesis-tamiz.

Fernández Moreno identifica, naturalmente, poesía y metro, dentro del predominio de la regularidad métrica que lo caracteriza. Aun más, Fernández Moreno ha impuesto en variedad combinaciones estróficas como la décima, levantándola desde un localizado y repetido uso «gauchesco» (y no de la mejor calidad) o apostrófico, hasta una viva riqueza de temas y formas. Hasta 1928

había en la lírica argentina un solo gran libro de sonetos: *La urna*, de Enrique Banchs. Bastó que Fernández Moreno reuniera los suyos en el libro que tituló precisamente *Sonetos*, para que la colección de Banchs encontrara, por fin, adecuado par.

De la maestría que alcanza Fernández Moreno en sus sonetos quiero dar esta muestra: su *Matinal soneto de amor*.

No ha de apagar su lámpara el poeta,
aunque el fino pincel de la mañana
el desnudo cristal de la ventana
pinte con el azul de su paleta,
sin tejer otra lírica violeta
en la ideal corona que engalana
tu divina cabeza soberana,
por buena, por hermosa y por discreta.
Vaya hacia ti mi ofrenda matutina
en la luz y en el pájaro que trina.
Una dulce mañana te deseo.
Así, mientras te vayas levantando,
verás mi puro corazón vibrando
en un rayo de sol y en un gorjeo.

(*Sonetos.*)

Acerca de las décimas—y después de lo que he dicho líneas atrás—dejaré hablar a E. Montagne: «Hoy por hoy, la décima no conseguirá más acertado empleo que el que atina a darle, usándola casi siempre de a una, Fernández Moreno. Manejada por este poeta, es ahora una viñeta, o un perfil personal, o una salutación, o una confesión, o un desahogo: minúsculo cuadro, cofrecillo de sorpresa, pomo de esencia suave, flor de galanía, cordialidad o ingenio en todo momento.» Y, otra vez, el ejemplo:

Si reímos o lloramos,
ponemos al corazón
las notas de una canción
y así nos acompañamos.
Los hombres siempre cantamos
la misma copla sabida,
que no por arrepentida
pierde color ni fragancia:
la que se aprendió en la infancia
nos sirve toda la vida.

(*Canciones.*)

Alguna vez—y en esos versos de las *Décimas*, en que gustaba tomar a la poesía como tema—nos señaló, más que la «triquiñuela», el buen modelo: Calderón. Efectivamente, pocos como el padre de *La vida es sueño* supieron llegar tan hondo en el metro avaro de la décima o espinela. Fernández Moreno, a su vez, amplía y «moderniza» sus posibilidades expresivas.

Creo que hasta puede anotarse aquí la coincidencia en el uso de la décima y el soneto entre Fernández Moreno y Jorge Guillén. El autor de *Cántico*, no muy afecto a estrofas de ceñida regularidad métrica, cultivó precisamente la décima y el soneto. Y en la décima llegó también a dar un nuevo sello (externo e interno) a esta no muy común combinación.

No hace falta insistir con nuevas citas: las transcripciones anteriores bastan para dar una idea de dominio de las formas métricas, dominio que no es en el poeta otra cosa que el cauce adecuado a su poesía. Agreguemos todavía

romances, seguidillas, pareados, tercetos, etc., para completar el cuadro de sus preferencias estróficas. Eso sí, no es ningún misterio que Fernández Moreno cultivó estos metros tradicionales sin despertarse mayormente en él aires renovadores. Por lo menos, en la apariencia del mecanismo en sí. ¿Para qué preguntar—en Fernández Moreno, por supuesto—de ventajas y desventajas? El isosilabismo, la rima y el ritmo aparecen consustanciados con lo esencial de su poesía, y eso los justifica. (Como en otros se justifica lo contrario.) La suya es una poesía pensada así, nacida así, y, por tanto, las divagaciones al respecto no tienen mayor consistencia.

LENGUA

Siempre se ha reparado en la riqueza léxica de nuestro poeta, y más de una vez se le ha llamado poeta castizo, con o sin afán diferenciador (y aun peyorativo), con o sin intencionada alusión a sus años de España.

Fernández Moreno ha hablado en sus primeros versos de «una abuelita temblona y pueblerina» que le llenó los «labios de un viejo y divino parlar». También a la lengua, a «su lengua», puede extenderse lo que dijo de las *Canciones:*

Lo que se aprendió en la infancia
nos sirve toda la vida.

Sonoridades y hasta algún localismo de Castilla la Vieja, que no podían menos que provocar las burlas de sus compañeros de colegio en Buenos Aires:

Me ponía colorado
si me llamaban gallego.

En Fernández Moreno, el ahincamiento en la tierra nativa y el amor a España encuentran su mejor conjugación en la lengua. No es, por cierto, la suya una lengua de purista. Pero no es tampoco «un idioma argentino» o una jerga de suburbio porteño. En Fernández Moreno se siente una lengua culta, nuestra por el sentido y por las cosas que trata. Claro que por el camino de Fernández Moreno—si hubiera esa intención—nunca se llegará a la «lengua propia»; pero esto ya escapa, en dimensiones y previsión, a nuestro estudio.

A propósito de la lengua de Fernández Moreno, recordemos aquí los artículos periodísticos de Ramón Doll y Herreros, con motivo de aquella «vaca bermeja» de que nos hablaba el poeta en la primera versión de una poesía de *Intermedio provinciano (La vaca muerta).* Después de mucho discutir el españolismo del adjetivo *bermeja,* de sugerir que el término argentino debía ser *baya* o algo parecido, se llegó a la conclusión (o poco menos) de que los buenos poetas tienen—por tal hecho—franquicias especiales. Con esa franquicia y con el derecho que el escritor tiene sobre la obra suya, Fernández Moreno estampó, finalmente, el adjetivo adecuado: *rosilla.* Así se lee en la última versión de la poesía (7), aunque hay críticos que no se han enterado aún.

Y, mejor que nuestro comentario, la profesión de fe del poeta acerca de la lengua, evita inútiles disgresiones:

---

(7) Cfr. Fernández Moreno: *Antología (1915-1947),* págs. 95-96.

Creo en el castellano indivisible que nos cubre a todos como un paño precioso, que va y viene como una mar, haciendo, eso sí, todos los pliegues posibles al hundirse en un valle, al desgarrarse en un picacho, al gulusmear en los suburbios, al dormirse en los ejidos, para empenacharse de nuevas espumas y de nuevos cambiantes. Porque yo no quisiera renunciar ni a un matiz, ni a un giro, ni a una palabra viva, ni a un arcaísmo moribundo, ni siquiera a ese neologismo que está pirueteando a las puertas del castillo y haciendo señas para entrar (8).

Hace poco escuchaba a un distinguido filólogo español hablar de «nuestro Fernández Moreno». Y, la verdad, dentro de la geografía espiritual de la poesía, Fernández Moreno—dejando a un lado, si es posible, ocasionales temas españoles—permite ese alcance. Así como escritores argentinos (un Sarmiento, un Hernández, un Mansilla, un Güiraldes, un Borges) no tienen, por lo común —y por razones obvias, en que no entran calidades—, tal dimensión hispánica, el poeta de *Campo argentino* destaca esta particular expansión de sus versos.

VIII. CONCLUSIÓN

Pocos escritores argentinos—y menos los de nuestro siglo—han merecido una bibliografía crítica tan nutrida como Fernández Moreno.

La verdad que el poeta, por su significación argentina y, más aún, por su claro valor en las letras hispánicas, merece de sobra tales páginas. Trabajos todos ellos breves, no es la extensión un obstáculo para reconocer los méritos de varios de esos estudios (1). Y, dentro de líneas fundamentales, el propio Fernández Moreno no ha dejado de contribuir con páginas autobiográficas para fijar mejor—a través de noticias y comentarios—el perfil de la obra.

Creo, así, que de Fernández Moreno tenemos (como, a mi modo de ver, no tenemos de Lugones, Banchs, Güiraldes y otros más cercanos a nosotros) un abundante material crítico. En esa abundancia—he pensado más de una vez—ha actuado el reconocimiento del valor del poeta, pero—no menos—una mayor nitidez y hasta aparente facilidad en la captación de su labor poética. Ventaja y desventaja: ventaja de la claridad; desventaja—crítica—de quedarse, dentro de esa claridad, en la periferia de títulos y temas, que, por otra parte, ya nos da Fernández Moreno separados o marcados.

En fin, el amplio estudio que habrá que escribir sobre Fernández Moreno, ahora que la muerte ha cerrado definitivamente su—en relación—extensa obra literaria, debe superar elementales limitaciones de enfoque y hasta la rutina de frases hechas, verdaderos lugares comunes contra los cuales no dejó de reaccionar—a su manera—el propio poeta.

---

(8) Fernández Moreno: *Vida y desaparición de un médico*, pág. 322.

(1) Recordemos, particularmente, el artículo de Lugones (*Fernández Moreno*, en «La Nación», de Buenos Aires, 28 de diciembre de 1916); el de Méndez Calzada (*La obra poética de Fernández Moreno*, en «Nosotros», de Buenos Aires, 1926, XX, núm. 206, pág. 305); el de Martínez Estrada (*Fernández Moreno*, en «Nosotros», segunda época, Buenos Aires, 1941, VI, núm. 64, páginas 3-17); el de Díez Canedo (*Unidad de Fernández Moreno*, en «Letras de América», México, 1944, págs. 355-363).

Aunque yacente, indómito Lugones,
berbí junto a la seda de Darío,
el que escribió sobre un librejo mío
una columna y media de renglones.
Tú sabías voltear entretelones
y remar con el río o contra el río:
tras de tu voz ha sido todo un pío,
un entreabrir de picos de pichones.
Si alguno escribe sobre mí, ya cano,
debe leerte a oscuras en su altillo
y sofrenar mi libro con la mano.
Todo es TRIVIAL, *todo es* VULGAR, SENCILLO;
el vivir y el morir LO COTIDIANO:
labio purpúreo o fémur amarillo (2).

En otra ocasión, escribió:

> *Yo no me repito: me aumento. El pregonero es el que se repite* (3).

Por cierto que no es el escritor el que debe marcar—con señales luminosas—el camino de la crítica. No siempre coinciden la autocrítica y la crítica ajena. Diríamos que casi siempre difieren, aunque no por eso hay que desoír las palabras de quien tiene derecho a hacerse escuchar.

Por lo pronto, le damos la razón en que se ha exagerado, al analizar la obra de Fernández Moreno, la persistencia de «lo cotidiano, vulgar y sencillo» (pocos, eso sí, lo han hecho con afán rebajador). Constituyen tales características—que pueden reducirse a una—una faceta, un aspecto importante de su obra, que, de todos modos, necesita explicarse. Y ese mundo minúsculo—tantas veces recreado magníficamente—, de ninguna manera tapa otros mundos más trascendentales: el amor, la muerte..., lo grande, en fin.

Notamos que el poeta se preocupa demasiado por lo que dicen «casi todos sus críticos»: la poesía no se reduce a los temas. En última instancia, gran galardón es alcanzar belleza por caminos tan humildes.

* * *

Volvamos a un punto de partida bien visible y digamos que de Fernández Moreno—quizá con mayor razón que de *Azorín*—se podría hablar de sus «primores de lo vulgar». Poetización de un mundo corriente, doméstico, que cobra casi siempre la transformación de la auténtica poesía. Eso no es toda la obra de Fernández Moreno, pero es una buena parte.

Por cierto que Fernández Moreno, más que una elaborada e intencionada estética, lleva al verso su propia vida espejada en momentos, en lugares, en cosas, en personas reales ligadas a su vida. Por eso su mundo tiene una gran variedad y toca frecuentemente realidades objetivas. Realidades exteriores vistas por la sensibilidad del poeta, o bien su intimidad proyectándose en forma directa sobre el verso.

---

(2) Publicado por primera vez en «Nosotros», segunda época, IV, 1939, página 15.
(3) Fernández Moreno: *La mariposa y la viga*. Buenos Aires, 1947. Página 149.

Hay que reconocer el esfuerzo de pretender recrear un ámbito vulgar—depurándolo—en poesía. Vulgaridad de aristas duras, material híspido, a veces de dificultades invencibles. Es cierto que no hay temas, sino poetas; pero quizá convenga reparar en que hay elementos, ideas de valor potencial poético. Esto dicho con los inconvenientes que provienen de materia tan escurridiza.

Por eso, si no siempre acierta Fernández Moreno, si esa vulgaridad no se afina en ocasiones en sus versos, convengamos en que lo logrado es lo suficientemente estimable como para afirmar virtudes en el tratamiento lírico de temas comunísimos o cosas sin prosapia literaria. Fernández Moreno no se reduce a esos temas, aunque en él «permanecen» más que en otros poetas. Por lo demás, ya sabemos que altos ingenios del pasado algunas veces descendieron a los temas minúsculos y los elevaron a fuerza de poesía o, por lo menos, de gracia. Góngora y Quevedo escribieron sonetos para agradecer envíos de dulces y para fustigar al mosquito.

A propósito de ciertas prevenciones en la temática de nuestra época, Alfonso Reyes escribió palabras—¿cuándo no?—certeras:

> *Esto de pretender cantar a fuerza del do de pecho, sin permitirse el registro medio, es cosa de mal gusto, arruina la voz y delata lo lejana que anda hoy la vida de la poesía...* (4).

Reparando en la obra de Fernández Moreno, reguero lírico de treinta volúmenes más o menos (con reiteraciones explicables), quizá fuera fácil señalar que a veces faltó al poeta—precisamente en el tratamiento de determinados temas—el rigor autocrítico que sacrifica la composición en homenaje a una calidad más pareja. Pero también la defensa la encontramos en el paralelo con escritores—sobre todo líricos—de producción nutrida: no concebimos una «antología» de treinta volúmenes.

Yo creo que el gran acierto de Fernández Moreno, al contar las cosas pequeñas y corrientes, está en haber encontrado a menudo la medida exacta (que no es siempre la mitad del camino) entre esas cosas y la palabra. Encontrar para la humildad de las cosas briznas de poesía (pero ya poesía). Poesía de la realidad, dentro de un escalonamiento que hay que explicar. Una poesía de la realidad, cerca de las cosas, pero—repito—ya poesía. En este sentido, considero que puede servirnos el ejemplo que significa un poeta español contemporáneo: Jorge Guillén. El autor de *Cántico* es también poeta—diríamos—de la realidad. Bien visible es su ámbito. Y, sin embargo, la lírica de Guillén representa un trayecto más avanzado (y, por tanto, diferente) en el camino entre realidad y poesía. Con otras palabras: una realidad exterior más transformada (tanto, que en ocasiones sólo nos queda el título para aferrarla al punto de partida).

Más de una vez, al recorrer tierra argentina, al evocar a Buenos Aires, al pensar en lo que está a nuestro alrededor, más de una vez—digo—los hemos visto, no en su directa concreción, sino en su personal vuelo y en alas de versos del poeta:

> *Soy esa fuentecilla de la plaza...*
> *Madre, no me digas...*
> *Crepúsculo argentino sin campanas...*

---

(4) Alfonso Reyes: *Transacciones con Teodoro Malio*, en «Ancorajes». México, 1951. Pág. 114.

Poeta de la realidad, más que de la imaginación. Mejor—¿y por qué no?—, poeta de una rica imaginación no lejos de la realidad (y no pretendo hacer juegos de palabras).

En Fernández Moreno hay una fuerte presencia de la Argentina (Argentina, en primer lugar; en segundo término, España: evocación y linaje). Nacionalismo literario del mejor cuño, vale decir, aquel que prefiere ir dando la visión de su patria sin estridores, sin sonoridades de trompa y sin poemas de grandes pretensiones. Fernández Moreno es fiel a su sensibilidad y a su tiempo. Sabe lo que quiere y lo que puede. Por eso su «Argentina» es auténtica en su poesía (autenticidad, en lo literario, que no es infiel en otros aspectos). De ahí también su trascendencia: expansión y altura que fuera de nuestro país, y sobre todo en España (repito: temas a un lado), hace que se lo sienta como suyo, sin dejar de ser nuestro.

Algunos temas han variado con el correr de los años. Algunos, aunque, en general, la obra poética de Fernández Moreno ha mantenido una serie de líneas abiertas desde la primera obra.

Dije que hay ciertas variaciones. Es menester aclarar. En los primeros libros de Fernández Moreno notamos, por ejemplo, rasgos humorísticos. Mejor aún: una ironía sutil, melancólica, que, sin perderse del todo, se esfuma con los años. (De todos modos, nunca la ironía agresiva de un posible modelo, como se pensó en más de una ocasión.)

También el tema de la muerte sufre variaciones. Muerte (dolor, melancolía) que asomaban con persistencia y que posteriormente se apaciguan, se debilitan. Amor y familia crecen y aplastan a la muerte. Pero hacia el final, en la etapa de Fernández Moreno «el Viejo» (como quiso llamarse, para distinguir ya su obra de la de su hijo César), el tema—proyectándose en varias direcciones—reaparece, ahora más lacerante en su brevedad. Realidad (años y enfermedades) que llega otra vez al verso suyo.

La poesía de Fernández Moreno es una poesía que entronca con la mejor corriente de la poesía española culta. Por el decoro, por el sentimiento, por la riqueza de lengua (riqueza que es propiedad). Y entronca también—siendo tan suya—con formas y metros de la lírica hispánica. Indiscutibles aciertos de quien mostró siempre predilección por el verso regular y las combinaciones métricas ilustres (en lo que puede hablarse de combinaciones métricas «ilustres») de nuestra lírica.

Y ese mundo de transparencia, de claridad—transparencia castigada, claridad como imposición del propio poeta (para ser así fiel a su yo)—; ese mundo de fuerte cohesión, de manifiesta unidad—repito—encuentra su objetivación adecuada en la lengua de Fernández Moreno. Mejor dicho—y para indicarlo con la conocida igualdad crociana—, ese mundo recibe su verdadera medida en la expresión del poeta. Lengua rica que no es sino el saber dar a cada cosa el nombre que le corresponde. Lengua, sí, no muy común en el Río de la Plata, con más de un vocablo reconocible de estrecho ámbito castellano, pero que siempre sentimos cerca, por las realidades que trata y por el acento con que las escribe. En última instancia, la naturalización más digna.

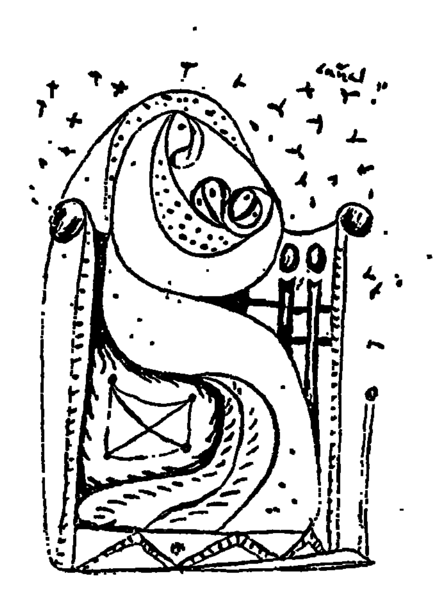
La poesía de Fernández Moreno vale en su claridad y en su maciza arquitectura, como vale en otros su oscuridad y recóndita complejidad. Nada más lejos de él que una poesía hermética, accesible sólo a iniciados. En el otro extremo, tampoco es un correr pedestre de líneas iguales, como parecieran dar

a entender esas repetidas recitaciones de unas pocas poesías suyas (*Setenta balcones, La vaca muerta, La fragata «Sarmiento»...*). En su treintena de libros, la unidad visible no es obstáculo a diversidad de líneas. Pero—dentro de la diversidad—resaltan nítidos los colores del relieve. Y, de nuevo, reconocemos que la claridad es no sólo una objetivación del auténtico poeta, sino—por eso mismo—resultado de trabajo, pertinaz triunfo de un sentido también cristalino del arte.

Por último, volvamos por los fueros del carácter nacional en su obra. En la peligrosa polaridad (nacionalismo-universalismo), la obra poética de Fernández Moreno se nos impone como esencialmente argentina (aunque se proyecte—como toda obra de valor—más allá de las fronteras de su patria). Eso sí, para ser fiel a sí mismo, el poeta necesita proclamar—directa e indirectamente—lo que en él pesa España como tradición, como lengua, como «infancia». Sin embargo, sería infantil—sobre esta base—negar sello argentino a Fernández Moreno: por su vida, por sus temas, por el acento e intención de sus versos...

Casi ni vale la pena detenerse en tales cuestiones, y sólo algunas voces ásperas saltaron a veces con afán retaceador, sobre todo puntualizando tiquismiquis de lengua. (Sabemos también de lo elástico de ciertos conceptos, incapaces de aplicarse a diversidad de géneros y temas con un único patrón.) En fin, lo que importa es reparar en la obra de Fernández Moreno como una obra de noble raíz argentina.

Emilio Carilla.
Rivadavia, 244 (D.º C).
TUCUMÁN (R. Argentina).



EL SOTANO

POR

PAR LAGERKVIST

(PREMIO NOBEL 1951)

Todos le hemos visto; le vemos casi todos los días. Pero nunca nos fijamos en él. Pasamos a su lado sin darnos cuenta. Es como si debiese estar siempre ahí, como si formase parte de nuestro ambiente. Su ausencia llamaría más nuestra atención. Me estoy refiriendo a Lindgren, el viejecito de las piernas inútiles que se arrastra por las calles y las plazas apoyándose en sus manos, forradas de cuero; también sus piernas están envueltas en cuero. Su rostro, enmarcado por una barba rala, lleva las marcas de un sufrimiento que no llega a expresar totalmente; sus ojos son pequeños y resignados. Todos nos lo hemos encontrado, nos lo encontramos constantemente; estamos acostumbrados a encontrárnoslo; es como si formase parte de nosotros mismos. Al pasar, depositamos una moneda en su mano gastada: ¡también él tiene que vivir!

Está ahí; eso es, en general, lo que de él se sabe. Yo sí le conozco; por eso voy a decir algo sobre él.

A menudo me he detenido para hablar un momento con el viejo. Sentía como la necesidad de acercarme a un algo apacible y bueno que parecía emanar de él.

Me he parado tan a menudo a hablarle, que le habrán podido tomar por un familiar mio en la miseria. No es cierto. En mi familia no hay pobreza, no hay más que una tristeza que es nuestra, sólo nuestra, y que sabemos llevar con la frente alta. Pero yo creía que debía hablar con él de cuando en cuando; en primer lugar, por él, para que no se sintiese rechazado; pero también por mí, porque pensaba que él tenía algo que decirme. Y no me parecía que existiese un abismo entre nosotros. Pensaba frecuentemente que si mis piernas hubiesen sido inútiles, si hubiese tenido que arrastrarme por el suelo como él, no me hubiese sido demasiado penoso y no hubiese sido nada

extraño que me llegase a acostumbrar. Por eso puedo decir que teníamos los dos algo en común.

Una tarde de otoño lo encontré en un parque donde los enamorados suelen darse cita. Estaba recostado al pie de un farol y extendía maquinalmente su mano gastada, a pesar de que nadie transitaba por allí. Sin duda, pensaba que el amor provoca la generosidad. En el fondo, creo que no debe conocer muy bien a la Humanidad; se limita a extender la mano al azar. Vive: eso es todo.

Había llovido; estaba manchado de barro, y parecía cansado y enfermo.

—¿No sería mejor que vuelva a su casa?—le dije—. Se está haciendo de noche.

—Sí—me contestó—, será mejor.

—Le acompañaré un poco. ¿Dónde vive usted?

Me lo dijo, y resultó que su casa no estaba lejos de la mía. Nuestro camino era el mismo.

Cruzamos una calle.

—Debe de ser peligroso para usted—dije—cruzar la calzada.

—¡Oh, no!—respondió—. Se fijan en mí. Ayer, un guardia detuvo toda la circulación para que yo pudiese atravesar la calle. Pero también me dijo que debía apresurarme, y así debe de ser. Todas las gentes de aquí me conocen; consideran que formo parte de la ciudad.

Seguimos andando lentamente. Tenía que acortar mis pasos e incluso detenerme a veces para que me alcanzase. Empezó a lloviznar. A mis pies el viejo se arrastraba, sus manos manchadas de barro arañaban el pavimento, su cuerpo se elevaba y recaía. Se hubiera dicho un gigantesco insecto arrastrándose hacia su agujero. Y, sin embargo, era un hombre como yo, y le oía, a ras del suelo, hablar y respirar como yo. Verle apenas podía, pues había niebla y los faroles casi no alumbraban. Me daba pena oírle allí abajo, esforzándose por seguirme.

—¿No le parece dura su suerte?—dije—. A menudo debe usted de sentirse amargado.

—No—me respondió desde abajo—. Le parecerá raro,

pero no es tan difícil como cree. Se acostumbra uno. Por mi parte, como nací así, no siento lo que sentiría el que en plena salud fuese víctima de pronto de un accidente. ¡No!, no me parece que tenga motivos para quejarme, si reflexiono un poco. Hay muchos para los que seguramente la vida es mucho peor. Me veo libre de muchas cosas que los demás deben soportar. Disfruto de calma y tranquilidad en un mundo que ha tenido lástima de mí. Imagine usted, señor, que sólo encuentro bondad a mi alrededor.

—¿Es posible?—le pregunté.

—Sí; solamente encuentro personas caritativas, las que se detienen para darme limosna. De las otras nada sé. ¿Comprende usted? Pasan...

—Considera usted las cosas por su lado bueno—respondo. Y sonrío.

—Pero si es la verdad—replica muy serio—, y es muy importante que así sea.

En efecto: lo he considerado seriamente y he comprendido que el viejo tenía razón; que es una gran felicidad no tener necesidad de conocer en la vida más que la bondad.

Proseguimos andando. Una tienda instalada en un sótano nos ilumina.

—Voy a comprar pan aquí—me dice, y se arrastra hasta la ventana de la tienda, en cuyos cristales golpea. Una muchacha sube a la calle con un paquete ya preparado.

—Buenas noches, señor Lindgren—le saluda—. ¡Qué tiempo tan malo! A meterse en casita, ¿verdad?

—Sí, a casa.

Se despiden y la muchacha cierra la puerta.

—Siempre hago mis compras en tiendas que estén en sótanos—me dice mientras reanudamos nuestro camino.

—Es natural—respondo.

—Sí, porque en esas tiendas la gente siempre es mucho más amable.

—Así será, sin duda.

—Así es—afirma.

Avanzábamos por unas callejuelas oscuras y empinadas.

—Yo también vivo en un sótano, como puede usted supo-

ner. Es lo que más me conviene. Fué mi casero el que tuvo esa idea. Es un hombre admirable.

Seguíamos pasando callejuelas, una tras otra, lentamente. Nunca hubiera creído que el camino hasta mi casa fuese tan largo. Me sentía cansado, agotado, como si yo también me arrastrase en la oscuridad, pesadamente, penosamente. Yo iba derecho viéndole arrastrarse a mi lado. A veces desaparecía en la niebla y sólo oía su respiración fatigosa. Por fin llegamos a su calle y nos detuvimos ante su casa. Era grande y magnífica. Casi todas sus ventanas estaban iluminadas. En el primer piso parecía que se celebraba una fiesta. Brillaban las arañas; la música llegaba hasta nosotros en el aire de otoño; algunas parejas pasaban bailando detrás de los cristales, como sombras. El viejo se arrastró hasta una escalera de tres o cuatro peldaños que descendía a su habitación. A su lado, y a ras del suelo, se abría una ventanita tapada con un trapo que hacía de cortina y adornada con una vieja lata de conservas que servía de maceta a un bulbo de jacinto.

—¿Quiere usted bajar conmigo, señor—me dijo—, para ver cómo es?...

No había pensado en ello. No había comprendido que, evidentemente, tenía que hacerlo. Estaba angustiado; me sentía incómodo. ¿Por qué tenía que bajar a su casa? Nuestras relaciones no habían sido lo suficientemente amistosas para justificarlo. Le había acompañado un rato por la razón de que llevábamos los dos el mismo camino, pero nunca había tenido la intención de entrar en su casa. ¿Qué necesidad tenía de bajar a su agujero? Y, sin embargo, debía hacerlo.

En esto recordé que conocía a la familia que habitaba el primer piso. Era raro que no me hubiesen invitado a su fiesta. Sin duda, se habían olvidado de mí.

—No se ha molestado porque le invite a bajar a mi casa, ¿verdad?—me preguntó el viejo, como si adivinase el motivo de mi silencio.

—¡Oh, no!—le dije.

Tenía mucho gusto en bajar a su casa, para ver cómo era, por eso le había acompañado. Me gustaba ir siempre a donde se me invitaba.

Bajó los peldaños arrastrándose. Sacó la llave y la introdujo en la cerradura. Observé que ésta había sido quitada de su sitio normal y colocada más abajo, para que pudiese alcanzarla cómodamente.

—Es mi casero el que la ha hecho arreglar así—me dijo—. Está en todo.

Entramos. Cuando hubo encendido la lámpara, miré a mi alrededor. La habitación era pequeña y pobre. Unos pedazos de papel hacían las veces de alfombra sobre los fríos ladrillos. Había en medio una mesa cuyas patas habían sido acortadas y dos sillas bajas. En un rincón, una estufa en la que, sin duda, preparaba sus comidas, y al lado, una tabla que le servía de vasar. Las latas estaban ordenadas por tamaños y tenían pegados unos letreritos. Algunos pedazos de pan duro estaban también alineados, y, sin duda, los guardaba para mojarlos en el café. Rodeaba la tabla una tira de papel recortado, formando cenefa.

Arrimada a la pared estaba su cama, un catre muy bajo. La colcha estaba limpia y planchada. A pesar de la pobreza, todo estaba limpio y ordenado. No sé porqué este orden me angustiaba. ¿Por qué se tomaba tantas molestias? Yo, en su lugar, lo hubiera tenido todo sucio y abandonado: un agujero donde esconderme como una alimaña me hubiera parecido más adecuado, más fácil de soportar. Pero todo estaba limpio; el orden reinaba en todos los rincones.

El se arrastraba por allí como en un hogar querido y que él gobernaba. Se empinó para coger el jarro con flores de encima de la mesa y le renovó el agua; se arrastró de nuevo por el suelo y sacó un mantel de un cofre azul, lo puso en la mesa y sacó dos tazas. Me daba pena verle ocupado en esas faenas familiares. Se había quitado los mitones de cuero. Tenía las manos planas y la piel de las palmas muy callosa. Ahora había encendido el fuego y soplaba en la estufa tan bien, que pronto las llamas cantaron en el hogar. Añadió carbón, cogió la cafetera y la puso sobre el fuego. No me dejaba ayudarle. Sabía mejor que yo lo que había que hacer. Y lo hacía todo tan bien y tan rápidamente, que se comprendía el placer que sentía

y lo mucho que se había encariñado con estas pequeñas ocupaciones.

De cuando en cuando alzaba hacia mí una mirada de mansedumbre. Aquí, en su casa, no era como afuera; había en él algo cálido y sereno. La cafetera empezó a cantar sobre el fuego y el aroma del café invadió el cuarto.

Cuando todo estuvo listo, trepó con dificultad a su silla y se sentó, sonriente y feliz. Llenó las tazas y empezamos a beber. Daba gusto sentir aquel calor en el estómago. Quiso que tomase pan, pero yo no quería privarle de él. Comió serenamente, partiendo lentamente los pedazos y recogiendo con cuidado las migajas. Su comida era un momento de recogimiento. Le brillaban los ojos. Nunca había visto resplandecer un rostro de esa manera, ni transfigurarse tan plácidamente. Me daba lástima y, al mismo tiempo, me sentía como intruso por sorprenderle así en medio de su miseria. ¿Sería posible? Yo, que vivo la verdadera vida; que estaba allí como invitado ocasional, para ver cómo vivía en su cueva..., yo no gozaba de esa paz que él reflejaba.

«Cierto—pensé en mi interior—; debe de tener otra cosa en la que espera; debe de ser de esos que creen en Dios o en algo por el estilo, y entonces todo se soporta, nada es difícil.» Y recordé que precisamente quería interrogarle sobre eso que siempre me oprime, que nunca me deja descansar y que me arrastra a unas profundidades adonde no quisiera llegar. Para eso le había acompañado: para interrogarle sobre esto. Mi sitio no estaba ahí; solamente quería interrogarle sobre esto.

—Dígame, Lindgren: cuando se lleva una vida como la suya, teniendo que soportar ese sufrimiento, se debe, ¿verdad?, de sentir más fuertemente que los otros la necesidad de creer en algo más allá de este mundo, en la existencia de un Dios que nos gobierna y que pone designios supremos en todo lo que nos envía.

El anciano reflexionó un momento.

—No—respondió débilmente—, no, cuando se puede llevar una vida como la mía.

Me pareció extraño y angustioso oírle decir esto. ¿No se

percataba entonces de su miseria, no sospechaba lo rica y magnífica que puede ser la vida?

—No—prosiguió, como absorto en sus pensamientos—. No somos nosotros los que lo necesitamos. Aunque existiese, no podría decirnos más de lo que ya hemos comprendido y de lo que estamos agradecidos... He discutido a menudo de ello con mi casero—continuó—, y me ha enseñado mucho. Usted no conoce tal vez a mi casero. Debería verle. Es un hombre extraordinario.

—No, no le conozco.

—Naturalmente, lo comprendo. Pero debería usted procurar conocerle.

«Es posible—pensé—. No sabía de qué extraordinario propietario me hablaba. Debía de ser, sin duda, un hombre especial, pero yo habitaba en otra casa.» (Esto lo pensaba para mí, no lo decía en voz alta.)

—Me extraña—continuó el viejo—, porque posee muchas casas, casi todas las de la ciudad, y seguramente también la de usted. Sí—continuó—, es increíble cómo organiza y se ocupa de todo. Cuando fuí a pedirle si podía alojarme aquí, puesto que yo también tenía que vivir en algún sitio, me examinó largo rato.

»—Bueno—me dijo—; a ti te tendré que poner en el sótano. Naturalmente, no puedes habitar en ningún piso de la casa.

»—No—le contesté—; me doy cuenta.

»—Creo que lo que a ti te conviene es el sótano—dijo—. ¿No me habré equivocado? ¿Qué opinas tú?

»—Pienso que eso es lo que me conviene.

»—Veo que te das cuenta de que yo no quiero tener ahí a cualquiera. Ni amargura, ni odio, ni gentes malas o poco seguras. En los otros pisos tengo que aceptar un poco de todo, muchos de los que poco o nada sé; pero en el sótano quiero tener gente de toda confianza. ¿Qué me dices? ¿Crees que puedes vivir aquí?

»—Me gustaría creer que sí—le contesté lleno de alegría.

»—Entonces está bien. Pero ¿podrás pagar el alquiler? —me preguntó, porque es también muy riguroso—. Todos de-

ben pagar; nadie se escapa, por pobre que sea. Para ti no será caro, ya que no sirves para mucho. Pero es preciso que algo pagues. ¿Podrás hacerlo?

»—Será preciso que viva de las personas caritativas de este mundo—le dije.

»—¿Las hay?—me preguntó, fijando en mí una mirada penetrante.

»—Debe de haber muchas, se comprende—respondí.

»—Es verdad—dijo—; se puede deducir así, si uno quiere. Eres un hombre sensato, y habitarás mi casa.

—Sí, es admirable, a pesar de ser tan sencillo y tan natural. Me ha ayudado mucho. Sin él, nada iría bien. Muy a menudo viene aquí a hacerme una visita. Se sienta un rato y charlamos. Siempre es reconfortante verle. Me da ánimos el pensar que me aprecia. *«Lindgren—me dice—, es usted un hombre importante.» Es bueno oírselo decir.*

Me miró, sonriente y feliz.

—¿Es también usted un hombre importante?—me preguntó.

No le contesté. Bajé los ojos para evitar su mirada.

—Uno debe serlo—me dijo—. Ayuda mucho a vivir el saber que uno lo es.

A nuestro alrededor la habitación era pobre y tranquila. La luz de la lámpara se extendía sobre la mesa con sus patas cortadas, sobre el mantel en que se veía el pan ahorrado, sobre la mesa en que reposaba todas las noches. Poco le importaba que yo siguiera callado. Se le veía absorto en sus pensamientos.

Luego se bajó de la silla y atizó el fuego, fregó las tazas y las colocó ordenadamente en el vasar. Se arrastró hacia el lecho y lo preparó, plegando la colcha. Pero, después de haberla colocado en la silla y de alisarla con la mano, siguió allí, arrodillado.

—¡Qué bueno es ver acabarse un día!—dijo, y se podía ver que estaba cansado.

—Dice usted eso, y antes ha dicho que la vida es rica e importante.

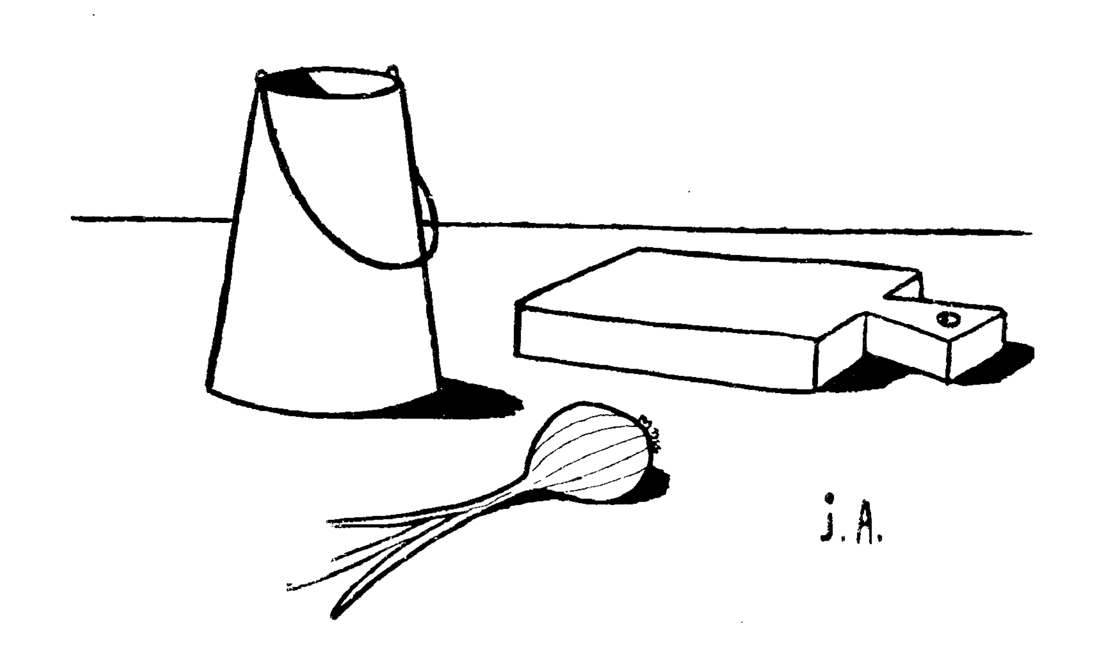
—Sí—me respondió, mirando serenamente al vacío—, la vida es rica; lo comprendo, lo siento con certidumbre y firmemente. Pero cada día es duro de soportar. Se lo digo a usted, señor, porque me parece que nos comprendemos bien. No debe hacerse uno pasar por mejor de lo que es, ¿no es verdad?

Respiró profundamente. Viéndole allí, replegado sobre sus rodillas, se hubiese creído que rezaba, pero solamente era que está constituído así...

Me levanté en silencio para marcharme. Me acerqué a él para darle las gracias y desearle las buenas noches. Me invitó a volver siempre que quisiera, y le aseguré que lo haría con mucho gusto. Me acompañó hasta la puerta arrastrándose y me encontré solo en la calle.

Toda la casa estaba ahora a oscuras. También el primer piso, en el que antes brillaban las lámparas. Probablemente no había sido una verdadera fiesta, puesto que había terminado tan pronto. Pero abajo, en casa del viejo, brillaba la única luz que me acompañó hasta la mía.

Versión castellana de Carlos R. de Dampierre.
Marqués del Duero, 4.
MADRID.



BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL CATOLICISMO FRANCES, ANTE LA AMENAZA DE LA TERCERA GUERRA MUNDIAL.—El corresponsal del diario *A B C* en París ha sido el único, que yo sepa, en darnos la noticia—un poco confusa, ésa es la verdad—de la reciente polémica entablada en la Prensa gala sobre las relaciones actuales de la Iglesia de Francia con Roma. Empezó no con una encuesta, como se ha dicho, sino con un artículo, si bien compuesto en forma de contestación a unas preguntas propuestas por el mismo articulista, el cual ocultaba su nombre, que, según *Le Monde*, diario que lo publicó, sería el de un eclesiástico relevante. El artículo, tras afirmar un cierto malestar de los católicos franceses, atribuía éste a la incomprensión mostrada por los católicos extranjeros e incluso por una parte de la Curia romana. Luis Salleron contestó con otro artículo, publicado en el semanario *Carrefour*, que, coincidiendo parcialmente en el punto de partida, la constatación de ese estado espiritual, lo imputaba no a incomprensión exterior, sino a ciertos brotes internos de indisciplina, afortunadamente muy localizados y todavía no demasiado graves. En tanto que otras revistas católicas sesgaban, por su cuenta, la polémica, este último artículo ha encontrado, a su vez, nueva réplica, publicada en el mismo semanario y firmada por Jacques Batuand, que minimiza las fricciones, reduciéndolas a un conocimiento deficiente en el extranjero de la verdadera situación religiosa de Francia. Pero en definitiva no hay motivo serio de preocupación, pues «a la fidelidad turbulenta de los católicos franceses responde la prudente sabiduría eterna de Roma».

Esto último es indudable, y en la feliz resolución de las tensiones religiosas se puede confiar plenamente, incluso desde un punto de vista escéptico, pues pasó ya la hora de los cismas religiosos (con el de Tito hemos entrado, en cambio, en la de los cismas políticos). El momento de la recepción de la encíclica *Humani generis* fué, sin duda, el de mayor riesgo. Lo que ahora está ocurriendo—los artículos de monseñor Ancel y la conferencia de monseñor Feltin, arzobispo de París, como presidente de Pax Christi, esta misma polémica también, en el fondo—es la transferencia de las discrepancias al plano de la política internacional. Los militantes anticomunistas, convencidos de que la tercera guerra mundial habría de ser *total*, en un sentido hasta ahora desconocido, qui-

sieran cortar los puentes que unen todavía a los católicos, no con el comunismo, pero sí—*prêtres ouvriers,* por ejemplo, entre otros—con los comunistas. Por el contrario, el ala izquierda del catolicismo francés se resiste a que, en virtud de *principios* religiosos, más invocados que practicados, se les fuerce a optar entre dos bloques armados: el del materialismo oriental y el occidental. Estos católicos piensan que, tanto los americanos como los europeos, nos parecemos demasiado a los mismos comunistas para tener derecho a invocar la religión frente a ellos y, mucho menos, *manu militari.*

Estas son las dos tesis extremas. Pero ¿no cabe, entre ellas, otra? Esta empezaría por reconocer que el Occidente vive en general (no se trata ahora de España) dentro de una situación de «libre examen» (subjetivismo religioso y su secularización, consistente en el primado absoluto del principio de la libertad). Reconocida esta situación de hecho (nos guste o no), ¿acaso no se encuentra en ella fundamento bastante para oponerse, incluso con las armas llegado el caso, a un régimen que destruiría la libertad *concreta* de creer, la posibilidad de practicar la religión, de educar en ella a los hijos, de asistir tranquilamente a la iglesia, de tener un clero no mediatizado políticamente, de seguir una vocación religiosa, etc., etc.? Quizá un enfoque así sea, dentro de su modestia, más práctico que el intento de galvanizar cristiandades unitarias donde, por desgracia, ya no existen.

J. L. A.

GALIGAI.—El retorno de Mauriac a la novela, marcado el año anterior por la publicación de *Le Sagovin,* se reafirma con la reciente aparición de esta *Galigaï,* importante por el comentario epilogal que la complementa.

Dejando para otra oportunidad la reseña de la novela, me contentaré ahora con exponer las ideas desarrolladas por Mauriac en esas páginas últimas, y no porque expliquen sus intenciones y aclaren puntos oscuros (pues tales aclaraciones revelan el propósito de forzar la mano al lector, obligándole a ver los hechos según el novelista los interpreta), sino porque constituyen un análisis penetrante y sincero de las razones que determinan la creación novelesca.

«Para un religioso—dice—, e incluso para un simple seglar, si es piadoso, escribir significa, ante todo, servir. Que el artista no tenga otro cuidado que el de pintar bien y bien iluminar su pintu-

ra, como se lo proponía André Gide, es algo que a un *apóstol* le cuesta mucho trabajo comprender. El novelista—afirma—necesita estrechar el cerco a la realidad y rendirla, extrayendo de ella elementos sólo visibles para él y sólo valorizables para una mirada de artista. La circunstancia de que el testimonio así extraído no revele la presencia de Dios, o la revele parvamente y acaso por azar, se le reprocha al novelista, como si la culpa de tal ausencia le fuere imputable.» Y Mauriac reconoce que, en su obra, la Gracia aflora cada vez menos: «Avaramente, en las últimas páginas del *Sagovin*. En *Galigaï*, para presentir que el destino de uno de mis personajes se orienta hacia Dios, será preciso esperar a la última frase, a la última palabra.»

Aceptemos que cuando ese personaje, el joven Nicolás, que por amistad estuvo a punto de caer en las garras de Madame Agathe —la odiosa *Galigaï*, cuya voluntad se cree capaz de superar todos los obstáculos opuestos a su deseo—, se sienta a esperar en la sombra, lo que espera y desea es la presencia de Dios. Esta inquietud de última hora, de «última frase», si no altera la imagen del mundo trazada en anteriores páginas, sí abre al destino del personaje una vía nueva, un camino en la encrucijada oscura.

El problema planteado por Mauriac exige una respuesta clara: ¿para qué exponer los vicios y debilidades del hombre en una obra de arte «que tiene en sí misma su propio fin», y que, por tanto, tiende a convertirse en un ídolo, al que todo debe supeditarse? Resumo los meandros del pensamiento mauriacesco para no alargar demasiado esta noticia; pero lo esencial queda dicho. Y no sin escrúpulo, no sin vacilación, recuerda que «la obra de arte sirve siempre en la medida precisamente en que no intenta servir», siquiera contrapesando este dictamen con la discutible afirmación de que «los seres vivos no se parecen nunca a nuestros personajes ficticios».

Aventurada opinión, digo, pues el examen de los «planetas» Balzac y Dostoyevski, citados por él, tal vez revelaría que no están habitados por el tipo de «monstruos» no-humanos que Mauriac supone. Mas dejemos ahí la cuestión y escuchemos la respuesta antes exigida: la novela no sirve para «hacernos penetrar útilmente en el conocimiento del hombre», pero nos informa sobre la intimidad del autor.

Valerosamente, Mauriac rechaza justificaciones posibles, pero insinceras, y se acoge a la única que considera razonable: «Es necesario que el cristiano, si es novelista, se resigne a no tener otra excusa que su vocación.» Partiendo de aquí, podría intentarse un

examen de su obra, cuyo sentido será más difícil de captar si nos aproximamos a ella suponiéndola creada desde otros estímulos. Y tal vez tenga razón en creer que la eficacia de su novelística está en razón directa de esa justificación vocacional, de la irresistible necesidad de crear un mundo amargo, torvo y dominado por el Mal, que «atestigue la culpabilidad del hombre ante la inocencia infinita de Dios, y como escribía, a propósito del *Sagovin,* R. M. Alberés: «Para oponer a la literatura metafísica, donde el hombre se queja de todo, una literatura psicológica, en la cual no se queja más que de sí mismo.»

R. G.

PSICOANALISIS Y TEATRO.—Cuando parecía totalmente finiquitado, surge otra vez el problema de relación entre el psicoanálisis y el drama. Lo plantea, ahora, la comedia de Silvio Giovaninetti *El Abismo (L'abisso),* recientemente ofrecida, en lectura animada, por el Teatro de Ensayo, que dirigen Fernando Fernán Gómez y Francisco Tomás Comes. *El Abismo* forma parte de un ciclo de teatro italiano contemporáneo, que viene desarrollando este grupo de ensayo en colaboración con el Ente Scambi Teatrali, y es, según advertencia preliminar de este ciclo, una de las piezas representativas de la actualidad escénica italiana. Sin embargo, pese a ello y a su reciente producción, el drama de Giovaninetti pertenece al llamado teatro de lo «inconsciente», que se produjo en Francia a fines y como consecuencia de la guerra del 14, cuando principiaron a conocerse las doctrinas de Freud. Caracterizó a este movimiento teatral, iniciado por Georges Neveux con *Juliette ou la clé de songes* y consolidado más tarde por Lenormand con *El devorador de sueños,* el desprecio por la psicología tradicional en favor del psicoanálisis, y se trató, en él, de definir al hombre no ya por los actos de su vida afectiva consciente, sino por los oscuros reflejos de su subconsciencia.

Así, *El Abismo,* que ahora nos llega como muestra del más moderno teatro italiano, nace con la vejez de la escuela de lo «inconsciente». Al terminar la última guerra mundial, Georges Neveux —iniciador, en 1920, de este movimiento—quiso probar fortuna de nuevo con la resurrección del psicoanálisis. Estrenó *Le voyage de Thésée,* pero no pareció prender en las nuevas corrientes dramáticas. Ahora, con *El Abismo,* Giovaninetti ha pretendido algo semejante, quizá por un camino mucho más hábil. Se advierte en

su obra un deseo de superación, de evasión a la influencia «freudiana»; pero lo cierto es que, en su estructura, cae fatalmente dentro de esos formulismos de investigación psicoanalista, a que tan acostumbrados nos tiene esta clase de teatro. Las escenas se suceden unas tras otras en una continua y obsesiva reiteración de búsqueda en el subconsciente. Carece de trama, de acción teatral. Lo humano se desorbita en detrimento de lo trágico. Todo el diálogo sirve al análisis, y el drama se esclaviza y toma un carácter demostrativo. El profesor teme los bombardeos. Cuando, en las noches de luna, pasan los aviones, el profesor se encierra en su cuarto y piensa en la niña, para así evadirse al terror que le acomete. La niña, que sólo tiene quince años, y en esos mismos instantes duerme en su habitación, sufre, como consecuencia del pensamiento del profesor, trastornos sexuales de orden físico y psíquico que la trastornan y enferman. He aquí el drama. Misterio. Transmisión telepática de pensamientos y sensaciones. Su acción se limita a la investigación policíaca del subconsciente del profesor, quien, desde luego, ignora su perniciosa influencia.

Sí; es cierto que, a la luz del psicoanálisis, el hombre, irresponsable o desconocedor de sus actos, adquirió una grandeza patética. Aristóteles, cuando se refiere a la tragedia, dice ser preferible el sujeto que hizo el mal sin saberlo al que lo hizo a sabiendas, pues en aquél se da con mayor plenitud la raíz trágica. En este sentido, el profesor que provoca un mal ignorándolo parece debiera estar trágicamente definido, y, sin embargo, no es así, porque esta condición posee sus limitaciones. Distingamos, en un principio, que la tragedia de Edipo principia a partir del instante en que conoce sus pecados. El drama del profesor, por el contrario, termina—deja de proyectarse en el escenario—cuando llega al conocimiento de su perversión.

A veces—y éste es el caso de *El Abismo*—, ante la inconsiderada explotación del inconsciente dramático, se desbordan los cauces de la tragedia. Gabriel Marcel dilucida con bastante sagacidad esta cuestión. «Sin ninguna duda—dice—, hay un inconsciente en Shakespeare como en Racine; pero a partir del momento en que se tiende a admitir la existencia de una vida del sujeto no solamente ignorada de los otros, sino que incluso él no puede reconocer por suya sin negarse, el problema cambia de aspecto. Como caso límite se llega a la situación de doble personalidad que nos ofrece el procurador Hallers... Hay en ella una situación muy dramática que desborda los límites de lo trágico propiamente dicho. Jamás el

magistrado podrá *reconocerse* en la persona del criminal cuyo proceso instruye.»

Posiblemente—en caso de un juicio valorativo—, el hecho más estimable del teatro de lo «inconsciente» fué el de hallar un fatalismo auténtico. Al fatalismo de la tragedia griega, externo—fuerzas oscuras e ineluctables de los dioses—, vino a sustituirle, en cierto modo, la casualidad. Aquel fatalismo más bien parecía antigua superstición. Sin embargo, la casualidad no servía a las reglas de la tragedia, y es, con el análisis del subconsciente, con el que aflora un *fatum* de orden interno, útil al nuevo concepto de lo trágico. Este determinismo es nota característica del teatro de Lenormand. También, aunque más atenuado, aparece en los grandes maestros, seguramente porque tuvieron en cuenta el «inconsciente» sin detenerse a analizarlo.

Existe, por lo demás, un teatro «prefreudiano», del que son buenos representantes Strindberg y Wedekind. El primero, en su obra *El sueño*, intuye las leyes de las asociaciones oníricas. Incluso Arthur Schnitzler, influído por Freud, nos muestra un sentimiento suyo, original, de lo inconsciente. Ahora bien: debe hacerse notar que estos autores no se detuvieron en el análisis. Lo «inconsciente» cuenta en el hombre, pero como fuerza oscura, inaprensible. Su estudio y disección no puede ser tarea del teatro. El mismo Lenormand, conocedor práctico de los riesgos y ventajas del psicoanálisis aplicado al teatro, después de reconocer el carácter dramático incontestable de las situaciones freudianas, dice que, «al querer explotarlas, no se llega más que a «teatralizar» observaciones clínicas cargadas de cierto sentido trágico exterior, pero que corresponden más bien al teatro de espanto que a las formas superiores de nuestro arte».

Y así ha sucedido en *El Abismo*, de Silvio Giovaninetti.

J. M.ª DE Q.

SOBRE LA CONFIANZA POLITICA EUROPEA EN LOS ESTADOS UNIDOS.—Hace todavía escasos años, muy pocos se libraban, en Europa, del lugar común de creer que los Estados Unidos constituían simplemente el lugar geográfico de la *prosperity* y que era vano esperar de ellos valor literario, por ejemplo, o madurez política. Pero, mientras se pensaba así, estaban haciendo ellos una novela, que luego ha resultado ser la más considerable de la época;

un teatro sumamente interesante y, en el orden político, asumían la dirección del mundo. Ahora diríase que, en lo tocante a la política internacional, hemos caído en el extremo opuesto: los europeos, o confían ciegamente en la salvación de Occidente por los Estados Unidos, o esperan la redención proletaria del mundo por Rusia, o se desentienden, neutralistas, de una perentoria realidad. Pero de la misma manera que los americanos titubean en cuanto a la confianza militar que merezca Europa, ¿no cabe que los europeos se resistan a seguir con los ojos cerrados la política de los Estados Unidos? Se puede estar convencido, por ejemplo, de que América no quiere la guerra. Pero ¿no podría acontecer que, tras unos años de militarización casi total de la gran industria de aquel país, fuese *la economía misma,* según sus leyes propias, y no una razón superior y legitimante, la que arrastrase a aquel país y con él al mundo a la guerra? Estamos a punto de perder un sano sentido crítico frente a la política internacional de los Estados Unidos, sentido crítico que, junto a la recuperación del relajado temple moral, es el principal modo de colaboración con ellos: el «consejo» que Europa podría dar.

Porque ellos—los mejores entre ellos—saben que lo necesitan. Son no pocos los americanos responsables que, como George Kennan, embajador en Moscú, dudan de la capacidad americana para decidir los destinos del mundo y, en consecuencia, recomiendan una política extranjera más modesta y prudente. El teólogo Reinhold Niebuhr, americano también, ha ahondado más en esta «autocrítica». América, desde antes de su constitución como Estado, comenzó a sentirse, con los puritanos que, desterrándose de la «depravada» Europa, la fundaron, «pueblo elegido». Y después, los deístas de la Virginia de Jefferson, reemplazaron la vieja idea calvinista del «pecado» por la del «progreso», con lo que fomentaron aún más el ingenuo orgullo de la nación. Orgullo que, por otra parte—y esto complica la cuestión—está, en muchos sentidos, plenamente justificado, pues América es el país donde todos los sueños se realizan, donde la utopía se convierte en realidad, donde los políticos (Wilson, Roosevelt) encarnan el ideal y la lealtad; el país, en fin, del que ha sido expulsado el mal.

Pero ya se sabe que la última astucia del demonio consiste en propalar la voz de su inexistencia, de su muerte.

J. L. A.

MATISSE.—Gran premio de pintura en la última Bienal de Venecia (con el voto en contra de los yugoslavos y del representante español, señor Pérez Comendador), Henri Matisse vive en su animosa ancianidad una gloria ganada a pulso y contra la corriente. Improvisado arquitecto, logra en la capilla de Vence un prodigio de gracia, invención expresiva y útil, recinto adecuado para mansión del Señor, que las monjas dominicas colmarán de cánticos y plegarias.

El Museum of Modern Art, de Nueva York, ha dedicado a Matisse una de sus extraordinarias publicaciones. Una de esas monumentales monografías, compuestas a todo lujo gracias a la generosidad de admirables mecenas, que colaboran al éxito aportando cantidades en metálico, o abonando por su cuenta el coste de una o más ilustraciones en colores, o suscribiendo ejemplares para ser ofrecidos a estudiantes y personas de escasos recursos, a quienes, de otro modo, no sería fácil conseguir estos costosos volúmenes. Una biografía y un detallado estudio de la obra de Matisse por Alfred H. Barr, centenares de reproducciones en negro y en color, fotografías del pintor correspondientes a múltiples momentos de su vida, curiosos apéndices y notas... Homenaje ciertamente memorable y consagratorio, superior al dedicado con anterioridad por el Museo a Picasso.

La capilla de Vence está contribuyendo decisivamente al triunfo de Matisse, y conviene contar la crónica de su construcción (pues no creo se haya escrito antes de ahora en España) resumiendo la narración de Alfred H. Barr.

Convaleciente de una grave enfermedad, vivía el pintor en Niza (1941), asistido por una enfermera aficionada a la pintura, que únicamente estaba esperando a verle restablecido para tomar el velo de religiosa. Años más tarde, convertida en hermana Jacques, fué trasladada al convento de dominicas de Vence, situado frente a la casa de Matisse, a quien visitaba con frecuencia. Cierto día, en el curso de la conversación, le mostró un dibujo para las vidrieras del oratorio que se proponían construir; Matisse le hizo algunas sugerencias y ofreció ayudarla.

Intervino el hermano Rayssiguier, novicio de la Orden, residente en Vence por razones de salud, aficionado a la arquitectura y muy interesado en la pintura moderna. «Tanto y tan bien hablaron sobre la capilla, que bruscamente Matisse se brindó a hacerla él mismo.» Trabajaron juntos en los planos: Rayssiguier cuidando de lo arquitectónico y lo litúrgico y Matisse de la invención del conjunto y de los detalles. El padre Coutourier y el arquitecto

Auguste Perret fueron llamados como asesores. Fué el padre Coutourier quien, deslumbrado por la luminosa concepción de Matisse, exclamó al ver la maqueta de la capilla: «¡Al fin tendremos una iglesia alegre!»

Con motivo de la consagración del templo, Matisse escribió a monseñor Rémond, obispo de Niza, oficiante en la ceremonia, una carta, en la que decía: «Esta obra me ha exigido cuatro años de trabajo asiduo y exclusivo y representa el resultado de toda mi vida activa. No obstante sus imperfecciones, yo la considero mi obra maestra. Pueda el futuro justificar este juicio por un creciente interés en torno a la elevada significación de este momento.»

Monseñor Rémond respondió a Matisse con generosas y cristianas palabras: «El humano autor de cuanto aquí vemos es un hombre de genio, que durante su vida entera trabajó, buscó y se comprometió en una larga y amarga lucha por acercarse a la verdad y a la luz.»

Ciertamente, el arte de Matisse culminó en esta capilla, realizada—a los ochenta años—con juvenil ardor, con un ímpetu, comunicado a la obra, expresivo de la serenidad tan tenazmente perseguida, de la equilibrada armonía intentada en su pintura con pasión no siempre identificada, porque reviste apariencias de inteligente lucidez y se manifiesta en la tenaz e ininterrumpida búsqueda de una forma donde la esencia del mundo pueda revelarse plenamente.

R. G.

LAICISMO Y LAICIDAD.—El problema invade ahora las revistas españolas. Desde Francia cae sobre nuestra preocupación de un modo acuciante. Las voces católicas de Francia (Maritain, Latreille, Dubarle...) vienen, poco más o menos, a decir: ni laicismo ni confesionalismo, laicidad. El laicismo supone una concepción anti—o a—cristiana; el confesionalismo, aparte de no ser hoy factible como fórmula política ampliamente difusiva, ata a la Iglesia y sitúa al Estado en vías de una intervención espiritual que puede revestir un cierto matiz totalitario. Pues bien: frente a esta posición (rebatida también por algunos católicos franceses) se alzan nutridas voces del lado hispánico, bien afirmando la posibilidad de conquistar el mundo para Cristo como ideal político (Paniker), o bien la estricta confesionalidad del Estado (Leopoldo Eulogio Palacios, en la *Revista de la Compañía de Jesús,* y re-

cientemente Ycaza Tigerino al afirmar que la ortodoxia es carácter esencial de la Hispanidad, en la *Revista de Estudios Políticos).* Conviene precisar un poco este problema, tratado ampliamente en lo tocante al personalismo en nuestro número anterior. Por de pronto, es preciso dilucidar si la posición combatida supone un ideal católico o simplemente una exigencia del presente, haciendo de la necesidad virtud. En este terreno, sinceramente creemos que tienen razón los que niegan que ello pueda ser un ideal. La laicidad propugnada, afirman sus defensores, está, positiva y fecundamente, abierta a la acción eclesiástica y cristiana. El Estado no sólo no dificultará la acción de la Iglesia, sino que la protegerá de un modo efectivo, insertando su acción en la voluntad de un sector de ciudadanos. Pero, de un lado, el *ordo christiano* sigue roto, y de otro, esa apertura del mundo laico a la acción de la Iglesia será, fatalmente, la que permita el juego de fuerzas en que la laicidad se apoye, de entre las cuales sólo algunas pueden llamarse cristianas. Que eso no puede ser un ideal para un católico, está fuera de duda.

El padre Dubarle tiene buen cuidado de afirmar, en reciente artículo aparecido en la *Revista de Estudios Políticos,* que su posición vale para la realidad francesa, mas quizá no para la española. Pero entonces será preciso que punto tan decisivo se defina con claridad. Es preciso que los católicos, sin perjuicio de trazar actitudes ante las circunstancias de los distintos pueblos, bosquejen con rigor una doctrina. No se quiere decir con ello una doctrina situada por entero fuera del tiempo. El catolicismo, siempre dentro de sus indestructibles postulados, forja sus tesis políticas a la vista de la realidad histórica; así, la doctrina de la *potestas indirecta,* del Romano Pontífice, en los asuntos temporales, se perfila en los albores del Estado moderno. Pero hace falta, en todo caso, que se cuente con doctrinas bien construídas, sin que sean suficientes las meras adaptaciones, por otra parte necesarias.

Si la impugnación de la laicidad es acertada en cuanto el orden católico auténticamente entendido, sin perjuicio de la independencia de lo natural y de lo temporal en su esfera, exige la ordenación positiva—no la subordinación—del Estado a la misión de la Iglesia Católica, y carece, en cambio, de un cierto descuido histórico, ya que la laicidad es un hecho que pertenece a la estructura del mundo a partir del Renacimiento y de la Reforma. Se trata de una realidad, y hay que contar con ella. Lo cual no prejuzga, claro está, cuál sea el modo como respondamos ante esa realidad.

Pues bien: entendemos que los católicos no pueden renun-

ciar a la confesionalidad no intervencionista del Estado dentro de un orden cristiano que se halla, sin duda, desvencijado, mas no destruído. Pero es, a su vez, preciso que el Estado confesional de hoy tenga la necesaria agilidad para actuar en un mundo laico. En lugar de una laicidad abierta a lo cristiano (que puede valer como adaptación), propugnamos como actitud doctrinal una confesionalidad abierta a la realidad laica del presente.

S. L.

EL PROBLEMA DE TUNEZ Y LOS PUEBLOS ARABES.— La pasión política y nacional enturbia un poco la claridad para ver el problema de Túnez. Seleccionando las informaciones, puede apreciarse que, de un lado, se trata de un problema típicamente nacional y de colonización; de otro, que ese problema se emplaza en el conjunto de situaciones del presente histórico. Se dijo con irresponsable alegría que, la guerra mundial terminada, un mundo nuevo se formaría, fundado en la democracia, sobre el plano interno, y la igualdad de derechos, sobre el internacional. Bien entendido, claro está, que a ese segundo plano tan sólo tendrían acceso las democracias irreprochables, como, por ejemplo, la nueva de Bulgaria, quedando excluídos los países totalitarios, como «la España fascista». En aquellos años pasaron muchas cosas: entre otras, se entregó media Europa a la Unión Soviética porque sí y se trató de sustituir parte del antiguo coloniaje por pueblos independientes incorporados a la unión internacional. Los Estados Unidos concretamente apoyaron la tesis de la independencia de los pueblos protegidos. Pero no en todas partes era factible, y como resultante de esa tesis y de los legítimos intereses de las naciones civilizadoras salió la independencia del Oriente Próximo, el robustecimiento autonómico en los pueblos de la Unión Francesa y la separación de la India del dominio, aunque no del mundo británico.

El mundo árabe se agita: Egipto reclama hoy que las tropas extranjeras abandonen su territorio; Túnez, ahora, reclama la libre expresión de su nacionalidad. Pues bien: constriñéndonos a este punto, es curioso ver cómo en Francia se pasó de una demagogia democrático-internacional a un colonialismo de corte antiguo. Los excesos evidentes del Neo-Destur, se afirma, responden al sentir ge-

neral de las clases dirigentes de Túnez. Se acusa al Bey de apoyar el movimiento nacionalista y al mismo M. Bacouche, nuevo jefe del Gobierno de Túnez, se le imputan las dilaciones que para formar su Gabinete observó en espera de una actitud favorable del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. De otra parte, se acusa a Inglaterra directamente, y a través de su aliado el soberano de Libia, Senoussi I, de apoyar el movimiento nacionalista tunecino. Ha sido, se afirma, la propia Inglaterra quien promovió a Salah Eddine Bacouche a la jefatura del Gobierno por primera vez en 1943. Y, por supuesto, se acusa a todos los malos y a los menos malos de colaboracionistas en la pasada guerra. Y uno se pregunta entonces: ¿es que hay algo bueno en Túnez?

Es curioso que se evoque a Cartago. Roma está, por lo visto, de nuevo frente al terrible Cartago. Conviene ver serenamente las cosas desde nuestro punto de vista español, profundamente arabista. Tras el viaje de nuestra Misión al Oriente, podríamos sentirnos inclinados a mirar con estricta simpatía la causa de Túnez ante una potencia desde cuyos medios gobernantes se pidió a los españoles que nos sometiésemos a los comités terroristas que mandaban en Madrid en 1936, como nítidos representantes de la democracia que para nosotros se deseaba. Pero no tenemos derecho a renunciar a nuestro carácter europeo y occidental ni a confundir a Francia con el politiqueo fundado en la congénita estupidez de las modernas propagandas.

La tesis española no es la de desintegrar el mundo árabe de Occidente, sino, al contrario, de integrarlo dentro de las bases de una cultura básica teísta y grecooriental. Quiérase o no, el mundo árabe está ahí, pujando por ser, y ninguna razón hay para reducirlo a mero coloniaje. Pero no puede desconocerse tampoco la acción de Europa. Si hoy son los árabes los que de nuevo empiezan a ser, se debe, sí, a sus viejas virtudes y cultura, pero también a la fecundidad del espíritu y la técnica de Europa. No pueden, pues, deconocerse los trabajos y los intereses de Francia en la Regencia, ni tampoco sus derechos a deshacer el terrorismo o simplemente el desorden.

Pero hace falta ver más allá del presente y contribuir a la gran integración árabeoccidental a base de eficientes sistemas de permanente colaboración. Muy sinceramente, por encima de rencores que no hemos creado nosotros, deseamos a Francia y a su Gobierno, hoy discretamente dirigido, pleno éxito en Túnez para ir haciendo de la Unión Francesa instrumento ágil de esa gran empresa

de integrar a los hombres que reconocen a Dios, frente al materialismo que desde el Noroeste, pero también desde dentro, amenaza nuestro común mundo, creado en vigilante esfuerzo milenario.

S. L.

COLABORAN:

RICARDO GULLON
JOSE M.ª DE QUINTO
SALVADOR LISSARAGUE
JOSE LUIS L. ARANGUREN



A REMO HACIA LAS INDIAS

ACERTADA ORIENTACION DE *LATINOAMERICA*

El número de enero último de *Latinoamérica*, de México, constituye, a nuestro juicio, una verdadera realización ideal, en cuanto a contenido se refiere, para revistas de fundamentación católica y amplia responsabilidad cultural y social. Excepcional resulta encontrar en una publicación periódica de amplia circulación tanto acierto reunido, sobre todo si atendemos a las dimensiones decisivas que, en la lucha social que a estas horas tiene planteada la Humanidad, está llamada a adquirir, a pasos agigantados, la acción social de los cristianos. Permítasenos, pues, dedicar este mes una atención especial a dicho número, después de haber compulsado todas las revistas llegadas a nuestra mesa de trabajo, en la seguridad de que el que nos lea, lejos de perder con ello amplitud para su panorámica de los actualísimos problemas iberoamericanos, recibirá en estas líneas la más aguda y exacta información posible.

M. L.

LA IGLESIA DE HISPANOAMERICA, EN VANGUARDIA SOCIAL

El editorial presenta, como gran problema básico de la América de nuestra estirpe, precisamente éste: el de la incorporación definitiva y rotunda de los católicos hispanoamericanos al terreno de la lucha social, en que se ventila el gran drama de nuestro tiempo. Hace un bosquejo de análisis realista de la debilidad sociológica, que para la América hispana representa el hecho de ser hoy el último reducto del liberalismo mundial. Situación que plantea ante los grupos responsables de la sociedad iberoamericana todo un formidable proceso de transformación de estructuras y de ideación de iniciativas políticas, capaz de lograr la evolución del presente estado social, correspondiente a ideologías ya caducas, hasta una solución serena e inteligente, asentada en la nueva concepción necesaria de la sociedad y del Estado. Aquí, el editorial llega a su nudo dialéctico: ¿quién va a presentar este nuevo programa?

El análisis de la debilidad estructural de la sociedad hispanoamericana viene trenzado en el artículo con muy interesantes razones, relativas al fracaso del comunismo, al cabo de treinta años de barrenarla inútilmente. De una parte, el capitalismo liberal ha sido allí, hasta ahora, además de corriente ideológica y política predominante, conformador característico del estado social; el comunismo, en cambio, no ha podido pasar de ser un mero movimiento político. Por otro lado, los contados momentos en que el comunismo, que no ha dejado de moverse con absoluta libertad de acción, ha llegado a alcanzar gran fuerza electoral, han tenido duración efímera, en cuanto los Gobiernos respectivos ofrecieron a las masas populares programas de redención. Así, en Brasil, en Argentina, en Colombia, en Chile. Y, sin embargo, esas mismas masas proletarias de la industria, pero sobre todo del campo, que tan claramente han demostrado que sólo les interesa encontrar solución a su angustiosa situación económica, y para ello es para lo que están dispuestas a seguir al mejor postor, no son precisamente minoritarias. Las estadísticas

sobre mortalidad infantil, falta de higiene, desnutrición, enfermedades endémicas, miseria y analfabetismo, evidencian científicamente cómo existe en toda Hispanoamérica «un fermento social capaz de las más catastróficas reacciones». En la última conferencia agraria de la O. N. U., en Londres, fué puesta, una vez más, sobre el tapete la miserable condición del proletariado campesino latinoamericano, que en más de nueve de los pueblos hermanos, según demostró recientemente una Comisión encargada de la investigación del trabajo forzado, yace en la misma situación de los campesinos de la gleba rusa durante el siglo pasado.

Tampoco consiguió mejor suerte el comunismo al recurrir a sus típicos procedimientos de fuerza. Sus golpes subversivos en Colombia, Brasil, Chile, Perú y las Antillas, así como los diplomáticos en Argentina, Uruguay y México, fueron un serio escarmiento frente al optimismo con que la revolución mundial staliniana pensó en «dominar estos países a golpe de cuartel». El comunismo ha ensayado en Hispanoamérica todas las tácticas imaginables: electorales y violentas, nacionalistas y frentepopulistas, amistosas y culturales, y jamás ha conseguido un éxito duradero y apreciable.

Pero el conflicto, con todas sus dramáticas proporciones, existe. No hacerle cara supone quedar derrotado de antemano. Y la única victoria legítima y, en definitiva, segura sobre el comunismo es la lograda por la justicia social. «Tratar de desalojar al comunismo a culatazos, es otra táctica fatal, que a la larga puede resultar peor.»

La más seria explicación posible a esta saludable inmunidad experimentada por el organismo social hispanoamericano frente a la intensa impregnación del colectivismo ateo, a que se le ha venido sometiendo durante estos años, hay que buscarla en las raíces católicas de la sociedad criolla: en su buen sentido humano y elevada conciencia de la dignidad personal. Aunque tampoco se puede desdeñar el papel que en los reveses comunistas han desempeñado sus compromisos políticos, la excesiva prisa con que ha planteado superficialmente su acción revolucionaria y la carencia de un plan verdaderamente técnico, por ejemplo.

De pasada, no está de más que la revista subraye el flaco servicio que la incoherente diplomacia norteamericana hace a su propia causa, pegando mazazos contra la unidad religiosa de las Españas de ultramar, para resquebrajarlas con la infiltración protestante.

Pero lo que nos llena de verdadero júbilo es encontrar en esta revista, tan familiar al episcopado hispanoamericano y a los dirigentes católicos seglares del continente, una rotunda y desacostumbradamente sincera actitud de vanguardia social. «La iniciativa de redimir al proletariado latinoamericano debe partir, en primer lugar, de la Iglesia Católica, encargada de predicar el Evangelio total. Sería lamentable que, cerrando los ojos a una realidad, cercana en algunas partes a la servidumbre, nos dejáramos tomar como instrumentos de sistemas caducos... Hasta ahora, la acción social católica ha fracasado también por varias razones... Para una aplicación de las encíclicas a nuestra realidad social, lo primero que se requiere es el conocimiento cabal, por medio de estudios profundos y encuestas completas, sobre esa misma realidad social... Los compromisos fáciles de la política, tampoco son solución garantizable a largo plazo. De lo contrario, no estaríamos aprovechando la lección diáfana que nos da el socialismo marxista, fracasado por incompetencia técnica y por sus compromisos partidistas.»

Creemos con toda verdad que de pocos sitios habrá llegado a Roma, en los últimos meses, un síntoma más auténtico y valioso, por lo que puede significar en sus repercusiones concretas inmediatas, ni más certeramente ajustado a la angustiosa llamada que, un solo mes después, el 10 de febrero, dirigiría el Padre Santo a la cristiandad. Sin vacilación ninguna, poniendo toda nuestra experiencia y cariño en el comentario, el camino está ahí. «Es menester formar un equipo de sociólogos, con una orientación segura y apta para imponerse como prototipo de una técnica capaz de inspirar confianza en todos.» Puede salir la nueva corriente, como confía en este punto la revista, del Instituto Social León XIII, de Madrid, o de cualquier otro grupo capacitado en su momento para crear la concepción y la fuerza cristiana necesarias. Eso ya lo dirá el futuro. Ninguna aportación puede desdeñarse, mientras tanto. El caso es trabajar por ese camino, con la mayor unión de esfuerzos posible, y con la entera dedicación vital de quienes vamos hacia unos mismos objetivos, en efectiva entrega al servicio de la Iglesia y del pueblo, dentro de nuestras respectivas realidades culturales y sociales.

Ciertamente, tienen razón más que sobrada nuestros hermanos de Iberoamérica para pensar que «la Iglesia tiene, una vez más, en la Historia la misión de ser la defensora de los oprimidos en esta porción del globo. Si llegaran primero los fariseos, habríamos perdido la gran batalla de este siglo».

M. L.

BOLIVAR Y LA UNIDAD DE HISPANOAMERICA

El *Bolívar*, de Madariaga, ha provocado no pocas y justas protestas. Madariaga se acerca a la historia americana con el propósito de destruir prejuicios a base de prejuicios. Es posible que, tanto la figura de Bolívar como la de San Martín y los héroes de la Independencia, estén rodeados de un halo mítico que los hace intocables. Pero, en tal caso, no es la forma más justa la de acercarse agresivamente al hombre por despejar el mito. Es incuestionable que la idea de la Unidad de Hispanoamérica se nutre hoy, y como mito se ha nutrido siempre, de los afanes de Bolívar. Luminosas son sus constantes alusiones a «la América entera», en las que siempre aparece Hispanoamérica como totalidad. Aunque sólo fuera por la creación y el alimento de este mito, la figura de Bolívar merecería de Madariaga estudio más imparcial. Nada ha adelantado, por esta prevención, a las biografías más difundidas de Jules Mancini, Bejarano y Marius André, por ejemplo.

Una refutación tácita a Madariaga es el libro de F. Cuevas Cancino (1), por el amor con que está escrito, la profusión de textos citados, que respaldan toda afirmación, y el estudio detenido y sistemático de la obra bolivariana. Y, por sobre esto, la novedad de algunos documentos inéditos hallados en las bibliotecas del Royal Institute of International Affairs y del Museo Británico, de Londres.

Aunque en el libro quiere hacer un estudio del «ideal panamericano del Libertador», no puede renunciar a una biografía. Pero aquí no sólo es biografía, ni puede serlo, sin ser «tendenciosa», es decir, si no enfoca la vida desde

---

(1) *Bolívar. El ideal panamericano del Libertador*, por Francisco Cuevas Cancino. Col. «Tierra Firme». Ed. F. C. E., México, 1951. 328 págs.

el punto de vista del «panamericanismo». Biografía como ésta, orientada desde una determinada perspectiva, que sepamos, es la primera. No tanto desde su paso por Veracruz, sino, sobre todo, desde su *Discurso ante la sociedad patriótica*, Bolívar toma conciencia de la misión de América y de su unidad. De la primera carta, que se conserva escrita en el puerto mexicano, al citado *Discurso*, media un trecho, casi un abismo. La marcha de la vida de Bolívar irá desarrollándose como una encarnación cada vez más clara de la Unidad de Hispanoamérica, como forma única de salvación, de defensa y de engrandecimiento: «Yo deseo, más que otro alguno, ver formar en América la más grande nación en el mundo...» «Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo, que ligue sus partes entre sí y con el todo...» «Y en cuanto a la unión, es ésta seguramente la que nos falta para completar nuestra regeneración...» «El pacto americano, que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo como un ejemplo de magnitud y grandeza, sin ejemplo entre las naciones antiguas...» Son pocos, sin duda, estos textos; pero se encuentran con abundancia los semejantes en la obra bolivariana. Indican, y para eso sirven a Cuevas Cancino, la idea fundamental del Libertador. Por sobre la misma de Libertad, si se quiere, sin contenido unívoco en la obra de Bolívar. Con esto sólo se quiere decir que la idea de Libertad que tuvo Bolívar no es secundaria, sino esencial; pero que el legado que con ella nos deja tiene significación muy distinta de la que ha solido dársele. No siempre queda claro en las biografías o estudios sobre Bolívar el concepto que éste tuvo de la Libertad, y es frecuente que se lo asimile a determinadas corrientes políticas. Cuevas Cancino no logra evadirse de este peligro. Sería en extremo interesante que una investigación más fría y menos comprometida con las ideas políticas al día en Hispanoamérica mostrara cómo esta idea, despojada de las vestiduras con que históricamente fué formulada, es, ante todo, una afirmación humanista. Por este camino, envuelta en un humanismo, la idea bolivariana de Libertad dejaría de ser instrumento gastado de la diaria política, y entraría a formar parte de la contribución americana a la cultura occidental. En este sentido no deja de ser interesante la afirmación de Carl Schmitt, para quien Bolívar, sin menospreciar por esto el orgullo americano, fué en su tiempo más europeo que los europeos de su tiempo. El libro de Cuevas Cancino es en este aspecto una renovación del pecado que acabamos de anotar. Pero son bastantes y sugerentes las insinuaciones que aparecen allí, y con harta claridad puede verse el posible ángulo para un nuevo enfoque del problema.

La segunda parte de la obra sí es, en rigor, absolutamente original y nueva, pues detallada y sistemáticamente expone los fundamentos ideológicos de una ordenación jurídica internacional sobre la base del pensamiento de Bolívar. La selección de textos se hace en esta sección más necesaria, ya que, concretamente, Bolívar, y así lo aclara el autor, no habló de cuestiones técnicas y jurídicas en toda su obra. Cuevas Cancino logra sistematizar, en forma maravillosa, toda la expresión de Bolívar sobre el Derecho Internacional y sus problemas: la codificación, los sujetos internacionales, los objetos del Derecho Internacional, la cuestión de la guerra, etc., etc. Y, naturalmente, de aquí emerge la cuestión de la Confederación americana y el Derecho Internacional americano.

Una tercera parte, final, está dedicada a estudiar la influencia de Bolívar en la actualidad, sobre todo como fundamento del panamericanismo: desde los

intentos llevados a cabo por el Perú en 1847 y en 1864, y por Santiago en 1856, hasta la IX Conferencia Internacional americana de Bogotá, en 1948. La transcripción de las decisiones alcanzadas o de las miras propuestas en estas conferencias constituye capítulo de gran interés, por cuanto muestra la pretendida efectividad del panamericanismo. Es lástima que ideario tan genial como el bolivariano, se puede decir, haya concluído en tan pobres y hasta peligrosas Cartas, Conferencias y Tratados. Y para no pecar de ligeros, anotemos que ha sido autor tan poco sospechoso como Carlos Dávila quien, con aire de queja, hace el balance del panamericanismo: «Desde que Simón Bolívar —dice—convocó por primera vez su Congreso en Panamá, en 1826, se han convocado 208 Conferencias interamericanas y panamericanas... De los ochenta Tratados y Convenciones discutidos y firmados en las nueve Conferencias panamericanas «ordinarias» y en varias «especiales», solamente uno ha sido ratificado por todas las veintiuna Repúblicas americanas. Este fué el Código de Sanidad, adoptado en la Conferencia de la Habana en 1924» (2).

Resultado halagador no puede decirse que sea éste, ni que haya sido la idea bolivariana la que lo inspiró. Doscientas ocho Conferencias en ciento veintidós años y un Tratado de Sanidad como resultado, no pueden significar sino que la idea no es la bolivariana, pues una como ésta siempre está llena de vigor, vitalidad pujante y misticismo realizador.

Para meditar hondo y mucho sobre Bolívar ha sido escrito este libro, lleno de amor, buena voluntad y sincera comprensión. Y sirve también para mostrar a Madariaga cómo se puede escribir un libro de Historia con prejuicios —porque éste los tiene—, pero sin agresividad. Una buena bibliografía al día y un magnífico índice de temas y nombres cierra la obra.

R. G. G.

ADVERTENCIA A LA TERCERA FUERZA

Un comentario, en lengua francesa, de E. Castelnau, de Port-au-Prince, pone de manifiesto cómo en Haití, frente a la filosofía del comunismo y del existencialismo, apenas puede hacer acto de presencia la sólida filosofía cristiana, por falta de una Facultad católica de filosofía.

Al final hace una advertencia que—junto a la de su peligro de caer en excesos intelectualistas y divagatorios—no creemos superfluo hacer a la confusa y bienintencionada tercera fuerza que intenta brotar en Hispanoamérica, con verdadera dignidad incluso en algunas ocasiones, como ya tuvimos ocasión de señalar recientemente. «Se ha hablado—dice el trabajo citado—de una tercera fuerza que oponer al comunismo y al capitalismo para asegurar la paz del mundo. Esta tercera no puede ser otra que el cristianismo, y se equivocan grandemente los que creen poder vencer al comunismo sin los cristianos.» Si bien lo elemental y necesariamente impreciso de estas palabras no hace de ellas un postulado positivo fundamental, sino mera advertencia; y si no menos cierto es que también habrán de librarse esas fuerzas basadas en el cristianismo de una confesionalidad política que sería inútil y grandemente dañosa para la Iglesia misma, como en otros lugares hemos expuesto, no deja de ser interesante su formulación, dado que la experiencia unánime, que salta

(2) *Nosotros, los de las Américas*, por Carlos Dávila. Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1950. 276 págs.

a la vista desde todos los rincones de la historia contemporánea, es que al descristianizar la sociedad se la deshumaniza en la misma proporción, y que nada parece más espontáneo al hombre de nuestro tiempo que construir sus concepciones de espaldas prácticamente a las inmutables claves cristianas del hombre y de la sociedad.

M. L.

EL PUNTO EXACTO DE TEGUCIGALPA Y CARACHI

No pretendemos calumniar a nadie afirmando que tanto la historia como la geografía hispanoamericanas son desconocidas por una buena parte del pueblo español. Las escuelas primarias y el bachillerato mismo concedieron hasta la fecha mínimas atenciones a estos estudios, que son base principalísima de todo entendimiento posterior del americanismo y de la hispanidad, ya sea como profesión o, más simple, más cordialmente a lo popular, como afecto amoroso. Esta ignorancia histórica y geográfica del español no letrado frente al nuevo continente se da de la mano con otro desconocimiento, patente también, y por igual desgraciado, que sufren los pueblos hispanoamericanos entre sí cuando la distancia pone lejanas fronteras entre una nación y otra. Honduras y Chile, Guatemala y el Paraguay, se ignoran, pese a sus lazos de comunidad espiritual con que están trabados. Hablamos del hombre medio, no del especialista o del viajero.

Y ¿qué decir en España de los conocimientos sobre historia de los pueblos árabes, si ni siquiera—más allá de los arabistas—se tiene una levísima idea de la conformación geográfica de aquellos no muy lejanos países? Igual sucede, aumentada la proporción, con Hispanoamérica y el mundo árabe, a pesar del buen porcentaje emigratorio que éstos vienen dando a la demográfica hispánica. Véase el caso de los libaneses en América hispana.

Frente a esta realidad, que no ha modificado sensiblemente la institución de Secciones de Historia de América de las Facultades de Letras y la proliferación de organismos americanistas, como el Instituto de Cultura Hispánica, las Escuelas de Estudios Hispanoamericanos, etc., se hacía necesaria la medida que recientemente ha adoptado el Ministerio español de Educación Nacional, disponiendo que «en todos los centros docentes dependientes del Departamento se desarrollen lecciones sobre los pueblos hispanoamericanos y árabes, especialmente en las cátedras de Geografía e Historia».

Así lo ha determinado el hecho real y permanente de que «el conjunto de tradiciones comunes en España y los pueblos de Hispanoamérica y del mundo árabe, estrechadas por lazos de afinidad espiritual e histórica, constituya un legado riquísimo, que debe transmitirse a las generaciones mediante el conocimiento y enseñanzas de las mismas».

Tal es el texto de la citada Orden ministerial de 25 de abril, por la que las futuras generaciones próximas determinarán exactamente en el mapa mundi cordial, en la Historia y en la Geografía, los lugares exactos de Tegucigalpa y Carachi.

De esa Carachi donde ya funciona, desde el 1 de junio de 1952, una flamante «Sociedad de amigos paquistanes de los países de lengua española».

C. H.

EL COOPERATIVISMO EN HISPANOAMERICA

No tenemos más remedio que destacar la reseña de algún otro artículo también interesante para la finalidad de nuestra sección, que viene estudiando, con los materiales de primera calidad que las publicaciones americanas de nuestra lengua y portuguesas nos proporcionan, los fundamentos culturales, vitales y económicos de la realidad social criolla. Así, sólo haremos referencia al trabajo sobre «Estructura económica y social del Brasil», del P. Calderan Beltrao, que en lengua portuguesa publica también *Latinoamérica;* al artículo de H. de Sotomayor, de Buenos Aires: «Son tres y van a Chile», sobre el paso hacia la progresiva nación del Pacífico de tres hermanitos, del P. Carlos de Foulcauld, llevados por el dinámico jesuíta chileno P. Alberto Hurtado, que llevan vida semianacorética..., pero trabajando jornada completa como obreros especialistas en la industria, para evangelizar esos medios; y a la documentada información sobre «Realización del plan hidroeléctrico de Chile», firmada por Leonor Vigneaux de Domeyko, de Santiago, de cuyos trabajos quiero dejar al menos constancia, para facilitar la posible consulta.

Nos detendremos más en el artículo sobre «El movimiento cooperativo y la Iglesia Católica», de G. E. Vivas, que examina los fundamentos doctrinales y experiencias cooperativistas y consigna algunos datos sobre el volumen alcanzado por el movimiento cooperativo en Hispanoamérica. Según la Oficina de Información Obrera y Social de la Unión Panamericana, en todos los países de Centro y Suramérica existe, ya legalizado, el movimiento cooperativo.

En Colombia, de cuatro Cooperativas, con 1.087 socios y 45.392 pesos de capital social, en 1933, se había llegado, en 1944, a 233 entidades, que movían un volumen de negocio de 37 millones. Tal progresión parece haber continuado en los últimos años, habiéndose visto obligado a convocar el Gobierno, en noviembre de 1951, un Congreso Nacional de Cooperativas para acabar de estudiar el nuevo Código sustantivo de Cooperativas, que pronto entrará en vigor. La educación cooperativa ha sido adoptada en el programa de muchos colegios de aquella nación, y parece que el nuevo Código incorporará esta enseñanza a todos los establecimientos de educación. En 1940 se creó el Fondo Cooperativo Nacional, que suministra dinero a las Cooperativas en calidad de préstamo con garantías.

En 1946 se efectuó también, en Bogotá, la I Conferencia Interamericana de Cooperativas. Muchas de estas entidades de producción, consumo y habitaciones, han sido impulsadas por la Iglesia o por asociaciones católicas de trabajadores, como la U. T. C., la gran Confederación cristiana que, en Colombia, vino a reemplazar a la casi extinguida Confederación de Trabajadores Colombianos.

M. L.

CULTURA, CIUDADES Y REVISTAS

Tunja, Bogotá y Medellín representan tres aspectos de la vida colombiana. De juzgarlas por la imagen que de ellas nos da la revista *Hojas de cultura popular colombiana* (1), encontraríamos allí más honda significación: tres

(1) *Hojas de cultura popular colombiana.* Director: Jorge Luis Arango. Números 11, 13 y 14. Prensas del Ministerio de Educación. Bogotá, 1951-52.

grados de evolución de la cultura en Colombia. Tunja conserva intactos los monumentos de la Colonia y los nombres de Sor Francisca Josefa del Castillo y de Juan de Castellanos. Bajo el notorio influjo del Barrès de *Sangre, voluptuosidad y muerte,* un retórico colombiano la comparó con Toledo, la que dibujó el nacionalista francés. Pero hay en este afán de eternizarlo todo, que preside la vida cotidiana de Tunja, algo más que el simple conservadurismo achacado a la melancolía de la raza indígena de aquélla región. Una meseta castellana, ornada con fantásticos e imaginarios castillos de barro, parece reclamar de ella la permanencia y celosa conservación de lo español colonial, como testimonio viviente de la primera etapa de la cultura colombiana. Viejos caserones y portales con su escudo de armas, imágenes religiosas y capillas y los versos castellanísimos de Juan de Castellanos y la monja del Castillo—fotografías y transcripciones—, perfilan, a través del corte vertical de *Hojas,* la figura de la ciudad.

Bogotá conserva el Pesebre Santafereño, imaginería española y criolla, tradición, aristocracia y frivolidad; pretexto de reuniones cosmopolitas, ayer de ingenio francés o afrancesado, que va perdiéndose; hoy que pugna por mantener en armonía la tradición de los apellidos, *flatus vocis,* con la aristocracia del dinero, inevitable impacto en su vida de capital. Por Bogotá llamó Pedro Henríquez Ureña a Colombia «auténtica república de profesores», y André Maurois aseguró que el limpiabotas que lee los suplementos dominicales de los diarios habla de Proust o de Valéry mientras trabaja para su cliente. Pero esto no es sino simple reminiscencia, y el medio lado de toda su faz, el medio lado que de vergüenza comienza a esconderse. La verdad es que el Pesebre Santafereño, los profesores y el limpiabotas, todos en un símbolo, el de los imagineros españoles, no quieren dejarse ensombrecer, y esta resurrección de los pesebres es una pugna por mantenerse al nivel del espíritu y resolver otra tensión, la más visible de su biografía actual: apellidos y snobismo de nuevo rico, por un lado, y auténtica vida intelectual de profesores, imagineros y, por qué no, limpiabotas que se familiarizan con Proust, Valéry y Jorge Guillén, por otro.

Medellín o el vigor, hubiera dicho de esta ciudad algún escritor finisecular. Pero retóricos ya ha tenido demasiados Hispanoamérica, así que basta con citar el nombre que se le ha dado a esta ciudad. Por moderna y trabajadora se la llama la capital industrial de Colombia. Edificios, avenidas y fábricas sobre la montaña y el oro. Apuntemos con cuánto tino ha reproducido, junto a las fotografías, la poematizada *Memoria científica sobre el cultivo del maíz en Antioquía,* de Gregorio Gutiérrez González.

De Tunja, los cronistas coloniales, los tradicionalistas y los letrados; en una palabra, los políticos de ayer y de hoy. De Bogotá, la cultura refinada y europeizante en cierto grado: el rigor filológico de Cuervo y Caro, la poesía aristocrática de Silva, la bohemia seudoparisiense de Eduardo Castillo y ciertos gobernantes de guante blanco, allá por la época de la colonia. De Medellín, los constructores de la modernidad colombiana: el humanismo renacentista de Marco Fidel Suárez, el cientifismo positivista de Luis López de Mesa, y financistas y políticos de la Independencia y de hoy; y hasta la novela de aquellas tierras, la aparentemente costumbrista de Tomás Carrasquilla, modernísima. Federico de Onís, en reciente Congreso de Literatura Iberoamericana, lo ha descubierto como el precursor de la novela moderna hispanoamericana.

Y una apuntación más sobre estas *Hojas*. No por casualidad, desde luego, cada portada lleva el dibujo de una divinidad indígena: Garanchacha y Chiminigagua, en personalísimo estilo que recuerda cierta época, no muy lejana, de las letras colombianas. Rafael Azula Barrera y J. Arango, como los más salientes representantes del grupo Bachué, han tenido ahora la oportunidad de resucitar, al menos parte del grupo, la política cultural que preconizaron: indigenismo e hispanismo. Como es difusa la clasificación generacional, por cercanísima, observemos simplemente, a través de esta revista, los nombres que pretenden tener vigencia en la actual cultura colombiana: algunos de los llamados nuevos, otros de los que hacen de puente entre éstos y los piedracielistas, y algunos de los piedracielistas mismos; en suma, la constitución de una generación en el término más estricto de la palabra. Para evitar confusiones, pese a las muchas que se ocasionan, estos grupos, o lo que de ellos queda, podrían designarse con una fecha: 1936. Del año en que nacieron a la vida de la cultura, al año en que tienen plenísima vigencia, quince años de diferencia. Una revista que es culminación y, también, canto de cisne. En la revista que ahora dirige Rafael Maya (2), y que reemplazó a la *Revista de las Indias*, estilo y afán semejantes al de la *Revista de Occidente*, se encuentran mezclados los del 36 y los de ahora: José Umaña Bernal y Rafael Maya, de los que forman entre los primeros del 36, y Eduardo Mendoza Varela y Germán Posada, entre otros de los de ahora.

Los nuevos temas se anuncian en la revista de la Facultad de Filosofía y Letras de Bogotá, *Ideas y Valores*, como las dos anteriores de reciente aparición. La dirige el decano de la Facultad, Cayetano Betancur, y colaboran en ella Danilo Cruz Vélez, Jaime Vélez Sáenz, Luis E. Nieto Arteta, y los extranjeros Julián Marías, Francisco Romero, A. Lucas Gioja y Enrique Gómez Arboleya, en orden de aparición. Aunque la revista es preferentemente de filosofía, las direcciones a que apuntan señalan también los temas que impone. La nueva revista italiana *América Latina*, de Milán, comentaba con cierto aire de reproche un afán europeizante desmedido. Actualidad y rigor científico por sobre todo, y frente al ámbito reducido en que ahora se encuentran las dos revistas anteriores, universalización de la cultura. Como homenaje a Husserl, en conjunción con Scheler, el nombre de *Ideas y Valores* quiere decir contacto fecundante con lo más actual. Y, especialmente, superación de cierto encerramiento que comienza a mostrar lo perjudicial de su ceguera. *Ideas y Valores* reclama, por otra parte, la profundización de la cultura colombiana, su densificación. Y ésta sólo es posible teniendo por base rigurosa y auténtica filosofía.

La vida intelectual colombiana comienza por mostrarse con especial interés a través de tres revistas, que, mediante sus aspiraciones, pretenden contribuir a la definitiva elaboración de sus supuestos, autóctonos o criollos, en ciertos casos, y autóctonos y universales, en el mejor de ellos.

R. G. G.

---

(2) *Bolívar*. Director: Rafael Maya. Prensas del Ministerio de Educación. Números 1, 2, 3, 4. Bogotá, 1951-52.

(3) *Ideas y valores*. Director: Cayetano Betancur. Organo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Números 1, 2, 3, 4. Prensas de la Universidad Nacional. Bogotá, 1951-52.

LA GUAYANA INGLESA, LA CUESTION DE AFRICA Y LA TRAGEDIA DE PUERTO RICO

Finalmente, nos referimos a la sección de «Crónicas» de este mismo número de *Latinoamérica*.

De Venezuela estudian el problema de la Guayana inglesa, 200.000 kilómetros de cuyo territorio fueron arrebatados a Venezuela injustamente, a raíz del arbitraje leonino adoptado, en 1889, por un Tribunal Internacional adecuado reunido en París. Las causas que favorecieron la ambición inglesa son, a juicio de la revista, las guerras civiles, que mantuvieron en turbulencia al país durante casi cien años; el descuido de los gobernantes, que preferían vivir tranquilos en Caracas antes de ocuparse de tan lejanos territorios; lo despoblado del país; lo impenetrable de las regiones de la Guayana venezolana, y el desarraigo forzado de los misioneros que civilizaron aquellas tierras, en tanto que Inglaterra se cuidaba de ayudar a su eliminación total en los territorios asimilados, sustituyéndolos por pastores protestantes, confortablemente instalados con sus familias. Se ha pedido varias veces revisión del arbitraje, ya que los derechos de los pueblos no prescriben.

De Bolivia, un chileno residente afronta la cuestión del puerto de Arica, desembocadura natural de toda la economía boliviana al Pacífico. El sereno estudio determina cómo la Historia, la Geografía y la razón reclaman la devolución de este puerto a la estrangulada y atormentada economía de la nación del altiplano, respetando los intereses de Perú en aquella región y dando legítimas compensaciones comerciales y económicas a Chile.

También se examina, por último, aparte de la plaga social que el divorcio supone en el Brasil, «la tragedia espiritual de Puerto Rico», en artículo que firma el puertorriqueño doctor José M.ª Lázaro. Puerto Rico, pueblo católico por su origen, por su historia, por su tradición y porque católicos son casi todos sus habitantes, está gobernado por un Estado extraterritorial protestante. La pequeñísima minoría protestante portorriqueña detenta en su privilegio la misma curiosísima situación de íntima unión natural entre las sectas protestantes y el Estado, que, bajo capa de separación de Iglesia y Estado, viene beneficiando secularmente a los protestantes norteamericanos. Sólo que en Puerto Rico no hay la menor razón para ello. La unión del Estado con las sectas en Puerto Rico, cuando no son protestantes los gobernantes, no es natural. Y las discriminaciones anticatólicas recogidas todavía en la «constitución» colonial seudodemocrática impuesta a Puerto Rico, continúan siendo fruto de que sus gobernantes siguen sin representar nada por sí mismos ni jurídica ni políticamente. Según señala el referido artículo, sólo son funcionarios del Gobierno metropolitano, y la unión que propician, y de la que se benefician, entre Gobierno y protestantismo, es sólo un artificio más impuesto por la coacción a este noble pueblo.

M. L.

COLABORAN:

MANUEL LIZCANO
RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT

ESPAÑA EN SU TIEMPO

LA BIENAL Y SU GLOSADOR.—El acontecimiento de la Bienal ha tenido muchos y muy meritísimos glosadores. En singular y en plural. Ha habido quien ha sido glosador del magno Certamen hispanoamericano a través de un pintor, a través de una aportación y hasta de un solo cuadro, y el hecho particular en los repasos y recuentos es muy importante; ha habido quienes han realizado una visión de conjunto, principalmente aquellos a los cuales una labor crítica obligaba a ello, y la obligación ha redundado en beneficio y orientación de muchos espectadores, para los cuales la unión de voluntades plásticas de pueblos hermanos ha constituído una revelación, no sólo por la cantidad, sino por el gran telón que se levantaba oficialmente a una larga lista de pintores—la más interesante—para entrar en la escena nacional, para unos adquirida por renombre internacional y para otros recién abierta, como un camino a todas las esperanzas y a los sanos y sinceros sueños. Pero también ha habido quien ha recogido en un perfecto resumen el significado mejor de la exposición, ofreciendo en la obra seleccionada el panorama más claro y justo del Certamen, uniendo el profundo aliento lírico, del cual, y afortunadamente, le era imposible desprenderse, y la certeza del adjetivo que define, encuadra y sitúa una pintura y un pintor. Quien ha realizado este libro ha sido un poeta, como necesariamente tenía que ser para que la función tuviera en el comentario alas que empujasen y levantasen los vuelos recién salidos. Luis Felipe Vivanco, poeta alto, ancho y profundo, en un bello volumen de la Editorial Afrodisio Aguado, ha sido quien ha llevado al término más feliz el empeño documental. del gran acontecimiento—pocos hechos merecen este nombre—de la Primera Bienal Hispanoamericana.

La posición que ha elegido el glosador para entrar en el amplio camino de la Pintura y de la Escultura podía compararse a la que elige Siebeck, uno de los descubridores de la *einfuhlung*, y que en

una de sus obras capitales—y decisiva para la Estética—: *De la intuición estética*, enseña que el placer de la Belleza se debe a la «apercepción», o sea que aquél se produce cuándo a lo que contemplamos añadimos nuestras propias representaciones. De esta forma, el análisis y la glosa de la Bienal se producen merced al caudal de las propias sensaciones de quien comenta, y, así, el espíritu sutil y bien provisto de Luis Felipe Vivanco va acercando a los ojos del lector las definiciones precisas, humanizándolas, de las distintas expresiones formales que se han producido en el Certamen. Remachando la posición del poeta y del crítico, frente a las obras elegidas para su exégesis, con toda fortuna, se sigue en ella la más noble y preciosa situación que recomienda Vischer, con lo cual, al ser toda contemplación de obra artística contemplación simbólica —no simbolismo lineal o figurativo, sino hondamente vital—, el alma de aquel que admira presta a lo contemplado sus propios estados anímicos, y en el caso espiritual de este glosador, la producción expuesta vuelve a nosotros matizada de aquellos motivos que nos acercan más a ella, y nos la ofrecen con la garantía de un tamiz que ha sabido equilibrar, antes de producir el juicio, los muy variados elementos que existen en la obra de arte. El intento era difícil—no lo era la reunión de estéticas comprobadas—, por los muchos dimes y diretes de parte de alguna crítica aferrada a la fórmula envejecida de las preceptivas, y era preciso poner en claro un sentimiento general en un volumen que recogiera en síntesis el bello paisaje de la Bienal y explicara el lenguaje, en algunos casos, muy pocos, trasnochado de los componentes de la llamada «escuela de Madrid» (tan ligada a la nueva escuela francesa, que integran en número y mejor calidad apellidos españoles) y la larga y bien nutrida lista de las generaciones catalanas, rebeladas contra la secuela de Olot y del impresionismo en falsilla. Había que explicar el cómo y el porqué de las cosas de la joven pintura y escultura españolas, y Luis Felipe Vivanco, en glosador y poeta, ha hecho el bello resumen, al que sirven de explicación imprescindible las láminas de las obras que comenta y exalta. La sustitución de una palabra que hace el autor de un texto de Paul Valéry, aclara y especifica el interés del libro. Recoge Luis Felipe Vivanco el siguiente texto, como prólogo y justificación del suyo: «No hay que llamar ciencia más que al conjunto de fórmulas que siempre tienen éxito. Todo el resto es literatura.» El autor del volumen *Primera Bienal Hispanoamericana* cambia a Valéry la palabra literatura por la de arte, ya que el arte, afirma, «como forma espiritual, lo único que no puede ser es conjunto de fórmulas. Por

eso tiene historia. Y por eso los artistas que se llamaban a sí mismos independientes, a lo que aspiraban era, precisamente, a tener historia propia, intrínseca y necesaria, en vez de otra falsa y mostrenca, impuesta desde fuera por una serie de miradas más o menos eruditas...» Y en estas frases de Luis Felipe Vivanco se encierra el gran interés del volumen, que no es otra glosa fría y desmedrada en torno a unos problemas de estética llenos de vida e intenciones, a los que hay que descubrir en el secreto y comunicar su mensaje a los espectadores que miran «sin ver». Como aclara el autor, «se trata, en definitiva, de que el espíritu funcione de otra manera, lo mismo frente al arte más reciente que frente al más antiguo», y para mayor comprensión de sus páginas ratifica: «Se trata también de una continuidad del sentido de la forma, dentro de la cual hay que situarse frente a lo antiguo desde lo más reciente.» Y en esa posición, auténtica, la cual implica la investigación propia y la búsqueda de los hallazgos ajenos, se ha situado el poeta y el crítico, para, en recuadros estéticos, poner al tanto a los espectadores de las razones y motivos que hacen que se produzcan los modos y las maneras.

El acierto preside estas bellas páginas de Luis Felipe Vivanco, tanto en la presentación del grave, gravísimo y espléndido, a la vez, estado estético de España, como en los apuntamientos de los artistas y de los sitios singulares o lugares comunes que ocupan en una visión general del arte nacional. *Primera Bienal Hispanoamericana* es un libro que se puede comunicar diciendo. Quien lo ha escrito «se ha dado cuenta», y el resultado de sus meditaciones se debe a que conocía perfectamente todos y cada uno de los sumandos.

S.-C.

ETICA Y LETRAS ESPAÑOLAS.—Hace algunas semanas se produjo cierta conmoción a propósito del anuncio del libro sobre un poeta, en razones de la ideología política del mismo. La campaña se extendió nada menos que a la valoración ética y política de los grandes escritores españoles a partir del 98. Alguien vió en casi todos ellos un estigma que los desplazaba del áureo cuadro de nuestras letras. Casi nadie se libraba: Valle-Inclán, por sus inquietas veleidades políticas; Baroja, por su individualismo; el mismo Unamuno aparecía con un sobrepeso en la balanza de las culpas. Acontece de cuando en cuando en nuestro país como si

una tremenda ráfaga de eticidad lo arrasase y nivelase todo. No carece ello de la grandeza bíblica del viento del desierto. Algo así como si el mismísimo espíritu objetivo de Hegel descendiese en persona a disecar nuestros pantanos intelectuales.

Bien está la energía ética de los españoles, y gracias a ella tantas y tan importantes cosas se han podido mantener vivas en nuestra patria. Pero debemos prevenirnos contra la exageración y el amaneramiento de esta tendencia. Por encima de todo, en favor de la verdad; pero también no olvidando que con ello se dan excelentes armas a quienes, por ejemplo, recientemente han considerado a Antonio Machado, antes que como el poeta de la profunda entraña española, como un líder político de la izquierda. No podemos coadyuvar a que los valores históricos y estéticos de la guerra carlista, realzados en la obra de Valle-Inclán, queden anegados por el recuerdo de vaivenes políticos, en todo caso siempre desinteresados, que un día pudieron derivar hacia la izquierda y otro a la exaltación de Mussolini como heredero de la antigua Roma. No pueden, en modo alguno, olvidarse—la obra siempre aparte—las continuas campañas patrióticas de don Miguel de Unamuno, que supo como pocos levantar la conciencia nacional contra el marxismo y el separatismo, olvidando aquella proclamación de Salamanca al inaugurarse el primer curso de la República («En nombre de Su Majestad, España indivisible e inmortal») con el pretexto de los momentos en que su pluma y su figura no fueron bien utilizadas para las grandes causas que en el fondo siempre llevó dentro don Miguel.

Digamos, invirtiendo la expresión: «Poco ruido para muchas nueces.» Salvemos con cuidado las nueces de nuestro patrimonio cultural, que pertenece en propiedad a muchas naciones, y sírvanos, en todo caso, de prudente alerta el ruido.

S. L.

«COCKTAIL PARTY», EN EL M.ª GUERRERO.—El hecho debe ser necesariamente registrado. Después de una temporada francamente deplorable, el Teatro Nacional María Guerrero nos ha servido en su escenario el drama de T. S. Eliot *Cocktail Party*, que había sido inexplicamente retirado de ensayos hace algún tiempo. El estupor—indignación en algunos casos—que este drama ha producido, no ya sólo en el público habitual, sino en nuestro mundo del teatro, y las acaloradas discusiones pro-

vocadas, justifican por sí solas la razón de su estreno. Pero aun hay más. *Cocktail Party*—debemos reconocerlo en un principio—ha sido la segunda explosión de esta temporada teatral, que no se nos prometía muy felices. La primera se produjo con el estreno de *La muerte de un viajante*, de Arthur Miller, y resulta curioso observar cómo piezas tan distintas, antitéticas, han sido tremendamente discutidas por la mediocridad ambiente. De un lado, el realismo directo, el social-realismo de Miller, con su valiosa aportación humana, y, de otro, este *Cocktail Party*, de Eliot, puro juego intelectual, donde se persigue y roza lo absoluto.

NO ES TEATRAL

Es éste uno de los cargos más graves que se le han hecho a *Cocktail Party*. No es teatral. A lo sumo—se le ha concedido—, es teatro para leer, irrepresentable, lo cual viene a significar lo mismo, puesto que el teatro, para recibir denominación de tal, exige y precisa de un escenario.

Sin embargo, *Cocktail Party* es teatro. Posee trama, peripecia, incluso caracteres, que vienen determinados por la propia trama. El que, en algunos instantes, la fábula quede relegada a segundo término y la acción se diluya ante la importancia del pensamiento expresado, no es óbice para que se cumpla el espectáculo teatral. El teatro es lo suficientemente rico como para no sujetarse a ningún esquema prefabricado. Todos los esquemas han resultado pobres e insuficientes ante la desconcertante aparición de un nuevo autor. Eliot, en este drama, se ha despreocupado de la «carpintería teatral», y esta despreocupación es la que esgrimen sus acusadores, sin comprender que la única «carpintería» válida, lícita en un sentido de puridad, es la que brota y se ciñe a la trama.

Otra de las razones que aducen para negar validez teatral a *Cocktail Party* es la de que carece de «acción» y sus escenas pesan, fatigan a los espectadores. Los que esto dicen se refieren a los momentos en que la trama pasa a un segundo plano; pero no advierten que, al desaparecer esa acción externa, reflejo de la fábula, surge otra interna, que lleva implícita el diálogo. *Cocktail Party*, en efecto, adolece de la primera. La fábula, la trama, se detiene, pierde importancia, para dar paso a su análisis concienzudo y profundo. Sus largos párrafos—antiteatrales para algunos—nos llegan cargados de ideas, que chocan entre sí, que nos sorprenden y desconciertan a veces. Hay, sin duda, en esos parlamentos,

siempre ceñidos a la trama, una emoción estética intelectual, de tal pureza que nos hace olvidar el estatismo plástico de los seres.

QUISO HACER TEATRO

Muchos, con una falta de penetración verdaderamente lamentable, han dicho que Eliot quiso hacer teatro y no lo consiguió. Pero al decir «teatro», sin darse cuenta, emplean este término en un sentido peyorativo, en el que se refiere a la habilidad o carpintería escénica excesiva. Argumenta en su favor que las interrupciones—entradas, salidas, llamadas telefónicas—de ciertos personajes angélicos obedecen a una seria preocupación de temor por la no amenidad de la obra, cuando precisamente esas interrupciones se producen en los instantes en que la tentación ronda a los protagonistas y se hace necesaria la intervención de los «guardianes».

Esto, claro está, no merece comentarios.

SEMEJANZA CON CLAUDEL

Algunos han creído ver en esta pieza de Eliot un cierto parecido con el teatro de Claudel, posiblemente por la poesía y sentido ecuménico de la vida que informa a los dos teatros. Sin embargo, son verdaderamente distintos. Claudel se expresa más y mejor por vía del *sentimiento*, mientras que Eliot lo hace por medio del *pensamiento*. En tanto que en el primero su extraordinaria vitalidad poética—son palabras de Gabriel Marcel—se ejerce contra la facultad dramática de su obra, el segundo rehuye esa facultad, porque, más que manejar seres, utiliza puros conceptos en perpetua búsqueda de lo absoluto. Estas son quizá las diferencias esenciales entre ambos teatros.

FINAL

Nos encontramos, pues, ante un teatro indirecto, poético, intelectual, donde el hombre no importa por el hombre, sino por los pensamientos que viene llamado a expresar. En realidad, *Cocktail Party* pertenece al llamado teatro de ideas—desaparecido hace ya tiempo—, y viene a ser un feliz intento de resurrección y superación. Antes, cuando hablé de caracteres, me refería a los que, ineluctablemente, determina toda trama—acciones

y reacciones—, sin por eso querer decir que se tratase de un teatro psicológico.

Naturalmente que un «teatro de ideas», llevado a tal punto de exacerbación—Ibsen trabajaba sobre personajes que sufrían y se apasionaban—, nunca puede poseer una proyección masiva. Sencillamente porque carece de la apoyatura humana directa: el hombre y su circunstancia. En *Cocktail Party* asistimos a un choque de ideas y no de pasiones. Por eso, la emoción que nos transmite es una emoción puramente intelectual.

Todas estas características, que etiquetan de minoritaria a la pieza de Eliot, hacen que se aleje de la línea teatral de nuestro tiempo, del teatro de angustia, teatro testigo, de honda razón humana; de ese teatro que, aun en los casos en que plantea problemas filosóficos, lo hace dentro de una perspectiva netamente existencial. Con respecto a esa corriente, que hemos defendido y preconizamos, *Cocktail Party* cae dentro del teatro llamado de «evasión», porque su aliento purificador, conseguido indirectamente, sin el necesario *shock* dramático, es imperceptible a la mayoría y le invalida para la función social a que viene abocado el teatro.

Claro es que en esta ocasión—lo ha definido ya certeramente Eduardo Haro Tecglen—nos hemos topado con el auto sacramental de los nuevos tiempos, y quizá este operar sobre esquemas e ideas, en vez de sobre hombres y pasiones, sea la fórmula adecuada a este género también estimable del teatro.

J. M. Q.

LA NUEVA CRISTIANDAD.—La voz clara, del reverendo padre Raimundo Paniker ha puesto no hace poco en las aulas de nuestra Universidad Central una nota precisa de inquietud y renovación. Hace falta en verdad sacudir de cuando en cuando ese polvillo sutil de la somnolencia que con frecuencia nos invade. Estas conferencias, organizadas por el rector de la Universidad de Madrid, han despertado, con justicia, un gran interés. El tema central de las exposiciones, «Sentido del cristianismo en el mundo actual», tiene hoy para todo cristiano un claro significado de llamada. Percíbese en ellas un agudo clarín de combate. El problema de la eficacia histórica del cristianismo sobrecoge a todos aquellos que por vocación y estudio nos afanamos día tras día en la dura brecha de buscar soluciones exactas y fecundas a los problemas acuciantes de nuestro tiempo.

No es mi intento dar en estas líneas una copia fiel y detallada de todo lo que el doctor Paniker expuso. Quisiera tan sólo mostrar la línea directriz, nerviosa y enérgica de sus disertaciones.

El doctor Paniker quiere conscientemente arrancar de la Historia. «El cristianismo es historia», nos dirá. Es, desde luego, muchas cosas más, pero es innegablemente un hecho histórico fundamental de incalculables consecuencias. Por ello, en apretadas síntesis, en trazos plenos de vigor intuitivo, nos va ofreciendo todo el proceso de la cultura cristiana, desde sus orígenes hasta nuestros días. Nosotros no dudamos de la sincera reflexión y documentación bibliográfica que respalda tales cuadros culturales, pero éstos se nos antojan a veces harto esquemáticos y rígidos. Un poco imperativos sobre la mentalidad del oyente. «La decadencia de la cultura cristiana se debe—dice—a una progresiva racionalización del mundo occidental. Hemos hecho de la idea—simple intermediario del conocer del hombre—el fundamento de nuestra cultura. Con la idea queremos explicarlo todo, comprenderlo todo, y esta actitud racionalista, llevada a sus últimas consecuencias, nos ha alejado de una manera indubitable de las fuentes vivas del conocimiento. Hay —dice Paniker—multitud de realidades incapaces de ser aprehendidas con instrumentales de razón. El mismo existencialismo no es sino una muestra clara de esta angustia del hombre por afincarse, por vía directa y experimental, en las entrañas mismas de la realidad de la vida. Pues bien: lo que la razón no puede explicar, puede aclararlo la fe. Fracasada la razón histórica, urge entremos a velas desplegadas en un tiempo nuevo, donde la fe sobrenatural será la norma suprema de todo humano entendimiento. La teología vuelve a recobrar su perdida grandeza.»

Todo ello nos parece muy bien. Pero de aquí precisamente arranca uno de los puntos más discutibles de toda la síntesis mental del doctor Paniker. El doctor Paniker no cree en los humanismos. No reconoce la posible grandeza que el hombre, en virtud de sus puras fuerzas naturales, puede por sí solo alcanzar. El hombre sólo alcanza su plena dignidad de hombre cuando se sobrenaturaliza. No podemos estar en desacuerdo con él sabiendo, por la fe, la esencial incompletividad de la naturaleza humana después del pecado original. Pero tememos la exageración. Creemos en un posible perfeccionamiento humano, simplemente humano, sobre el cual descienda la Gracia como coronamiento lógico y definitivo. Creemos que sabe hablar de un humanismo cristiano. Y, por otra parte, una vez sobrenaturalizado el hombre, creemos en la necesidad de una estrecha vigilancia que le aparte de abrazarse con todo lo humano,

bajo el pretexto de su posible sobrenaturalización. Podría debilitarse ese nervio ascético de la renuncia cristiana.

Experto se manifiesta el doctor Paniker en la enunciación de los síndromes. Síndromes medievales, síndromes modernos, síndromes actuales, síndromes cristianos actuales.

De un modo especial, queremos detenernos en los últimos. Autenticidad, que lleva a la sana crítica constructiva dentro de la propia Iglesia. Integridad que impulsa a vivir el cristianismo en toda su grandeza, sin contemporizaciones posibles. Acaso sea la «entrega» su manifestación más característica. Madurez, afán sincero de incorporar a la nueva época todo lo que se ha producido de noble y hermoso en los veinte siglos transcurridos. Se quiere armonizar la tradición eclesiástica con el porvenir inmediato. Seglaridad. Felicitamos al doctor Paniker por la valiente enunciación de este principio. En España ha faltado, por desgracia, esta conciencia de seglaridad, de responsabilidad e iniciativa propia. Los seglares no han tenido conciencia de su radical eclesiasticismo. Ontonomía. También hay que consignar con alborozo este nuevo síndrome. Sobre todo, en España, donde tienden a adulterarse las esencias, donde las parcelas del saber son a veces invadidas por intereses ajenos a su entitativa constitución. Naturalmente (no sería necesario decirlo), este respeto a las leyes propias de cada ser no tiene punto alguno de contacto con la autonomía liberal.

Y, por último, señala el doctor Paniker como síndrome característico de nuestro tiempo una fuerte conciencia de renovación.

Cuando la mirada clara del doctor Paniker otea el futuro, sabe intuir con certeza lo que no puede darse por incompatibilidad esencial en cualquier régimen de cristiandad, cualesquiera sean sus posibles características. He ahí estos hechos: separación de la Iglesia y el Estado, capitalismo, nacionalismo y naturalismo.

Creemos plenamente certero tal diagnóstico. Pero éstos, por desgracia, son negativos enunciados. ¡Lástima que el doctor Paniker no haya descendido a la realidad, a una realidad más inmediata a nosotros! Por otra parte, tampoco era ésa su misión. Las soluciones temporales concretas han de ser tarea de seglares. Porque el problema está ahí, en hallar las fórmulas eficaces, concretas, que nos permitan la construcción de esa cristiandad soñada. La fórmula que él veladamente nos ofrece a través de todo el hilo de su disertación, con ser excelente, no es ciertamente la única. Y creemos que él pensará de idéntico modo.

J .M. G.

CULTURA INCOMUNICADA.—Es un hecho evidente el crecimiento cultural español. Hace algún tiempo decía Julián Marías, testigo independiente, que si antaño la ciencia española (por supuesto la ciencia, no la literatura y el arte) sólo existía en la mente de Menéndez Pelayo y en el título de una obra suya, hoy los libros españoles circulan en gruesos volúmenes por el mundo. En todos los campos, tal vez más rápidamente en el de las ciencias del espíritu, debido a que en ellas es más suelta y libre de material técnico la andadura, el esfuerzo español es evidente. No se trata, por supuesto, de una creación política reciente, sino de la madurez de un proceso de claros afanes que arranca del 98, y recibió de Ortega un formidable espolonazo. Pero sería injusto desconocer que en los presentes años no faltó el favor del Estado a tan nobles rutas.

Es evidente, por ejemplo, que hoy se hacen en España buenas revistas. No sólo en los centros especializados o en el área cultural más amplia, abarcadora de temas que interesan a todos, sino que sorprende, por ejemplo, a la vista de *Alcalá*, que una publicación de estudiantes, y desde luego para ellos, pueda tratar con rigor y soltura temas que hace unos años sólo estaban al alcance de muy minoritarios reductos. Ahí está el hecho extraordinario de que cursos tan importantes y difíciles como los de Zubiri se vean llenos de muy diverso público.

Y, sin embargo..., existe una incomunicación evidente entre esa riqueza cultural creciente y el gran conjunto del país. Las minorías se ensancharon, pero continúan sin penetrar en el ámbito nacional. La gente, claro está, la que puede y debe leer cosas de fondo, apenas si conoce siquiera la existencia de las revistas. ¿Se ha difundido, en la medida justa, el número de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS dedicado a Antonio Machado, que contenía tan gran número de trabajos inéditos suyos? No hace mucho tiempo he sabido que muchos alcaldes españoles desconocían la existencia del Instituto de Estudios Políticos cuando éste les ofreció publicaciones de carácter técnico. Hay Universidades que cuentan con profesores que son llamados por distintos centros extranjeros en razón de su prestigio en el campo de las ciencias humanas—la estricta especialidad es otra cosa—, sin que se dé el caso de que en las «tertulias» se interesen en modo alguno por escuchar sus impresiones vivas acerca de lo que pasa hoy, por ejemplo, en la renaciente Alemania. El grupo intelectual es mucho más amplio que antaño, pero las clases medias (y altas) del país viven al margen de la labor. La inquietud que señalaba Marañón, en las ter-

tulias de cualquier café provinciano de hace veinte años, por los hechos y temas culturales, es hoy menor que nunca. Tal vez exageremos la nota, precisamente porque deseamos que las cosas cambien. Pero los núcleos de acción intelectual, aun los de más notorio carácter difusivo, están frente al gran público en la misma situación que la Atenas de Racine: tras «los muros levantados por Minerva».

S. L.

COLABORAN:

SANCHEZ-CAMARGO
SALVADOR LISSARRAGUE
JOSE M.ª DE QUINTO
JOSE M.ª G.-STEFANI



HAGAMOS CRITICA TODOS

NUESTRO PROBLEMA DE CADA DIA

UN SERIO PROBLEMA PROFESIONAL

Más todavía: un serio problema social, porque el orden o desorden en la vida de las profesiones marca un pulso exacto, indicador de la tensión de una sociedad. Por ello el problema es serio, porque desborda unos cauces precisos y dice mucho más de lo que en sí representa a quien lo examina con profundidad.

El hecho es escuetamente el que sigue: las carreras liberales han perdido y cada día pierden más categoría ante la sociedad. Hoy el título de médico o de abogado dice muy poco en orden a un prestigio social. Es preciso opositar, no sólo para resolver el aspecto económico de la profesión, sino todavía más, para alcanzar un suficiente grado de prestigio. He aquí el triste fenómeno, que se complica en una segunda parte: las oposiciones. Parece ser que en otros tiempos, y en buen rigor de lógica, ellas significaron la elección definitiva en el modo de servir a la sociedad, completando y concretando a la licenciatura en tal puesto y lugar. Pues bien: esto fué, y creo que debe seguir siendo; pero esto ya no lo es, cada año lo es menos. El prestigio que antaño tuvieron los títulos universitarios, hoy se busca en las oposiciones ganadas. En ellas no sólo se ve eso tan triste, que bien merece un comentario aparte, el seguro de vida para poder estar tranquilo respecto a un porvenir ya suficientemente garantizado (el fetiche de la «cosa fija», polar hoy de la mayoría española), sino en ellas se ve, además, la adquisición de ese valor afamado, sin el cual dicen que apenas se puede hacer nada de ningún orden en la profesión. Es decir, que lo de menos en tantos casos es la oposición como una conquista de un servicio determinado; lo que suele importar es la oposición, como un título que, una vez adquirido, hace que ya se pueda dedicar el que lo adquirió a algo que, no siendo el trabajo correspondiente de la oposición, es lo típico que correspondía al título académico, hasta entonces inútil y sin valor.

Este abuso y desorden no es algo extemporáneo que alguna vez se ha dado entre nosotros; hoy, por desgracia, marca un rumbo al

que se apuntan una buena mayoría de nuestros mejores talentos juveniles. Y vemos al chico de valer, con su carrera de abogado y su título y su premio extraordinario incluso, que necesita ganar las oposiciones de letrado de Cortes, por ejemplo, para poder, quedando excedente, abrir un bufete, o ganar las de abogado del Estado para ser nombrado a dedo letrado de alguna empresa particular. O vemos también al catedrático que pide, recién ganada la cátedra, la excedencia, en la que siempre pensó, para dedicarse en Madrid a otros asuntos particulares que exigían el prestigio de la cátedra. Y esto mismo, poco más o menos, lo descubrimos en la carrera de medicina, en la de ciencias económicas, etc.

Resumiendo: la Universidad y todos sus títulos y premios no dan prestigio a la juventud; la sociedad ignora el valer de un muchacho que ha estado seis o siete años estudiando mientras no gane unas oposiciones, en cuya adquisición intervienen de ordinario tantos factores especiales, a más del propio esfuerzo, y algunos no siempre limpios. Y, al mismo tiempo, estas oposiciones no sirven para situarse, sino para prestigiarse, colocándose a menudo al margen de ellas. A tal aspecto de la vida profesional me atrevo a llamar desordenado, por lo menos, reservándome otros denominativos más expresivos. Y esto es lo que se admite como un hecho fatal que exige resignación y nada más. Son raros, rarísimos, los muchachos que se defienden en tales cauces e imposiciones sociales. Todos los días asistimos a sus consultas y preocupaciones. Y éste, como tantos otros síntomas, está diciendo a voces que lo que funciona mal entre nosotros es el mismo tejido de una sociedad que en el reparto y valoración de sus trabajos ha llegado a tales desbarajustes.

Será no sólo interesante, sino justo, añadir a la acusación el consejo de un remedio. Pero reconozco que no me sale, y creo prudente añadir que, previa a la declaración de los remedios, debe venir, para que la curación lo sea, la toma clara de conciencia de los males que los reclaman. Y esto es lo que nos urge hoy: la sinceridad en señalar los males, para tener la serenidad de ir pensando en las soluciones.

J. M.ª de Ll.

CRITICA DE LA CRITICA

*No se trata en el propósito de criticar la crítica de ponerle los puntos sobre las íes a nadie. Acéptesenos la buena voluntad, y la no menos buena fe, de señalar, seguramente con ingenua sorpresa las más de las veces, ciertos extremos de esa crítica, advertidos en ella por confusos, contradictorios o, a nuestro entender, equivocados. No pretendemos, al proceder así, magisterio alguno. No vamos a enseñarle nada a la crítica. Simplemente nos gustaría en el mejor sentido de la palabra—*comprometerla *un poco, ofreciéndole ese punto de referencia, tan necesario como infrecuente, que el testimonio de una lectura atenta, aunque enojosa, puede depararle. En cuanto al lector, lo que desearíamos, lejos de importunarle con sutilezas, es hacernos eco de los que imaginamos sus mismos disentimientos, perplejidades o protestas ante tanto comentario crítico en el que no encuentra aquél esclarecimiento, de una obra o tema determinados, que era lo que precisamente se creía con derecho a esperar. Es decir, que aquí, más que críticos, nos proponemos ser lectores de la crítica; pero lectores opinantes y que no se contentan con poco. En cuanto lectores, somos, pues, en primer lugar, público; y puesto que aquí al lado ha de ir otra sección en la que este último sea, a su vez, sometido a crítica, que nadie nos pregunte a nosotros, los de estas notas tan para pocos amigos: «Bueno, ¿y a ustedes quién les critica?» Porque la respuesta ya la tiene, anticipada, ahí, en esa otra sección, a la que no nos sorprendería—pues aceptamos el riesgo con la mejor buena fe—que fuésemos a parar en más de una ocasión.*

SI, PERO SIN OFENDER

*Gaya Nuño, en un artículo sobre «Lo esencial en la pintura hispanoamericana»—*Correo Literario, *núm. 47—, aludiendo a los artistas que participaron en la Primera Exposición Antológica Hispanoamericana, dice: «Esta manada de muchachos integrando nuestra Exposición suele ser llamada la joven escuela madrileña...» Esperamos que lo de* manada *lo haya dicho por mero afán, muy frecuente en el crítico, de dar en la palabra especiosa, y sin ánimo de ofender. Porque* manada, *salvo en anticuada acepción—que, de acogerse a ella, debe aclararse primero—, quiere decir, según el Diccionario de la Academia, una de estas dos cosas: «1.ª Hato o rebaño de ganado que está al cuidado de un pastor; 2.° Conjunto de ciertos animales de una misma especie que andan reunidos.» Sin duda que*

los jóvenes de la llamada escuela madrileña no se resignarán a aceptar ninguna de las dos.

CAMILO Y LOS PREMIOS LITERARIOS

¿Por qué esa irritación—o que lo parece—de Camilo José Cela contra los premios literarios? Le va bien a su estilo peculiar la adjetivación y el verbo «crudos», desaforados a veces, casi siempre rematando la frase o el párrafo con un desahogo entre la ironía y el humor negro. Se le lee mejor todavía; lo que no es poco en época literariamente tan fértil, es decir, como es de razón o de necesidad donde hay mucho, con tanta prosa y verso aburridos, impersonales, fatigosos. Pero esto no quita para que sus opiniones sean de cuidado muchas veces; de cuidado para uno—el que esto escribe—, quien suele sentir la necesidad de precaverse contra ellas, por cómo lo festivo y malhumorado, y más si es en buena prosa, seduce siempre. En lo que Cela dice de los premios se encierran injusticias que, sin duda, halagarán el escepticismo de los concursantes fracasados, o el otro, el general diluído en el ambiente—con participación tanto de los autores como de los lectores—, para el que siempre resultará más comprensible y explicable el desafuero que la honradez, el compadrazgo que la rectitud. Pero ¿es que se puede aceptar, alegre o tristemente, sin más en cualquier caso, eso que dice Cela de que «el laberinto de los premios lleva implícita como una maldición la más hórrida de las esterilidades, aquella que tiene no poco de prostitución, por cuanto que, por lucro, se deshonra y se envilece el talento, el empleo o la autoridad: el talento del escritor, el empleo del escritor, la autoridad de escritor»?

Dejemos a un lado el que Cela, a la par que escribía estas frases, actuaba como Jurado del premio instituído por una prestigiosa revista madrileña. Dejémoslo, aunque es mucho dejar, porque no se pueden, honradamente, delatar «prostituciones» y «envilecimientos» mientras no se renuncie a aportar el grano de arena propio a tan poco recomendables tareas. En fin, esto podría quedarse en anécdota personal, en mera contradicción biográfica, que no es lo que más importa. Sí, en cambio, conviene subrayar la injusta generalización que en el artículo de Cela—la «Columna de Camilo», del número 48 de Correo Literario*—se contiene. Como la miopía anticlerical que de la torpe conducta de un religioso deduce abusivamente la maldad de toda religión, Cela parece concluir—parece, porque expresamente no lo dice—que, puesto que existen premios discernidos arbitrariamente, todos los premios literarios son con-*

denables; o que, pues existen concursantes que prostituyen su vocación para el logro de tales premios, todo el que concurra a los mismos necesariamente ha de verse obligado, por sí o mediante celestinescos servicios, a prostituirse.

A nosotros nos parece que los premios literarios tienen verdadera razón, y hasta razones, de ser. Entre otras, la de que, quiérase o no, constituyen un estímulo para el escritor, el editor y el público; en suma, para la vida literaria, en todos sus aspectos, de una ciudad o de un país. Dada la centralización de esa vida literaria, particularmente entre nosotros, tales premios constituyen, por otra parte, casi la única posibilidad que a cualquier auténtico valor, que viva desvelada y oscuramente su vocación en provincias, se le ofrece para darse a conocer. A nadie que no estuviera prostituído ya puede prostituirle un premio. Y el que lo está, no se conducirá de otro modo en sus demás empresas—colaboraciones en la Prensa o en la Radio, búsqueda de editor, de empresario teatral, de conferencias, etc.— que en la de optar a cualquier premio que se convoque. ¿Es que, ya que afirma lo general, podría Cela sostener, como lógicamente debería hacerlo, que existe o ha existido envilecimiento en los casos particulares de autores premiados? Por ejemplo, para citar sólo algunos, de dentro y fuera de España: Eliot, Gabriela Mistral, Alberti, Dionisio Ridruejo, Sebastián Juan Arbó, Carmen Laforet, Buero Vallejo...



BIBLIOGRAFIA

LA TEORIA DEL LENGUAJE DE C. BÜHLER

Sobre la teoría del lenguaje de Karl Bühler publiqué en 1941 un modesto ensayo (1). El tema se torna hoy vivo y actual entre nosotros con la reciente aparición de la *Teoría del lenguaje,* del mismo autor, pulcramente vertida al castellano por Julián Marías (2). El traductor, conocedor bien autorizado del pensamiento filosófico contemporáneo, nos confirma con su trabajo en el interés que un día concedimos a la doctrina lingüística del un tiempo insigne maestro de la Universidad de Viena. Y, al mismo tiempo, la grata lectura de la versión de Marías nos incita a revisar juicios y reflexiones de antaño.

Como escribe con acierto Marías, «la *Teoría del lenguaje,* de K. Bühler, es tal vez el libro más rico, original y preciso que se ha escrito sobre el tema». El libro de Bühler es en verdad obra de prodigiosa exuberancia; fruto maduro de una larga y amorosa convivencia con su tema mismo: el lenguaje. Bühler, en efecto, ha laborado durante muchos años por descubrir la más recóndita esencia del lenguaje, por dar a esta misma su estructura esencial

(1) R. Ceñal: *La teoría del lenguaje de Carlos Bühler. Introducción a la moderna filosofía del lenguaje.* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1941, 304 págs.

(2) Karl Bühler: *Teoría del lenguaje.* Traducida por Julián Marías. Madrid, *Revista de Occidente,* 1950, 490 págs.

la más exacta y adecuada formulación científica (3). Todos esos esfuerzos culminan en su *Teoría del lenguaje: opus interruptum*, puesto que de él sólo ha aparecido un primer tomo, consagrado, como indica el subtítulo de la edición alemana, a la *Darstellungsfunktion*, función representativa del lenguaje; un segundo tomo (no publicado hasta ahora, según nuestras noticias) habría de tratar de *Der Ausdruck in Stimme und Sprache*, de la expresión en la voz y en el lenguaje. Al tema de este segundo tomo, Bühler satisface, al menos parcialmente, con su *Ausdruckstheorie, das System an der Geschichte aufgezeigt* (Jena, 1933), que Julián Marías también ha traducido con el título *Teoría de la expresión* (Madrid, 1951).

Conviene, ante todo, precisar el carácter de la obra de Bühler. La relevante significación del autor en el campo de la psicología experimental—Bühler fué un día uno de los más destacados promotores de la *Denkpsychologie*—, podría hacer pensar que su estudio del lenguaje es prevalentemente psicológico. Cierto es que a la elaboración de su teoría del lenguaje ha contribuído no poco esta decidida dedicación del autor a la psicología. Pero sería grave yerro reducir su estudio a un mero tratado de psicología del lenguaje. No es fácil ciertamente fijar los límites precisos de la psicología del lenguaje y con ello definir con exactitud el ámbito presuntamente mayor de la teoría que Bühler construye.

Heidegger ha recordado en estudio bien conocido aquel verso de Hölderlin: «Es de los bienes al hombre dados—la lengua sobre todos peligrosa» (4). La peligrosidad del lenguaje denunciada aquí por Hölderlin y su interpretación heideggeriana no hacen ahora a nuestro propósito; pero las palabras del poeta bien nos pueden servir de advertencia del peligro que el lenguaje mismo ofrece, cuando se trata de perfilar sus contornos como objeto definido de una determinada ciencia. La riquísima complejidad de aspectos y

---

(3) Entre los estudios de Bühler que más de cerca anticipan la *Teoría* que aquí presentamos, merecen recordarse los siguientes: *Kritische Musterung der neueren Theorien des Satzes* (Indogermanisches Jahrbuch 6, 1920, páginas 1 y sigs.), *Vom Wesen der Syntax* (en *Idealistische Neuphilologie*, Festschrift f. K. Vossler, Heidelberg, 1922), *Ueber den Begriff der sprachlicoen Darstellung* (en Festschrift f. J. v. Kries, Zeitschrift f. Psychologische Forschung, 3, 1923), *Die Symbolik der Sprache* (Kantstudien, 33, 1928, págs. 405-409), *Phonetik und Phonologie* (Travaux du Cercle Linguistique de Prague, 4, 1931, págs. 22-53), *Das Ganze der Sprachtheorie, ihr Aufbau und ihre Teile* (Bericht ü. d. XII Kongress der deutsch. Gesellschaft f. Psychologie, Hamburg, 1931, págs. 95-122), *Die Axiomatik der Sprachwissenschaften* (Kantstudien, 38, 1933, págs. 19-90).

(4) Cfr. M. Heidegger: *Erläuterungen zu Hölderlins Dichtung*, Frankfurt a. M., 1951, págs. 31 y sigs.

sentidos que brinda esta realidad que es el lenguaje humano hacen de él un poco *campo de Agramante*, tierra irredenta que muchos saberes se disputan...: la filosofía, la psicología, la lingüística, la filología.

La solución de esta contienda exige una rigurosa precisión de los términos. Bühler mismo nos ofrece para ello un criterio seguro con su distinción tetrapartita de los fenómenos lingüísticos: *Sprechhandlung* (acción verbal) *Sprechakt* (acto verbal), *Sprachwerk* (producto lingüístico) y *Sprachgebilde* (forma lingüística). Acción y acto verbales se podrían colocar bajo la rúbrica más general de lenguaje como *habla*, esto es, como potencia o facultad (*energeia*, diría Humboldt) del hombre para comunicar con signos articulados representativos su propia interioridad, conceptos, sentimientos, voliciones. Productos y formas lingüísticas podrían a su vez colocarse bajo la rúbrica más general de *lengua* como realidad objetiva (el *ergon* de Humboldt), esto es, el conjunto de signos y sus consiguientes articulaciones sintácticas con existencia propia, que forman las diversas lenguas históricas o actuales habidas en el consorcio humano. La división de Bühler nos permite ya una segura atribución de algunos de sus términos: el lenguaje como *habla*, esto es, como realización de una actividad psicofísica, con toda la esfera de procesos actuales que el hablar mismo implica y produce en el que habla y en el que oye, es el objeto de la psicología del lenguaje; las formas lingüísticas, la realidad concreta en que aparecen, las lenguas diversas, con todo lo que a esta misma vida objetiva de las lenguas pertenece, son el objeto propio de la lingüística; los productos lingüísticos, la realidad hecha de esas mismas formas lingüísticas en su individualidad concreta, esto es, los *dichos* (y escritos) de los hombres, son el objeto de la filología.

Pero la división de Bühler, como es fácil advertir, no destruye la unidad superior del lenguaje mismo; distingue en él ciertamente diversos estratos de su realidad empírica, fenoménica: el habla, las formas, los productos lingüísticos; pero con esto mismo nos remite a un orden esencial, al lenguaje mismo como propiedad específica del hombre, a la realidad ontológica unitaria, de la que dimanan los actos, las formas y los productos antes aludidos. Y esta realidad ontológica unitaria en su ser mismo es lo que constituye el objeto primario y propio de la teoría del lenguaje de Bühler. Cierto es que esa realidad no puede ser descubierta sino a través de las concreciones fenoménicas citadas: actos, formas, productos; por esto la teoría del lenguaje se reconoce tributaria de la psico-

logía, de la lingüística y de la filología. Pero la teoría busca, más allá de esas realidades empíricas, las estructuras esenciales del ser que es su objeto: el lenguaje humano mismo en toda su universalidad considerado. Y si es, con palabra de Kainz, *ontocéntrica* la teoría de Bühler, nos parece que bien puede denominarse sencillamente y sin equívoco *filosofía del lenguaje*.

Bühler, sin embargo, define su teoría del lenguaje como «la simple cima de la labor empírica de los lingüistas»; y esto para contradistinguirla, por una parte, «de la filosofía, de la cual la teoría del lenguaje se defiende siempre que amenaza el peligro de un epistemologismo, y, por otra, de la psicología, a la cual la misma teoría debe exigir siempre también el respeto de su independencia». Con estas palabras, Bühler parece reducir el campo de la filosofía del lenguaje a la problemática epistemológica que él mismo plantea. Esto, a nuestro juicio, sería estrechar arbitrariamente los límites de esa filosofía. La consideración ontológica del lenguaje, la investigación de su estructura esencial y de la radicación de esta misma esencia en el ser del hombre podrán, sin duda, contribuir a una decisión perentoria de los problemas epistemológicos; es evidente que esa ontología podrá ser realista o idealista y con ello paralelamente decidir en uno u otro sentido el valor de la verdad que el lenguaje en sus actos y formas puede significar. Pero esto no obliga de ninguna manera a reducir la ontología del lenguaje al examen de estos sus posibles contenidos de verdad o de error, y menos a reducir el ámbito mucho más general de la filosofía del lenguaje al estudio puramente epistemológico del mismo. Por otra parte, Bühler mismo no puede desentenderse de esta problemática epistemológica del lenguaje; sobre esto diremos más adelante una palabra. Todo lo dicho valga para justificar nuestra presentación de la teoría de Bühler como filosofía del lenguaje.

En la rica y varia temática de la teoría de Bühler muchos son, sin duda, los puntos dignos de atención y comentario; voy a fijarme tan sólo en uno, especialmente revelador del carácter *ontocéntrico* de su estudio. Me refiero a su tesis de la triple función del lenguaje. En ella también fijábamos preferentemente la atención en aquel ensayo al principio citado. La obra magistral de Fr. Kainz, *Psychologie der Sprache*, I Bd., *Grundlagen der allgemeinen Sprachpsychologie* (Stuttgart, 1941), nos confirma una vez más en la importancia y valor de la tesis de Bühler; también corrobora Kainz los puntos esenciales de nuestra crítica.

Bühler distingue en el lenguaje como *organon*, como instrumen-

to al servicio de la vida del hombre, tres funciones primarias: *Darstellung, Ausdruck, Appell* (representación, expresión y apelación o llamada). Las tres funciones dimanan de la naturaleza esencial de signo, *die Zeichennatur*, propia del lenguaje humano. De la tesis de Bühler podrán, sin duda, encontrarse antecedentes antiguos y modernos; esto en nada merma los méritos del autor: la tesis de la triple función del lenguaje ha obtenido con él una fundamentación experimental y sistemática de vigor y claridad no logradas anteriormente.

La tesis empero no ha sido universalmente aceptada. Entre otros críticos, Hellmuth Dempe ha sido particularmente enérgico en el ataque de la posición de Bühler (5). Dempe rechaza que se pueda hablar de una triple función del lenguaje, si entre sus funciones, como lo hace Bühler, se enumera la *Darstellung*, la representación, porque este valor de representación conceptual compete esencialmente a todo signo lingüístico y por lo mismo trasciende a todo otro posible valor funcional que la palabra cumpla, y así más bien, según Dempe, se ha de decir que la función primaria y esencial del lenguaje no es triple, sino única, la *Darstellungsfunktion*.

En nuestra crítica de la teoría de Bühler examinamos las partes de razón y sinrazón que esta réplica de Dempe contiene. Notábamos allí que la tesis del triple funcionalismo del lenguaje, que Bühler propugna, está, sobre todo, inspirada por el sentido *total* que el lenguaje posee en la vida del hombre. Y es para Bühler evidente que ese sentido total no permite reducir el lenguaje a un mero instrumento de representación conceptual. La palabra, no menos que signo arbitrario de un concepto o de su correlativa realidad objetiva, es también y tan primariamente *expresión* de una subjetividad, y *llamamiento* a la intercomunicación, vínculo social en orden a producir una determinada reacción en un oyente. Bühler sostiene la necesaria distinción de estas tres funciones en el comercio lingüístico, y con ello la posible y diacrítica prevalencia de una de ellas sobre las otras en el uso actual de la palabra; es decir, representación, expresión y apelación, como funciones igualmente primarias del signo lingüístico, son tres dimensiones perfectamente diferenciadas entre sí, irreducibles por ende a unidad.

A la teoría de las tres funciones opone Dempe, como queda dicho, la fórmula unitaria del carácter primario y esencial de la *Darstellungsfunktion*, la función representativa. Dempe no se con-

(5) Crf. H. Dempe: *Was ist Sprache? Eine sprachphilosophische Untersuchung im Anschluss an die Sprachtheorie Karl Bühlers*, Weimar, 1930.

tenta con afirmar la prevalencia de esta función sobre las otras dos funciones del lenguaje, sino que propugna que sea considerada la función representativa como la única dimensión funcional primaria de todo producto lingüístico; las otras dos funciones del tríptico de Bühler, en tanto, podrán ser consideradas momentos propios del funcionalismo lingüístico, en cuanto que de alguna manera se subordinan a aquella función única primaria, y por lo mismo, en cuanto que las tendencias propias de estas funciones se resuelven en la tendencia específica de la *Darstellungsfunktion*.

La crítica de Dempe sería válida si, como nota Kainz, Bühler quisiera definir con su tesis funcional la esencia misma del lenguaje. Porque parece indiscutible que la esencia del lenguaje humano ha de ponerse en su naturaleza de signo representativo de un contenido conceptual. Y en este sentido el valor de representación es trascendente a toda actividad y forma específicamente lingüísticas. En este plano de la consideración esencial es justa también la crítica que hace Dempe del fundamento establecido por Bühler de la distinción entre la representación y la expresión verbal. Bühler sostiene que el valor de significación de la expresión verbal es el nexo *causal* entre el signo, la palabra, y lo significado, estado de ánimo, subjetividad del que habla, mientras que en la representación la significación se funda en la relación de coordinación ideal entre ambos términos. Dempe arguye con razón que ese nexo causal no basta para hacer de la expresión un producto lingüístico específicamente humano; la expresión lingüística no es un mero síntoma, un mero reflejo de una disposición subjetiva: sin una relación de significación, de coordinación ideal con lo expresado, la expresión verbal no puede ser considerada como realidad lingüística humana en sentido esencial. Lo mismo puede decirse de la función *Appell*, de la intención del signo lingüístico en orden a producir una determinada reacción en el oyente: sin un valor de significación de esa misma intención, sin la coordinación ideal o representativa del mismo signo respecto de la reacción intentada, no cabe hablar de llamada esencialmente lingüística.

Esta crítica, en el mismo plano de la consideración esencial, podría extenderse también a la distinción excesivamente tajante que Bühler establece entre el *Zeigfeld*, campo demostrativo, y el *Symbolfeld*, campo simbólico del lenguaje. Tal distinción, con el rigor con que Bühler la formula, puede hacer pensar que los signos demostrativos operan en el lenguaje sin contenido simbólico, nominativo; de los demostrativos, Bühler afirma: *demonstrare necesse*

est; stare pro nominibus non est necesse; si de la esencia de esos mismos signos hablamos, la proposición de Bühler sólo puede ser aceptada con esta distinción: *stare pro nominibus non est necesse, categorematice: concedo; saltem syncategorematice, nego;* pues los demostrativos, al menos referencialmente, tienen siempre que decir un contenido nominal y simbólico; sólo con este valor de significación y representación puede salvarse en ellos la esencia del lenguaje humano.

Pero la tesis de la triple función es invulnerable a la crítica de Dempe si se la mantiene no en el plano de la consideración de la esencia, que es en el que Dempe se coloca, sino en el plano suyo propio, el de la consideración funcional, que es en el que Bühler establece su tesis. Bühler mismo presupone este doble orden de consideración, esencial y funcional, al sostener, por una parte, la *Zeichennatur*, la naturaleza de signo esencial a todo fenómeno lingüístico y al formular, después, la tesis de la triple función. Tal vez, como nota Kainz, Bühler no ha distinguido con la deseada nitidez estos dos órdenes de consideración, de la esencia y de las funciones, ni ha articulado con la debida coherencia esencia y funciones del lenguaje. Pero estos defectos no autorizan a desestimar la teoría funcional que Bühler ha elaborado. Kainz rechaza la posición adversa de Dempe, que pretende reducir toda la realidad del lenguaje a la pura función de representación conceptual. Esto, en el orden funcional, es inadmisible. Kainz nos confirma en lo ya escrito en nuestro ensayo: en toda forma lingüística se da un contenido de representación conceptual y objetiva; pero esto no anula de ninguna manera la posibilidad de una pluralidad de funciones específicamente diversas.

La tesis de Bühler, como dijimos, tiene ilustres antecedentes históricos. Valga por todos este elocuente pasaje del Doctor Angélico: «Dicere tripliciter se habet ad id quod dicitur: uno modo per modum enuntiationis, sicut aliquid exprimitur modo indicativo...; alio modo dicere se habet ad id quod dicitur, per modum causae: et hoc quidem primo competit Deo, qui omnia suo verbo facit...; consequenter autem competit hominibus, qui verbo suo alios movent per imperium ad aliquid faciendum: et ad hoc sunt instituta verba imperativi modi; tertio modo ipsum dicere se habet ad id quod dicitur, quasi expressio quaedam affectus desiderantis id, quod verbo exprimitur; et ad hoc sunt instituta verba optativi modi...» (6).

(6) *Summa Theol.*, 2, 2, 76, 1, c.

Kainz acepta la fórmula de Bühler, aunque, para evitar toda confusión entre lo esencial y lo funcional, prefiere reservar el término *Darstellung* para definir la esencia representativa de todo signo lingüístico y sustituirlo en el tríptico funcional por los términos *Bericht* o *Information* (7). Por su parte, Kainz enriquece el análisis funcional con la doble consideración del lenguaje en el orden dialógico y monológico. Reconoce que Bühler es consecuente con el carácter preeminentemente ontocéntrico de su teoría al restringir su análisis al funcionalismo dialógico de la palabra humana; pero la psicología del lenguaje, que es la que Kainz elabora, no puede prescindir de las funciones monológicas del mismo, funciones éstas no menos primarias en el plano de la actividad psicofísica.

La observación de Kainz, sobre el carácter dialógico de la teoría de Bühler, nos lleva a hacer un postrer comentario. Bühler, como decíamos anteriormente, quiere defender su teoría de toda contaminación epistemológica. Sin embargo, como también antes notábamos, él mismo, como teórico del lenguaje, se ve obligado a adoptar posiciones que denuncian una inexcusable actitud epistemológica. Tal es, en efecto, su actitud ante Husserl. Del fundador de la fenomenología, Bühler se reconoce deudor en puntos fundamentales: la doctrina del acto, que Husserl desarrolla en sus *Investigaciones Lógicas*, es aprovechada por nuestro autor como un óptimo fundamento para explicar en toda su pureza la intención significativa de los actos verbales. Pero Bühler no acepta el cerrado subjetivismo de las *Investigaciones:* el pleno sentido de la intención significativa de la palabra no puede revelarlo la doctrina husserliana del acto, esto es, desde el sujeto como único punto de partida. «El modelo husserliano del lenguaje—escribe Bühler—contiene únicamente los elementos de relación, que pueden explicar lógicamente el decir de un ente monádico, el monólogo de un Diógenes en el tonel, ocupado en las más elevadas abstracciones» (8). Bühler no puede admitir esta explicación estrechamente monológica del lenguaje que Husserl ofrece en sus *Investigaciones Lógicas*. La teoría del lenguaje debe explicar, ante todo, lo que es más esencial y primario, y esto es cuanto la palabra misma significa de un mundo real y en el seno de una pluralidad de sujetos. Ahora bien: un mundo de significaciones reales y objetivas y el diálogo, la intersubjetividad asimismo real—momentos ambos esenciales del lengua-

(7) *Op. cit.*, pág. 71.
(8) *Teoría*, pág. 22.

je humano—, mal pueden fundarse en una fenomenología del acto al modo husserliano.

Bühler, empero, piensa que el monadismo necesariamente monológico de las *Investigaciones* puede ser eficazmente superado con la *Quinta Meditación Cartesiana*, del mismo Husserl. Aquí, en efecto, Husserl pretende abrir las ventanas del yo trascendental, eliminar el solipsismo a que parece estar irremediablemente condenado ese mismo yo, el «solus ipse» de la *epoche* fenomenológica. Bühler escribe, esperanzado: «Las recientes *Meditations Cartésiennes* han destruído, especialmente en la *Quinta Meditación*, el error de que por la reducción a la *cogitatio* se eliminara de la intuición del modelo [funcional del lenguaje] el *cogitatum* y el tú (un *alter ego* como receptor de los signos lingüísticos). No; son dados, por decirlo así, en admirables cursos de pensamiento; se constituyen, de un modo lógicamente irreprochable, dentro del espacio monádico, sin ventanas, de las significaciones referidas al sujeto» (9).

A nuestro juicio, en ese plano de la reducción fenomenológica en que Husserl opera, es muy problemática, por no decir imposible, toda derivación del *alter ego* a partir de la pura intuición del yo propio. La pura fenomenología no puede explicar la posibilidad del lenguaje, su esencial y primario funcionalismo dialógico, porque esto exige fundamentalmente algo que la fenomenología no se atreve a afirmar, esto es, la doble realidad extralingüística del oyente y del objeto mismo de la comunicación verbal. Fundamentar este doble orden de verdad, descubrir y justificar su radicación ontológica, no está al alcance de la fenomenología pura. Y es, repetimos, indiscutible que sin ese doble orden de verdad, de las cosas y de los otros, ninguna palabra hubiera brotado de labios humanos. Porque de la conciencia de esa verdad, por decirlo así, nace el lenguaje, florece en los labios la palabra. Valga también aquí un dicho exacto del Doctor Angélico: «Ex quo [homo] habet aliquid pro certo, quasi examinatum, cogitat quomodo possit illud aliis manifestare: et haec est dispositio interioris sermonis, ex qua procedit exterior locutio» (10).

Heidegger ha escrito que «el lenguaje es la casa del ser» (11). Bühler, con su *Teoría*, ha puesto bien en claro que la casa es grande y ancha, verdadero palacio del ser, pues en ella morada tienen dos mundos inmensos, el de las cosas y el de las almas.

RAMON CEÑAL, S. J.

(9) *Ibid.*, pág. 82.
(10) *Summa Theol.*, 1, 79, 10, ad. 3.
(11) Cfr. Heidegger: *Brief über den Humanismus* (editada con *Platons Lehre von der Wahrheit*, Bern., 1947), pág. 53.

SOLEDAD DE MEXICO, SOLEDAD DE HISPANOAMERICA

Junto a Samuel Ramos y su libro *Perfil del hombre y la cultura en México* (segunda edición, 1938), ya clásico, y a los trabajos de Emilio Uranga, sobre la ontología del mexicano, viene a situarse Octavio Paz (1) con su reciente libro. *El laberinto de la soledad* es el testimonio de un poeta, advertencia que él mismo se apresura a hacer para evitar que se dé a sus palabras mayor alcance del que en realidad pueden tener. Octavio Paz ha puesto en poema la vértebra de la historia mexicana. Y, la verdad, nadie como un poeta para desentrañar, recrear e iluminar la complicada urdimbre de la realidad. Las observaciones de Paz, aunque concretamente hechas sobre México, tienen, no obstante las limitaciones que el autor quiere imponerles, un alcance mucho más amplio. México puede ser considerado—sin ditirambo ni exageración—como el arquetipo de Hispanoamérica. Y para no ir más allá: los tipos humanos que se describen en la primera parte del libro tienen analogía con otros existente en los demás países de América. El *pachugo*, verbigracia, desarraigado e insuficientemente afincado en otro medio, podría hallar su correspondiente en el *glaxo* bogotano, ausente de la realidad social en que está inserto y de aquella otra que vive en su nostalgia: los Estados Unidos. También la máscara y el hermetismo del hombre mexicano como instrumentos defensivos, el desahogo de este encerramiento mediante las fiestas, o la fiesta por antonomasia una vez al año, el *malinchismo* y las palabras-claves ambiguas y multívocas del hablar cotidiano popular, características que observa Paz, matizadas según un grado mayor o menor, pueden aplicarse como criterio general a los hombres de los demás países de Hispanoamérica.

La riqueza de apuntamientos y agudas observaciones sirve de armadura para desarrollar y montar la idea central: nuestra existencia se nos ha revelado como un sabernos solos. «Entre el mundo y nosotros se abre una impalpable, transparente muralla: la de nuestra conciencia.» Para México esta soledad vino con la revolución. Octavio Paz la mira como un hecho irrefutable de la vida mexicana. Sus consecuencias en el orden político y social, y el juicio que estas consecuencias merezcan, interesan al político y al sociólogo. Paz es el poeta que se percata de su existencia y de su tránsito, que no pueden desconocerse impunemente. Y este sabernos solos que nos admira, que nos pasma, es el origen de la reflexión sobre nosotros mismos. Las respuestas a las preguntas que en situaciones como ésta damos, pueden ser desmentidas por la historia. Sin embargo, la pregunta no puede eludirse y la respuesta es obligada. Al darla, Octavio Paz ha descubierto en desnudez y desamparo, el «laberinto de la soledad». Reconocer esta situación, empero, es comenzar a superarla. Tal superación es lo que Paz llama la «dialéctica de la soledad». Consiste en arrancar las máscaras, romper el hermetismo y enfrentarse a sí mismo, a nosotros mismos. Sólo así se empieza a sentir, a vivir y a pensar de verdad. Sólo así, concluye, podremos ser «por primera vez en nuestra historia contemporáneos de todos los hombres».

R. G. G.

---

(1) Octavio Paz: *El laberinto de la soledad*. Ediciones Cuadernos Americanos, núm. 16. México, 1950.

DERECHO CONSTITUCIONAL PERUANO (1)

El Perú es, sin duda, uno de los países de más movido desarrollo constitucional, aun dentro de Hispanoamérica (2). El autor que estudiamos señala con razón la paradoja de la Constitución llamada vitalicia (porque la Presidencia tenía este carácter, perpetuando el cesarismo bolivariano) y que sólo rigió del 9 de diciembre de 1826 al 27 de enero de 1827: «Por ironía del Destino, la Constitución Vitalicia, cuyo título parecía asegurarle una vida eterna, fué de todas las peruanas la que, con sus siete semanas de vigencia, tuvo la más corta duración y la muerte más temprana. Reflejando ese desacuerdo entre la teoría y la práctica constitucional, tan ostensible en los comienzos de nuestra República» (3). A juicio del autor, «República agitada y voluble, hemos vivido haciendo y deshaciendo Constituciones». La razón es múltiple, a su juicio: «...falta de una clase dirigente apta y cohesionada; ausencia de hábitos de gobierno; carencia de organismos intermedios entre el Estado y la Nación; escaso espíritu cívico» (4). En una palabra, «la República fué una creación política», no una realidad social.

Ello hace que un tratado de Derecho constitucional peruano tenga que ser muy especialmente historia constitucional (5). El autor dedica a esta introducción histórica las primeras 136 páginas, analizando las más importantes Constituciones que alcanzaron efectiva vigencia en el Perú (1823, 1826, 1828, 1834, 1839, 1856, 1860, 1867, 1879, 1920 y 1933), así como el famoso proyecto de don Bartolomé Herrera, que, como ya señaló Belaúnde, se adelantó notablemente a su tiempo en su concepción corporativa y autoritaria.

---

(1) José Pareja Paz-Soldán: *Derecho constitucional peruano*, 428 págs. en 4.º Lima, 1951.

(2) En poco más de un siglo han regido dieciséis Constituciones: Reglamento de Haura (1821); Estatuto provisional de San Martín (1821); Bases constitucionales de 1822; Constitución de 1823; Constitución «vitalicia» bolivariana (1826); Constituciones de 1828 y 1834; Pacto federal de Tacna (1837); Constitución de 1839; Estatuto provisorio (1855-56); Constituciones de 1856, 60 y 67; Estatuto provisorio (1880); Constituciones de 1920 y 1933 (esta última, que es la vigente, ha sufrido modificaciones en 1936, 1940 y 1946).

Una parte tan directamente ligada a la Constitución como es la legislación electoral, ha sido objeto de leyes o reglamentos en 1822, 1824, 1828, 1834, 1839, 1849, 1851, 1855, 1857, 1861, 1862, 1892, 1896, 1912, 1915, 1924, 1931, 1933, 1936, 1939 y 1945.

(3) Pareja, obra estudiada.

(4) Página 6.

(5) El autor publicó, en 1939, unos *Comentarios a la Constitución nacional*, que amplió, en 1943, con una *Historia de las Constituciones nacionales*. Ambas obras aparecen refundidas en el actual tratado. La obra actual puede considerarse la más completa en su género, unida a la de Olivo (1922) y Alzamora (1942).

La segunda parte de la obra es un análisis y comentario a la Constitución vigente, de 1933. El estudio está bien sistematizado en torno a las grandes instituciones: la Presidencia, los ministros, el Poder legislativo (6), el sistema judicial (7), el régimen administrativo, las municipalidades, las fuerzas armadas, las comunidades de indígenas, el problema del federalismo y la descentralización, las relaciones entre la Iglesia y el Estado, la educación nacional, las garantías sociales y nacionales, los derechos y las garantías individuales, lare forma constitucional, etc. (8).

El autor mantiene en todos los casos un criterio inteligente y ponderado. Considera el presidencialismo la forma normal de gobierno en los países hispanoamericanos, si bien rechazando los excesos dictatoriales y deseando una institucionalización de la figura. Aquellas palabras que se pronunciaron en la Constitución peruana de 1855-56: «...el Presidente no es más que gurrapié del Congreso, que, así como Alá es Alá y Mahoma su profeta, la Nación es la soberana y el Congreso su profeta», las considera el símbolo del error radical, pero sin estimar por ello mejor la tesis del cesarismo democrático de Arcayo y Vallenilla. Ve problemáticos los ensayos de semiparlamentarismo, y lo mismo los de descentralización, no digamos de federalismo.

El libro se cierra con el texto constitucional, debidamente concordado (pág. 392), y una buena bibliografía (pág. 416).

M. F. I.

---

(6) El autor lamenta que «el Senado funcional», previsto por el artículo 89 de la Constitución, cuya fecha de inauguración se previó para 1939, luego se aplazó a 1945 y hoy está demorado *sine die*, no haya pasado al aterreno de la experiencia.

(7) Se glosa con acierto la polémica habida en 1915 entre los ilustres constitucionalistas Mariano H. Cornejo y Manuel V. Villarán sobre el sufragio. Sostenía el primero que el juicio por Jurados es una exigencia de la democracia; sostenía el segundo que es una institución de funcionamiento imposible en una sociedad primitiva en grandes sectores, que están organizados caciquilmente. «Las decisiones del Jurado serían, en teoría, según su conciencia; en la práctica, según sus odios.»

(8) Al estudiar las instituciones peruanas en materia de nacionalidad, se analiza el artículo 5.°, párrafo 2.° de la Constitución (promulgada dos años después de la española de 1931), en el que se establece: «No pierden su nacionalidad de origen los nacidos en el territorio español que se nacionalicen peruanos, previos los trámites y requisitos que fije la ley, de conformidad con lo que establezca el tratado que sobre la base de reciprocidad se celebre con la República española.» Esta disposición sigue vigente, aunque por Resolución Suprema de 9 de junio de 1937, en un expediente seguido por un sacerdote español que deseaba beneficiarse de esta doble nacionalidad hispánica, se ha decidido que, no habiéndose celebrado el tratado en cuestión, *no puede funcionar* lo establecido en dicha disposición constitucional. He aquí un tema que sigue abierto y un problema que nos debía incitar a una pronta resolución del mismo.

ESPAÑA ANTE LA NUEVA CRISIS DE LA CONCIENCIA OCCIDENTAL (1)

Digamos, antes de empezar, que el libro que nos ocupa, presentado como de «interés único para nuestro tiempo» por el R. P. Joseph Husslein, director general de las Series de Ciencia y Cultura (dentro de cuya prestigiosa colección católica norteamericana ha aparecido), es realmente un libro importante. A nuestro juicio, el más considerable de cuantos han aparecido en la tremenda polémica que envuelve a nuestra patria desde 1936, y uno de los más serios intentos que en todo tiempo se han hecho desde el extranjero por comprender a España y el valor de lo hispánico en el mundo.

El autor dispone de una larga preparación. Es católico militante; ha pasado gran parte de su vida trabajando en Puerto Rico (2); ha recorrido varios países de Hispanoamérica (habiendo publicado el más logrado ensayo de conjunto sobre el catolicismo hispanoamericano); ha venido con frecuencia a España; ha establecido contactos directos con personas e instituciones; ha manejado una bibliografía realmente impresionante (págs. 509-534). Hay, pues, comprensión y elementos de juicio (3).

El libro empieza con un análisis del «temperamento hispánico». La interpretación arranca de un texto de Ganivet, para llegar a esta síntesis propia: rechazo de la «moderna manía» de mecanizarlo todo, profundo sentimiento de la religión, alto grado de capacidad emocional. A esto une el individualismo, la tendencia al misticismo, la repugnancia natural al compromiso, un alto sentido de la autoridad, compatible con un cierto menosprecio de la administración establecida; una inclinación, en fin, a mantener una escala absoluta de valores, templada por un sentido de la personalidad y de la ecuanimidad, que hace «a cualquier cosa que se parezca al verdadero totalitarismo ser imposible en la Península Ibérica» (página 15).

Los capítulos II y III son una síntesis, bastante lograda, de la Historia de España hasta 1931. A continuación se pasa a sistema-

---

(1) Richard Pattee: *This is Spain*, Milwankee, 1951. *The Bruce Publishing Co.*, XII + 542 en 4.º.

(2) Richard Pattee, oriundo de Arizona, estudió en EE. UU. y en Lovaina. Ha sido profesor de Historia en la Universidad de Puerto Rico durante once años. Asesoró al Departamento de Estado durante otros dos. Actualmente reside en Quèbec, Avenue Daudier, 279 (Canadá).

(3) De cuando en cuando, un ligero lapsus en las sutilezas del idioma, sobre todo. Así, cuando al hablar del «mono», con que los milicianos sustituyeron el uniforme, lo define como *a sort of overseas cap* (pág. 255).

tizar los grandes problemas nacionales en vísperas de la crisis del 36: la Religión y la Iglesia (cap. IV) (4), la cuestión social (capítulo V) (5), el problema de los regionalismos separatistas (capítulo VI). Sobre esta base se hace la historia de la segunda República, como «un descenso a la anarquía» (cap. VII) y un desbordamiento del infierno (cap. VIII) (6), para llegar al 18 de julio y el Movimiento (cap. IX). Pattee demuestra la falsedad de considerar como una intriga militar lo que fué un auténtico alzamiento nacional. En efecto, en zona nacional no hubo revueltas ni apenas fuerzas de retaguardia; las grandes ciudades se perdieron por errores tácticos, no por falta de simpatizantes (así en Madrid, Barcelona, Valencia); la misma votación del 36 demuestra que las derechas tenían mayoría; el número de pasados de zona roja a nacional fué siempre extraordinario (págs. 192-193). El autor se enfrenta de modo especial contra las críticas de Maritain y otros católicos (sobre todo franceses) (7). Su opinión es terminante: en 1936 no había salida para librarse de la implantación del totalitarismo comunista que no fuese lo que se hizo, es decir, tomar las armas (pág. 194). Esto cierra, evidentemente, la cuestión.

Los capítulos X y XI hacen una crónica de la guerra civil en sus aspectos de acciones militares, intervención extranjera y las retaguardias. La información es abundante y la interpretación correcta. En conjunto, refleja la tremenda realidad de aquellos años.

El capítulo XII estudia la aparición del nuevo régimen y su

---

(4) A juicio de Pattee, lo esencial es que el catolicismo español «ha conservado tenazmente los elementos esenciales de la fe» (págs. 76-77), y que, si bien ciertos núcleos de masas proletarias se han visto, en los pasados años, impulsados hacia el «secularismo y el extremismo», en cambio «la España real—los campesinos de Navarra, las Provincias Vascas, Castilla, Extremadura, Cataluña, Levante y Andalucía—ha conservado su herencia con pequeños cambios» (In.).

En definitiva, sus tesis son: *a*) La Iglesia católica fué expropiada y reducida a la pobreza por la desamortización. *b*) Ya desde antes de la segunda República hay una larga historia de anticlericalismo en los Gobiernos. *c*) Por tanto, la Iglesia española, más que provocar la historia reciente, ha sido su víctima. *d*) A pesar de estas adversidades y persecuciones, la Iglesia española «se las ha arreglado para realizar notables éxitos en los órdenes espiritual, intelectual y moral» (págs. 72 y 73). En conjunto, no cabe sino considerarla «una de las más ilustres ramas de la Iglesia universal» (pág. 87).

(5) El análisis de este capítulo es objetivo e inteligente. La síntesis del mismo puede verse en este pasaje del final del libro: «La mejor introducción a la compleja situación social y económica de la España contemporánea es la afirmación de una tesis que, en el caso del autor, es una convicción profunda: que el problema español, como suele llamársele, es no sólo político, sino muy concretamente económico» (pág. 314).

(6) Un interesantísimo apéndice (págs. 497-507) demuestra de modo irrefutable el avance del comunismo en los años anteriores a la guerra, gracias a la atmósfera creada por la República izquierdista.

(7) Véase esta importante cuestión en las páginas 193 y sigs.

consolidación en la victoria. Se describen sus leyes fundamentales y las instituciones más importantes.

El capítulo XIII se refiere a la Falange. El autor se dirige a un público de muy diversa mentalidad, y realiza un considerable esfuerzo para presentarle esa «gran lápida para el entendimiento de la España contemporánea», que es la visión equivocada de nuestro Movimiento. De hecho, su síntesis de que España no es un Estado totalitario resulta bien probada. (Véase, sobre todo, las páginas 317-318.)

El resto del libro se ocupa de los problemas económicos y sociales de la España contemporánea (cap. XIV); de la actual situación de la Iglesia (cap. XV); del difícil tema de las minorías religiosas (cap. XVI) (8). Un capítulo excepcional es el dedicado a la «cultura hispánica» (cap. XVII) y su actual renacimiento.

Los últimos capítulos analizan la situación internacional de España: en relación con la segunda guerra mundial (cap. XVIII) y con la posguerra (cap. XX). Pattee encuentra probado el comportamiento correcto de España en la pasada contienda, y expone lo absurdo del «caso español», la *cause célèbre* de los años que precedieron al chispazo de Corea, trazando una brillante síntesis de los hechos que llevan a la resolución rectificadora de la O. N. U. en 1950, que es «meramente el reconocimiento formal de que la totalidad de la absurda política de cortarse la nariz para mostrar resentimiento había sido un completo fracaso» (pág. 478).

El capítulo final es un brillante resumen de conjunto. El autor excita, en particular a los EE. UU., a reparar sus errores: en primer lugar, compensando el mal causado a un país lleno de dificultades económicas, que la desatentada política de bloqueo agrava (página 480); en segundo lugar, a tener en cuenta que España en el mundo pesa también. Aquí Pattee es terminante, y propone la

---

(8) El autor empieza por reconocer que este capítulo tiene escaso interés para el lector español. «El protestantismo es tan ajeno a España como el budismo o el Islam a Inglaterra o los EE. UU.» (pág. 372). Pattee encuentra injusta la actitud de incomprensión de sus paisanos hacia el concepto español de unidad religiosa. A su juicio, aunque se probara que el protestante fuese un «ciudadano de segunda clase», su situación no sería peor que la del negro en EE. UU., ni tiene mayores probabilidades allí un católico de llegar a jefe del Estado, como se vió en la elección de 1928 (pág. 375). A su juicio, las garantías del Fuero de los Españoles son más que suficientes, y el haber ido más allá de lo tolerado en esta ley (que recoge una larga tradición) es responsabilidad de algunos pastores imprudentes (pág. 387). Por lo demás, un análisis objetivo revela que el problema, tal como lo reflejan incidentes sin importancia (págs. 391-395), carece de toda gravedad.

El autor se ocupa también (págs. 395 y sigs.) de los judíos y de la injusta actitud del actual Gobierno de Israel contra el país que más ha hecho por los sefarditas y otros grupos.

rectificación de toda la política hispanoamericana de los Estados Unidos. «La tendencia a hablar de una *unidad interamericana* entre los Estados Unidos y las otras Repúblicas americanas es más una ficción que un hecho, como todos sabemos en el fondo de nuestros corazones» (9). En efecto, «entre los EE. UU. y la América hispánica hay innumerables barreras sentimentales y un diferente sistema de valores». En cambio, «entre España y sus antiguas posesiones del Nuevo Mundo existe el increíble vínculo de lenguaje, de la cultura, de la religión y de la camaradería, que resulta de la participación en un mismo río tributario que afluye en la más amplia corriente de la Civilización occidental» (10). Ello tiene, por de pronto, el corolario que extrae Hayes: No se puede ser «buen vecino» en América y «mal vecino» en España. Y, posiblemente, las consecuencias sean todavía mayores. Por supuesto, hay que renunciar, dice Pattee, a pensar que Hispanoamérica tenga que parecerse necesariamente a Nueva Jersey.

Otras consideraciones importantes cierran este libro, que entran incluso en el terreno de las conjeturas. Pero basta con lo indicado para advertir su trascendencia. También tiene su lado polémico, que, de hecho, ha dado ya lugar a bastantes debates. Posiblemente, la más importante de estas réplicas, por venir del mismo campo católico norteamericano, sea del jesuíta John Lafarge, uno de los más asiduos colaboradores del gran semanario *América* (muy simpatizante, por lo demás, con España en general). En un artículo titulado «España y las Américas» (11), el autor celebra que los Estados Unidos hayan modificado su política respecto a España y la designación del embajador Griffis, y espera de ello una mejora general en las relaciones dentro de la comunidad occidental. Considera que el libro de Pattee puede hacer mucho bien para esclarecer una serie de problemas relacionados con España ante el público norteamericano, y admite también que esto repercutirá de modo favorable en las propias relaciones de EE. UU. con los países iberoamericanos (12). Reconoce, en conjunto, el carácter exacto y

---

(9) Página 481.
(10) Páginas 481-482.
(11) En la revista *América*, de Nueva York, del 14 de abril de 1951, poco después de aparecer el libro de Pattee.
(12) «Se quedan—dice—muy decepcionados cuando ven en los EE. UU. una amplia y profunda incomprensión de la cultura española, y se indignan particularmente al ver que nosotros los yanquis nos hemos tragado sin discreción la propaganda antiespañola comunista y procomunista, que ha inundado la Prensa y la política.» Y añade: «Se quejan, y con razón, de que los vestigios de la Leyenda Negra circulan todavía entre muchos liberales anticomunistas de los Estados Unidos y de otras democracias.»

objetivo de las apreciaciones contenidas en el libro, por cierto para insistir de modo especial en las partes críticas del mismo, verbigracia, en materia sindical. Pero muestra reservas al concepto de unidad (13), incluso en materia religiosa, e insiste en la superioridad de las formas democráticas. Lo que menos bien le parece es el respeto de Pattee a la idea de Hispanidad. Pero es porque el P. Lafarge la interpreta, equivocadamente, como algo que puede impedir «una íntima cooperación política entre las naciones caracterizadas por ella y las que no lo están». Eso es tanto como recusar la capacidad de cooperar internacionalmente de California porque forma parte de los EE. UU.

En el fondo, el P. Lafarge encuentra que, en ciertos aspectos, la defensa que hace Pattee de lo hispánico encierra una crítica correlativa de las instituciones norteamericanas (14). Este es cabalmente el error en el que Pattee no incurre: el de creer que en el reino de las instituciones sociales y políticas, como en el de las formas culturales, lo que es bueno para un país lo es necesariamente para otro; y viceversa, que lo que se critica en una nación no puede ser admisible en otra. La verdad es que en el mundo histórico son los factores y las realizaciones concretas las que importan.

Lo que es inadmisible es lo que está en el fondo de las críticas de Lafarge: la seguridad en la propia superioridad. Después de ensalzar el sistema yanqui, dice textualmente: «La Hispanidad no puede presumir de nada comparable con este logro.» Este aserto nos llevaría muy lejos en su análisis. Lo cierto es que Angloamérica pesó menos que Hispanoamérica a lo largo de tres siglos, y llevando siglo y medio pesando más únicamente en lo económico y lo militar. A fin de siglo, posiblemente las curvas volverán a cruzarse..., y entonces tendrá todavía más razón nuestro buen amigo Pattee.

M. F. I.

---

(13) El autor recoge aquí una mala versión de la falsa teoría de las dos Españas, que dice tomar de Salvador de Madariaga y Ramón Menéndez Pidal. A su juicio, las dos tienen derecho a la vida, ¿a costa, tal vez, de la de todos los españoles?...

(14) Le dice a Pattee: «Debería explicarles por qué hemos sido capaces, bajo nuestro sistema político, de vencer las crisis extremas ocurridas a lo largo de un período de ciento sesenta años, incluso la guerra civil, y de proporcionar paz y prosperidad a 150.000.000 de habitantes.

UNA NUEVA OBRA SOBRE CIENCIA POLITICA

De algún tiempo a esta parte viene produciendo Iberoamérica estimables aportaciones a la ciencia política. Entre otros muchos nombres, sobresalen las recientes publicaciones de Arturo Enrique Sampay, Ernesto Palacio, Aurelio García, González Uribe, Juan Clemente Zamora, Vedia y Mitre, Uría, Lazcano, etc. En su día se formará el balance omnicomprensivo, que acredite palmariamente esa importante partida en el haber cultural de los pueblos hispánicos, por la que con tanto afán están trabajando. Por ahora basta resaltar la celeridad sorprendente con que va abriéndose paso esa falange de esforzados estudiosos, que aumenta día a día en volumen, calidad y originalidad.

Hoy corresponde hacer mención especial del conocido prohombre conservador del Ecuador Julio Tobar Donoso, que participa en las tareas docentes como profesor y decano de la Universidad católica más joven de América. Tobar Donoso salta al primer plano de la actualidad con su reciente obra sobre *Elementos de ciencia política*, publicada el año pasado en Quito.

El libro se halla consagrado a la docencia, y el propio autor confiesa que lo ha elaborado después de cinco años de experiencia universitaria. Trata, pues, de abarcar sólo la materia que puede estudiarse en el decurso de un año escolar, pasando por alto todo lo referente a la teoría sobre la Constitución y a las formas de Estado, por relacionarse con disciplinas estudiadas con sustantividad propia en otros cursos de la Facultad.

Es preciso partir de esta aclaración para mejor entender el contenido de la obra, que comprende las materias propias de una clásica Teoría General del Estado, pero estructuradas bajo una sistemática que hoy resulta harto curiosa. Toda Teoría General del Estado que no siga los moldes de G. Jellinek en el análisis del Estado y sus elementos, ya no es clásica. Hasta el propio Kelsen ha sido fiel discípulo de dicha sistemática. Tobar Donoso afirma con modestia que no pretende originalidad, y, sin embargo, su obra resulta profundamente original en estos tiempos, al pretender reencarnar la moderna ciencia política dentro de la metodología escolásticotomista.

Tobar Donoso trabaja la ciencia política valiéndose de la filosofía católica, para reforzar la naturaleza de sus principios y conclusiones, que procura depurar de todo lo que no sea realmente limpio y auténtico. En este sentido, reafirma la estructura moral

del Universo, para rechazar aquellas posturas según las cuales el Estado sería una mera organización de fuerza, como piensa Duguit; un verdadero caos existencialista, según pretende Carl Schmitt; o una sublimación de las superestructuras económicas en el neohegelianismo marxista. Por consiguiente, el conocimiento del Estado a que aspira el autor es un conocimiento filosófico y esencialmente católico. Sigue a Santo Tomás en la idea de considerar la política como ciencia especulativa y práctica a la vez, lo que es tanto como decir que la política es una ciencia revestida de principios técnicos con procedimientos «artísticos» de realiza-

Los primeros capítulos del libro se concretan precisamente a dejar bien sentadas estas premisas fundamentales sobre la ciencia política, el arte político y la cuestión metodológica. A continuación realiza unas observaciones históricas acerca de la formación y evolución del Estado, resultando verdaderamente lograda la revisión histórica que hace de cada uno de los elementos esenciales de la sociedad política, para pasar inmediatamente al estudio del concepto de Estado. No acepta una posición unilateral; pero en los múltiples conceptos de Estado prefiere no sujetarse a una clasificación rígida, y, en efecto, hace la exposición de las diversas teorías en forma un tanto inorgánica, comenzando por el contemporáneo Carlos Schmitt, sigue con Seydel y Duguit, a quienes ve originalmente desde el mismo plano; cita las posiciones de von Haller, Rocco, Leroy-Beaulie, para continuar por una exposición ya más ordenada, a través del organicismo biológico, del biosociológico, postura de Gierke y alguna teoría jurídica. La exposición resulta bastante completa; pero de ninguna manera sigue a Jellinek en este punto, como dice el autor, puesto que el ilustre profesor de Heidelberg fué quien más se preocupó en su tiempo para lograr una acertada sistemática en la multiplicidad de teorías sobre el Estado. Tobar Donoso no sigue ese método, ni el de Arturo Enrique Sampay, Recaséns Siches o cualquier otro; pero supera dicha falta mediante una consideración sintética de las diversas teorías sobre el Estado, formulando además su propia definición descriptiva en el sentido siguiente: «El Estado puede definirse como una sociedad política autónoma fundada de modo permanente en territorio propio, unificada por vínculos históricos, dirigida por una estructura jurídica de Gobierno, que decide en última instancia, y cuyo fin es la realización plena del bien común temporal de las personas individuales, grupos sociales y entidades políticas subordinadas que constituyen su trama orgánica.»

Este libro nuevo se mantiene en la línea tomistaescolástica al

estudiar los elementos del Estado. Afirma Tobar Donoso que el problema de los elementos no coincide exactamente con el de las causas del Estado, estimadas en su sentido aristotélico; pero lo cierto es que resulta preciso partir de esta premisa para mejor interpretar el desarrollo de buena parte de la obra. El territorio es la causa instrumental del Estado; la población es la causa material; el fin es la causa final; la autoridad coincide con la causa formal, y la justificación del Estado corre paralela con la causa eficiente, o, mejor dicho, con las dos causas eficientes: la primera, que radica en la naturaleza sociable del hombre, y la segunda se ubica en la adhesión, consentimiento o voluntad humana, con lo que logra combinar el autor la tesis divina con la tesis voluntarista en orden a la justificación del Estado, afirmando que «los Estados, en su concreción histórica, son obra inmediata del hombre y mediata de la Naturaleza».

Tobar Donoso estudia también el problema de las propiedades esenciales del Estado, que reduce a tres: la personalidad del Estado, la soberanía y la sumisión del Estado al Derecho, aunque la esencialidad de esta última propiedad no es comparable en intensidad al carácter de las dos primeras.

El libro se cierra con unos capítulos dedicados a los Derechos individuales, Sufragio, Formas de Gobierno y Funciones del Poder. En conclusión, se trata de una obra con abundantes alusiones a pensadores eminentes y a obras de tan última hora como la de Burdeau. Está editada en apretada tipografía por *La Prensa Católica*, de El Ecuador, y viene completada con una nutrida lista bibliográfica, de fácil uso y manejo para los estudiosos de habla española.

ANTONIO CARRO MARTINEZ

NOVELISTAS DE MEXICO (1)

No dejará de extrañar a muchos el título de este libro, en el que se suscita, a través de un estudio sereno, equilibrado e inteligente, el problema de la existencia de una novela mejicana con caracteres propios.

Arias Campoamor analiza, a través de una revisión crítica, reparos y excepciones acumulados en torno a uno de los fenómenos literarios más curiosos y

J. Fernández-Arias: *Novelistas de México*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1952.

elocuentes en su evolución de la literatura hispanoamericana. La novela mejicana—lo reconoce Fernández Arias—no ha llegado todavía a adquirir un carácter completamente propio, pero su sentido diferencial, aún en formación, apunta ya una madurez y marcada tendencia a determinados temas.

Los precedentes históricos son oscuros, escasos y de relativo valor.

Es el siglo XIX el que, a través de la figura de un periodista, José Joaquín Fernández de Lizardi, ofrece el primer eslabón de una cadena de grandes novelistas.

Fernández de Lizardi, periodista, político, hombre que vive con intensidad la actualidad de su país, representa el entronque de una tradición proveniente de España y las influencias de carácter general que respondían más a una moda que a una convicción fundamentada; por otra parte, Azuela, en época más reciente, será otra figura que con carácter propio imponga, pese al desconocimiento de su obra, su fuerte personalidad de escritor.

Junto con el elemento hispánico y el cultivo de temas indígenas, se filtraron los patrones parisienses, pero esto será precisamente lo que robustecerá una corriente propia, iniciada con timidez, y hoy ya podemos afirmar que marca sentido propio a la novela mejicana. Frente a la literatura sensual y burguesa de España y Francia en aquella época, en Méjico se escribe una literatura «en la que estaban plasmadas sus inquietudes sociales y políticas».

Será una constante en la novela mejicana, constante que fluirá paralelamente a los gustos literarios de la época; habrá escritores románticos, clásicos, realistas y modernistas; pero en todos la preocupación social, la preocupación política, estará presente.

La novela mejicana, que en ello reside su mayor valor, surge paralelamente a la vida política de su país, es un eco prolongado de las luchas del siglo XIX, dándoles «una profundidad social tensa, activa, austera, que mueva».

Su enraizamiento al suelo—esa preocupación por lo telúrico, en América, tiene más importancia de lo que se cree y menos de la que piensan los americanos—, la exaltación de los valores sociales y el participar conscientemente en los acontecimientos históricos del país con sentido social.

José Fernández Arias ha sabido calar hondo en las notas esenciales de la novela mejicana; un libro escrito con pulcritud, en tono sencillo, nos da idea del vigor con que fué elaborado, y en donde se acreditan, una vez más, las cualidades literarias de su autor.

Para muchos, representará ciertamente una sorpresa al ver cómo la novela mejicana, si bien tiene historia reciente, ofrece ya muchos valores dignos de ser tenidos en cuenta.

Una escogida bibliografía y tabla cronológica completan el brillante estudio de Arias Campoamor, que viene a llenar un vacío tantas veces sentido.

Para amar a América hay que conocerla, y no hay mejor camino para el conocimiento que participar en sus obras, pues bien los mismos mejicanos, en su Universidad, proclaman: «Por mi boca hablará el espíritu.»

T. SALINAS MATEOS

ELOGIO DE QUITO

Después de deleitarnos contemplando morosamente las doscientas bellas imágenes de Quito: paisajes, calles, plazas, casonas, iglesias, tipos..., y sus detalles: puertas, torres, esculturas, cuadros, púlpitos, rincones..., gozamos de análogo placer al adentrarnos en el texto y al disfrutar leyendo, en la brillante y poética prosa de La Orden, sus impresiones de Quito (1).

Hay dos modos de estudiar y de ver una bella y antigua ciudad: uno es el erudito, analítico, científico, que busca el porqué de todos sus problemas y aspectos, desde su situación geográfica a su desarrollo urbano, desde su fundación histórica a su actualidad demográfica; el segundo, el que clasifica y describe sus monumentos y el que desentraña la manera de ser y de vivir de su población... Son los geógrafos y los historiadores de hechos y de monumentos, los urbanistas y los etnólogos, los que utilizan estos métodos técnicos de estudiar una ciudad... Pero hay, además, otro modo sintético, literario, estético, de comprenderla: el que utilizan el pintor, el escritor y el poeta al plasmar en imágenes plásticas, literarias o poéticas, las eternas esencias de la ciudad, las resonancias de otras ideas y de otras impresiones que ayudan a comprender intuitivamente el secreto o el misterio de una ciudad o de un paisaje.

Ernesto de la Orden, escritor, poeta ante todo, pero también universitario, historiador y diplomático, ve Quito a su modo, histórica y poéticamente a la vez, fundiendo modos y métodos, y así, debajo de su prosa brillante y poética, se ve una estructura humanística que da consistencia y solidez a sus imágenes y a sus sensaciones.

La excelente calidad literaria de su texto resalta en seguida por su bello estilo de rotular: frases epigráficas, versos sueltos y *slogans* turísticos son muchos de sus títulos capitulares: «Iglesias mártires», «Palomares de Dios en el Pichincha», «Los maestros pintores de Quito» «En Quito hay una Iglesia de Oro»..., y, si de los títulos descendemos al texto, gozamos con el mismo ritmo, la misma interna cadencia de su poética prosa, de expresión lírica y elegante, de su «Acción de gracias a Quito».

Sólo un poeta ha podido escribir este *Elogio*.

No permanece pasivo ante los atentados estéticos que los hombres, eclesiásticos y seglares, han hecho en tan bella ciudad. Censura, condena, aconseja, reacciona noblemente para estimular a la

generación presente y a las venideras para que curen y restauren los daños causados por la ignorancia y conserven la riqueza de esta ciudad para hacerse dignos de morar en ella.

La lectura y la contemplación de las magníficas estampas de este bello *Elogio de Quita* nos recordaban la penosa impresión que recibimos al hojear otro libro análogo, casi gemelo: *Quito, a través de los siglos*, de Eliecer Enríquez, editado en Quito en 1938.

Es este libro de Enríquez una selecta recopilación de textos históricos referentes a Quito, desde la Cédula de fundación de la ciudad y su relación geográfica correspondiente hasta las impresiones de Rosa Arciniega de 1938. Todo lo que historiadores, viajeros de España y de Europa, geógrafos y literatos han dicho de Quito está allí. El texto ha sido bien escogido y es acertado..., pero las fotografías, los grabados..., ¡lamentables! Si este libro quiteño se hubiese publicado sin ilustraciones, hubiera sido un buen libro, una valiosa aportación a la biografía de Quito; pero así, los grabados hacen desmerecer el texto.

Lo contrario acontece con el *Elogio*, de La Orden, en el cual estampas y texto se apoyan, complementan y valoran mutuamente.

Ha sido un gran acierto comenzar esta nueva serie B de los grandes «Cuadernos de Arte» de ciudades hispanoamericanas. En este primer número de esta serie, La Orden ha dado la pauta, el ritmo. Ahora hay que elegir bien para los que sigan los elementos esenciales: ilustración y texto, ya que bellas e históricas ciudades, por fortuna, abundan en Hispanoamérica.

JOSE TUDELA

EL EPISTOLARIO DE UNAMUNO Y MARAGALL

Recogido con piedad verdaderamente filial, se ha publicado este epistolario, cruzado entre dos figuras cumbres en la literatura de nuestra lengua y en la catalana. Va complementado por una serie de artículos y poesías de uno y otro escritor, necesarios para la comprensión del epistolario, por ser en él aludidos o por reflejar para el público las preocupaciones y angustias que, en privado, se vierten en estas cartas.

Este epistolario, aun sin contar con la penuria que de este género padecemos en nuestras letras, es un tesoro, no sólo para la biografía de dos escritores de primer orden, sino para la conciencia de problemas literarios y aun nacionales.

En tiempos críticos, al día siguiente del desastre del 98, en junio de 1900, se inicia la correspondencia entre ambos autores. Fueron los *Tres ensayos*, de Unamuno, aparecidos en 1900, los que provocaron la primera carta de las que aquí se recogen. Según nuestras noticias, alguna más ha aparecido últimamente entre los papeles de don Miguel. El gran vasco de Salamanca comprendió la importancia de la poesía del catalán, y se dió cuenta de que en las letras hispánicas representaba algo nuevo. Le llama expresamente «el poeta español de mi generación que más me satisface», y en despectivo paréntesis añade: «Los de la pasada me gustan poco.» A Maragall le escribe: «Verdaguer, Guerra Junqueiro, el portugués, y usted, son los únicos que releo»; y convencido de hacer (que eso fué su labor de crítica toda la vida) un papel mediador, de gran informador de lo esencial en este desperdigado mundo hispánico, añade: «A Junqueiro le he hablado mucho de sus *Poesies*, y se las he dado a conocer, así como a otros varios.»

En Maragall sintió Unamuno fraternamente el drama de Cataluña. Drama del espíritu catalán y drama también para el espíritu castellano. El patriotismo en los años siguientes al desastre del 98 necesitaba ser renovado a fondo. Unamuno visitó a Barcelona en 1906, y trató entonces al excelso poeta. El delicado barcelonés que era Maragall explica el sentido de Barcelona a quien la había encontrado, en pleno progresismo industrial, «un vastísimo arrabal de Tarascón», a la vez que siente una grave inquietud ortodoxa ante el *Tratado del amor de Dios* con que se le amenaza desde Salamanca.

Entre temas literarios y pensamientos elevados, produciendo a veces en verdadera colaboración, o mejor por mutua inspiración, poesías y artículos, surge continuamente el tema de Cataluña y Castilla, de la integración en una unidad superior. Africanismo y europeísmo, el Mediterráneo y el Atlántico, la altura de Castilla..., todo esto es el tema del epistolario, que nos introduce en el taller de dos grandes poetas.

Léase, por ejemplo, la tarjeta postal en que Unamuno, en 1907, le envía desde Oporto a Maragall doce versos en silva sin rima, donde está en germen el maravilloso soneto fechado tres años más tarde en el *Rosario de sonetos líricos*.

La semana trágica pasa por este epistolario, dándoles a los dos poetas profunda preocupación. Unamuno, todavía no arrastrado por la política, lo que le ocurre a partir de 1911, tras su destitución del rectorado, se define como solitario, «condenado a parecer blanco a los negros, negro a los blancos e incomprensible a unos y a otros». Maragall, generoso, combatido por la razón que todos tienen, a un lado y a otro, grita *¡Visca Espanya!*, o escribe su himno ibérico, pero se siente aparte, como fuera de la «espaciosa y triste España»; es como un burgués de Barcelona; pero contradictoriamente se atreve a predicar una extraña doctrina en la iglesia quemada por las turbas de 1909.

A medio siglo de distancia, este epistolario tiene valor de actualidad; no sabemos si porque, en medio de todo, no hemos salido del mismo círculo de problemas, o porque en estas páginas flota el genio fraterno de dos eternos poetas.

ANTONIO TOVAR

DOCUMENTOS DEL TEATRO FRANCES CONTEMPORANEO

Hemos leído, en el último tiempo, varios importantes documentos del teatro francés contemporáneo. Entre ellos, *Las confesiones de un autor dramático*, de H. R. Lenormand, y *Testimonios sobre el teatro*, de Luis Jouvet. El libro de Lenormand recoge, desde la confesión, el panorama objetivo de un período del teatro francés interesante y significativo. El libro de Jouvet es una colección de artículos y conferencias, con la que el gran actor francés da fe de su profesión y muestra, sabiamente, las peculiaridades del trabajo interpretativo.

Se plantea Lenormand en sus *Confesiones* el problema de su justificación moral como autor dramático. «Pertenezco—dice—a la raza de los testigos y de los acusadores.» La sociedad en que le tocó vivir, corrompida, desilusionada, amenazada por la catástrofe, constituyó la materia atestiguada por el dramaturgo, señalado, por este motivo, con el estigma de la corrupción, de la desilusión y del sino catastrófico. ¿Hasta qué punto, sin embargo, fué Lenormand un «testigo» y un «acusador» y no un «cómplice»? Este es el problema que el gran autor, con la máxima sinceridad, se plantea a la hora de revisar su vida y su obra. La respuesta del lector—terminado el libro—es, por fuerza, fulminante: «cómplice». Por no decir «culpable». El libro contiene, por otra parte, magistrales notas sobre el arte dramático. Nos damos cuenta—a través de las páginas de estas *Confesiones*—de hasta qué punto está la vida personal de Lenormand en su obra. Estamos muchas veces ante un simple traslado, casi fotográfico, de escenas y situaciones. La raíz existencial de *Los fracasados*, *El hombre y sus fantasmas*, *El cobarde* y *El tiempo es un sueño*, es patente. El libro, en conjunto, es aleccionador. Especialmente para el joven dramaturgo.

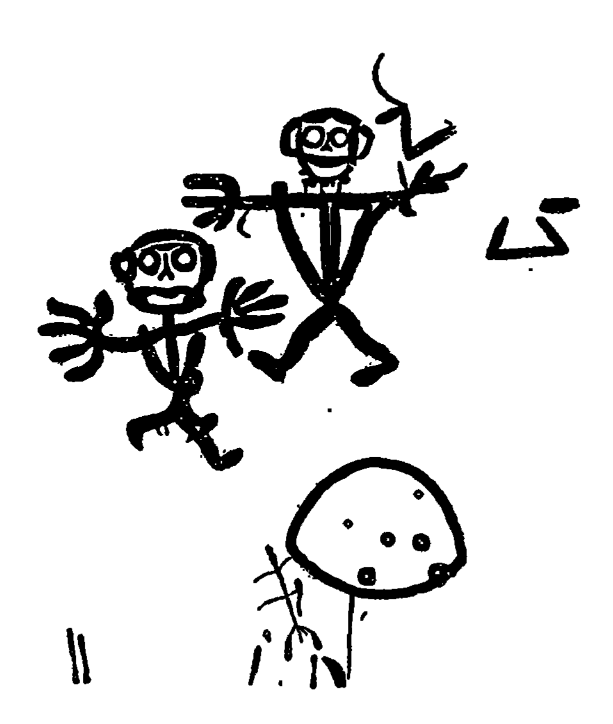
Testimonios sobre el teatro—como el librito póstumo de Jouvet, *Ecoute, mon ami*—es una obra de análisis profesional. El lector se sitúa ante el análisis espectral de la profesión de comediante. Para Jouvet, el actor no es un hombre inteligente, ni tiene por qué serlo. «El actor—escribe Jouvet—no sabe pensar. Esa es su virtud. Pensar es lo contrario de su profesión.» Jouvet piensa que el actor es un vacío habitable, un hueco disponible: «El actor es inconsciente.» «El pensamiento es una consecuencia del estado dramático.» El actor no es más que un «hábil provocador», y «no es, ni su naturaleza ni su oficio, ser profundo». El actor que en su

participación se queda en la superficie es el que tiene más posibilidades, más facilidades, para «pesar sobre el alma y el espíritu del espectador». El actor no debe plantearse preguntas «con el objeto de conseguir ese *vacío*».

El libro de Jouvet, como el de Lenormand, es una grave y profunda manifestación de amor al teatro. Jouvet viene a afirmar, a fin de cuentas, que «el teatro entrega a los hombres la ternura», y que es un vínculo de amor.

El teatro, profundamente sentido por Jouvet, puede realizar el sentido total de una vida. En su obrita, *Ecoute, mon ami*—notas dirigidas a los jóvenes actores—, el gran actor aparece con un perfil íntimo y cordial. Estos documentos, traducidos, podrían tener una emocionante proyección en nuestros jóvenes actores, llegados al teatro en esa primera fase profesional que Jouvet determina: la de la vocación.

ALFONSO SASTRE



ASTERISCOS

QUE NO SOMOS NADIE

* * * «¡Cuán verdad es que acaso se lee menos a aquellos autores de que más se habla! Don Marcelino no continuó su *Historia de las ideas estéticas en España*, según nos manifestó él mismo, porque esta obra no tenía lectores compradores—es decir, solventes, porque hay lectores insolventes, aunque muchos menos de lo que se cree—que bastasen a sufragar los gastos de la tirada.»

El texto no puede ser más sugestivo y actual. Aumenta su interés—por alguno de los argumentos que se expondrán a continuación—el hecho de que se encuentre suscrito, allá en el año 1917, por Miguel de Unamuno. Como el carácter de esta sección no es demasiado resolutivo, ni tiene la pedagógica intención de enseñar a los demás lo que nosotros mismos no sabemos, vamos a resumir alegremente las inquietudes que nos ha despertado. Otros vendrán después que nos precisen las intenciones y las palabras atendiendo al dictado caritativo, «propagandístico» y cultural del *palmetazo y tente tieso*. La primera de las inquietudes que nos han remejido estas palabras es la de saber, por directa confesión del autor, que la *Historia de las ideas estéticas en España* no pudo ser terminada por falta de compradores que costeasen los gastos de tirada. La *Historia de las ideas estéticas en España* es uno de los libros claves de la cultura de nuestro tiempo. Supone un esfuerzo desesperado y ejemplar, un heroísmo de abnegación, fidelidad y sacrificio. Todos los españoles somos, en cierto modo, responsables de que tal obra no haya logrado cuajar definitivamente, porque el esfuerzo de Menéndez y Pelayo, como el de algunos otros españoles, era un esfuerzo en el vacío. A solas cada cual con su conciencia, debemos encarar nuestra responsabilidad. Yo creo que es mucha; porque si malo es pecar, peor aun es haber perdido conciencia del pecado.

La segunda sugestión es pensar en qué medida continuamos nosotros, los españoles de hoy, el esfuerzo de don Marcelino y el de los españoles que después de él hicieron una labor de creación robusta y consistente. Cuando alguien venga a hablarnos de Menéndez y Pelayo o de Menéndez Pidal, debemos preguntarle si le utiliza como instrumento de agresión o como ejemplo, o, dicho con mayor imprecisión pero más expresivamente, si somos hijos o somos cuervos de ellos. ¿Responde nuestra obra—el ensayito pulcro y melifluo, la conferencia elástica, que, como la goma de mascar, ya ha perdido todo su sabor al convertirse en un librito—al esfuerzo ejemplar que ellos hicieron? A solas

cada cual con su conciencia, debemos contestarnos. El hecho de que algunos hayan pecado más que otros; el hecho de que siempre hayan existido dentro y fuera de España ciertos necrófagos de la cultura, no nos libera a nadie de nuestra propia responsabilidad. Yo creo que la única división que puede haber entre los españoles ante la obra de Menéndez y Pelayo, de Cajal o de Pidal, es justamente la de tomarles como bandera o la de tomarles como ejemplo en lo que todos y cada cual tengan de bueno.

Y, finalmente, la tercera lección de las palabras precitadas es la de darnos cuenta de la amistad y el respeto que unían a personalidades tan encontradas como las de don Marcelino y la de Unamuno. Las diferencias ideológicas no justifican la injusticia ni la falta de caridad. La verdad es la verdad, dígala quien la diga. El error no deja de ser error porque hayan incurrido en él los que juzgamos nuestros maestros. Todos podemos equivocarnos, y nos solemos equivocar frecuentemente. Sólo el que no trabaja no se equivoca, y de éstos, limpios de falta y no de culpa, hay muchos en España. Los santos pecan siete veces al día, y los intelectuales nos debemos equivocar, por lo menos, el mismo número de veces. Lo que ocurre es que los santos son más humildes que los intelectuales. Lo nuestro, lo del hombre, es trabajar, equivocarse y saber que siempre habrá una mano caritativa que nos ayude a levantarnos, y que una forma de levantarnos es también la de apuntar nuestros errores cuando se apuntan con caridad. Y toda otra actitud no es, desde luego, católica ni cultural. Carece de sentido y de eficacia. No nos acrece como españoles. No hace patria. No tendrá estimación ni aquí en la tierra ni allí en el Cielo. Y Dios dirá, y a su decir nos acogemos. No somos nadie.

R.

LAS BROMAS DE PICASSO

* * * Como es sabido, no hace mucho tiempo, el pintor malagueño Pablo Ruiz Picasso hizo unas declaraciones a Giovanni Papini, que suponían, nada menos, que el golpe de gracia al ya inactual cubismo. Según el famoso pintor, toda la pintura cubista no ha sido más que una broma, una larga broma gastada a la crítica por un pintor que, como él mismo confiesa, «ha comprendido su tiempo y ha sacado lo que ha podido de la imbecilidad, la vanidad y la concupiscencia de sus contemporáneos». Con esas palabras, el pintor malagueño pasa a dar la razón a los enemigos de su obra, y deja en ridículo a todos sus panegiristas, aunque alguno de ellos, como Cocteau, defensor acérrimo de Picaso, ya había reconocido en la época gloriosa del cubismo, y refiriéndose a éste, que «bien puede encontrarse la mixtificación en el origen de un descubrimiento».

Pero no nos dejemos engañar por las apariencias. ¿Será ésa la verdadera opinión de Picasso u obedecerá a una de las muchas consignas que lanza a rajatabla el comunismo internacional? Nada de particular tendría que la «espontánea confesión» del pintor cubista se hubiera cocido en los rojos hornos del Bureau comunista francés o en la propia Rusia, pues bien sabido es cómo el marxismo staliniano está a punto de declarar rebelde al famoso pintor, ya que

para la U. R. S. S. ha llegado la hora de liquidar todos los istmos del arte que no se ajusten al que ella desea: el realismo sovietizante. Y por ese aro han de entrar todos los perritos amaestrados por el gran domador asiático, como lo acaba de hacer—¡quién lo diría!—el conocido crítico y poeta Louis Aragón, que después de una larga obra superrealista sale ahora escribiendo, en *Les Lettres Françaises*, que la pintura realista es la única que se acomoda a la estética del partido comunista. Por este motivo, varios artistas han recibido en Francia un alarmante toque de atención, entre ellos Matisse y Picasso, que venían haciéndose los sordos, sin seguir el ejemplo de otros artistas de mucha menos personalidad que, como André Fougueron, Amblard o Singer, han empezado «voluntariamente», claro es, su época de realismo socialista. ¿La irá a comenzar también a sus setenta y un años el comunista Pablo Picasso? Probablemente. Y, entonces, la broma que el universal pintor dice haber gastado a sus contemporáneos, se habrá convertido en una broma mucho más pesada que a él mismo le habrían gastado.

Esperemos ahora los futuros óleos realistas de Picasso, que bien pudieran representar, como en las pinturas de su antigua época azul, alguna animada escena circense, a las que tan aficionado fué, y en la que un domador con airados bigotes haga estallar la furia de su látigo sobre el cuello de un sumiso y viejo artista, que tristemente pasa por el aro.

R. M.

NO ES CUESTION DE NOMBRES, PERO...

* * * La pugna por la fijación temporal y supervivencia de los vocablos «Latinoamérica» e «Hispanoamérica» continúa insensiblemente a través del tiempo y del espacio americanos. Mucho se ha debatido en revistas, periódicos, libros y, también, en reuniones internacionales, Congresos, etc. Baste recordar el Congreso de Cooperación Intelectual de Madrid, en que esta cuestión, aparentemente de forma y vocabulario, tiene otras penetraciones más profundas.

Ocurre que, en muchos países de Hispanoamérica, sigue aún muy extendida la voz «latinoamericano»; y no sólo entre los enemigos de España, de la presencia actual de España en el Nuevo Continente y de todo aquello que nadie puede hacer borrar de la historia y de la realidad hispanoamericana de hoy..., sino incluso ingenuamente, un poco ignorantemente también, entre aquellos simpatizantes de España, de su aporte histórico, de su misión canalizadora y de su condición de fundente hispánico de nuestros días.

Que se abogue por «Latinoamérica» para incluir a Francia en el todo espiritual iberoamericano, nos parece excesivo. Por las mismas razones habría que incluir al Canadá francés, por su abolengo latino. aunque evolucionando hacia Anglosajonia, mejor dicho, hacia Norteamérica. De todo esto se ha hablado y escrito mucho. Y, sin embargo, será difícil domeñar, vencer y rectificar la tremenda inercia de una costumbre petrificada.

Cierto que ya no son los tiempos de hace cinco años. Los vocablos «Hispanoamérica», «América Hispana», «América Hispánica» y, el más completo de todos, «Hispanidad», van extendiéndose con paso seguro. Sería mucho pedir a

los enemigos de España que hicieran examen de conciencia y acto de contrición sobre sus simples pecados históricos. Quizá demasiado. Pero si, por un acaso, recuerdan que un título universitario y una dedicación intelectual suelen implicar obligaciones con la verdad de la Historia y de la cultura, remitiré a los campeones del mundo «latinoamericano» a cierto señalado coloquio entre grandes historiadores «americanos», pues había yanquis de por medio.

El coloquio se celebró en la casa de Lewis Hanke, en Wáshington, en torno a la necesidad de escribir una Historia de América. Pues bien: durante los dimes y diretes del simposio, *Mariano Picón Salas*, historiador de todos conocido y valorado, que dirigía la conversación, para referirse a la América de habla castellana, como los demás, habló por tres veces de «América Hispánica». *Lewis Hanke* (tampoco es un desconocido) dice también por dos veces «América Hispánica». La doctora *Maury A. Bromsen* se refiere a «periódicos hispanoamericanos». De «América Hispánica» habla también otra doctora, *Dorothy Dillon*. Y *José Antonio Portuondo*, como contraposición o contraimagen de una Historia de los EE. UU. de América, inventa humorísticamente una Historia de los Estados Desunidos de «Hispanoamérica». Lo que se proponen estos importantes señores, en la no menos importante reunión con luz, taquígrafos y quién sabe si con magnetofón, es la creación de una «Historia de la América Española», y la va a crear este grupo, el más destacado grupo historiador de América, cuyos miembros se llaman a sí mismos «Historiadores de la América Hispánica».

Por no fatigar al lector, terminaremos con el testimonio del escritor e historiador hondureño *Rafael Heliodoro Valle*, el bibliógrafo de Antonio Machado en la *Revista Hispánica Moderna*. Después de hablar de «América Española» y de «América Hispánica», dirigiéndose a los pocos recalcitrantes de la «latinoamericanidad», dijo:

«Ya es tiempo de que se escriba una historia de la América latina, como ustedes la llaman... Yo prefiero que se le llame América Hispánica.»

Esperemos que la opinión de los más sabios historiadores de América tenga algún peso a la hora de dar solución a este problema nominal con raíces en una política reñida con los criterios mejores del buen historiador.

E. C. R.

SIGUE LLOVIENDO SOBRE EL «POBRE» DALI

* * * ¡Esperen un momento! No se vayan. Repórtense, si pueden, porque todavía es necesario que digamos alguna palabrita más sobre Dalí. No queremos cansar a los lectores, que ya habrán padecido varias tormentas en descampado sobre el tema. Todos estamos como náufragos bajo esta lluvia torrencial, y no quisiéramos contribuir a la propaganda de un pintor que ya la tiene bien montada. No somos dalinistas, ni mucho menos; pero hay que decir algo, aunque sea el abecé de la cuestión, no el *A B C* del periodismo, sobre los plagios de Dalí. Y hay que escribirlo, porque, como suele decir nuestro buen amigo Mourlane Michelena, «el infierno es el caos». No somos partidarios del in-

fierno. No somos partidarios del caos. Hay que poner las cosas en su sitio para contribuir religiosa y humildemente al plan de la creación. Y esto ya es demasiado. Acusar a un pintor superrealista de plagiario porque ha metido a unos caballos o a un perro bien familiar y conocido en el tema de un cuadro, es cosa tan absurda como decir que no es buen cocinero quien no conoce la teoría de los «cuánta». Para decir tal cosa es menester tener una cultura negativa—quiero decir una cultura por desconocimiento, no por conocimiento—, que abarque un área tan extensa como el de la misma creación artística. Hay que desconocer lo que es un plagio, lo que es un tema artístico, lo que es un cuadro, lo que es el superrealismo, lo que es el arte y, finalmente, lo que es Dalí. Porque si plagiar es embutir un elemento ajeno en la obra personal, sólo Dios Todopoderoso habrá podido perdonar de sus pecados a Calderón, a Virgilio o al Dante. Si el tema artístico no es algo diferente, coordinador y superior de todos los elementos que lo componen, apaga y vámonos. Si el valor de un cuadro no dependiera si no de la originalidad de los elementos que lo constituyen, no nos explicaríamos en qué consiste la nombradía de Rafael de Urbino o de Sotomayor, y conste que citamos juntos estos nombres para que nadie pueda tachar de partidista o de unilateral nuestra actitud. Si desconocemos que el subrrealismo parte de un concepto automático y onírico de la creación artística, en el cual los elementos de la obra se nos dan ya esquematizados y *tematizados* en nuestros sueños, debemos dedicarnos a escribir de cocina y no a escribir sobre el superrealismo, que, al fin y al cabo, no es un tema ineludible que concierne a nuestra propia y personal salvación. Si partimos de que el arte sólo es arte cuando se ajusta a un sentido creador imitativo-figurativo, lo mismo debe darnos que el artista imite a un perro vagabundo y callejero o a un perro de más prosapia artística, como el que, al fin y al cabo, ha imitado Dalí; y, finalmente, si no queremos contar con la intención o voluntad creadora de Salvador Dalí, más vale que nos dediquemos a hablar de Federico García Sanchiz, que no tiene ninguna, y al que, por ende, como dicen los escritores académicos, todas le corresponden. Ahí que no pecamos, y a no tocar el tema de la crítica estética sin más doctrina que la que a todos nos da por la mañana la inspiración del desayuno. Y para terminar con un aforismo más o menos hermético, advertiremos que para ver un cuadro hay que haber sido ciego, en algún momento, ante el cuadro en cuestión.

R.

ESPAÑOLES «NEUTRALES» Y ESPAÑOLES

(Glosa al discurso del ministro secretario, camarada Raimundo Fernández Cuesta.)

* * * Como nosotros no somos «libropensadores», ni mucho menos «librepensadores», conviene que pongamos un ejemplo concreto para aclarar lo que queremos decir, que, por lo demás, no aspira a tener más importancia que la del cumplimiento de un acto de servicio. Usted—que no es el lector—se encuentra un día, andando por la calle, a unos amigos. Para demostrar que son bue-

nos españoles, estos amigos se encuentran discutiendo sobre España, y, por así decirlo, se están comiendo los unos a los otros. Lo de siempre: que si España es así o que si España es asá; pero comiéndose. Lo importante es comerse, y, si es posible, roer los huesos de alguien. Usted es un hombre mesurado. Usted debe darles ejemplo. Usted es amigo de sus amigos, y está muy por encima de estas disputas. Piensa que debe aleccionarlos con su ecuanimidad. Y, de pronto, tiene una idea luminosa, porque todos—donde menos se piensa, salta la liebre—podemos tener una idea luminosa. Y esta idea estupenda es que, sobre la interpretación de España, no se debe ser polemista, sino neutral. La idea, como habrá colegido el lector, no es baladí. Entre esto y aquello, lo importante es lavarse las manos, pero avivando el fuego. Si en el calor de la polémica no quedan ni los rabos de los disputadores, mejor que mejor: los que quedemos implantaremos sobre la tierra yerma la doctrina de la neutralidad sobre el sentir de España. Tal vez esta actitud tiene razones en que apoyarse; mas no es la falangista, no es la nuestra. No hay error absoluto. No hay acierto absoluto. Nosotros no podemos juzgar sumariamente a unos y a otros, porque, ante todo y sobre todo, lo que queremos ser es españoles. Hemos jurado la unidad entre las tierras y los hombres de España. Pero no todas las posturas tienen igual valor. Y la que tiene más valor es, en principio, la de tener postura sobre España. Y ese valor de la postura personal que es el amor de España, debe salirnos a la cara. Podemos acertar o equivocarnos; pero sabiendo que nuestro acierto o nuestra equivocación son un grano de arena para crearla. La actitud falangista es asumir la verdad de cada una de las partes de la polémica española y no neutralizarlas. Habrá algunos españoles que prefieran *acertar equivocándose;* habrá otros tal vez—y no nosotros—que prefieran *equivocarse acertando.* Hay graves diferencias entre ambas actitudes. No somos partidarios de la moral del éxito. Pero tanto una actitud como la otra tienen razón de ser. Se complementan en su polémica. Añaden lo que pueden a la revelación de España. La que no tiene justificación es la de ser neutrales, pues no podemos ser neutrales en la interpretación de nuestro ser. No hay herederos forzosos de España. Tenemos que hacer legítima nuestra españolidad.

R.

¿QUE HACEMOS CON LAS MALAS TRADUCCIONES?

* * * El problema no es nuevo, pero su actualidad es tan acuciante, que no es impertinente llover sobre mojado. Algunas revistas hispanoamericanas han revisado el estado presente de la literatura traducida al castellano. En estos tiempos, en que van desapareciendo inconvenientes y dificultades para las relaciones de la cultura internacional, las obras literarias transponen fronteras, penetrando en el lector extranjero merced a la traducción. Para las naciones hispánicas, los contactos con las obras alemanas, inglesas y francesas, principalmente, tienen categoría capital. Y, en consecuencia, la tienen también las traducciones de aquellas obras.

Pero ¿cómo garantizar que la bondad de la versión original de una obra maestra no ha perdido en la traducción más de lo que idiomáticamente tiene

que perder en el transvase? He aquí la cuestión. Hoy se traducen infinitos títulos literarios, científicos, filosóficos..., al castellano. Y ¿cómo se traducen? ¿Quién los traduce? ¿Con qué experiencia y autoridad? ¿Con qué garantías? En España hay quien se queja de la abundancia de «americanismos» en las versiones que nos llegan, por ejemplo, de la Argentina. Sin pensar que el americanismo de buena ley—no todo americanismo—enriquece y ensancha el castellano. Peores son los galicismos, italianismos y anglicismos que a porrillo aparecen en versiones novelísticas de toda laya. Y no sólo de los vocablos o los giros o los modismos; los peores son los galicismos ideológicos, que hacen ininteligibles las oraciones y el sentido particular y general de párrafos y capítulos. Cuando no se incurre en el craso error caricaturizado en aquel «*Par ici la sortie*», traducido por un «Apareció la sortija».

Ahora que surgen los ejemplos de traducciones «científicas» de Heidegger, como las de Gaos o de Soler; o las de Ernst Robert Curtius en México y Madrid; o las estupendas de William Faulkner, elaboradas por Beatriz Florencia Nelson, pese a sus pequeños galicismos y argentinismos; ahora que se traduce a Valéry al castellano, perfectamente, mejorando incluso—y no es blasfemia—el original (véase *El cementerio marino*, vertido por Jorge Guillén, y *La joven Parca*, por Carlos Dampierre), y las obras de física nuclear se traducen al castellano por técnicos que conocen igualmente el inglés, bueno es insistir en que es de medida urgente intentar un *control* de traductores y traducciones, solicitando primero la colaboración y, de fracasar el intento, exigiéndola de las editoriales. La creación de una Escuela de Traductores, paralela en su estilo a la actual de Periodismo, facilitaría esta urgente labor. La actividad intelectual del traductor tiene una categoría superior a la que hoy se le concede. Hoy traduce no quien sabe, sino quien quiere, con tarifas irrisorias que nada tienen que ver con un trabajo, no ya literario de creación o de re-creación, sino sencillamente intelectual. Así andan por las librerías tantas traducciones sin garantía alguna.

¿Qué hacemos con las malas traducciones? O, mejor: ¿qué hacemos con los malos traductores, con las editoriales que los contratan y publican la obra mal traducida? Si debe existir una *censura* intelectual en su trascendencia social, que exista también en las traducciones, de cuya bondad o maldad sería conveniente hacer responsable a las casas editoras, sobre todo a aquellas que, por su volumen mercantil, tienen la obligación de contar con técnicos idóneos. De ahí que con estas líneas se felicite a don Manuel Aguilar, editor—casa editorial no libre de culpas en este terreno—, por haber dado a luz recientemente una correctísima versión castellana del *Shakespeare*, de Víctor Hugo, del cual es responsable el corrector de la Editora don José López y López. Y otro día hablaremos de la corrección de pruebas como tarea intelectual.

E. C. R.

* * * Ahora resulta que los libros de Ortega, ya de por sí muy estimados por las minorías intelectuales de la Alemania de antes e inmediatamente después de la última guerra mundial, se están haciendo incluso populares entre el público germano. Ya había anunciado Ernst Robert Curtius, en 1951, la inmediata aparición de *Stern und Unstern. Gedanken über die spanische Landschaft* («Buena y mala estrella. Meditaciones sobre el paisaje español»), con que la Deutschen Verlagsanstalt, de Stuttgart, había editado una selección de *España invertebrada.* En su número del 16 de mayo de 1952, el *Rheinischer Merkur*, de Coblenza, echaba al vuelo las campanas del «descubrimiento» del secreto orteguiano, esto es, la determinación de las causas de la decadencia española, esa decadencia provocada—según Ortega—por un defecto lamentable de sangre «germánica» en el complejo orgánico racial hispano, y no sabemos si, como consecuencia de esta falta, el exceso de «originalidad» del español.

Pero más cerca aún de los temas docentes se halla la información comentada de la *Süddeutsche Zeitung*, de Munich, en número del 4 de mayo de 1952, según la cual se viene a descubrir ahora—nuevo Mediterráneo atalayado desde el Norte—las ideas de don José Ortega expuestas en su famosa *Misión de la Universidad.* Bajo el título de «Ein Reformplan Ortega y Gasset's», el diario sudete comenta con cierta admiración, no exenta de ingenuidad, las ideas fijadas por el agudo discernimiento del meditador castellano en el ya famoso libro que, vertido al alemán y recortado editorialmente al gusto germánico por H. Flessa, Oldenbourg, en Munich, ha tomado el periodístico y un tanto arbitrario título de *Schuld und Schuldigkeit der Universität.*

No estaría demás que nosotros, los hispanoamericanos, recordásemos, actualizándolos, algunos de los pensamientos alumbrados por Ortega en su *Misión de la Universidad.* Cuando los alemanes, por pluma e interés de Herr Burghard Freudenfeld, a la cola de una larga serie de comentaristas, sacan a colación los planes reformadores de Ortega, por algo será. Y lo es en un país de una cultura «universitaria» muy evolucionada y a la exigible «altura de los tiempos», en un país como esta Alemania, que supo hacer resurgir su nueva Universidad de entre los escombros bélicos, utilizando barcos como aulas y viviendas, y trabajando de simples peones para la construcción de edificios docentes tanto alumnos de toda índole como profesores de gran prestigio universitario.

Y ahora se dedican a reestudiar y divulgar las ideas orteguianas de esta *Misión*, que habría que tener más en cuenta en el futuro próximo de nuestra Universidad.

C.

* * * Ya estábamos un poco hartos de toparnos con bastantes y buenos universitarios filipinos, con sus apellidos bellamente españoles, como Mañosa, Roldán, Alcántara y De los Santos, y que, sin embargo, apenas si chapurreaban algún que otro vocablo en lengua castellana. ¿Qué habrá ocurrido allí, en las lejanas Islas Filipinas? El inglés norteamericanizado de unos y el inglés perfectamente inglés de otros daban pronta respuesta a esta dolorosa inquisición. El castellano, idioma consonante con la espiritualidad hispánica del pueblo filipino, estaba condenado a desaparecer en menos de cincuenta años, alejado de la enseñanza pública y privada por leyes implacables; relegado familiarmente por el dulce acento del tagalo más allá del círculo de la intimidad; prohibido casi como medio público de comunicación durante el medio siglo de dictado yanqui.

Y así venían los Roldanes, los De los Santos, los Mañosas, a España, con su espíritu hispánico en la sangre y hasta en los huesos del alma, pero que no sabían apenas mal expresar en un castellano mínimo. A los dos meses eran otros hombres, y su castellano, casi normal. Pero ¿cuántos universitarios filipinos pasan al año por Madrid?

La respuesta a esta desolación nos la han dado, soberanamente, el Senado y la Cámara de Representantes de Filipinas, los cuales, reunidos en Congreso, han aprobado definitivamente, en 21 de mayo de 1952, la Ley presentada por los senadores Magalona, Fecson, Abada, Briones, Tirona y Angeles David, que declara obligatoria la enseñanza del español en todos los cursos de las Universidades y colegios públicos y privados de Filipinas.

A fin de forzar esta enseñanza en la formación lingüística, cultural y espiritual de los estudiantes, la Ley votada exige un mínimo de doce unidades de esta asignatura, y no se autorizarán nuevos cursos de colegiado en aquellos centros docentes en cuyos estudios no esté incluído el español como plan de enseñanza. Esta Ley—dice el artículo 4.° del Decreto—entrará en vigor a partir del año escolar 1952-1953.

Dentro de muy pocos años, los filipinos que vengan a cursar estudios universitarios a España hablarán gramaticalmente un castellano que, por su espíritu, han sabido conservar, pese a la contumaz política de descastellanización a ultranza con que hasta la fecha venía siendo educada la juventud estudiante en las fraternas Islas Filipinas.

C.

INDICE

Páginas

Portada y dibujos del pintor español *Julio Antonio*.—Ilustran el trabajo «De la imaginación en tinta china» once dibujos inéditos del pintor *José Caballero*, Primer Premio de la Bienal.—Viñetas del pintor salvadoreño *Carlos Augusto Cañas*.—En páginas de color: *¿Adónde va Hispanoamérica?*, los textos: «Las Españas», por *Manuel Fraga Iribarne*.—«Importancia política y social de la II Asamblea Nacional de Graduados», por *Raimundo Fernández Cuesta*.—«Sobre la "Institución"», por *Marcelo Arroita-Jáuregui*.—«La Universidad como empresa. Puntos para una meditación española», por *Pedro Laín Entralgo*.—Un editorial de la revista *Ateneo*.—«Excluyentes y comprensivos», por *Dionisio Ridruejo*.—«El patriotismo de Cajal», por *Pedro Laín Entralgo*.—Otro editorial de *Ateneo*.—«Radiografía de la Restauración», por *Rodrigo Fernández-Carvajal*.—«La unidad, combatida», por *Manuel Pombo Angulo*.—«Conspiración del silencio».

¿ADONDE VA HISPANOAMERICA?



MADRID
1 9 5 2

RECOGEMOS EN ESTA SECCION ALGUNOS TEXTOS DE VARIA FUENTE Y VIVA ACTUALIDAD. SU LECTURA CONJUNTA PUEDE SER PROVECHOSA.

LAS ESPAÑAS

POR

MANUEL FRAGA IRIBARNE

Anda por ahí una polémica en torno al problema de si tienen o no razón los que (Fidelino de Figueiredo, Menéndez Pidal, etc.) afirman la existencia de dos Españas. El tema es importante, y nada tiene de extraño que incluso se haya planteado en términos de pasión, y no sólo de razón. Pero tal vez convenga, para aclararlo, ir más allá de los términos estrictos de la cuestión y ver si la dialéctica de las dos Españas no es sino una etapa en el magno desfile histórico de otras muchas Españas.

Hace unos días oíamos al eminente profesor Pericot hablar de las muchas y divergentes Españas de la Prehistoria. Pero, sin meternos en zonas tan distantes, es evidente que históricamente hay una buena serie: la España mora, las Españas cristianas del medievo, la España moderna de los Reyes Católicos y los Austrias, las Españas de allende el Océano, la España dieciochesca y crítica, la España revolucionaria del XIX, etcétera. Con la perspectiva de los siglos por delante, será difícil negar las siguientes tesis: 1.ª La España actual contiene elementos acumulativos (raciales, de tradición, de lenguaje, de formas de vida, de estructuras sociales) de todas estas Españas anteriores. 2.ª Estos elementos han sido seleccionados como consecuencia de muy diversas circunstancias históricas y los hemos heredado, unas veces para bien y otras para mal. 3.ª Estas Españas fueron, nos guste o no, lo que fueron la musulmana, oriental y la romana pagana. 4.ª No vacilamos en reconocer las grandezas de nuestros antepasados, aun de aquellos más discordes con nuestro modo de ver las cosas, y con razón alabamos a Averroes y a Maimónides, y hacemos bien.

Cabe objetar—y con razón, además—que no es posible, en todo caso, comparar estas diversas aportaciones con la superior y dominante, que es el Cristianismo. Pero se puede suscribir—y yo lo hago sin reservas—las tesis de Menéndez Pelayo y del P. García Villada sobre el destino cristiano de España en la Historia Universal y creer—y yo lo creo firmemente—que España empieza a existir en toda su plenitud espiritual con la conversión de Recaredo y sigue en pie el problema básico de si España, desde que es cristiana, sin dejar de serlo, ha sido siempre la misma sociedad, igual a sí misma y sin posibilidades de cambio de lo una vez adquirido con perfección.

Yo lo niego. Afirmo que la España de Fernán González es muy distinta de la de Felipe II y ésta de la de Carlos III. No me cabe la menor duda de que la revolución espacial de fines del siglo XV y la transformación demográfica industrializadora del XIX alteraron de arriba abajo las estructuras sociales y cambiaron al país y a su cultura. Pregunto, pues, dónde se cierra la tradición, dónde empieza el non possumus *al cambio social y sólo en qué momento se puede pensar en* restaurar.

O, en otros términos, y volviendo a las dos Españas. Estoy dispuesto a admitir que no son iguales, que la una vale más, infinitamente más, que la otra; que sólo hay una España verdadera *y que la otra es la yedra, parásito que crece sobre la encina secular. Pero no estoy dispuesto a admitir cualquier clasificación, a un lado y a otro, que a cualquiera o a cualesquiera les interese establecer para su uso (y usufructo) personal.*

Balmes lo vió claro en su tiempo: se pueden tener buenos principios y escasa oportunidad. Se puede tener razón y enterrarla en la propia incapacidad. Se puede defender el pasado y cerrar el porvenir.

España busca afanosamente su camino para seguir siendo ella misma, pero no la que fué ¿en tiempos de Alfonso el Sabio? ¿En tiempos de Olivares? ¿O tal vez de Calomarde? Es la España, las

Españas de hoy, que aun no es, a Dios gracias, artículo de museo. En esta tarea hay sitio para casi todos, incluso para los hermanos rezongones y desconfiados y para los inseguros y vacilantes y para todos los que no estén decididamente en contra... Que ya sabemos, por supuesto, que los hay.

IMPORTANCIA POLITICA Y SOCIAL DE LA II ASAMBLEA NACIONAL DE GRADUADOS

POR

RAIMUNDO FERNANDEZ-CUESTA

La Jefatura Nacional del S. E. U., atenta siempre a todos aquellos problemas que afectan a la Universidad, y queriendo atraer hacia ellos las miradas y las preocupaciones de los que pueden resolverlos o, al menos, encauzarlos, ha tenido el indudable acierto de convocar esta II Asamblea Nacional de Graduados que ahora se clausura, y en la cual se ha puesto a discusión una serie de ponencias relativas a temas que gravitan sobre la vida del graduado, no solamente como hombre, sino también como profesional, y que proyectan su luz sobre el panorama de la cultura y de la vida colectiva de España. Fruto de todas esas discusiones han sido unas conclusiones que, por encargo especial del Jefe del Estado, yo, personalmente, he de hacer llegar a sus manos, ante la imposibilidad material de recibirlas de las vuestras. Puede estar orgulloso el Sindicato Español Universitario de esta convocatoria y de esta reunión, porque si, de una parte, ha traído sobre sí una tarea de una gran trascendencia nacional, de otra ha dado lugar y ha abierto la posibilidad de que problemas que afectan a los universitarios—que no son abstracciones ni disquisiciones académicas, sino problemas vivos, problemas reales, que a veces tienen hasta el apremio angustioso del diario vivir—, en lugar de haber sido resueltos o de una manera fría y burocrática o gracias al esfuerzo heroico, oscuro, de la lucha individual, sean traídos a una discusión con todo entusiasmo, con todo apasionamiento, con ese entusiasmo y ese apasionamiento que se pone en las cosas que nos llegan a lo vivo y que afectan a nuestra própia existencia, pero también con las garantías de acierto en su planteamiento y en su resolución, que representan los asesoramientos y los estudios colectivos que habéis aportado a esta reunión.

UNA PRUEBA DE LA TRANSFORMACIÓN ESPAÑOLA

Es esto una prueba más de la profunda transformación que se ha verificado en la vida nacional española después de nuestro Movimiento. En ella han nacido nuevas ideas, nuevos conceptos, nuevos organismos y nuevas instituciones, o las viejas ya existentes se han llenado de un nuevo contenido. Y así sucede, y así vemos que el Sindicato Español Universitario, en lugar de ser, como las antiguas organizaciones estudiantiles, instrumento disolvente, corrosivo de la vida intelectual española, organismos que sólo hacían una crítica negativa y que estaban al servicio de objetivos totalmente ajenos a los fines de la Universidad, en lugar de terminar su misión o creer que debe terminarla cuando el estudiante sale de la Universidad, el Sindicato Español Universitario se ha constituído en el centro de gravedad y de atracción de todos estos problemas que afectan a los universitarios de una manera radical y sustantiva; se ha constituído en el ágora de todos aquellos que desde la Universidad o desde las Escuelas Especiales se encaran y se enfrentan por primera vez con la vida y tienen que realizar y llevar a cabo la tarea nada fácil de transformar toda su preparación intelectual en un medio de

vida, de subsistencia y de contribución a la cultura de su Patria. Por eso el Sindicato Español Universitario no podía estar de espaldas ni ajeno a la situación de los graduados, sobre todo en aquel momento en que los graduados necesitan de la protección y del consejo del Sindicato, o séase cuando el graduado sale de la Universidad. Y de aquí el motivo justificadísimo de la creación original de la Sección de Graduados del S. E. U., a través de la cual el S. E. U. percibe toda la amarga experiencia, todo el profundo desencanto de esos jóvenes que muchas veces, a la puerta misma de la Universidad, han tenido que quemar sus más puras ideas, sus más nobles conceptos, para hacer de sus cenizas los cimientos sobre los cuales han levantado después el edificio de una vida construída con los materiales de la angustia, de la necesidad, de la rutina, de la traición inclusive a todo aquello que durante los años de su vida universitaria constituía sus ambiciones y sus ideales de juventud. Pero el graduado no puede ni debe abdicar de la ciencia. No puede perder su fe en el poder, en la potencia de las fuerzas intelectuales que adquirió con el estudio, y el Sindicato Español Universitario—y esta Asamblea es una demostración de ello—debe contribuir a que eso no ocurra, y debe contribuir también a enseñar al graduado el manejo de todas esas armas intelectuales y su utilización en el palenque de la vida y en el noviciado de su ejercicio profesional.

EL PROBLEMA DE LOS GRADUADOS ES EL PROBLEMA DE LA CLASE MEDIA

En realidad, el problema de los graduados no es otra cosa—y esto demuestra también la importancia política de esta actitud del S. E. U.—, no es otra cosa que el problema de las clases medias españolas o, por lo menos, una de las facetas más importantes del mismo. Y a ese problema, la Falange no puede estar ajena; la Falange tiene que planteárselo con toda su crudeza y con toda su extensión. Dios me libre de desconocer la extraordinaria fuerza social que tiene el proletariado en la vida moderna. Repetidas veces, y muy recientemente lo he puesto así de manifiesto, como he puesto también de manifiesto la necesidad, no sólo de la elevación material del proletariado, sino también de su elevación cultural y de su elevación política. Pero en una concepción unitaria de la sociedad en la cual las fuerzas y sectores que la integran tienen que estar armónicamente unidas para el logro de un fin superior y común, todo aquello que tienda a disgregar esas fuerzas, a esos factores, a convertirlos en compartimientos estancos, a atraer la atención y preocupación del Poder público sólo y exclusivamente a favor de uno de esos sectores, con olvido de los demás, eso es heterodoxia falangista.

Quizá el pecado más grande del liberalismo haya sido el de utilizar al proletariado para manejarle a su antojo a cambio de ofrecerle una serie de ventajas que sabía que eran de muy difícil o imposible cumplimiento. Como justa reacción ante este engaño surgió una conciencia de clase, que llenó de miedo, de pavor, a los antiguos amos y de odio y afán de desquite a los trabajadores. La lucha de clases había nacido. Y terriblemente exagerada se encontraba en España al comenzar nuestro Movimiento Nacional. Esta situación táctica, con la cual el Movimiento tropezó en su comienzo, es la justificación del orden de prelación con que ha tenido que acometer la inmensa tarea que le ha cabido en suerte. Pero esto no quiere decir que la capacidad social del Movimiento esté agotada con esta preferencia, y por eso es necesario ya ocuparse también de las clases medias, y ello por varias razones. En primer lugar, porque las clases medias están íntimamente vinculadas a la entraña del Movimiento Nacional y han constituido su nervio no sólo en las horas de mayor intensidad guerrera, sino también en las horas de una paz difícil y creadora. En segundo término, por el número, por el espíritu de iniciativa, por la capacidad productora de las personas, de los hombres que están integrados en este sector social. En tercer lugar, porque hoy día ya no es posible hacer una clasificación tajante de esas clases y muchas de las llamadas masas trabajadoras están emplazadas en las

clases medias aun en contra de los que se empeñan en ahondar diferencias artificiales. Y la última y principal razón, porque se marcha a pasos gigantescos hacia la proletarización de las clases medias, y no sólo porque sus ingresos, los ingresos de los intelectuales, o no han variado o han variado en cantidad insuficiente, sino también por algo más importante: porque, como secuela del marxismo, las clases medias están ya empezando a contaminarse de ese espíritu de lucha, de odio, de desquite que al marxismo caracteriza, y se corre el riesgo y el peligro de que al perder y al cambiar su base económica cambien también las bases espirituales y culturales sobre las cuales estaban asentadas.

Uno de los principios, de los postulados de nuestro Movimiento Nacional es, como sabéis, el de la justicia social. Pero corrientemente, cuando de la justicia social se habla, todos o casi todos nos referimos a la justicia que es debida a las clases trabajadoras y proletarias, olvidando que una de las características de la justicia es la de la generalidad y que esa justicia se debe a todos los que la necesitan y en la medida adecuada a su necesidad. Pues bien, uno de los aspectos de esa justicia es la seguridad social, que, en definitiva, no es otra cosa que la obligación que la sociedad tiene de garantizar a todos los hombres la posibilidad de adquirir los medios para su subsistencia; a adquirirlos con su trabajo, no de regalárselos ni proporcionárselos, salvo en el caso de incapacidad. Es decir, la seguridad social impone a la sociedad la obligación de proporcionar a todos los hombres que lo necesiten trabajo adecuado a sus condiciones y sus facultades, y por eso, si justamente nos preocupamos del paro del trabajador manual, también nos debemos preocupar del paro del trabajador intelectual, máxime teniendo en cuenta que para ser clasificado como tal es preciso haber seguido largos estudios, largo aprendizaje y haber hecho grandes dispendios. Por eso, entendida la seguridad social como un aspecto de la justicia en este sentido de amplitud, no referido a un solo sector de la sociedad, no puede tener como único objetivo el de la subsistencia humana, porque esto equivaldría tanto como someter al hombre a la más denigrante animalidad, sino que tiene también como objetivo el que los hombres puedan vivir libremente, esto es, puedan crear libremente su vida, desarrollar sus posibilidades, labrarse su propio destino. La seguridad social no tiene solamente una finalidad de estómago, sino de dignidad humana, y de una buena organización de la sociedad.

PURIFICACIÓN DE LAS CLASES MEDIAS ESPAÑOLAS

Claro es que las clases medias españolas, por lo menos una gran parte de las mismas, después de nuestra guerra han quedado purificadas de muchos de sus errores, de muchos de sus defectos; de los errores y defectos de la mediocridad, de un espíritu egoísta, de un fósil y trasnochado conservadurismo, de una falta de arraigo y convicciones nacionales. Pero las clases medias españolas del presente no pueden ser lo que eran las de hace cincuenta años; tienen que asomarse a más altos horizontes, asumir mayores responsabilidades, realizar mayores sacrificios. Ahora bien: el graduado es la expresión típica de la clase media española, y por eso le afectan todos aquellos problemas que a las mismas afectan en general, más, además, aquellos que típicamente le corresponden como tal graduado. Pero aun dentro de esto hay uno, como sabéis, de tipo personal: aquellos que se refieren al graduado como miembro de una profesión y aquellos otros de tipo general que afectan a la profesión misma.

Sería, o estimo que sería ocioso de mi parte después de todos vuestros trabajos y discusiones, que yo hiciese aquí un bosquejo, siquiera fuese enumerativo, de todos los problemas que vosotros tan profunda y minuciosamente habéis estudiado, ni aun de aquellos que han constituído el núcleo, el nervio, la medula de vuestras discusiones. Por ejemplo—y cito algunos al azar—, el de la aplicación práctica de los títulos profesionales, el de los monopolios profesionales, que representan, en definitiva, una limitación a la libre y legítima actividad del individuo; el de la delimi-

tación de la función profesional combatiendo el intrusismo; los de la dignificación de la docencia, los de la marcha y salida de los graduados hacia América, que nunca se podrá tomar como una emigración intelectual, que sería denigrante, sino como una continuación de una empresa cultural que fué iniciada en la época del máximo esplendor de lo español. Todo eso es extraordinariamente interesante; pero a mí lo que me interesa ahora subrayar aquí es vuestro método de trabajo, vuestra aportación como profesionales ofreciendo al Estado y a la sociedad no solamente vuestros conocimientos y vuestras experiencias, sino también vuestra voluntad de servicio. Es decir, lo que interesa hacer resaltar ahora es la importancia política y social de esta Asamblea y del Sindicato Español Universitario, como cauce y motor de la misma. Los graduados constituís un importantísimo estamento de la sociedad española; pero, en vez de limitaros a pedir al Estado la solución a vuestros problemas, vosotros, generosamente, le brindáis esas soluciones después de haberlas madurado y elaborado en largos y meditados trabajos, en cuyas deliberaciones habéis apartado siempre todos los viejos prejuicios, todas las viejas rutinas y todas las ambiciones y aspiraciones bastardas. La obra del Estado no es bastante. Se necesita también la obra de la sociedad. La fisonomía del Estado puede cambiarse mediante unas disposiciones legislativas o administrativas. En cambio, es mucho más difícil cambiar las bases y la estructura de la sociedad, la mentalidad de la misma. Por eso, los trabajos de esta Asamblea y la Asamblea misma constituyen una demostración más de cómo se va traduciendo en nuevos métodos de trabajo, en nuevos modos, en nuevas aportaciones, en nuevos conceptos, esa Revolución que desde su comienzo nosotros hemos llamado Nacional, porque hemos querido y queremos que vaya hasta los últimos estratos de la sociedad española para que sacuda su modorra, para que se ponga en movimiento y la eleve a la cima de esas metas en las cuales ya fué idealmente colocada por aquellos estudiantes que, como Matías Montero, supieron graduarse en la inmortalidad desde que iniciaron su carrera.

Y nada más. Yo me ofrezco a vosotros con todas las posibilidades de que dispongo en mi cargo de ministro secretario general del Movimiento y me ofrezco también para hacer llegar a la persona del Jefe del Estado las conclusiones de esta Asamblea y vuestra adhesión respetuosa.

SOBRE «LA INSTITUCION»

POR

MARCELO ARROITA JAUREGUI

Parece ser que se vuelve sobre un tema: el de la Institución Libre de Enseñanza. Con fecha reciente, Jorge Vigón ha señalado, como una especie de peligro en cierne, la resurrección en la admiración de las gentes de algunos hombres pertenecientes a ella.

Estoy ya asomado a la treintena. Tenía exactamente ocho años el 14 de abril de 1931, y trece años el 18 de julio de 1936. Para nosotros, y creo que los hombres de mi edad para abajo suponemos un núcleo numérico bastante importante, tanto en las promociones universitarias como en el total nacional, la «Institución» es un cadáver, un muerto desde hace ya muchos años, aproximadamente desde que tenemos uso de razón. Para nosotros, el señor Giner de los Ríos, demostrado ya por el tiempo el nulo valor de sus aportaciones filosóficas, es cierta graciosa especie de santón laico que se subía a la sierra del Guadarrama a comerse

unos huevos duros, como si subir a la sierra y comerse unos huevos duros supusiera la europeización de España. Nosotros nos hemos enterado de la existencia de Castillejo—los que nos hayamos enterado—en las páginas de algún libro sobre historia contemporánea de España. Y el krausismo, creo que ninguno de nosotros—salvo los muy especializados en historia de la Filosofía—tiene la menor idea de en qué consiste. Por tanto, la Institución Libre de Enseñanza es, para nosotros, aproximadamente lo que se dirá ahora. A saber: a) *Una especie de masonería intelectual destinada a copar los puestos claves de la Universidad y de la vida intelectual del país y entregárselos a sus gentes.* b) *Una especie de asociación de intelectuales, de acendrado matiz político liberal, que de la Universidad saltó a la vida pública con ocasión del 14 de abril, que fracasaron totalmente, y que quedaron incapacitados, para siempre jamás, en este aspecto.* c) *En el orden cultural, una asociación a la que hay que reconocer ejemplar—Jorge Vigón* dixit—, *desde el punto de vista del trazado de una política de la Cultura.* d) *Una asociación de beatos de la ciencia, aplicados y asépticos.*

Creo que para los mayores de edad y normales de discernimiento, cualquier posible peligro político proveniente de estas gentes, de los posibles restos de estas gentes, sería rechazado en absoluto. Otra cosa no sabremos, pero rechazar manjares revueltos, por muy endulzados que nos lleguen, creo que esto claro que sí, por lo menos entre las gentes de mi promoción, que aprendimos dramáticamente las consecuencias de una nación envuelta en visiones partidistas, y que sabemos hacerlo lo mismo cuando la visión partidista resucita en la izquierda que, mucho ojo, cuando viene de la derecha. (Respecto a las promociones más jóvenes, tengo mis dudas, tras la despolitización a que, de un tiempo a esta parte, vienen siendo sometidas, también en nombre de lo científicamente puro, de la asepsia intelectual y de la aplicación al estudio, en las aulas universitarias. Pero ya hablaremos de esto en otra ocasión.) Afirmo, pues, que entre los hombres que hoy podemos tener de veinticinco a treinta años es marcadamente difícil la influencia política de esta gente: carente de prestigio, fracasados y, no se olvide esto, viejos, decididamente viejos. Y lo que se dice de este grupo dícese del de enfrente, porque tan fracasados salieron de la experiencia republicana la Asociación al Servicio de la República como la C. E. D. A. y sus a láteres.

Quedan otros puntos dignos también de meditarse. El primero, la indiscutible labor llevada a cabo en la Universidad española por los hombres de la Institución, que elevó el nivel cultural de la Universidad, modernizó los elementos de trabajo, nos puso al día en métodos científicos, aireó el ambiente enrarecido, se preocupó por comunicarnos con Europa, nos aportó el conocimiento personal de los últimos sabios y la divulgación de sus teorías, valoró fuera de aquí el esfuerzo de los sabios españoles que se lo merecían, nos trajo un sentimiento de superación en el trabajo cotidiano de la cátedra, etc. Tuvo la suerte de que, desde el punto de vista científico, contó con hombres de valía intelectual indudable, auténticos sabios, a los que supo—recojo de García Escudero—añadir un equipo de seguidores de las siguientes características, que describe Jorge Vigón: modestia y gusto del anonimato en su iniciación, austeridad administrativa, cuidado de las formas, cultivo de una pedantería más bien melancólica, progresividad en su expansión y fría pasión animando una formal neutralidad científica. Y, junto a esto, una decidida aversión a las apologías. De la importancia de su obra, en el aspecto universitario, creo que da cabal cuenta una ojeada a nuestro alrededor. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas es la Junta de Ampliación de Estudios, renovada, puesta al día y considerablemente aumentada en número de organismos, laboratorios y colaboradores, así como presupuestariamente, lo que ha elevado también la amplitud de sus trabajos y el número de sus revistas y publicaciones. El Instituto Ramiro de Maeztu es la superación del Instituto-Escuela, también modernizado, aumentado, oficializado y reforzado presupuestariamente. Y los Colegios Mayores, institución que honra al régimen que la creó, tienen,

en definitiva, su origen lejano en la Residencia de Estudiantes, cuya representación actual más exacta es la Residencia del Consejo Superior. Y el mismo origen tiene esa Residencia de Escritores y Artistas que acaba de crear el Ministerio de Educación Nacional. Claro que, afortunadamente, superado el agnosticismo de aquello y bautizado.

No dispongo de una lista de intelectuales y sabios afectos a la «Institución» ni tampoco sé exactamente—con excepción de algunos, particularmente señalados—quiénes pertenecían a ella. Creo que este desconocimiento se da, aproximadamente en la misma medida, en esta promoción a que me vengo refiriendo. Jorge Vigón parece señalar algunos nombres: de los tres a que alude, dos de ellos nos tienen que ser—por españoles y universitarios—particularmente caros. Creo que esta admiración nuestra y este cariño no comporta apego a sus ideas políticas, sino a su labor española de verdad, a su categoría como escritores ambos, a su condición indiscutible de sabio de uno de ellos. Decía Fernández-Carvajal desde Alcalá: *«Es formalmente partidista y contribuye como tal a desgarrar a España, aunque sea de modo inconsciente, todo planteamiento exclusivamente político de cualquier problema cultural, administrativo o económico.» Estamos totalmente de acuerdo, y creo que vale, mejor que lo que yo pudiera decir, esta magistral frase para terminar con este punto. Nosotros, que no tenemos nada que ver con la atmósfera partidista anterior al 18 de julio, nos tropezamos con unos valores españoles y los admiramos. Antonio Machado es el mejor poeta español desde el Siglo de Oro, y esto nos basta en estos momentos; si con su nombre se hace propaganda española* (1), *a nosotros nos basta con que es un gran poeta español.*

Vuelvo a coger el hilo: decía que la «Institución» es un cadáver como tal «Institución», y creo que esto está perfectamente claro para cualquiera que no mire torcidamente la hora española. Ha quedado de ella lo que verdaderamente hubo en ella de valioso y de aprovechable, y eso es lo que está vivo, pero ya perdido el hilo de unión con lo anterior. En realidad, no es mucho y tiene más valor adjetivo que sustantivo, porque son cosas que a cualquiera, estoy seguro, se le hubieran ocurrido; cosas importantes que hay que agradecer, no obstante. Y algunos hombres valiosos desligados de ella porque los hombres no viven sobre los muertos. Por tanto, este temor de Vigón me parece exagerado, pero me estoy temiendo que esté presente en demasiadas conciencias. Y esto lo digo a propósito de una frase de Calvo Serer en la revista francesa Rivarol *del día 18 de octubre próximo pasado: «La España de 1951 dispone de una* élite *capaz de entregarse a un último esfuerzo para elevar a todos los españoles a un nivel superior en todos los planos: económico y espiritual, intelectual y social. Creo que a la preparación de esta* élite *han aportado su contribución la Institución Libre de Enseñanza, así como la Unión de Trabajadores, lo mismo que los católicos sociales y el nacionalismo intelectual; tanto los escritores independientes como los medios universitarios; Machado, Hinojosa, Ramón y Cajal, Menéndez y Pelayo, igual que Ortega y Gasset y Menéndez Pidal.» ¿Cree verdaderamente Calvo Serer que queda mucha influencia ideológica o política, de pensamiento o de* procedimiento, *de la «Institución» o de la Unión General de Trabajadores (!) en la* élite *española? Francamente, a simple vista no se ve, y andaríamos apañados si sucediera. Acabo de exponer lo que sobre la «Institución» sabemos; lo que hubo en ella de aprovechable, aprovechado está; lo que políticamente representó no tiene validez alguna; sus procedimientos de «trabajo» los rechazaría cualquier español total y no español a medias—de izquierdas o de derechas—, cualquier es-*

(1) No descubro la pólvora. Recuérdese el extraordinario prólogo que Dionisio Ridruejo escribió en 1940 para una edición de las *Poesías completas* de don Antonio. El entonces delegado nacional de Propaganda supo acertar magistralmente en lo que debía ser un enfoque actual del poeta. Recuérdese, asimismo, los trabajos de Laín Entralgo y el número monográfico de Cuadernos Hispanoamericanos.

pañol del 18 de julio de 1936 (2). *¿Dónde ve esta influencia Calvo Serer, de dónde la saca? En cambio, creemos que a la frase le falta algo. Pero de esto prometo hablar en la próxima ocasión, porque esto sería ya otra historia, y no muy agradable.*

(2) No es manco, en tal aspecto, y en algunos más, el «delantal»—así se llama en el lenguaje del periodismo—que lleva el artículo a que nos referimos. Pero esto es también otra historia y no es del caso en este artículo, aunque sí sea una historia sobre la que hay que incidir en otra ocasión.

LA UNIVERSIDAD COMO EMPRESA

PUNTOS PARA UNA MEDITACIÓN ESPAÑOLA

POR

PEDRO LAIN ENTRALGO

I

Comencemos, como es debido, por un sumario examen de nuestra conciencia universitaria. He aquí el resultado ineludible: la actual Universidad española no nos gusta. Quien diga otra cosa no es sincero; o, lo que casi es peor, no sabe lo que debe ser una Universidad. No nos gusta, en primer término, a los universitarios; no gusta, por otra parte, a los pocos españoles para quienes la Universidad es objeto de algún cuidado espiritual. Pero ¿es posible en España una Universidad verdaderamente satisfactoria? No plantearse de frente este radical problema equivale—apuremos el símil botánico—a residir perpetuamente en las ramas. Veamos, pues, los supuestos principales de una institución universitaria digna de su nombre.

II

Es el primero de amor intelectual a las realidades creadas: la Naturaleza, el hombre, las acciones y las obras humanas. Una sociedad donde no exista verdadero interés por saber lo que son y han sido las cosas—una roca, un contrato, el movimiento de un infusorio—construirá, a lo sumo, simulacros de Universidad, no Universidades propiamente dichas. Ciencia y docencia son los dos objetos fundamentales de la institución universitaria, y los dos parecen imposibles sin la existencia de ese amor intelectual a la realidad. «Los cielos—cantaba el salmista—publican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos.» Quien, ante el Universo, se limite a esa actitud de cántico—esto es, quien no se afane por saber y por enseñar cómo es ese firmamento que publica la gloria de Dios—, jamás podrá ser, en el rigor de los términos, universitario.

III

Segundo supuesto: la capacidad de entrega al cumplimiento de una obra intelectual. No basta amar intelectualmente la realidad; es preciso que ese amor sea eficaz, que nos conduzca a empeñarnos con humildad en saber todo lo que los demás hombres han hecho cuando por él fueron movidos, en hacer algo por cuenta propia, aunque sea poco, en servicio suyo, y en comunicar puntualmente a los menesterosos de conocimiento el resultado de ese doble empeño. Aquel modesto doctor Tulp que Rembrandt inmortalizó—un hombre volcado hacia la realidad, investigador de ella y celoso por mostrar, sin divismo alguno, el fruto de su pesquisa—consti-

tuye un buen ejemplo de la actitud universitaria frente al saber.

IV

La prontitud a la cooperación es el tercero de los supuestos de la Universidad. La institución universitaria nació tanto del afán de saber y aprender como de un espíritu de comunidad social; no olvidemos que el término *Universitas* fué originariamente empleado para designar, más que el establecimiento docente en sí mismo o *Studium generale*, la corporación de los escolares o de los escolares y los maestros. El hombre radicalmente insolidario—por jabalí o por tenor, según una tipología de Ortega famosa en España hace veinte años (1)—puede ser genial, mas no tiene en la Universidad su lugar propio. ¿Es imaginable siquiera un tenor docente o discente?.

V

Examinemos la actual disposición de los españoles en orden a los tres mencionados supuestos de la vida universitaria. ¿Existe entre nosotros, a modo de hábito social, el amor intelectual a la realidad creada? Es evidente que no; o, cuando menos, no en proporción y en forma universitariamente satisfactorias. Los españoles mejores han solido ver el Universo como simple escenario de una creída salvación ultraterrena o de una soñada salvación histórica; y la masa de los españoles medianos y peores tiende a considerar la realidad como mero estímulo de una fruición ocasional e inmediata. De ahí el escaso interés de la sociedad española por la ciencia y por la institución en que se la cultiva y enseña. Véanse, citados al azar, algunos hechos que prueban mi aserto: 1.° La enorme dificultad y aun la imposibilidad de consagrarse en España—hablo, ya se entiende, de una consagración exclusiva—a la docencia y a la investigación científica. La retribución del oficio profesoral es mezquina en el caso del profesor titular, e irrisoria en el caso del profesor adjunto. 2.° La mayor atención hacia el Colegio Mayor (sede de la formación ética) que hacia la Cátedra, la Biblioteca y el Seminario (lugares de la formación intelectual) entre quienes ahora sienten algún interés por la Universidad. 3.° El escaso cuidado por las vocaciones intelectuales y por el quehacer científico en nuestras organizaciones industriales y políticas. 4.° El evidente recelo de no pocos españoles tradicionales—recelo sincero o táctico, según tenga su origen en un mal entendido sistema de creencias o en un inequívoco afán de monopolio—ante quienes dicen querer vivir como «puros hombres de ciencia». 5.° La prodigalidad con que todos ofrecen cientos de millones para las nonnatas «Universidades laborales», y la estrechez con que deben administrar su pobre peculio las Universidades *stricto sensu*, más científicas y menos futuras que aquéllas. 6.° La ausencia de suplementos consagrados a la ciencia en nuestras publicaciones periódicas, tan atentas por lo general al deporte, al teatro, a la moda femenina y aun a la caza y la pesca. 7.° La facilidad con que se importan carísimos futbolistas de ultrapuertos y la indiferencia con que se ha perdido, desde 1940, la oportunidad de traer a España unos cuantos hombres de ciencia de verdadera calidad. Algo se ha hecho en tal sentido, es cierto, mas no todo lo que ha podido y debido hacerse. 8.° El gran número de automóviles de lujo que pagan su arancel en nuestras aduanas y el exiguo número de libros científicos que llegan a nuestras bibliotecas públicas y privadas. Basta, creo, lo expuesto para decir aquí, con muy íntima pena: *quod erat demonstrandum*.

VI

Si frente al primero de los tres mencionados supuestos suele pecar la sociedad española, tan tibia en *amor rerum intellectualis*, el pecado contra los dos restantes pesa, en muy buena parte, sobre los hombres más directamente vinculados a la Universidad, esto es, sobre los profesores. Admitamos, y ya

(1) El jabalí puede ser solidario y cooperante cuando actúa como punta de vanguardia en un ataque contra lo caduco. Ese es, creo, el jabalinismo que en estas mismas páginas proponía el animoso Sánchez Ferlosio.

es admitir, que dentro de todos ellos la realidad presente o pretérita en que vive y florece esa pasión intelectual por el oficio universitario tiene su primer fundamento. ¿Cuántos son, sin embargo, los que—egregia o humildemente, según la medida de sus propias fuerzas—procuran hacerlo eficaz? Con otras palabras: ¿cuántos son los profesores universitarios que rinden en obra docente y en obra investigadora todo lo que su talento les permitiría rendir? Debo confesar que la respuesta a esas interrogaciones me parece harto insatisfactoria. Es verdad que el trabajo intelectual no suele ser entre nosotros cordial y económicamente bien estimado (1); es también cierto que el profesor debe dispersar lastimosamente sus actividades personales si quiere subsistir con decoro. Pero ello no alcanza a justificar del todo nuestra indudable deficiencia. Varias veces he citado una ejemplar serie de nombres, integrada por los de Cajal, Menéndez Pelayo, Hinojosa, Ribera, Ferrán, Olóriz, Turró, Menéndez Pidal, Gómez Moreno, Achúcarro, Asín Palacios, Río-Hortega, Tello, Pi y Suñer, Cabrera y algunos más. Trátase de varones nacidos entre 1850 y 1880. Pues bien: me pregunto si entre los españoles nacidos en los treinta años subsiguientes—1880-1910—pueden ser citados otros quince, tan severa y cotidianamente consagrados a la edificación de una obra científica personal. Cuidado: no hablo de talento, ni de rigor intelectual, ni de saber, ni de brillantez, y menos de ejemplaridad política, sino de entrega humilde y resuelta a la tarea de hacer la ciencia que uno pueda y de enseñarla día a día. ¿No habremos de concluir entonces que la sed de lucro, relieve social y confortación, tan viva y espoleante entre todos los españoles desde hace varios lustros, ha prendido también en las almas de nuestros mejores hombres de ciencia, con detrimento de su entrega al oficio científico y universitario y, en definitiva, de su obra más propia? ¿No estamos asistiendo, por otra parte, al deliberado empeño de algunos por identificar el «poder universitario»—o la pretensión de ese poder—con el «espíritu universitario»? ¿No son tantas veces confundidos el «hablar de la Universidad» y el «hacer por la Universidad»? Que cada lector procure buscar por sí mismo las tres respuestas.

(1) Hay meritísimas excepciones; con muy vivo gozo lo consigno. Mas no pasan de ser las excepciones que acreditan la regla.

VII

La vocación intelectual y la vocación artística imponen a quienes de veras las poseen cierta insolidaridad social; el tópico que hace al sabio «distraído» y al artista «bohemio» tiene en ello su último fundamento. No menor vigencia tópica goza la atribución de un engallado individualismo a los hijos de Celtiberia. Con lo cual, poniendo tópico sobre tópico, vendrá a concluirse que la insolidaridad de los universitarios españoles debe ostentar doble, y acaso cuádruple dimensión. Pero los tópicos tienen siempre tanta razón en su apariencia como sinrazón en su entraña; por eso pudieron hacerse verdades vulgares. Ni el sabio es siempre distraído, ni el español insolidario. ¿Pueden ser llamados insolidarios los hombres que han creado la *fides celtiberica*, la Orden de Predicadores, el Ejército regular y la Compañía de Jesús? El secreto consiste, a mi juicio, en que la solidaridad del español suele despertarse en las situaciones «frente a» y propende mucho más a tomar forma de «grupo homogéneo» que figura de «institución nacional». No es difícil imaginar el resultado en cuanto atañe a la institución universitaria, plural y no homogénea por su misma esencia: o el profesor se convierte en un *outsider*, o siente con mucha mayor fuerza el imperativo de un grupo determinado, el suyo, que la administrativa y tenue llamada de la Facultad y la Universidad, las dos unidades institucionales a que como profesor pertenece. Busque el lector ejemplos idóneos en su propio contorno.

VIII

Volvamos ahora a nuestra interrogación inicial. Si en la sociedad española es tan escaso el amor intelectual a la

realidad; si entre nosotros, los universitarios, flaquea, en virtud de tales o cuales razones, la entrega al quehacer docente y científico; si tantas veces prevalece en las Universidades españolas el interés por el grupo sobre el interés por la Facultad, ¿será posible en España una Universidad medianamente satisfactoria? ¿Será posible, por añadidura, una Universidad cuyos hombres sepan ejercitar, frente al firmamento que publica la gloria de Dios, el deber universitario de la pesquisa y el deber humano del cántico? Permítaseme conservar en la respuesta el sesgo condicional de la pregunta. Si los mejores entre los mozos de veinticinco mayos, mes de exámenes, se resuelven a alistarse para esta Guerra de los Treinta Años y a combatir cotidianamente en ella, es decir, si se deciden a sucedernos siendo mejores y más fuertes que nosotros, los hombres que ya miramos el brío intacto de esa edad con plomo de lustros en el ala, me atreveré a creer y a decir que sí, que en España es posible y esperable una Universidad digna de ese levantado nombre.

UN EDITORIAL DE LA REVISTA «ATENEO»

Las Ideas, las Letras y las Artes, tantas veces atomizadas y reducidas al recinto de los partidismos de campanario, piden a voces una colaboración sincera de todos. Una colaboración que no excluye, sino que implica, la riqueza y variedad de las opiniones sobre lo que Dios ha dejado a las disputas de los hombres.

Porque éste es el único y verdadero camino, Ateneo *tiene sus páginas abiertas de par en par a todos los vientos, ya que no—naturalmente—a los vendavales, que, lejos de impulsar, desarbolan, por muy firme que sea el timonel.*

Esto significa que Ateneo *no cree tener ni a nadie tiene por enemigo. Precisemos los términos. La voz «enemigo», manoseada hasta por los que jamás leyeron a Carl Schmitt, tiene una significación maniquea. Enemigo es aquel a quien se pretende aniquilar, porque constituye un obstáculo para la propia existencia. En este sentido,* Ateneo *afirma tajantemente que no considera a ningún español como enemigo. Incluso aquellos que niegan los postulados fundamentales del Estado nacido del 18 de julio, son simplemente adversarios, a quienes siempre trataremos de incorporar a nuestras tareas, superando las diferencias, no en una suma de egoísmos centrífugos, sino en una síntesis equilibrada: el bien común. Ahora bien: es evidente que esto exige, en primer lugar, aclaración terminante de la verdad y consecución prudente y firme de su vigencia social.*

Quien se declara enemigo es que tiene una concepción unilateral de la vida en sociedad. Es que entiende la vida colectiva como monopolio o mayorazgo. Es que se siente débil y teme bajar en pie de igualdad al predio, para medir su brazo con el de los demás que lo labran. Pero también a los refractarios tiende Ateneo *la mano. Y lo hace porque no se siente ni amenazado ni amenazador por y para quienes están dispuestos a participar en la empresa común, especificada por el sistema de ideas del Movimiento nacional. La estrategia de aprestar las armas tan pronto como se oye el clarín de un vecino es la estrategia del hombre de las cavernas, es el grito. En los antípodas está la estrategia de la colaboración, la sinfonía. Entre el hacha de sílex y el engranaje, entre el estado de Naturaleza y el de Derecho,* Ateneo *opta por lo último. Porque el hombre no es, sino que coexiste.*

EXCLUYENTES Y COMPRENSIVOS

POR

DIONISIO RIDRUEJO

A la hora de luchar y morir, las afinidades que cuentan son las últimas y radicales: una fe religiosa, un gusto de civilización, un orgullo de Patria. El modo de entender la Historia pasa a un puesto secundario. Pero ello no impide que a la hora siguiente—la de vivir, construir y esperar temporalmente—vuelven a hacerse distintos parecidos e incompatibilidades. El cómo se defiende, se sirve y se proyecta en el porvenir una fe, una civilización o una patria, tienen otra vez importancia decisiva. Porque ahora no se trata ya del *qué*, sino del *cómo*—el *qué* se supone dilucidado y a salvo—. Sin perjuicio de que el *cómo* influya decisivamente en nuestra inteligencia del *qué*.

Está claro que el problema del decaimiento de España o el de su resurgimiento—que es el mismo en dos fases distintas—ha sido claramente distinto para unos y para otros—para unos pocos y para los más—de los un día coincidentes en que «por de pronto» había que luchar por España sin pararse en distingos. Digamos más bien que para unos no hay tal problema—tengamos presente el título de un conocido ensayo restauracionista—, y todo lo pasado se reduce a una intrusión agresiva o perturbadora en una tradición serena por parte de un pensamiento y de unas fuerzas del todo ajenas a ella. Y hay, naturalmente, una diferencia sustancial entre quienes creen que los adversarios comunes han inventado el problema y los que creen que cada uno de esos adversarios ha planteado, entendido o tratado de resolver un problema real y verdadero.

La visión del adversario y su posición frente a él, e incluso su elección y reconocimiento, la valoración de la propia lucha y de la propia victoria, resultan, necesariamente, afectados por uno u otro de los puntos de vista.

Para suponer que Unamuno—que además no fué un adversario—es un mero perturbador de la unanimidad religiosa de España, es preciso creer que en los años activos de Unamuno no había problema o crisis de religiosidad en España.

Para quien estima que Miguel Hernández—u otro revolucionario socialista cualquiera—no es más que un agente ruso que perturba un orden social satisfactorio, es preciso que no exista problema social en el que aquel extravío se inserte.

Si estos hombres y todos los demás—disidentes en poco o en mucho de la tradición ortodoxa—son meros intrusos, meras incidencias perturbadoras, con cuya eliminación—como con la quema de un hereje en la España del XVI—queda zanjada la cuestión, toda comprensión es un vicio de debilidad.

Pero para quienes existen el problema y los problemas—el religioso, el social, el histórico—, la cosa es diferente. La razón del adversario resulta importante y la comprensión del adversario—si ya su conversión no fuera un deber de caridad—resulta obligatoria. Porque de lo que se trata es de resolver y superar los problemas, y el hecho mismo de tener, en ellos, adversarios es parte sustancial del problema mismo.

A la ocasión del 18 de julio—decía en un oportunísimo y reciente discurso polémico Raimundo Fernández Cuesta—concurren dos mentalidades: una partidista y excluyente, otra comprensiva e integradora. Certísimo. Y esto porque quienes concurren son, por una parte, los hombres de la «España sin problema», reaccionarios y restauradores, y, por otra, los hombres de la «revolución pendiente», herederos de todos los problemas y enderezadores—porque las comprenden—de todas las subversiones. Estos últimos no han luchado para excluir, sino para convertir, convencer, integrar y salvar españoles.

Dicho de otro modo: Para el reac-

cionario, toda acción encaminada a definir un problema español es una traición. Para el español abierto a la Historia—sea cual sea el último matiz de su ideología—, toda tentativa para resolver ese problema—en cuanto tentativa—es un precedente de la propia intención. Se siente heredero de todos esos precedentes—de las tentativas y no de las soluciones—, aun de aquellos que, en el orden ideológico o positivo, son más opuestos a sus creencias. Por eso se siente inclinado a salvar todo lo salvable, a incorporar todo lo positivo y valioso, a asumir todo fragmento de verdad. Su tradición es la de intentar devolver a España a una plenitud histórica: a la del siglo en que vivimos con todas sus consecuencias. Su método es el de absorber, asimilar y «convertir» a todo lo español—y a todo español que tenga conciencia de serlo y haya hecho un poco más grande a España—a la de ahora.

Por añadidura, es indudable que el modo único de quitar al adversario la parte de razón que tiene o tuvo es el de hacerla propia cuando se le ha vencido. Asumir e incorporar los valores del adversario—absoluto o relativo, grande o pequeño—es, en todo caso, menos peligroso que aplastarle o echarle al fuego con su razón entera. El lecho de peligros latentes que los reaccionarios en cuestión descubren ahora bajo el suelo de la victoria nacional no está constituído por un mayor o menor número de enemigos convertidos, aceptados, devueltos a la comunidad nacional o valorados con generosidad y justicia. Todo esto es fuerza y justificación de los vencedores. El lecho quebradizo y peligroso será, si acaso, el que constituyen los problemas irresueltos, en que ayer se apoyaron los enemigos. Y ésos son los que tan celosos delatores ocultan con el humo de su denuncia contra las «ideologías corruptoras que vuelven».

En último extremo, lo único que interesa poner en claro hoy es que la actitud antipartidista, comprensiva y superadora que hemos visto concurrir al 18 de julio, codo con codo junto a la reaccionaria, fué la prevalente en aquel trance, y lo es hoy, por fortuna. Esa actitud noble, clara y ventajosa, lleva el nombre de Francisco Franco, y sostiene al nombre que la sostiene a ella—el de Franco—con honor y ejemplaridad crecientes ante el mezquino mundo de nuestros días. El vencedor injusto aplasta y además calumnia. El vencedor redentor hereda los problemas de sus enemigos para resolverlos y no para escamotearlos.

EL PATRIOTISMO DE CAJAL

POR

PEDRO LAIN ENTRALGO

En un breve escrito polémico, compuesto durante su luciente senectud, expuso vigorosamente don Santiago Ramón y Cajal la doble razón de su vida: «Mientras usted trataba de eludir el servicio militar—dice a su adversario—, los demás nos batimos en Cataluña, fuimos a Cuba, enfermamos en la manigua, caímos en la caquexia palúdica y fuimos repatriados por inutilizados en campaña; y luego enfermos, tratamos de estudiar y trabajar para enaltecer a la Patria..., luchando con la ciencia extranjera a brazo partido.» Dos de los más altos modos de la ejemplaridad humana, el servicio armado a la propia patria y el servicio intelectual a la verdad universal, transparecen con singular energía en esas líneas recias, agonales —homéricas, me atrevería a decir—, de nuestro máximo hombre de ciencia. Y a la vez, con no menor precisión, los

dos sentimientos que más eficazmente lograron acelerar el latido de su corazón: el amor a España y el amor al saber científico.

Otras veces he procurado glosar con pluma analítica y respetuosa la egregia contribución de Cajal a la historia de la ciencia biológica y a la doctrina del saber humano. Dejadme, pues, que hoy, más como español sencillo y fervoroso que como reflexivo historiador de la Medicina, abra este homenaje nacional recordando la viva, la encendida pasión española de nuestro sabio.

Dos notas sobresalen, a mi juicio, entre todas las que podrían aducirse para definir el patriotismo de Cajal: su exaltado sentimiento de la unidad de España y el carácter operativo y eficaz de su vehemente amor a la Patria.

Pocos españoles han sentido con tanta fuerza como este gran aragonés—si queréis, navarroaragonés—la exigencia de la unidad entre todos los españoles, y pocos han clamado tan dolorida y virilmente contra las tentativas para romperla. «Las deplorables consecuencias del desastre colonial—escribe—fueron dos, a cuál más trascendentales: el desvío e intención del elemento civil hacia las instituciones militares, a quienes se imputaban faltas y flaquezas de que fueron responsables Gobiernos y partidos, y, sobre todo, la génesis del «separatismo disfrazado de regionalismo». Esto es, comento yo, la doble herida que infligió aquel desastre de 1898 a la unidad de España: progresiva separación entre sus hombres y creciente disensión entre sus regiones. Todo ello es, en el sentir de Cajal, «deplorable», y frente a ello levanta el sabio, ya octogenario, pero con voz de gesta, su exigente consigna: «Es menester—decía—imponer la unidad moral de la Península, fundir las disonancias y estridores espirituales en una sinfonía grandiosa.» Tan acuciante es la sugestión de estas palabras que, a su conjuro, percibe el anciano en su pecho la nostalgia punzante de una remota, animosa juventud. ¿Cuál debe ser, se pregunda, nuestra conducta ante el irrestañable desmembramiento de España? Y contesta: «Si yo pudiera retroceder a mis veinticinco años, henchidos de patriotismo exasperado, contestaría sin vacilar: la reconquista manu militari *y cueste lo que cueste. Propondría la máxima de Gracián: contra malicia, milicia.»*

Eran escritas esas palabras a comienzos del año 1934. ¡Qué grave, qué tremenda actualidad iban a cobrar dos años más tarde cuando la fuerza armada fué el único recurso posible frente a la casi total disolución de España en regiones, partidos y clases! ¡Y qué bien nos suena en labios de Cajal ese clamor por la unidad de España a quienes, antes y después de 1939, hemos querido que una de nuestras principales acciones fuese la de agrupar en concordia a todos los españoles capaces de prestar con fuena fe un servicio útil a la Patria común, esta Patria española, siempre tan capaz de ser joven y gentil como la Castilla de Fernán González!

La segunda de las notas del patriotismo cajaliano fué, ya lo he dicho, la condición operativa y eficaz de su amor a la Patria. Frente al patriotismo como pura preocupación, Cajal afirmó con palabras y obras el patriotismo como ocupación. Dicho de otro modo: frente a la mera preocupación por España, una afanosa y constante ocupación por España. Dos formas insuficientes suele adoptar entre nosotros la afección a la Patria: la cavilosidad por nuestro destino colectivo, frecuentemente expresada bajo especie de crítica y arbitrismo, y la mera disposición a ofrecer el sacrificio de la propia vida cuando la integridad o la libertad del país se ven gravemente amenazadas. El acerado cálamo de Quevedo definió con fuerza insuperable el noble pero unilateral concepto que muchos españoles han tenido de su propio honor:

Aquella libertad esclarecida,
que donde supo hallar honrada muerte
nunca quiso tener más larga vida.

Bien está, pienso yo, tener siempre despierto el espíritu crítico frente a lo que desplace y aun frente a lo que no acaba de contentar; y más bien hallarse en toda ocasión dispuesto a poner en riesgo su propia vida cuando el honor o la existencia misma de la Patria lo reclaman. Bien está, pero a condición de no conformarse con ello. El verda-

dero amor a la Patria exige—elemental verdad—sentirse de continuo tan resuelto a morir como a vivir por ella, y cumplir bajo su invisible signo una tarea diaria y eficaz. La perfección completa consiste en saber unir al «que muero porque no muero», de nuestra admirable Santa, uno no menos cristiano «que vivo cuando pervivo», es decir, cuando voy creando obras humanas que, trascendiéndome, me procuran merecimiento y pervivencia.

Así entendió Cajal su patriotismo. Nunca pensó que sus personales investigaciones histológicas perteneciesen a un mundo inconexo con el ardoroso amor a España que de por vida le poseyó. «Anhelo patriótico» quiso llamar, muy significativamente, a sus primeras ambiciones científicas; y en todo instante afirmó la existencia de una honda pasión española entre los motivos de su entrega a la investigación en el laboratorio. ¿Quién no recuerda los briosos párrafos del discurso «A patria chica, alma grande», con que, en 1900, agradeció el primer homenaje nacional de que fué objeto? ¿O aquel crudo y espartano consejo que da a sus lectores en Charlas de café: *«Emplea tu vida de manera que tus hijos te llamen tonto y tus conciudadanos benemérito. Para un espíritu de nobles ambiciones, preferible será siempre la gratitud de la Patria a la de la familia; la prole perece y la Patria perdura y recuerda»? ¿O, en fin, la eficaz versión que del quijotismo dió en su espléndida conmemoración del* Quijote, *cuando España y el mundo celebraron el tercer centenario de nuestro sumo libro? «El quijotismo de buena ley—enseñaba Cajal—tiene en España ancho campo en que ejercitarse. Rescatar las almas encantadas en la tenebrosa cueva del error; explorar y explotar, con altas miras nacionales, las inagotables riquezas del suelo y el subsuelo; descuajar y convertir en ameno y productivo jardín la impenetrable selva de la Naturaleza, donde se ocultan amenazadores los agentes vivos de la enfermedad y de la muerte; modelar y corregir, con el buril de intensa cultura, nuestro propio cerebro, para que en todas las esferas de la humana actividad rinda copiosa mies de ideas nuevas y de invenciones provechosas al aumento y a la prosperidad de la vida...: he aquí las estupendas y gloriosas aventuras reservadas a nuestros quijotes del porvenir.»*

A este Cajal entero—sabio, patriota, capaz de abnegación y de esperanza—vamos a celebrar hoy. Recordemos otra vez la conseja de nuestro medievo: después de muerto el Cid, sus leales ganan una batalla más, poniendo su cuerpo a caballo y haciéndolo ver al enemigo. Así ahora. Para que nuestro amor a España sea creador y eficaz; para que nuestro servicio a esta renovada necesidad de ciencia y de técnica no descaezca; para que la entrega a la vocación prevalezca entre nosotros sobre la entrega al lucro; para que la ambición noble venza siempre a la mezquina codicia, levantemos sobre la tierra de España el nombre de Cajal. Haciéndolo así, tal vez dentro de pocos años puedan escribir algunos de nuestros mejores mozos algo parecido a lo que al comienzo escribió Cajal frente a uno de sus poquísimos impugnadores: «Nos batimos en Brunete, llegamos hasta la ribera del Ilmen, y luego, en la paz de España, hemos sabido luchar por la ciencia española a brazo partido.» En memoria de Cajal, Mío Cid de nuestra investigación científica, así sea.

OTRO EDITORIAL DE «ATENEO»

Aun cuando parezca absurdo, lo cierto es que se puede polemizar sin argumentos, e incluso sin convicciones. Se puede polemizar por puro deseo de hacerlo, como explosión o catarsis. Es la dialéctica del improperio y del despropósito. Probablemente, la más antigua de las conocidas, contemporánea de la mandíbula de Mauer.

El despropósito es una razón que no viene a cuento, y que se esgrime pensando más en su peso físico que en su eficacia dialéctica. El improperio es una transcripción mental de la pedrada. Linda con la agresión violenta. El insulto empieza, precisamente, en donde el «logos» termina. Quien se vale de aquél confiesa carecer de razones y ser refractario a la vida social. Por añadidura, revela una intimidad desasosegada, en la que se agitan primitivos y desbocados deseos. El insulto es, muchas veces, un síntoma de complejo de inferioridad o de resentimiento.

Es penoso ver con qué frecuencia se utiliza en algunos países ese sustitutivo de la objeción o de la razón que es la injuria. Ello pone de manifiesto una pedagogía social balbuciente. Es preciso repetir con insistencia y altavoces que la discusión no es aplastar ni herir de muerte; es el esclarecimiento de la verdad. Los que conversan tienen un interés común. Quien crea lo contrario tiene una concepción bélica de la discusión y del diálogo, y, por tanto, del pensamiento. Pero la guerra, aun cuando se la suele llamar «ultima ratio», es precisamente la frontera de la razón. Cosas tan evidentes deben ser repetidas para los que aun no las saben, para los que viven, piensan, escriben y aun discuten con espíritu de trinchera. El hombre, por el mero hecho de nacer, está implicado y complicado en la sociedad humana. Por ello tiene «a nativitate» un interés común con su prójimo. Lo verdaderamente natural no es el pleito, sino la solidaridad.

Es preciso desmontar los supuestos en que se apoya la injuria, y poner en claro que los que insultan escupen al cielo, porque, más que herir, se definen. Y se definen tristemente. El viandante que oye a sus espaldas ese prolongado y zoológico sonido gutural, que en castellano tiene un nombre malsonante, continúa su camino, sin perder un punto de energía y de ritmo. Antes al contrario, prosigue más seguro, porque sabe que los pasos que se oían no eran de una peligrosa alimaña, sino del más inofensivo y doméstico de los cuadrúpedos.

RADIOGRAFIA DE LA RESTAURACION

POR

RODRIGO FERNANDEZ-CARVAJAL

En estos días se ha replanteado, con ocasión de los artículos de Jorge Vigón en *Ateneo* y de la réplica de Dionisio Ridruejo en *Revista*, el tema de la actitud de los españoles de hoy respecto a los intelectuales no ortodoxos anteriores a 1936. Bajo este replanteamiento hay un fenómeno histórico preciso: hoy está fraguándose en España una nueva síntesis espiritual, de muy complejas y mezcladas facetas culturales y políticas, y se trata de determinar en qué medida esta síntesis incluirá elementos pretéritos; es decir, en qué me-

dida debe constituirse heredera de la cultura española de la anteguerra. Para unos, hay que hacer en la herencia yacente una rigurosa discriminación, incorporando de ella tan sólo muy contados nombres y valores; para otros, la incorporación debe ser generosa y ancha. Yo me sitúo decididamente entre estos segundos, y creo que no por simple inclinación temperamental, sino por razones algo más hondas. Quisiera explicarlas con la mayor claridad posible.

* * *

Precisaré, ante todo, cuál es la naturaleza de ese fenómeno histórico que hoy acaece, y con cuya ocasión la polémica se plantea. Se trata, evidentemente, de un esfuerzo por refinar y dar versión cultural a una actitud histórica: la de los españoles que hicieron el Movimiento Nacional. Esta actitud histórica tiene un cimiento de dogmas políticos y religiosos; pero la floración cultural con que se encontró al tiempo de su nacimiento no estaba arraigada en estos dogmas, sino en la incredulidad—Ortega, *Revista de Occidente*—o en la duda—Unamuno—. De ahí que haya en ella una cierta tendencia natural a rechazar esa floración, y a desandar la historia espiritual de España hasta topar con otra arraigada en tierra dogmática—Menéndez Pelayo—a la cual reverdecer y restaurar. Ello nos ahorraría toda estimación de lo venido después, o al menos la reduciría a términos exiguos y anecdóticos.

Ahora bien: la actitud de los partidarios de la restauración implica una serie de supuestos previos respecto a lo que la cultura es. Podrán no explicitar estos supuestos, y aun es posible que se asombren de que alguien se los atribuya, pero ellos están sosteniéndolos como el esqueleto sostiene al cuerpo.

Creo que estos supuestos son los siguientes:

1.º *La infravaloración del elemento emocional y artístico.* Lo que llamamos cultura (sobre todo cuando la entendemos en tanto producto social) no es exclusivamente un repertorio de creencias básicas, sino un clima espiritual total, en el que los elementos emocionales y poéticos (por ejemplo: el estilo literario) importan tanto como los puramente ideológicos. La importancia de estos elementos se hace mayor a medida que el ámbito cultural se extiende. Un círculo de profesores es especialmente sensible para el meollo ideológico de las obras de cultura; una nación es especialmente sensible para su pulpa poética y emocional.

Esta infravaloración tiene una significativa consecuencia: la ausencia de voluntad de estilo. En España se despertó hacia 1900 (o si queréis en 1898) la voluntad de estilo, signo muy vivo de modernidad. Desde entonces los escritores son conscientes de su estilo literario y de su estilo mental; es decir, no atienden tan sólo a la nuda expresión de sus ideas, sino al ardor estético emocional que las inflama. Y conste que esta voluntad de estilo no está adscrita necesariamente a un contenido ideológico determinado, sino que enardece creencias muy diversas. Voluntad de estilo tenían Ramiro de Maeztu, José Antonio, Ledesma Ramos, Ortega, Unamuno, Eugenio d'Ors. El mensaje espiritual de cada uno de estos hombres es un producto complejo, híbrido, en el que hay tantos pensamientos como emociones y metáforas. Son espadas puestas al rojo, ideas a las que presta todo su calor la humanidad del hombre que las piensa.

2.º En relación muy estrecha con el supuesto anterior—una cierta dosis de soledad siempre es necesaria para que la belleza y la emoción visiten al hombre—está una sobrevaloración del espíritu de equipo, y una consiguiente infravaloración del elemento personal dentro de la cultura. Nuestros restauracionistas tienen una antena social demasiado vibrátil, se preocupan demasiado por la repercusión social de sus ideas, sus libros, sus cátedras. Quieren que la cultura sea una levadura que levante la masa social, un sistema de ideas-fuerzas que aúpe y dote de prestigio cultural a las creencias religiosas y políticas hoy vigentes. Líbreme Dios de negar esta misión fermentadora de las ideas; únicamente me limitaré a observar que tal misión se cumple por

caminos mucho más tortuosos, sutiles e inconscientes de lo que nuestros restauracionistas creen. Acaso, en conjunto, la influencia que más pesa sobre el espíritu contemporáneo sea la de Kierkegaard; y Kierkegaard no fué, evidentemente, un jaleador de la sociedad de su tiempo. Nada más lejos de él que el deseo de «meter carga intelectual» —esta expresión, maravillosamente esclarecedora, es de Florentino Pérez Embid—dentro de ninguna empresa colectiva. Siempre es posible, desde luego, reducir la cultura a una invención de mitos movilizadores o al manoseo y proclamación de unas cuantas consignas, pero no creo que los restauracionistas se arriesguen a tanto. Hay que suponer que aceptan la concepción clásica y cristiana de la inteligencia como una luz destinada a esclarecer la realidad; si ello no fuera así, holgaría, naturalmente, toda crítica. Lo que pienso es que no viven, en concreto, esta concepción, o que la viven sin la profundidad necesaria.

La excesiva preocupación por la proyección social de la cultura hace que ésta pierda, desde su nacimiento, virginidad, autenticidad. Ejemplo muy claro éste de cómo con una actitud moralmente limpia (crear un complejo cultural al servicio de un sistema de creencias básicas) puede errarse, seguir atajos peligrosos y perdedizos. Una cultura brotada en este clima de excesiva preocupación por lo colectivo, por lo social y político, toma inmediatamente un color malsano. En primer lugar, pierde, como dijimos, la voluntad de estilo, el calor personal y humano. En segundo lugar, se contagia de una cualidad típica del sistema de creencias a cuyo servicio se pone: la inmutabilidad, la seguridad. Aquí arraiga un tercer perjuicio, un tercer supuesto de la actitud restauracionista.

3.º La seguridad, esto es, la exclusión de cualquier margen de duda, es condición propia de los dogmas religiosos, y en cierto modo también de los principios políticos; al menos, en cuanto son creencias básicas acerca del orden social que no pueden ponerse en tela de juicio sin atentar contra éste. Esta nota de seguridad se transmite a los principios filosóficos más generales, y se va degradando a medida que la cultura se encarna más y más en lo existencial y contingente. Entre el dogma, albergado en la Sagrada Escritura y en una tradición nítida y expresamente definida a través de la Historia, y los gustos, sobre los cuales no hay nada escrito, se sitúa todo el ámbito de la sabiduría humana, en la cual un cierto margen de inseguridad, relativismo y problematización es inevitable. Aún más: él es el estímulo continuo que promueve el progreso científico, el campamento donde se planean las nuevas batallas. La duda, la problematicidad, vitaliza a la cultura, es decir, cumple dentro de ella el papel que Unamuno y Kierkegaard, equivocadamente, le asignaban dentro del ámbito de la fe.

Pero una cultura que se propone, conscientemente y desde el mismo momento de su gestación, servir a un sistema de dogmas religiosos y políticos, corre siempre el peligro (de revestirse de un exceso de seguridad) de creer necesaria esta seguridad para afianzar sus posibilidades de permanencia y difusión. Si a esto se une la falta de estilo y la obsesiva preocupación por las inmediatas repercusiones sociales, créase un complejo poco atractivo, de muy menguada sugestión. El resultado es, cabalmente, el contrario al que se quiere lograr. Creo que nuestros restauracionistas deberían meditar sobre esto. Su destino, de no enmendarse, es la soledad.

La sobrevaloración de la seguridad se traduce en una excesiva preocupación por determinar la raíz temporal e histórica de las actitudes propias. La proclamación constante de menendezpelayismo, las apelaciones a la tradición, el afán por mostrar la existencia de una ininterrumpida cadena áurea entre los maestros y la sazón actual, son una especie de curiosas secularizaciones de la idea de la continuidad apostólica. *Lo grave, naturalmente, no es que estas apelaciones al pretérito se realicen, sino que sean necesarias—al menos con su reiteración de* leit-motiv—*para edificar y mantener un edificio cultural actual.* El desplazamiento

habitual hacia lo histórico, la preocupación excesiva por los precedentes remotos o próximos, suelen ser síntomas de que una actitud cultural no hunde su raíz en la intimidad menesterosa de quienes la adoptan.

En suma, los restauracionistas operan, al no querer ligarse con la tradición cultural de la generación del 98, de Ortega y de Unamuno, con absoluta consecuencia lógica. Si para ellos la cultura es sólo un acervo de ideas y creencias (no estilo ni emotividad), «carga intelectual» para impulsar empresas colectivas y seguridad inquebrantable, claro es que *España sin problema* es un libro excelente, una Biblia para uso privado.

* * *

Supuesto que la síntesis espiritual hoy en proceso de cristalización ha de tener, a más de bases ideológicas, poesía y estilo, arraigamiento individual, márgenes de inseguridad creadora, asimilar hasta el límite que permite la intangibilidad de los dogmas la cultura anterior a 1936 no es, ni mucho menos, debilidad o liberalismo ingenuo, sino una necesidad frente a la cual no nos cabe opción. *No se trata de llevar o no llevar sombrero, sino de cortarnos la cabeza.*

Aquí está el *punctum saliens*. Toda la arquitectura de líneas claras, en lo político y en lo religioso, que los españoles levantamos sobre cimientos de sangre se vendrá abajo si no la sabemos poblar de cultura viva, de cultura que sea hija del hombre, parto de su entraña. Creo honradamente que la cultura que propugnan los restauracionistas no tiene este carácter esencial. Y que me perdonen si, buceando bajo las anécdotas, me atrevo a sacar a luz los que creo son sus presupuestos inconscientes. Lo importante es «retirarse a escuchar el alma», y aprender allí lo que la cultura es: una pura agua para calmar una limpia sed. El jaleo y las palmas sólo sirven para corromperla.

Aprovecho la reproducción de este artículo para aclarar algún punto. Lo que quiero decir, en resumen, es que la tarea *cultural* es, necesariamente, una tarea *personal*, y que únicamente influirá *lícitamente* en la sociedad (descartamos, desde luego, los excesos de la cultura dirigida al estilo ruso) cuando se cumpla en la intimidad de cada cual. Los signos de origen son infalibles: calor humano, problematismo, horror a las frases huecas y al *parti pris*. Toda cultura auténtica ha ostentado siempre estos signos, y no es de creer sean caprichosos y adventicios, sino revelaciones de un estrato espiritual muy hondo; de aquél en el que la cultura se arraiga. Cuando faltan, todo se desorganiza y altera, y muy particularmente el *sentido de la tradición*, la memoria histórica. Hay una especie de enajenación cultural, semejante a la que se da en ciertas enfermedades psíquicas, cuya primera consecuencia es la *amnesia*. El pasado se hunde, o sobrevive, cuando más, en parcelas aisladas. *Sencillamente, el empobrecimiento vital actual no hace necesario apelar a él, echar mano de él.* Quien reduzca de hecho la cultura a «carga intelectual» y a poco más, no necesita tener presente la integridad del pasado, sino tan sólo *aquellas partes que le ayuden a cumplir su restringidísima misión y tan sólo cuando le ayuden.* Este es, me parece, el sentido de esos recortes que nuestros restauracionistas hacen en la cultura española de los últimos cincuenta años.

Conste que en esta nota hago omisión, al igual que en el cuerpo del artículo, del problema político. Y hago omisión de él por una razón: No creo se pueda plantear correctamente sin una previa clarificación de los presupuestos psicológicos, sin una previa aduana, en la que discriminemos lo que es preocupación por la cosa pública y lo que es, lisa y llanamente, estrechez vital.

Otra aclaración: La *Radiografía de la Restauración* mezcla, con una cierta confusión, de la que no me percaté hasta leer el artículo ya impreso, dos actitudes distintas: la de don Jorge Vigón —reducible, más o menos, a la derecha tradicional anterior a 1936—y la de esta especie de «neoderecha», que con los restauracionistas nos ha caído encima. El esquema de presupuestos psicológicos coincide, me parece, en la derecha y en

la neoderecha (ambas muestran una parecida falta de fruición, de gozo intelectual ante la realidad); pero la neoderecha añade algo que la derecha no tenía: una cierta tendencia a la planificación cultural y, en conexión con ella, un desmedido afán por suscitar ideas-fuerzas.

LA UNIDAD COMBATIDA

POR

MANUEL POMBO ANGULO

Raimundo Fernández Cuesta, ministro secretario general de F. E. T. y de las J. O. N. S., ha hablado en Murcia a los que, por circunstancias que exigieron entregarlo todo, con desprendimiento y urgencia, han vivido una etapa completa, intensa y decisiva, de la historia de España. Quizá nunca se dió en ella el hecho de que una revolución política tuviera servidores que, como éstos ahora, se afinquen, la victoria ya conseguida, en una prometedora madurez. La veteranía de la Falange no queda, afortunadamente, reducida a una evocación nostálgica, sino que se abre a un futuro con posibilidades y exigencias de acción.

Por eso, y porque en el discurso de Murcia se ha puesto, después de años de silencio, el dedo en una llaga que empezaba a dolernos a todos, es por lo que merece volver sobre alguno de sus puntos para reafirmarnos en ellos y comprobar que la verdad no se nos había perdido, sino que puede exponerse, siempre intacta, siempre la misma y ante los mismos camaradas.

Lo primero que en el discurso resalta es que la Falange propugna la unidad de todos los españoles; realmente, el discurso es una exaltación y una defensa de la unidad; por eso llega tan dentro. Nosotros no hubiéramos combatido por dividir España; combatimos, en cambio, por unirla. La frase de Carlos VII—«yo soy el rey de todos los españoles»—, y la de José Antonio —«la Patria es una unidad total, en la que se integran todos los individuos y todas las clases»—uniformaron nuestro espíritu cuando debimos tomar un fusil. Se luchó, se murió, y—no lo olviden—se venció, con este uniforme espiritual, al servicio de esta unidad, impulsados por este desprendimiento. Hemos cruzado años en los que, a veces, el desaliento nos hacía pensar si no deberíamos recomenzar la lucha en el mismo punto, con la misma pureza... y con mayor soledad. Las palabras de Fernández Cuesta nos muestran que, gracias a Dios, hemos recorrido mucho camino delante del enemigo.

Porque el enemigo existe, y buena parte de aquel desaliento nacía de verle resurgir con otro collar, pero con las mismas mañas. «Por esta unidad nació la Falange y por esta unidad ha luchado—afirmó Fernández Cuesta—, no por el exterminio, ni por el eclecticismo, ni por la tolerancia, sino por la fusión de las dos mitades en las que estaba partida el alma de España, según frase joseantoniana.» Puede pensarse que esta unión se hubiese logrado con mayor amplitud y facilidad si no existiesen fuerzas que diariamente se introducen entre las dos mitades como una cuña para mantenerlas interesadamente divididas. Son las fuerzas que aceptan todos los sistemas, porque, en el fondo, no se sienten capaces de adscribirse al riesgo de una doctrina; las que creen que, entre los males que atacan a una patria, pueden existir gradaciones de mayor a menor. Frente a los que, como ellas, pretenden nuestra división, porque el dividir constituye un antiguo y artero ardid para obte-

ner victoria, debemos oponer nuestra unidad, vengan del campo que vinieren y adoren al dios que adoren. No es tan triste para los que—según frase del ministro—llevan años consagrados, en paz y en guerra, al servicio de España, estimarse desplazados como ver que su plaza es rendida a esas fuerzas oscuras, hábiles y sinuosas, para las que un 10 de agosto, por ejemplo, puede significar tan sólo un impaciente error político que conviene cubrir de silencio.

En todos los sectores existen equivocados y «hábiles»; los equivocados pueden reconocer su error y, como todo hombre tocado por el arrepentimiento, llegar incluso a la ejemplaridad; los «hábiles» esperan, porque no reconocen su error nunca, sino que fían en los errores de los demás. Quizá lo más peligroso en ellos sea su afán de proselitismo, su tendencia a constituir capillas, su propagación del error. Contra estos propagandistas debemos alzarnos, y no por nosotros únicamente, que tenemos la ventaja de conocerlos, sino por los que nos sigan y a los que puedan seducir. Entre los objetivos de lucha expuestos por Fernández Cuesta a la Vieja Guardia murciana figura éste, tan trascendente y entrañable, de «lograr que no se transmitan a las nuevas generaciones las causas de separación de los que hicieron nuestra guerra». Por esto combatimos y por esto combatiremos, sin preocuparnos siquiera de que nuestra trinchera pueda ser entregada a los que enarbolan de antemano la bandera de la claudicación.

* * *

Este es un comentario breve y voluntariamente limitado; quizá su único valor radique en que da fe de una presencia. «Aparecido y desaparecido: ésa es la historia de un hombre», decía el ecléctico y tolerante Amiel. Porque nosotros creemos en bastante más—en muchísimo más—es por lo que no hemos querido negarnos a la llamada de una vez que, de nuevo, nos convoca a la esperanza.

CONSPIRACION DE SILENCIO

Lo prometido es deuda, y tengo una contraída con los lectores de Alcalá *desde su número cuarto. Dejé allí un par de temas esbozados—quizá fueran tres—, y creo que es el momento de abordar uno de ellos por lo menos. Me voy a referir y tratar de abordar el tema esbozado, planteado por una frase de Calvo Serer* (1) *aparecida en un artículo publicado en una revista francesa. A la frase—que se refería a una* élite *española—, decía yo, le falta algo. Vamos a ver qué es ello.*

Cualquier observador imparcial, aunque fuese superficial; cualquier estudioso de la realidad intelectual española en sus estratos más vivos—es decir, más o menos en aquellos que realizan su labor no sólo con fines individuales, sino con propósitos de cooperación al engrandecimiento nacional—; cualquier historiador riguroso y objetivo del momento histórico de España, anotaría la presencia viva del pensamiento de José Antonio sobre cualquier posible élite *con capacidad para hacerse cargo del futuro español. En muchos, quizá esta presencia sea tan superficial que*

---

(1) La frase aludida decía: *La España de 1951 dispone de una «élite» capaz de entregarse a un último esfuerzo para elevar a todos los españoles a un nivel superior en todos los planos: económico y espiritual, intelectual y social. Creo que a la preparación de esta «élite» han aportado su contribución la Institución Libre de Enseñanza, así como la Unión General de Trabajadores, lo mismo que los católicos sociales y el nacionalismo intelectual; tanto los escritores independientes como los medios universitarios; Machado, Hinojosa, Ramón y Cajal, Menéndez y Pelayo, igual que Ortega y Gasset y Menéndez Pidal.*

se prodiga en citas a troche y moche. En otros, profunda, y buscando aquel ánimo de adivinación que él mismo pidiera. En aquéllos, aceptado como algo natural por consustancial con el tiempo español que se vive. En éstos, suponiendo adhesión a unas ideas políticas, y en algunos, por todo lo contrario. En los de más allá, eludida su cita por vanos temores intelectuales. Mas en todos, y quiero afirmarlo rotundamente porque puede hacerse tal afirmación, completamente viva. (Atención ahora, porque voy a contradecirme.)

Podríamos creerlo así, y creo que todos los españoles lo hemos venido haciendo. Un examen de la producción intelectual española autorizaba a hacerlo. Un examen de la política española autorizaba a hacerlo. Un examen de la vida española autorizaba a hacerlo. Se precisaba, y de hecho esto es ya una realidad, toda una generación española, nacida a la vida pública—intelectual, política, literaria—en la ocasión magnífica del 18 de julio, perfectamente influída por José Antonio y crecida a la sombra de su magisterio total, un magisterio que superaba lo político y lo intelectual para hacerse vital. El ejemplo humano del fundador de la Falange, y junto a él su ejemplo de honradez política e intelectual, trascendía al grupo de hombres que, alcanzada su madurez, afrontaban las tareas rectoras de la vida española (2). *Pues bien: parece ser que no, por lo menos en un grupo de escritores y «ensayistas», afortunadamente pequeño, perfectamente organizado a la sombra, precisamente, de un Estado cuyo fundamento arranca del pensamiento joseantoniano.*

Para cualquier historiador objetivo —con esa objetividad que hace sólo unos días demandaba en un artículo Palacio Atard—, el 18 de julio de 1936 supone en la vida española el arranque de una etapa distinta, que rompía con el reciente pasado, y no sólo con el inmediato y repugnante, buscando unas bases que hicieran posible una convivencia entre los españoles de todas las clases y de todas las categorías. Por eso, el 1 de abril de 1939 es una fecha de amplia base nacional, victoria de España, en la que todos los españoles—de una zona y de la otra—percibían que una etapa nueva y distinta comenzaba, una etapa que no iba a ser ni de derechas ni de izquierdas, sino basada en el único pensamiento político que hasta entonces había superado la división española por el camino de hacer suyas todas las aspiraciones justas de los españoles, fundiendo lo nacional y lo social y haciendo posible una tarea revolucionaria, basada en el bien de todos y no en el de cualquier clase social. Es decir, era el pensamiento político de José Antonio el que presidía aquellas horas. Si a cualquier soldado del Ejército Nacional le hubiesen dicho que acababa de dar el triunfo a las derechas, se hubiese reído, y es sintomático que la expresión «de derechas de toda la vida» fuese el slogan del humor en la zona nacional. No es del caso ahora entrar en más detalles del asunto; pero sí conviene señalarlo cuando la última maniobra de ese grupo, empeñado en desconocer a José Antonio, viene apoyada en la presentación del 18 de julio como la fecha del alzamiento de la derecha española, y del 1 de abril como la consolidación del triunfo militar de esas derechas.

Presentando o, mejor dicho, ocultando, por partidista, el pensamiento que nació precisamente como superador del partidismo—«somos un antipartido»—, se juega entonces a la posición derechista, que ha triunfado y que perdona y reconoce la influencia del partidismo de enfrente y se encierra en una «conspiración de silencio», similar a la que la Institución Libre creó en torno a la figura ilustre de Menéndez y Pelayo, la figura y el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera. Conspiración similar, pero mucho más criminal y repugnante: primero, porque José Antonio perdió la vida por España; segundo, porque esta vez el silencio se basa —por lo que se lee—en unas razones supuestamente españolas. Y porque gracias al esfuerzo de la figura que se silen-

(2) Mucho ojo. Tampoco quiero decir que se hayan preocupado por dar forma, corregir y completar el pensamiento joseantoniano. Pero sí que en todos ellos está presente este pensamiento y el ejemplo de su autor.

cia, al igual que a todo su pensamiento, pueden desarrollar hoy estos señores la labor que desarrollan.

Parece imposible que en un libro consagrado al problema de España se haya suprimido radicalmente el nombre de José Antonio y cualquier referencia a su pensamiento; sin embargo, por ahí anda, y condecorado. En realidad, esta frase tendenciosa y sustancialmente partidista, histórica y objetivamente falsa y «violenta y discutible», como lo son las mentiras que se asientan sobre el desparpajo que ha dado pie a este artículo, es consecuencia natural de aquel libro, donde se pedía otra vez, «sobre todo, estabilidad» (3), *y donde se presentaba a una nueva generación española (entiéndase bien: generación) entre versos de Rubén Darío. Tal generación española, por lo leído, no había oído nunca hablar de José Antonio y de todo lo que su vida y su obra tuvieron de trascendente en la más reciente historia española y en la realidad que vivimos.*

En la frase de Calvo falta, pues, José Antonio. Como falta en ese condecorado libro al que he aludido. Como falta siempre en los trabajos de ese grupo de escritores y ensayistas a que me refería. Confieso que busqué las razones que pudieran mover a ello. La primera razón que se me ocurió para este silencio en torno a José Antonio fué que, quizá por el abuso que de José Antonio se hace aquí y allá, les hubiese parecido que resultaba ya hasta cansado y cansino citarle. La segunda razón que se me vino a las mientes fué que quizá les pareciera que desentonaba José Antonio en trabajos de tanta altura intelectual y tan profunda investigación científica. La tercera, que alguien con quien comentaba el tema dejó caer, fué que quizá no hubiesen «llegado» todavía a José Antonio en sus profundos estudios históricos. No me decidí por ninguna, pero tenía que creer que era alguna de éstas. No podía creer que se tratase de mala fe partidista. El tiempo ha venido añadiendo nuevos datos, y hoy así lo creo. Y por eso lo denuncio en una revista que es española y universitaria.

Aquí termina mi parte. Yo espero que otros completen y comenten, porque puedan hacerlo y porque deban, estos extremos.

M. A.-J.

---

(3) Véase José María García Escudero: *De Cánovas a la República*, página 321. Véase en este libro la importancia de José Antonio y su pensamiento en lo que el autor llama «La organización de la victoria», y compárese esta actitud con la que se viene comentando a lo largo de este artículo.